

EL PASADO NO ME OLVIDARA

se



RECONS TRÚYEME

TAHEREH M

Lectulandia

«Mi pasado aún se aferra a mí, manos esqueléticas me retienen incluso mientras intento avanzar hacia la luz».

Han pasado dieciséis días desde que Juliette Ferrars asesinó al supremo comandante de América del Norte y se convirtió en la líder del Restablecimiento en el continente. Dieciséis días desde que asesinó al padre de Warner. Juliette pensó que había ganado. Se hizo con el Sector 45 y ahora tiene a Warner a su lado, pero aún es la joven capaz de matar con el simple hecho de tocar a alguien con su piel.

Y con tanto poder en sus manos, el mundo mira de cerca cada uno de sus movimientos, esperando a ver qué ocurrirá después. Juliette y Warner arriesgaron todo, pero cuando la tragedia los golpea, ellos deberán enfrentar la oscuridad que existe tanto dentro como fuera de ellos.

¿Podrán controlar el poder que tiene Juliette, o el poder los controlará a ellos?

Tahereh Mafi

Reconstrúyeme

Destrózame - 4

ePub r1.0

Titivillus 21.02.2020

Título original: *Restore Me*
Tahereh Mafi, 2018
Traducción: Daniela Rocío Taboada

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Aa

Para Jodi Reamer, quien siempre creyó.

JULIETTE

Ya no despierto gritando. No siento náuseas al ver sangre. No me tambaleo antes de disparar un arma.

Nunca más pediré disculpas por sobrevivir.

Y sin embargo...

De pronto, me sorprende el sonido de una puerta abriéndose con un golpe. Ahogo un grito, me doy la vuelta y, por cuestión de hábito, apoyo la mano en la empuñadura de una pistola semiautomática que cuelga de una cartuchera en el lateral de mi cuerpo.

—J., tenemos un grave problema.

Kenji me mira con los ojos entrecerrados y las manos en las caderas, la camiseta está tirante sobre su pecho. Es el Kenji furioso. El Kenji preocupado. Han pasado dieciséis días desde que tomamos el Sector 45, desde que me autoproclamé la comandante suprema del Restablecimiento, y todo ha estado tranquilo. A tal extremo que me pone nerviosa. Cada día, despierto plagada a medias de terror y de euforia, esperando nerviosa las cartas de naciones enemigas que desafiarían mi autoridad y nos declararían la guerra. Y ahora, por fin, parece que el momento ha llegado. Así que respiro hondo, hago crujir mi cuello y miro a Kenji a los ojos.

—Dime.

Él frunce los labios. Alza la vista al techo.

—Bien, de acuerdo: lo primero que necesitas saber es que esto no es mi culpa, ¿vale? Solo intentaba ayudar.

Vacilo. Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Quiero decir, sabía que su idiotísima excelencia es una reina del drama, pero esto excede lo ridículo.

—Lo siento, ¿qué? —Aparto mi mano del arma; siento que mi cuerpo se relaja—. Kenji, ¿de qué hablas? ¿No es sobre la guerra?

—¿La guerra? ¿Qué? J., ¿no estás prestando atención? Tu novio está teniendo un arrebato en este instante y necesitas ir a encargarte de su culo

antes de que lo haga yo.

Exhalo, molesta.

—¿Estás hablando en serio? ¿De *nuevo* con estas tonterías? Dios, Kenji.

—Desabrocho la pistolera de mi espalda y la lanzo sobre la cama que está detrás de mí. —¿Qué has hecho esta vez?

—¿Ves? —Kenji me señala—. Ves... ¿Por qué eres tan rápida en juzgar, eh, princesa? ¿Por qué asumes que yo fui el que he hecho algo mal? ¿Por qué yo? —Cruza los brazos sobre el pecho y baja la voz—. Y sabes qué, de hecho, hace un tiempo que quiero hablar contigo al respecto porque de verdad creo que como comandante suprema no puedes hacer tratos preferenciales como este, pero es evidente que.

De pronto, Kenji se paraliza.

En el marco de la puerta, Kenji alza las cejas; se oye un *clic* suave y abre los ojos de par en par; el sonido ahogado de un movimiento y, de pronto, el cañón de un arma presiona la parte posterior de su cabeza. Kenji me mira, sus labios no emiten sonido mientras pronuncia la palabra *psicópata* una y otra vez.

El psicópata en cuestión me guiña un ojo desde su sitio, sonriendo como si fuera imposible que esté apuntando un arma a la cabeza de nuestro amigo en común. Logro reprimir la risa.

—Anda —dice Warner, aún sonriendo—. Por favor, dime exactamente cómo ha fallado ella como líder.

—Oye... —Kenji alza los brazos a modo de rendición—. Nunca he dicho que haya fallado en nada, ¿de acuerdo? Y, claramente, estás exageran...

Warner golpea el lado de la cabeza de Kenji con el arma.

—Idiota.

Kenji se vuelve. Arranca el arma de la mano de Warner.

—Maldita sea, ¿cuál es tu problema, hombre? Creí que estábamos bien.

—Lo estábamos —dice Warner con tono frío—. Hasta que tocaste mi *pelo*.

—Me pediste que te hiciera un corte de pelo.

—¡No dije nada semejante! ¡Te pedí que cortaras las puntas!

—Y eso es lo que hice.

—Esto —replica Warner, girándose para que yo pueda inspeccionar el daño— no es cortar las puntas, idiota incompetente...

Doy un grito ahogado. La parte trasera de la cabeza de Warner es un desastre de pelo cortado de manera irregular; plagada de calvas.

Kenji hace una mueca de dolor al ver su trabajo. Tose.

—Bueno. —Coloca las manos en los bolsillos—. Quiero decir. Da igual, hombre, la belleza es subjetiva...

Warner le apunta con otra arma.

—¡Oye! —Grita Kenji—. No estoy aquí para esta relación abusiva, ¿vale?

—Señala a Warner—. ¡No me apunté para esta mierda!

Warner lo fulmina con la mirada y Kenji retrocede y sale de la habitación antes de que Warner tenga otra oportunidad de reaccionar; y después, justo cuando suspiro de alivio, Kenji asoma la cabeza de nuevo por la puerta y añade:

—De hecho, creo que el corte te queda muy mono.

Y Warner cierra la puerta de un golpe en su cara.

Bienvenidos a mi nueva vida como comandante suprema del Restablecimiento.

* * *

Warner aún mira la puerta cerrada mientras exhala, sus hombros pierden la tensión cuando lo hace y soy capaz de ver con aun más claridad el desastre que Kenji ha hecho. El cabello dorado grueso y espléndido de Warner, un rasgo característico de su belleza, destruido por manos descuidadas.

Un desastre.

—Aaron —digo en voz baja.

Él deja caer su cabeza.

—Ven aquí.

Se vuelve, mirándome con el rabillo del ojo como si hubiera hecho algo que lo avergonzara. Aparto las armas de la cama y hago sitio para él a mi lado. Él se hunde en el colchón con un suspiro triste.

—Estoy horrible —dice en voz baja.

Muevo la cabeza de lado a lado, sonriendo, y toco su mejilla.

—¿Por qué le has permitido que te corte el pelo?

En ese instante, Warner alza la vista y me mira; sus ojos redondos, verdes y perplejos.

—Me pediste que pasara tiempo con él.

Río en voz alta.

—¿Y decidiste que te cortara el pelo?

—No le dejé *cortarme* el pelo —responde, frunciendo el ceño—. Fue...

—Vacila—. Fue un gesto de camaradería. Fue un acto de confianza que había visto entre mis soldados. Da igual —dice y aparta la mirada—, no es que tenga experiencia construyendo relaciones.

—Bueno, nosotros somos amigos, ¿no?

Ante mis palabras, sonríe.

—¿Y? —Lo aliento—. Ha sido bueno, ¿verdad? Estás aprendiendo a ser más amable con las personas.

—Sí, bueno, no quiero ser más amable con las personas. No me queda bien.

—Creo que te queda genial —responde, sonriendo—. Me encanta cuando eres amable.

—Sabía que dirías eso. —Por poco ríe—. Pero ser amable no forma parte de mi naturaleza, amor. Tendrás que ser paciente con mi progreso.

Uno su mano con la mía.

—No sé de qué me hablas. Eres más que amable conmigo.

Warner mueve la cabeza de lado a lado.

—Sé que prometí que haría un esfuerzo por ser más amable con tus amigos... Y continuaré haciendo el esfuerzo, pero espero no haberte llevado a creer que soy capaz de alcanzar algo imposible.

—¿A qué te refieres?

—Solo espero no decepcionarte. Quizás, si me presionan, soy capaz de generar cierto grado de calidez, pero debes saber que no tengo interés alguno en tratar a alguien más del modo en que te trato a ti. *Esto* —dice, tocando el aire entre nosotros— es la excepción a una regla muy rígida. —Sus ojos ahora están posados sobre mis labios; su mano se ha movido hasta mi cuello—. *Esto* —dice en voz baja— es muy muy inusual.

Me detengo.

Dejo de respirar, de hablar, de pensar...

A duras penas me ha tocado y mi corazón late desbocado; los recuerdos me invaden, quemándome en oleadas: el peso de su cuerpo contra el mío, el sabor de su piel, el calor de su tacto y sus inhalaciones abruptas y las cosas que me ha dicho solo en la oscuridad.

Las mariposas invaden mis venas, y las obligo a salir.

Esto aún es muy nuevo, su tacto, su piel, su aroma, muy nuevo, tan nuevo e increíble...

Él sonríe, inclina la cabeza a un lado; copio el movimiento y con una inhalación suave de aire separa los labios y permanezco quieta, mis pulmones caen al suelo, mis dedos anhelan su camiseta y lo que viene a continuación cuando dice:

—Tendré que raparme la cabeza, ¿sabes?

Y se aparta.

Parpadeo y él sigue sin besarme.

—Y, sincera mente, espero —añade— que aún me quieras cuando vuelva.

Y luego se pone de pie y yo cuento con una mano la cantidad de hombres que he matado, y me maravilla lo poco que me ha ayudado a mantener la compostura en presencia de Warner.

Asiento una vez mientras se despide con la mano, recupero el buen juicio de donde lo dejé, y caigo de nuevo sobre la cama, con la cabeza dando vueltas y las complicaciones de la guerra y la paz rondando en mi mente.

* * *

No pensaba que sería *fácil* ser una líder exactamente, pero sí creo que pensaba que sería más fácil que esto:

Todo el tiempo me invaden las dudas sobre las decisiones que he tomado. Y me sorprende de un modo irritante cada vez que un soldado obedece mis órdenes. Y cada vez me aterra más que nosotros —que yo— tendremos que matar a muchos muchos más antes de que este mundo esté asentado. Aunque creo que es el silencio, más que cualquier otra cosa, lo que me ha dejado perturbada.

Han pasado dieciséis días.

He dado discursos sobre lo que vendrá, sobre nuestros planes para el futuro; hemos organizado homenajes por las vidas perdidas en batalla y estamos cumpliendo con las promesas de implementar el cambio. Castle, fiel a su palabra, ya está trabajando mucho, intentando ocuparse de los problemas relacionados con la agronomía, la irrigación y, lo más urgente: con cómo trasladar a los civiles fuera de las instalaciones. Pero haremos en etapas ese trabajo; será una progresión lenta y cuidadosa, una lucha por la Tierra que quizás llevará un siglo. Creo que todos comprendemos eso. Y si solo tuviera que preocuparme por los civiles, no me preocuparía tanto. Pero me preocupo porque sé demasiado bien que no podremos hacer nada para reparar este mundo si pasamos varias de las próximas décadas en guerra con él.

De todos modos, estoy preparada para luchar.

No es lo que quiero, pero iría felizmente a la guerra si es lo que necesitamos hacer para lograr el cambio. Desearía que fuera así de sencillo. Ahora mismo, mi mayor problema es también el que más me confunde:

Las guerras requieren enemigos, y parece que no puedo encontrar ninguno.

En los dieciséis días que han pasado desde que le disparé a Anderson en la frente, no he enfrentado ninguna oposición. Nadie ha intentado arrestarme.

Ninguno de los otros comandantes supremos me ha desafiado. De los 554 sectores restantes solo en este continente, ni uno ha desertado, declarado la guerra, o hablado mal de mí. Nadie ha protestado; el pueblo no ha hecho motines. Por algún motivo, el Restablecimiento me sigue la corriente.

Finge.

Y me irrita muy pero muy profundamente.

Estamos en un punto muerto extraño, atascados en un lugar neutral cuando yo quiero con desesperación estar haciendo más. Más para las personas del Sector 45, para América del Norte, y para el mundo entero. Pero esta calma extraña ha hecho que todos perdamos el equilibrio. Estábamos muy seguros de que, con la muerte de Anderson, los otros comandantes supremos se rebelarían, que les ordenarían a sus ejércitos que nos destruyeran, que *me* destruyeran. En cambio, los líderes mundiales han dejado en claro nuestra insignificancia: nos ignoran como lo harían con una mosca molesta, encerrándonos bajo un vaso donde somos libres de zumbar, golpeando las alas rotas contra las paredes solo hasta que el oxígeno se acabe. Han dejado que el Sector 45 haga lo que le plazca; nos han permitido tener autonomía y la autoridad para revisar la infraestructura de nuestro sector sin interferencias. En todos los otros lugares, al igual que todos los demás, fingen como si nada en el mundo hubiera cambiado. Nuestra revolución ocurrió en un vacío. Nuestra victoria subsiguiente ha sido reducida a algo tan pequeño que quizás ni siquiera existe.

Juegos mentales.

Castle siempre visita, aconseja. Fue su sugerencia que yo sea proactiva, que tome el mando. En lugar de esperar sentada, ansiosa y a la defensiva, dijo que debo comunicarme. Hacer notar mi presencia. Dijo que debo hacer una declaración. Ocupar un lugar en la mesa. E intentar forjar alianzas antes de comenzar a atacar. Conectar con los otros cinco comandantes supremos alrededor del mundo.

Porque yo hablo por América del Norte, pero ¿qué hay del resto del mundo? ¿Qué hay de América del Sur? ¿De Europa? ¿Asia? ¿África? ¿Oceanía?

«Organiza una conferencia internacional de líderes», dijo él.

Habla.

«Primero intenta alcanzar la paz», dijo él.

«Deben estar muertos de curiosidad», me dijo Castle. «¿Una chica de diecisiete años toma el poder en América del Norte? ¿Una adolescente mata a

Anderson y se autoproclama autoridad de este continente? Señorita Ferrars, ¡debe saber que en este momento tiene una gran ventaja! ¡Úsela a su favor!».

«¿Yo?», dije, perpleja. «¿Cómo tengo una ventaja?».

Castle suspiró.

«Sin duda es valiente para su edad, señorita Ferrars, pero lamento ver su juventud tan intrínseca mente ligada a su inexperiencia. Trataré de decirlo de un modo sencillo: posee fuerza sobrehumana, piel práctica mente invencible, un toque letal, solo diecisiete años, y se ha ocupado sola del déspota de esta nación. ¿Y aún duda de que sea capaz de intimidar al mundo?».

Me estremecí.

«Viejas costumbres, Castle», dije en voz baja. «Malos hábitos. Tienes razón, por supuesto. Claro que la tienes».

Me miró directamente a los ojos con firmeza.

«Debe comprender que el silencio unánime y colectivo de sus enemigos no es una coincidencia. Sin duda han estado en contacto entre ellos, sin duda han acordado comportarse así, porque están esperando ver qué hará usted a continuación». Movió la cabeza de lado a lado. «Están esperando su próximo movimiento, señorita Ferrars. Le imploro que haga que sea bueno».

Así que estoy aprendiendo.

Hice lo que él sugirió y hace tres días envié un mensaje a través de Delalieu y contacté a los otros cinco comandantes supremos del Restablecimiento. Los invité a venir aquí, al Sector 45, para una conferencia de líderes internacionales el mes próximo.

Solo quince minutos antes de que Kenji irrumpiera en mi habitación, había recibido la primera confirmación de asistencia.

Oceanía ha dicho que sí.

No estoy segura de lo que significa.

WARNER

No he sido yo mismo últimamente.

La verdad es que no me he sentido yo mismo desde hace mucho tiempo; tal es así que he comenzado a preguntarme si alguna vez realmente lo supe. Miro sin parpadear el espejo, el ruido de la maquinilla para cortar pelo suena en la habitación. Mi cara solo se refleja a media luz en mi dirección, pero es suficiente para ver que he perdido peso. Tengo las mejillas hundidas; los ojos más grandes; los pómulos más pronunciados. Mis movimientos son tristes y mecánicos a la vez mientras corto mi propio pelo, los restos de mi vanidad caen a mis pies.

Mi padre está muerto.

Cierro los ojos, armándome de valor para recibir la tensión indeseada en mi pecho, la maquinilla aún zumba dentro de mi puño apretado.

Mi padre está muerto.

Solo han pasado poco más de dos semanas desde que lo mataron, alguien que quiso le disparó dos veces en la frente. Ella estaba haciéndome un favor al matarlo. Ella fue más valiente de lo que yo jamás sería y apretó el gatillo cuando yo nunca podría haberlo hecho. Él era un monstruo. Él merecía algo peor.

Y, sin embargo...

Este dolor.

Respiro, tenso, y parpadeo hasta abrir los ojos, agradecido de tener tiempo de estar solo; agradecido, en cierto modo, por la oportunidad de hacer trizas algo, cualquier parte de mi carne. Hay una catarsis extraña en esto.

Mi madre está muerta, pienso, mientras arrastro la cuchilla eléctrica sobre mi cráneo. *Mi padre está muerto*, pienso, mientras el pelo cae al suelo. Todo lo que fui, todo lo que hice, todo lo que soy, fue creado por el cruce de sus acciones e inacciones.

«¿Quién soy en su ausencia?», me pregunto.

Con la cabeza rapada y la maquinilla apagada, apoyo las palmas sobre el borde del tocador e inclino el cuerpo hacia delante, todavía intento ver un

atisbo del hombre en el que me he convertido. Me siento viejo e inquieto, mi corazón y mi mente están en guerra. Las últimas palabras que le dije a mi padre...

—Oye.

Mi corazón acelera el pulso mientras me vuelvo; finjo despreocupación durante un instante.

—Hola —digo, obligando a mis extremidades a moverse despacio, a ser firmes mientras quito recortes de pelo errantes de mis hombros.

Ella me mira con los ojos abiertos de par en par, preciosos y preocupados. Recuerdo sonreír.

—¿Cómo estoy? Espero que no demasiado horrible.

—Aaron —dice ella en voz baja—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondo y miro de nuevo el espejo.

Deslizo una mano sobre el centímetro de pelo suave y puntagudo que me queda y me sorprende cómo el corte logra hacerme parecer más severo —y más frío— que antes.

—Aunque confieso que no me reconozco del todo —añado en voz alta, intentando reír. Estoy de pie en medio del baño en calzoncillos. Mi cuerpo nunca ha estado más fibroso, las líneas definidas de los músculos nunca han estado más marcadas; y la crudeza de mi cuerpo ahora está en igualdad con el corte de pelo rígido de un modo que parece casi incivilizado... y tan distinto a mí que debo apartar la mirada.

Juliette ahora está frente a mí.

Sus manos se apoyan en mis caderas y tira de mí hacia adelante; me tambaleo un poco mientras sigo su movimiento.

—¿Qué haces? —comienzo a decir, pero cuando la miro a los ojos encuentro ternura y preocupación. Algo en mí se derrite. Mis hombros se relajan y la acerco a mí mientras respiro hondo.

—¿Cuándo hablaremos al respecto? —Pregunta contra mi pecho—. ¿De todo? Todo lo que ha ocurrido...

Me encojo.

—Aaron.

—Estoy bien —miento—. Es solo pelo.

—Sabes que no estoy hablando de eso.

Aparto la mirada. Miro la nada. Ambos permanecemos en silencio un instante. Juliette es quien por fin rompe el silencio.

—¿Estás enfadado conmigo? —susurra ella—. ¿Porque le disparé?

Mi cuerpo se paraliza.

Ella abre los ojos de par en par.

—No; *no*. —Pronuncio las palabras demasiado rápido, pero hablo en serio
—. No, por supuesto que no. No es eso.

Juliette suspira.

—No sé si eres consciente de esto —dice ella por fin—, pero está bien que llores la pérdida de tu padre aunque él fuera una persona horrible, ¿sabes?

—Alza la vista y me mira—. No eres un robot.

Trago en contra del nudo que crece en mi garganta y me libero despacio de sus brazos. Beso su mejilla y permanezco allí, piel contra piel, solo durante un segundo.

—Necesito darme una ducha.

Ella parece desconsolada y confundida, pero no sé qué más hacer. No es que no quiera su compañía, pero en este momento estoy desesperado por estar solo y no sé qué otra cosa hacer.

Así que me ducho. Me doy baños de inmersión. Camino largos paseos.
Suelo hacerlo mucho.

* * *

Cuando por fin voy a la cama, ella ya está dormida.

Quiero abrazarla, acercar su cuerpo cálido y suave al mío, pero me siento paralizado. Este horrible duelo a medias me ha hecho sentir cómplice en la oscuridad. Me preocupa que mi tristeza sea interpretada como aval de las acciones de mi padre, de su mera existencia, y no quiero que me malinterpreten, así que no puedo admitir que lloro su muerte, que me importa la pérdida de ese hombre monstruoso que me crió. Y en la ausencia de acciones saludables permanezco paralizado, una roca sensible tras la muerte de mi padre.

¿Estás enfadado conmigo? ¿Porque le disparé?

Lo odio.

Lo odio con una intensidad violenta que nunca he experimentado antes. Pero me doy cuenta de que el fuego del odio verdadero no puede existir sin el oxígeno del afecto. No sufriría tanto u odiaría tanto si no me importara.

Y eso, mi afecto no correspondido por mi padre, siempre ha sido mi mayor debilidad. Así que permanezco recostado allí, sumergido en una angustia de la cual nunca puedo hablar, mientras el arrepentimiento consume mi corazón.

Soy un huérfano.

—¿Aaron? —susurra ella y regreso al presente.

—¿Sí, amor?

Hace un movimiento lateral somnoliento y empuja mi brazo con su cabeza. No puedo evitar sonreír mientras me extiendo para hacerle lugar contra mi cuerpo. Ella llena el vacío rápido, y presiona su rostro contra mi cuello mientras envuelve mi cintura con un brazo. Cierro los ojos como en una plegaria. Mi corazón se reinicia.

—Te echo de menos —dice ella. Es un susurro que por poco no escucho.

—Estoy aquí —respondo, acariciando su mejilla—. Estoy aquí mismo, amor.

Pero ella mueve la cabeza de lado a lado. Incluso cuando la acerco más a mí, incluso cuando vuelve a conciliar el sueño, mueve la cabeza de un lado a otro.

Y me pregunto si no tiene razón.

JULIETTE

Desayuno sola esta mañana; pero no me siento en soledad.

La sala de desayuno está llena de caras familiares, todos nos ponemos al día con algo: sueño, trabajo, conversaciones sin terminar. Los niveles de energía del lugar siempre dependen de la cantidad de cafeína que hayamos consumido y, ahora mismo, todo permanece bastante tranquilo.

Brendan, quien ha estado utilizando la misma taza de café toda la mañana, me ve y saluda con la mano. Le devuelvo el gesto. Él es el único entre nosotros que no necesita cafeína realmente; su don para generar electricidad también funciona como un generador de repuesto para todo su cuerpo. Es la exuberancia en persona. De hecho, su cabello blanco y sus gélidos ojos azules parecen emanar su propia clase de energía, aun desde el extremo opuesto de la sala. Comienzo a pensar que Brendan guarda las apariencias con la taza de café más que nada como un gesto solidario hacia Winston, quien parece incapaz de sobrevivir sin la infusión. Los dos son inseparables estos días, incluso aunque Winston a veces resiente el optimismo innato de Brendan.

Han vivido muchas cosas juntos. Todos lo hemos hecho.

Brendan y Winston están sentados con Alia, que tiene su cuaderno de dibujo abierto a un lado; sin duda está diseñando algo nuevo y maravilloso para ayudarnos en la batalla. Estoy demasiado cansada para moverme, de otra forma, me uniría al grupo; en cambio, apoyo el mentón en una mano y observo las caras de mis amigos, sintiéndome agradecida. Pero las cicatrices en las caras de Brendan y Winston me recuerdan una época que preferiría no recordar... una época en la que pensamos que los habíamos perdido. Cuando habíamos perdido otros dos. Y, de pronto, mis pensamientos son demasiado turbios para el desayuno. Así que aparto la mirada. Tamborileo los dedos sobre la mesa.

Se supone que debo reunirme con Kenji para desayunar (así comenzamos nuestro día laboral), y ese es el único motivo por el cual no he cogido mi propio plato de comida. Por desgracia, el retraso de Kenji comienza a hacer

que mi estómago gruña. Todos los presentes en la sala cortan pilas frescas de tortitas esponjosas que parecen deliciosas.

Todo es tentador: las jarras diminutas con jarabe de arce; las pilas humeantes de patatas para desayunar; los cuencos pequeños de fruta fresca cortada. Al menos matar a Anderson y tomar el control del Sector 45 nos ha dado opciones de desayuno mucho mejores. Pero creo que tal vez somos los únicos que aprecian la mejoría.

Warner nunca desayuna con nosotros. Prácticamente nunca deja de trabajar, ni siquiera para comer. El desayuno es otra reunión para él, y lo comparte con Delalieu, ellos dos solos, y aun así no estoy segura de que realmente coma algo. Warner nunca parece disfrutar la comida. Para él, la comida es combustible (necesario y, la mayor parte del tiempo, molesto) que su cuerpo requiere para funcionar. Una vez, mientras él estaba profundamente inmerso en unos papeles importantes durante la cena, coloqué una galleta en un plato frente a él solo para ver qué ocurriría. Él alzó la vista hacia mí, miró de nuevo su trabajo, susurró un *gracias* y se comió la galleta con cuchillo y tenedor. Ni siquiera pareció disfrutarla. Aquello, de más está decir, hace que sea el opuesto absoluto de Kenji, a quien le encanta comer de todo, todo el tiempo, y quien después de observar a Warner comer esa galleta, me dijo que sentía ganas de llorar.

Hablando de Kenji, es más que extraño que me abandone esta mañana, y comienzo a preocuparme. Estoy a punto de mirar el reloj por tercera vez cuando, de pronto, Adam aparece de pie junto a mi mesa; da la sensación de estar incómodo.

—Hola —digo, elevando un poco de más la voz—. ¿Cómo...? Em... ¿cómo estás?

Adam y yo hemos interactuado algunas veces en las últimas dos semanas, pero siempre ha sido de casualidad. De más está decir que es inusual que Adam esté de pie frente a mí a propósito, y me sorprende tanto verlo que, por un instante, por poco omito lo evidente:

Parece estar mal.

Hostil. Cansado. Más que un poco exhausto. De hecho, si no lo hubiera conocido mejor, habría jurado que Adam había estado llorando. No a causa de nuestra relación fallida, espero.

Aun así, el viejo instinto me carcome, tira de los antiguos hilos del corazón.

Hablamos al mismo tiempo:

—¿Estás bien...? —pregunto.

—Castle quiere hablar contigo —dice él.

—¿Castle *te* ha enviado a buscarme? —digo, olvidando los sentimientos.

Adam se encoge de hombros.

—Supongo que pasé por su habitación en el momento indicado.

—Ehh... De acuerdo. —Intento sonreír. Castle siempre intenta arreglar las cosas entre Adam y yo; no le gusta la tensión—. ¿Dijo que quería verme ahora mismo?

—Síp. —Adam coloca las manos en los bolsillos—. De inmediato.

—Bueno —digo, y todo parece incómodo. Adam solo permanece allí de pie mientras reúno mis pertenencias y quiero decirle que se marche, que deje de mirarme, que esto es extraño, que rompimos hace un siglo y que fue *extraño*, que lo hizo *muy incómodo*, pero luego me doy cuenta de que él no está mirándome. Mira el suelo como si estuviera atascado, perdido en sus pensamientos.

—Oye... ¿estás bien? —repito, esta vez con amabilidad.

Adam alza la vista, sorprendido.

—¿Qué? —dice—. Qué, ah... Sí, estoy bien. Oye, ¿sabes, eh...? —Tose y mira a su alrededor—. ¿Sabes, ehh...?

—¿Si sé qué?

Adam se balancea sobre sus talones y recorre la habitación con la mirada.

—Warner nunca está aquí para desayunar, ¿eh?

Alzo las cejas hasta lo alto de mi frente.

—¿Buscas a Warner?

—¿Qué? No. Solo, ehh, me lo preguntaba. Nunca está aquí, ¿sabes? Es extraño.

Lo miro.

—No es tan raro —digo despacio, observando el rostro de Adam—. Warner no tiene tiempo para desayunar con nosotros. Siempre está trabajando.

—Ah —responde Adam y la palabra parece desinflarlo—. Qué pena.

—¿De verdad? —Frunzo el ceño.

Pero Adam no parece escucharme. Llama a James, que está limpiando su bandeja del desayuno, los dos se encuentran en el medio de la habitación y después desaparecen.

No sé qué hacen en todo el día. Nunca lo he preguntado.

* * *

El misterio de la ausencia de Kenji en el desayuno se resuelve en cuanto llego a la puerta de Castle: los dos están aquí, trabajando juntos.

Llamo a la puerta por cortesía.

—Hola —digo—. ¿Quería verme?

—Sí, sí, señorita Ferrars —dice Castle con entusiasmo. Se pone de pie e indica con la mano que entre—. Por favor, tome asiento. Y por favor —hace un gesto detrás de mí—, cierre la puerta.

De inmediato siento nervios.

Me adentro con paso vacilante a la oficina improvisada de Castle y miro rápido a Kenji, cuyo rostro inexpresivo no ayuda en absoluto a disipar mis miedos.

—¿Qué sucede? —pregunto. Y luego, añado solo para Kenji—: ¿Por qué no has venido a desayunar?

Castle me invita a sentarme moviendo la mano.

Lo hago.

—Señorita Ferrars —dice con urgencia—. ¿Tiene noticias de Oceanía?

—¿Disculpe?

—La invitación. Recibió la primera confirmación, ¿verdad?

—Sí, así es —digo despacio—. Pero se supone que nadie está al tanto aún... Pensaba contárselo a Kenji en el desayuno esta mañana.

—Tonterías. —Castle me interrumpe—. Todos lo saben. El señor Warner sin duda lo sabe. Y el teniente Delalieu lo sabe.

—¿Qué? —Miro a Kenji, quien se encoge de hombros—. ¿Cómo es posible?

—No se sorprenda con tanta facilidad, señorita Ferrars. Obviamente, controlan toda su correspondencia.

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué?

Castle hace un movimiento de frustración con la mano.

—El tiempo apremia, así que, si es tan amable, realmente quisiera.

—¿*Por qué* el tiempo apremia? —digo, molesta—. ¿Cómo se supone que debo ayudarlo cuando ni siquiera sé de qué habla?

Castle sujetó el puente de su nariz.

—Kenji —dice, de pronto—. ¿Podrías dejarnos solos, por favor?

—Síp. —Kenji se pone de pie rápido y hace un saludo militar burlón. Camina hacia la puerta.

—Espera. —Sujeto su brazo—. ¿Qué está pasando?

—No tengo ni idea, niña. —Kenji ríe y libera su brazo—. Esta conversación no me concierne. Castle me llamó antes para hablar sobre vacas.

—¿Vacas?

—Sí, ya sabes —alza una ceja—, ganado. Me ha enviado a hacer un reconocimiento de cientos de hectáreas de campos que el Restablecimiento ha mantenido fuera del radar. Cientos y cientos de vacas.

—Fascinante.

—De hecho, lo es. —Sus ojos se iluminan—. El metano hace que sea bastante fácil rastrearlas a todas. Hace que uno se pregunte por qué no harían algo para evitar que.

—¿Metano? —digo, confundida—. ¿No es un tipo de gas?

—Asumo que no sabes mucho sobre la mierda de vaca.

Lo ignoro. En cambio, digo:

—Entonces, ¿por eso no has estado en el desayuno esta mañana? ¿Porque estabas observando estiércol de vaca?

—Básicamente.

—Bueno —digo—. Al menos eso explica el olor.

A Kenji le lleva un segundo comprenderlo, pero, cuando lo hace, entrecierra los ojos. Toca mi frente con un dedo.

—Irás directo al infierno, ¿sabes?

Esbozo una gran sonrisa.

—¿Nos vemos luego? Todavía quiero hacer nuestra caminata matutina.

Él emite un gruñido evasivo.

—Vamos —digo—. Será divertido esta vez, lo prometo.

—Ah, sí, muy divertido. —Kenji pone los ojos en blanco mientras se vuelve y le dedica otro saludo con dos dedos a Castle—. Hasta luego, señor.

Castle asiente como despedida, con una gran sonrisa en la cara.

A Kenji le lleva un minuto salir de una vez por todas y cerrar la puerta, pero en el transcurso de ese minuto, el rostro de Castle se transforma. Su sonrisa relajada, sus ojos entusiastas... desaparecen. Ahora que él y yo estamos completamente a solas, Castle parece un poco perturbado, un poco más serio. Quizás incluso... ¿asustado?

Y va directo al grano.

—Cuando llegó la confirmación, ¿qué dijiste? ¿Había algo llamativo en la nota?

—No. —Frunzo el ceño—. No lo sé. Si controlan toda mi correspondencia, ¿no sabría ya la respuesta a esa pregunta?

—Claro que no. No soy yo quien rastrea tu correo.

—Entonces, ¿quién lo hace? ¿Warner?

Castle solo me mira.

—Señorita Ferrars, hay algo profundamente inusual en esa respuesta. —

Vacila—. En especial, porque es su primera y por ahora única confirmación de asistencia.

—De acuerdo —digo confundida—. ¿Qué tiene de inusual?

Castle mira sus manos. Luego, la pared.

—¿Qué sabe sobre Oceanía?

—Muy poco.

—¿Cómo de poco?

Me encojo de hombros.

—Puedo señalar su ubicación en un mapa.

—¿Y nunca ha estado allí?

—¿Habla en serio? —Le dedico una mirada incrédula—. Por supuesto que no. Nunca he ido a ninguna parte, ¿recuerda? Mis padres me sacaron de la escuela. Me pasaron por el sistema. Después me arrojaron a un manicomio.

Castle respira hondo. Cierra los ojos mientras dice con mucha cautela:

—¿Había cualquier cosa llamativa en la nota que recibió de la comandante suprema de Oceanía?

—No —digo—. No realmente.

—¿No realmente?

—Supongo que era un poco informal? Pero no creo que.

—¿Informal en qué sentido?

Aparto la mirada, recordando.

—El mensaje era muy breve —explico—. Decía: No puedo esperar a verte, sin firma ni nada.

—¿«No puedo esperar a verte»? —De pronto, Castle parece confundido.

»No decía: no puedo esperar a *conocerte* —señala él—, sino no puedo esperar a *verte*. Asiento de nuevo.

—Como dije, era un poco informal. Pero al menos fue amable. Lo cual creo que es una señal positiva, considerando la situación.

Castle suspira con fuerza mientras gira en su silla. Ahora mira la pared, con los dedos juntos debajo del mentón. Observo los ángulos afilados de su perfil cuando él dice en voz baja:

—Señorita Ferrars, ¿cuánto le ha contado el señor Warner sobre el Restablecimiento?

WARNER

Estoy sentado solo en la sala de conferencias, deslizando sin pensar una mano sobre mi nuevo corte de pelo, cuando Delalieu llega. Arrastra un pequeño carrito de café detrás de él y lleva una sonrisa poco entusiasta y temblorosa de la que he llegado a depender. Nuestros días laborales han estado más ocupados que nunca últimamente; por suerte, nunca hemos tenido tiempo para discutir los detalles incómodos de los eventos recientes, y dudo que alguna vez lo hagamos.

Por ello estoy eternamente agradecido.

Estar aquí, con Delalieu, es como estar en un lugar seguro, donde puedo fingir que las cosas en mi vida han cambiado muy poco.

Aún soy comandante en jefe y regente de los soldados del Sector 45; aún es mi deber organizar y liderar a aquellos que nos ayudarán a luchar contra el resto del Restablecimiento. Y ese rol conlleva una responsabilidad. Hemos tenido muchas reestructuraciones que hacer mientras coordinamos nuestros próximos movimientos, y Delalieu ha sido esencial para esa tarea.

—Buenos días, señor.

Asiento a modo de saludo mientras él sirve una taza de café para cada uno. Un teniente como él no necesita servir su propio café por la mañana, pero hemos llegado a preferir la privacidad.

Bebo un sorbo del líquido negro (hace poco he aprendido a disfrutar su sabor característico y amargo) y me reclino en la silla.

—¿Novedades?

Delalieu carraspea.

—Sí, señor —dice y apoya con rapidez su café de nuevo sobre el plato, volcando un poco de líquido—. Hay bastantes esta mañana, señor.

Lo miro inclinando la cabeza.

—La construcción del nuevo centro de mando marcha bien. Esperamos que terminen con todos los detalles las próximas dos semanas, pero las habitaciones privadas estarán listas para ocupar mañana.

—Bien. —Nuestro nuevo equipo, bajo la supervisión de Juliette, ahora consta de muchas personas, con muchos departamentos que administrar y, a excepción de Castle, quien ha creado una pequeña oficina para sí mismo en el piso superior, todos han estado utilizando mis instalaciones de entrenamiento personales como su cuartel central. Y aunque aquella había parecido una idea práctica al inicio, mis instalaciones de entrenamiento son solo accesibles a través de mi habitación privada; y ahora que el grupo vive libremente en la base, suelen irrumpir y salir de mi habitación sin anunciarse.

De más está decir que eso está volviéndome loco.

—¿Qué más?

Delalieu mira su lista y dice:

—Por fin hemos logrado obtener los archivos de su padre, señor. Ha llevado todo este tiempo localizarlos y recuperarlos, pero he dejado las cajas en su habitación, señor, para que las abra cuando quiera. Pensé... — Carraspea—. Pensé que quizás le gustaría echarle un vistazo a sus pertenencias personales restantes antes de que las herede nuestro nuevo comandante supremo.

El pavor frío y pesado invade mi cuerpo.

—Me temo que hay mucho que revisar —continúa diciendo Delalieu—. Todas sus bitácoras diarias. Cada informe que ha escrito. Incluso hemos logrado localizar algunos de sus diarios personales. —Delalieu vacila. Y luego, en un tono que solo yo sé cómo descifrar—: Espero que sus anotaciones sean útiles para usted, de algún modo.

Alzo la vista y miro a Delalieu a los ojos. Hay preocupación en ellos. Inquietud.

—Gracias —respondo en voz baja—. Por poco lo había olvidado.

Un silencio incómodo aparece entre nosotros y, por un instante, ninguno de los dos sabe exactamente qué decir. Aún no hemos hablado sobre la muerte de mi padre. La muerte del yerno de Delalieu. El esposo horrible de su hija fallecida, mi madre. Nunca hablamos sobre el hecho de que Delalieu es mi abuelo. De que él es la única clase de padre que me queda en el mundo.

No hacemos esas cosas.

Así que, con una voz exaltada y antinatural, Delalieu intenta retomar el hilo de la conversación.

—Oceanía ha dicho, como estoy seguro de que ha escuchado, señor, que asistirá a la reunión organizada por nuestra señora, la comandante suprema.

Asiento.

—Pero los otros —dice él, las palabras ahora salen veloces de su boca— no responderán hasta que hayan hablado con usted, señor.

Ante aquello, abro los ojos de par en par de modo perceptible.

—Están... —Delalieu carraspea de nuevo—. Bueno, señor, como sabe, todos son viejos amigos de la familia y ellos... bueno, ellos.

—Sí —susurro—. Por supuesto.

Aparo la vista hacia la pared. De pronto, siento que mi mandíbula está cerrada de frustración. He estado esperando esto en secreto. Pero después de dos semanas de silencio, la verdad es que había empezado a pensar que quizás continuarían haciéndose los tontos. No ha habido comunicación con esos viejos amigos de mi padre, ninguna oferta de condolencias, ninguna rosa blanca, ninguna tarjeta de pésame. Ninguna carta, como era nuestro ritual diario, de las familias que había conocido de niño, las familias responsables del infierno en el que vivimos ahora. Creí felizmente, compasivamente, que me habían apartado.

Aparentemente, no.

Aparentemente, la traición no es un crimen lo bastante serio como para que me dejen en paz. Aparentemente, las caras cotidianas en donde expresaba mi «grotesca obsesión con un experimento» no eran razón suficiente para expulsarme del grupo. Mi padre adoraba quejarse en voz alta, adoraba compartir sus muchas penas y desaprobaciones con sus viejos amigos, las únicas personas vivas que lo conocían cara a cara. Y todos los días me humillaba frente a las personas que conocíamos. Hacía que mi mundo, mis pensamientos y mis sentimientos parecieran inferiores. Patéticos. Y cada día yo había contado las cartas que se apilaban en mi correo, textos largos de sus viejos amigos rogando que viera la *razón*, como ellos decían. Que recordara quién era yo. Que dejara de avergonzar a mi familia. Que escuchara a mi padre. Que creciera, que fuera un hombre y que dejara de llorar por mi madre enferma.

No, esos lazos son demasiado profundos.

Cierro fuerte los ojos para reprimir el aluvión de caras, de recuerdos de mi infancia, mientras digo:

—Diles que me pondré en contacto.

—No será necesario, señor —responde Delalieu.

—¿Disculpa?

—Lo hijos de Ibrahim ya están *en camino*.

Sucede con rapidez: una parálisis repentina y breve en mis extremidades.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, a duras penas logro mantener la calma
—. ¿En camino hacia dónde? ¿Aquí?

Delalieu asiente.

Una oleada de calor invade mi cuerpo tan rápido que ni siquiera noto que estoy de pie hasta que tengo que sujetar la mesa para no perder el equilibrio.

—Cómo se *atreven* —digo; de alguna forma aún me aferro al límite de la compostura—. Su absoluta falta de respeto... Sentir que tienen derecho a...

—Sí, señor, lo comprendo, señor —dice Delalieu; parece aterrado ahora—. Pero, como sabe, así se comportan las familias supremas, señor. Es una larga tradición. Un rechazo de mi parte habría sido interpretado como un acto abierto de hostilidad... y la Comandante Suprema me ha ordenado ser diplomático durante el mayor tiempo posible, así que pensé... pensé... Uh, lo siento mucho, señor...

—Ella no sabe con quién está lidiando —replico con brusquedad—. No existe la diplomacia con estas personas. Quizás nuestra nueva comandante suprema no tiene manera de saber esto, pero tú —digo, más decepcionado que furioso—, tú deberías haberlo sabido. Habría valido la pena ir a la guerra para evitar esto.

No alzo la vista para ver su cara cuando dice, con voz temblorosa:

—Lo siento muchísimo, señor.

Sin duda es una larga tradición.

El derecho a ir y venir fue una práctica que se había aceptado hacía mucho tiempo. Las familias supremas siempre eran bienvenidas en las tierras de los demás en cualquier momento, sin necesidad de invitación. Mientras el movimiento era joven y los niños también, nuestras familias se consolidaron rápido. Y ahora esas familias, y sus hijos, gobiernan el mundo.

Aquella fue mi vida durante mucho tiempo. El martes, cita de juegos en Europa; el viernes, una cena en América del Sur. Nuestros padres, todos locos.

Los únicos *amigos* que conocí tenían familias aún más desquiciadas que la mía. No quiero verlos de nuevo nunca más.

Sin embargo...

Dios santo, debo avisar a Juliette.

—En cuanto a... en cuanto al asunto de... de los civiles —parlotea Delalieu—, he estado comunicándome con Castle por... por pedido suyo, señor, para decidir cuál es la mejor manera de proceder con la transición fuera del establecimiento...

Pero el resto de nuestra mañana pasa como una mancha difusa.

* * *

Cuando por fin logro librarme de la sombra de Delalieu, me voy directamente a mi propia habitación. Juliette suele estar allí a esta hora del día, y espero encontrarla para ponerla sobre aviso antes de que sea demasiado tarde.

Demasiado pronto, me interceptan.

—Uh, mmm, hola...

Alzo la vista, distraído, y me detengo de golpe. Abro los ojos levemente.

—Kent —digo en voz baja.

Una mirada veloz es todo lo que necesito para saber que él no está bien. De hecho, parece estar fatal. Más delgado que nunca; con círculos negros bajo los ojos. Completamente exhausto.

Me pregunto si yo estoy igual para él.

—Me preguntaba —dice y aparta la vista, arrugando el gesto. Carraspea

—. Me, eh... —Carraspea de nuevo—. Me preguntaba si podemos hablar.

Siento que mi pecho se tensa. Lo miro un instante, observo sus hombros rígidos, su pelo despeinado, sus uñas profundamente mordidas. Me ve observando y coloca con rapidez las manos en los bolsillos. A duras penas puede mirarme a los ojos.

—Hablar —logro decir.

Él asiente.

Exhalo en silencio, despacio. No hemos hablado ni una palabra desde que descubrí que éramos hermanos, hace casi tres semanas. Creí que el estallido emocional de la tarde había terminado tan bien como podría esperarse, pero habían pasado tantas cosas desde esa noche. No hemos tenido la oportunidad de abrir de nuevo esa herida.

—Hablar —repito—. Por supuesto.

Y, de pronto, siento la obligación de hacer una pregunta que nos perturba a los dos:

—¿Estás bien?

Él alza la vista, sorprendido. Sus ojos azules son redondos y rojizos, inyectados en sangre. Su nuez de Adán tambalea en su garganta.

—No sé con quién más hablar de esto —susurra—. No conozco a nadie más que pudiera siquiera comprender...

Y lo hago. De inmediato.

Lo comprendo.

Cuando sus ojos se vuelven vidriosos abruptamente por la emoción; cuando sus hombros tiemblan aunque intenta permanecer quieto.

Siento que mis propios huesos tiritan.

—Por supuesto —digo, sorprendiéndome a mí mismo—. Ven conmigo.

JULIETTE

Hoy es otro día frío, solo hay ruinas plateadas y destrucción cubierta de nieve. Despierto cada mañana con la esperanza de ver siquiera un atisbo de luz solar, pero la mordida del aire continúa siendo despiadada mientras hunde sus dientes famélicos en nuestra carne. Por fin hemos dejado lo peor del invierno atrás, pero incluso estas primeras semanas de marzo son inhumanamente heladas. Subo mi abrigo hasta el cuello y me aferro a la tela.

Kenji y yo estamos haciendo lo que se ha convertido en nuestro paseo cotidiano alrededor de las extensiones olvidadas del Sector 45. Ha sido extraño y liberador a la vez ser capaz de caminar con tanta libertad en el aire fresco. Extraño, porque no puedo dejar la base sin la compañía de una tropa pequeña como protección; y liberador, porque es la primera vez que he sido capaz de familiarizarme con el terreno. Nunca había tenido la oportunidad de caminar con calma por las instalaciones; no tenía manera de ver, de primera mano, lo que le había sucedido exactamente a este mundo. Y ahora, ser capaz de caminar libremente, sin que nadie me cuestione...

Bueno, no del todo.

Miro por encima del hombro a los seis soldados que siguen cada uno de nuestros movimientos, con ametralladoras apretadas contra el pecho mientras marchan. Nadie sabe realmente qué hacer conmigo aún; Anderson tenía un sistema muy diferente como comandante supremo: él nunca mostraba su cara ante nadie, excepto ante aquellos que estaba a punto de matar, y nunca viajaba a ninguna parte sin su Guardia Suprema. Pero yo no tengo reglas al respecto y, hasta que decida exactamente cómo quiero gobernar, esta es mi situación actual:

Tengo niñeras desde el instante en que pongo un pie fuera.

Intento explicar que no necesito protección; intento recordarles a todos que poseo literalmente un toque letal, fuerza sobrehumana, invencibilidad funcional...

«Pero sería de mucha ayuda para los soldados», había explicado Warner, «si al menos hicieras los movimientos. Dependemos de las reglas, el control y

la disciplina constante en el ejército, y los soldados necesitan un sistema con el que contar, todo el tiempo», dijo él. «Continúa con la farsa. No podemos cambiar todo al mismo tiempo, amor. Nos desorientaría demasiado».

Así que aquí estoy.

Me siguen.

Warner ha sido mi guía constante las últimas semanas. Él me ha enseñado todos los días todas las cosas que su padre hacía y las cosas que él mismo tiene bajo su responsabilidad. Hay una cantidad infinita de taras que Warner necesita hacer todos los días solo para dirigir este sector; no importa la lista extraña (y aparentemente interminable) de cosas que yo necesito hacer para liderar un continente entero.

Mentiría si no dijera que, a veces, todo parece imposible.

Tuve un día, solo un día para exhalar y disfrutar del alivio de derrocar a Anderson y reclamar el Sector 45. Un día para dormir, un día para sonreír, un día para darme el lujo de imaginar un mundo mejor.

Fue al final del segundo día que descubrí a un Delalieu nervioso de pie detrás de mi puerta.

Parecía frenético.

«Comandante Suprema», había dicho él, una sonrisa desquiciada dibujada a medias en su cara. «Imagino que últimamente debe estar muy abrumada. Hay tanto por hacer». Bajó la mirada. Retorció las manos. «Pero me temo que, creo que...»

«¿Qué ocurre?», le había preguntado. «¿Algo va mal?».

«Bueno, Comandante Suprema, no he querido molestar... Ha vivido tantas cosas y ha necesitado tiempo para acostumbrarse...»

Miró la pared.

Esperé.

«Discúlpeme», dijo él. «Pero han pasado aproximadamente treinta y seis horas desde que ha tomado el control del continente y no ha visitado sus aposentos ni una sola vez», prosiguió apresurado. «Y ya ha recibido tanto correo que no sé dónde más ponerlo...»

—¿Qué?

Él se paralizó. Por fin miró mis ojos.

«¿A qué se refiere con *mis aposentos*? ¿Tengo *aposentos*?».

Delalieu parpadeó, perplejo.

«Por supuesto que tiene, señora. Los comandantes supremos poseen sus propias habitaciones en cada sector del continente. Tenemos un ala entera dedicada a sus oficinas. Allí es donde el anterior comandante supremo

Anderson solía hospedarse cada vez que nos visitaba en la base. Y como todos alrededor del mundo saben que usted ha convertido al Sector 45 en su residencia permanente, aquí es donde han enviado todo su correo, físico y digital. Es donde le entregarán sus informes de inteligencia todas las mañanas. Es donde los líderes de otros sectores han estado enviando sus informes diarios...»

«No habla en serio», dije, atónita.

«Hablo muy en serio, señora». Parecía desesperado. «Y me preocupa el mensaje que puede estar enviando al ignorar toda la correspondencia en esta etapa inicial». Apartó la mirada. «Discúlpeme. No era mi intención excederme. Solo. Sé que le gustaría hacer un esfuerzo por fortalecer sus relaciones internacionales... pero me preocupan las consecuencias que pueda enfrentar por romper tantos acuerdos continentales...»

«No, no, por supuesto. Gracias, Delalieu», dije; mi cabeza daba vueltas. «Gracias por hacérmelo saber. Estoy... estoy muy agradecida por su intervención. No tenía ni idea». Coloqué una mano sobre mi frente. «Pero ¿quizás mañana por la mañana?», dije. «¿Podría reunirse conmigo después de mi caminata matutina? ¿Para mostrarme dónde se encuentran mis habitaciones?».

«Por supuesto», dijo él con una ligera reverencia... «Sería un placer, Comandante Suprema».

«Gracias, teniente».

«No hay de qué, señora». Lucía tan aliviado. «Que tenga una noche agradable».

Trastabillé cuando me despedí de él, tropezando con mis pies, aturdida.

* * *

Nada ha cambiado mucho.

Mis zapatos rasguñan el asfalto, mis pies se golpean entre sí mientras me sobresalto en el presente. Doy un paso adelante con más seguridad, esta vez preparándome para otra ráfaga repentina y penetrante. Kenji me mira con preocupación. Lo miro, pero no lo veo realmente. Ahora miro detrás de él, entrecerrando los ojos por nada en particular. Mi mente continúa su curso, zumbando al ritmo del viento.

—¿Estás bien, niña?

Alzo la vista, miro de reojo a Kenji.

—Estoy bien, sí.

—Qué convincente.

Logro sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo.

—Entonces —dice Kenji, exhalando la palabra—. ¿De qué quería hablar Castle?

Aparto la vista, irritada durante un instante.

—No lo sé. Castle se está comportando de forma extraña.

Aquello llama la atención de Kenji. Castle es como un padre para él (y estoy bastante segura de que, si tuviera que elegir, Kenji preferiría a Castle antes que a mí), así que está claro dónde reside su lealtad cuando dice:

—¿A qué te refieres? ¿Por qué dices que Castle actúa de forma extraña? Parecía estar bien esta mañana.

Me encojo de hombros.

—Simplemente se ha vuelto un paranoico de repente. Y ha dicho algunas cosas respecto a Warner que... —Dejo de hablar. Muevo la cabeza de lado a lado—. No lo sé.

Kenji detiene el paso.

—Espera, ¿qué cosas ha dicho sobre Warner?

Me encojo de hombros de nuevo, aún enfadada.

—Piensa que Warner me oculta cosas. Bueno, no es que me esconda cosas exactamente... pero que hay mucho que no sé sobre él, ¿sabes? Así que yo estaba como «Si sabes tanto sobre Warner, ¿por qué no *me dices* lo que necesito saber sobre él?», y Castle dijo algo así como «No, blablablá el señor Warner debe decírtelo, blablablá». —Pongo los ojos en blanco—. Básicamente, me dijo que era raro que yo no supiera tanto sobre el pasado de Warner. Pero eso ni siquiera es cierto —digo, ahora mirando a Kenji—. Sé mucho sobre el pasado de Warner.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, no lo sé; sé todo sobre su madre.

Kenji ríe.

—No sabes una mierda sobre su madre.

—Claro que sí.

—Como digas, J., ni siquiera sabes el nombre de la mujer.

Ante eso, titubeo. Busco en mi mente la información, segura de que él debe haberlo mencionado...

Y no encuentro nada.

Miro a Kenji, sintiéndome inferior.

—Su nombre era Leila —dice él—. Leila Warner. Y solo lo sé porque Castle lo investigó. Teníamos archivos sobre todas las personas de interés en Punto Omega. Aunque nunca supe que ella tenía poderes que la enfermaban

—añade, pareciendo pensativo—. Anderson hizo un buen trabajo manteniendo aquello oculto.

—Eh. —Es todo lo que logro decir.

—Entonces, ¿por eso pensabas que Castle estaba comportándose de modo extraño? —pregunta Kenji—. ¿Porque señaló, con toda la razón del mundo, que no sabes nada sobre la vida de tu novio?

—No seas malo —digo en voz baja—. Sé algunas cosas.

Pero la verdad es que no sé mucho.

Lo que Castle me dijo esta mañana tocó una fibra sensible. Mentiría si dijera que no me preguntó, todo el tiempo, cómo era la vida de Warner antes de que yo lo conociera. De hecho, pienso a menudo en ese día, ese horrible y terrible día, en la bonita casa azul de Sycamore, la casa donde Anderson me disparó en el pecho.

Estábamos solos, Anderson y yo.

Nunca le conté a Warner lo que su padre me dijo aquel día, pero nunca lo he olvidado. En cambio, intenté ignorarlo, convencerme de que Anderson estaba jugando con mi mente para confundirme e inmovilizarme. Pero sin importar cuántas veces haya reproducido la conversación en mi cabeza, intentando desesperadamente desglosarla y restarle importancia, nunca he sido capaz de olvidar la sensación de que, quizás, solo quizás, no fue todo para aparentar. Quizás Anderson me dijo la verdad.

Aún puedo ver la sonrisa en su cara mientras lo decía. Aún oigo el tono musical de su voz. Estaba disfrutándolo. Atormentándome.

¿Te ha contado cuántos soldados querían estar a cargo del Sector 45? ¿Entre cuántos candidatos excelentes tuvimos que elegir? ¡Él tenía apenas dieciocho años!

¿Te ha contado alguna vez qué tuvo que hacer para probar que era digno del puesto?

Mi corazón acelera el pulso en mi pecho mientras recuerdo, y cierro los ojos, mis pulmones se anudan...

¿Alguna vez te ha contado lo que lo obligué a hacer para que se lo ganara?

No.

Sospecho que él no quiso mencionar esa parte, ¿verdad? Estoy seguro de que no quiso incluir esa parte de su pasado, ¿verdad?

No.

Nunca me lo contó. Y nunca se lo he preguntado.

Creo que no quiero saberlo nunca.

No te preocunes, dijo Anderson en ese entonces. No te voy a arruinar la historia. Lo mejor es dejar que él comparta esos detalles contigo.

* * *

Y ahora, esta mañana, obtengo la misma frase de Castle:

«No, señorita Ferrars», había dicho Castle, negándose a mirarme a los ojos. «No, no, no me corresponde decírselo. El señor Warner necesita ser quien le cuente las historias de su vida. No yo».

«No lo comprendo», dije, frustrada. «¿Cómo es siquiera relevante? ¿Por qué de pronto le importa el pasado de Warner? ¿Y qué tiene que ver con la confirmación de asistencia de Oceanía?».

«Warner conoce a los otros comandantes», dijo Castle. «Conoce a las otras familias supremas. Sabe cómo opera el Restablecimiento desde dentro. Y aún hay mucho que necesita contarle». Movió la cabeza de lado a lado. «La respuesta de Oceanía es profundamente inusual, señorita Ferrars, por el simple motivo de que es la única respuesta que ha recibido. Estoy muy seguro de que los movimientos realizados por estos comandantes no solo están coordinados, sino que también son intencionales, y cada segundo me preocupa más que aquí haya un mensaje completamente distinto... uno que aún intento traducir».

En ese entonces lo sentí, sentí mi temperatura aumentando, mi mandíbula tensándose mientras la furia se apoderaba de mí.

«Pero ¡usted fue quien me dijo que contactara a todos los comandantes supremos! ¡Fue su idea! ¿Y ahora le aterra que alguien haya respondido? ¿Qué...?»

Y entonces, de pronto, lo comprendí.

Mis palabras sonaron suaves y sorprendidas cuando hablé:

«Dios mío, creyó que no recibiría respuestas, ¿verdad?».

Castle tragó saliva. No dijo nada.

«*¿Creía que nadie me respondería?*», dije, subiendo el tono de voz.

«Señorita Ferrars, debe entender que...»

«*Por qué juega conmigo, Castle?*». Apreté los puños. «*¿Qué está haciendo?*».

«No juego con usted», dijo él, las palabras salían a toda prisa. «Solo... pensé...», continuó, gesticulando mucho. «Fue un ejercicio. Un experimento...»

Sentí destellos de calor centelleando detrás de mis ojos. La furia anidó en mi garganta, vibró por mi columna vertebral. Sentía la ira creciendo en mi

interior y tuve que usar todas mis fuerzas para contenerla.

«Ya no soy el experimento de nadie», repliqué. «Y necesito saber qué diablos está sucediendo».

«Debe hablar con el señor Warner», insistió. «Él le explicará todo. Aún hay mucho que necesita saber sobre este mundo y sobre el Restablecimiento, y el tiempo apremia». Miró mis ojos. «Debe estar preparada para lo que sea que vendrá. Necesita saber más, y necesita saberlo ahora. Antes de que todo empeore».

Aparté la mirada, mis manos temblaban por la oleada de energía no utilizada. Quería —necesitaba— romper algo. Lo que fuera. En cambio, dije:
«Esto es una mierda, Castle. Una mierda absoluta».

Y parecía el hombre más triste del mundo cuando dijo:
«Lo sé».

* * *

Desde entonces, he estado caminando con un dolor de cabeza insoportable.

Así que no me hace sentir mejor cuando Kenji toca mi hombro, lo que me sorprende y hace que regrese a la vida, y dice:

—Lo he dicho antes y lo diré de nuevo: tenéis una relación extraña, chicos.

—No es cierto —respondo y las palabras son reflexivas, petulantes.

—Sí. La tenéis. —Kenji se aleja y me deja sola en las calles abandonadas; inclina un sombrero imaginario mientras se marcha.

Le tiro mi zapato.

Sin embargo, el esfuerzo es en vano; Kenji atrapa mi zapato en el aire. Ahora me espera, diez pasos por delante, sujetando mi calzado en la mano mientras yo avanzo saltando torpemente en su dirección. No necesito volverme para ver las sonrisas en la cara de los soldados que están un poco más alejados detrás de nosotros. Estoy bastante segura de que todos piensan que, como comandante suprema, soy una broma. ¿Y por qué iban a pensar lo contrario?

Han pasado más de dos semanas y aún me siento perdida.

Semiparalizada...

No me enorgullece mi incapacidad de recobrar la compostura, no siento orgullo por la revelación de que resulta que no soy lo bastante inteligente, lo bastante rápida o lo bastante astuta para gobernar el mundo. No me enorgullece que, en mis peores momentos, veo todo lo que debo hacer en un

solo día y me asombra lo organizado que era Anderson. Lo habilidoso que era. El talento que tenía.

No me enorgullece haber pensado en ello.

O que, en las horas más silenciosas y solitarias de la mañana, permanezco recostada despierta junto al hijo que Anderson torturó hasta prácticamente la muerte y deseo que Anderson regresara de entre los muertos y recuperara la carga que robé de sus hombros.

Y luego, está ese pensamiento, todo el tiempo, todo el tiempo:

Quizás cometí un error.

—Mmm, ¿hola? ¿Tierra llamando a la princesa?

Alzo la vista, confundida. Hoy estoy perdida en mi mente.

—¿Has dicho algo?

Kenji mueve la cabeza de lado a lado mientras me entrega mi zapato. Estoy intentando ponérmele cuando él dice:

—Entonces, ¿me has obligado a dar un paseo por este asqueroso y congelado lugar de mierda solo para ignorarme?

Alzo una sola ceja, mirándolo.

Él alza ambas, esperando, expectante.

—¿Qué ocurre, J.? Esto —dice él, haciendo un gesto hacia mi cara— es más que cualquier rareza que hayas recibido por parte de Castle esta mañana.

—Inclina la cabeza hacia mí y leo una preocupación genuina en sus ojos cuando añade—: ¿Qué está pasando?

Suspiro; la exhalación marchita mi cuerpo.

Debe hablar con el señor Warner. Él se lo explicará todo.

Pero Warner no es famoso por sus habilidades comunicativas. No tiene charlas triviales. No comparte detalles sobre él. No hace nada *personal*. Sé que me quiere; en cada una de nuestras interacciones siento lo profundamente que le importo... Pero, aun así, él solo me ha ofrecido la más vaga información sobre su vida. Es una bóveda a la cual me otorga acceso ocasionalmente, y suelo preguntarme cuánto me queda por aprender sobre él. A veces me asusta.

—Es que... No lo sé —digo por fin—. Estoy muy cansada. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Noche difícil?

Miro a Kenji, protegiendo mis ojos de la luz fría del sol.

—Sabes, ya prácticamente no duermo —comento—. Me despierto a las cuatro de la mañana todos los días y aún no he terminado con el correo de la *semana pasada*. ¿No es una locura?

Kenji me mira de reojo, sorprendido.

—¿Y tengo que dar mi aprobación, no sé, a un millón de cosas cada día? Aprueba esto, aprueba aquello. Ni siquiera son cosas importantes —leuento—. Son estupideces, como, como. —Extraigo un papel arrugado de mi bolsillo y lo agito hacia el cielo—: Como esta tontería: el Sector 418 quiere extender la hora del almuerzo de sus soldados durante tres minutos adicionales, y necesitan mi aprobación. ¿Tres minutos? ¿A quién le importa?

Kenji reprime una sonrisa; guarda las manos en los bolsillos.

—Cada día. Todo el día. No logro hacer nada real. Creí que haría algo importante, ¿sabes? Creí que sería capaz de, no sé, unificar los sectores y negociar la paz o algo así, y, en cambio, paso el día entero intentando evitar a Delalieu, que está frente a mí cada cinco minutos porque necesita que firme algo. *Y esto es solo el correo.*

Parece que no puedo parar de hablar ahora que por fin le confieso a Kenji todo lo que siento y lo que nunca puedo contarle a Warner, por miedo a decepcionarlo. Es liberador, pero después, de pronto, también parece peligroso. Quizás no debería contarle a *nadie* que me siento así, ni siquiera a Kenji.

Así que vacilo, espero una señal.

Kenji ya no me mira, pero aún parece que escucha. Tiene la cabeza inclinada a un lado, su boca jueguesa con una sonrisa cuando dice después de un minuto:

—¿Eso es todo?

Y yo muevo la cabeza de lado a lado, con energía, aliviada y agradecida por seguir quejándome.

—Tengo que registrar todo, todo el tiempo. Tengo que llenar informes, leer informes, archivar informes. Hay quinientos cincuenta y cuatro sectores más en América del Norte, Kenji. *Quinientos cincuenta y cuatro.* —Lo miro—. Eso significa que debo leer quinientos cincuenta y cuatro informes, cada día.

Kenji me devuelve la mirada, indiferente.

—¡Quinientos cincuenta y cuatro!

Él cruza los brazos.

—¡Los informes tienen diez páginas cada uno!

—Ajá.

—¿Puedo contarte un secreto? —pregunto.

—Dispara.

—Este trabajo es una mierda.

Ahora Kenji ríe fuerte. Aún no dice nada.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué estás pensando?

Despeina mi pelo y dice:

—Ehh, J.

Aparto mi cabeza de su mano.

—¿Eso es todo lo que recibo? ¿Solo un *Ehh, J.* y nada más?

Kenji se encoge de hombros.

—¿Qué? —repito.

—Pues no sé —responde, encogiéndose un poco al hablar—. ¿Pensabas que sería... fácil?

—No —digo en voz baja—. Solo pensaba que sería mejor que esto.

—¿Mejor en qué sentido?

—Quiero decir, supongo que creí que sería... ¿genial?

—¿Pensaste que ibas a matar tíos malos? ¿Abriéndote paso en la política a patadas? ¿Que podías simplemente matar a Anderson y que de pronto, *bum*, paz mundial?

Y ahora no logro mirarlo, porque estoy mintiendo, mintiendo con los dientes apretados cuando digo:

—No, claro que no. No pensé que sería así.

Kenji suspira.

—Por este motivo Castle siempre fue tan aprensivo, ¿sabes? Con Punto Omega siempre se trataba de ser lento y constante. De esperar el momento indicado. De conocer nuestras fortalezas... y nuestras debilidades. Estábamos haciendo muchas cosas, pero siempre lo supimos, Castle siempre lo pensó, que nunca podíamos eliminar a Anderson hasta no estar listos para liderar. Por ese motivo no lo maté cuando tuve la oportunidad. Ni siquiera cuando él ya estaba medio muerto y de pie justo frente a mí. —Una pausa—. Simplemente no era el momento adecuado.

—Entonces... ¿Crees que cometí un error?

Kenji por poco frunce el ceño. Aparta la mirada. Me mira, sonríe un poco, pero solo con un lateral de su boca.

—Bueno, yo creo que eres genial.

—Pero piensas que cometí un error.

Se encoge de hombros despacio y de manera exagerada.

—Nah, no he dicho eso. Solo creo que necesitas un poco más de entrenamiento, ¿sabes? Supongo que el manicomio no te ha preparado para este baile.

Lo miro entrecerrando los ojos.

Él se ríe.

—Escucha, eres buena con las personas. Hablas bien. Pero este trabajo conlleva mucho papeleo, y también mucha mierda. Mucho de fingir amabilidad. Muchos culos que besar. Quiero decir, ¿qué intentamos hacer ahora mismo? Intentamos mantener la calma. ¿Verdad? Intentamos, no sé, tener el control, pero no causar la anarquía absoluta. Intentamos *no* ir a la guerra ahora mismo, ¿verdad?

No respondo lo bastante rápido y él toca mi hombro.

—¿Verdad? —dice—. ¿No es ese el objetivo? ¿Mantener la paz por ahora? ¿Probar con la diplomacia antes de empezar a hacer estallar cosas?

—Sí, claro —respondo con rapidez—. Sí. Evitar la guerra. Evitar bajas. Portarnos bien.

—Estupendo. —Él aparta la mirada—. Entonces, debes mantener la compostura, niña. Porque si comienzas a perderla ahora... El Restablecimiento te comerá viva. Es lo que quieren. De hecho, es probablemente lo que esperan: esperan que autodestruyas toda esta mierda por ellos. Así que no puedes permitirles ver esto. No puedes permitir que las grietas sean visibles.

Lo miro fijamente; de pronto, siento miedo.

Él coloca un brazo sobre mis hombros.

—No puedes estresarte de este modo. ¿Por papeleo? —Mueve la cabeza de lado a lado—. Ahora todos te observan. Todos esperan ver qué sucede a continuación. O entramos en guerra con los otros sectores... diablos, con el resto del mundo, o logramos mantener la calma y negociar. Y tú debes mantener la *calma*, J. Solo mantén la calma.

Y no sé qué decir.

Porque la verdad es que tiene razón. Estoy tan ensimismada en mi cabeza que ni siquiera sé por dónde empezar. Ni siquiera he terminado el instituto. ¿Y ahora se supone que debo tener el conocimiento de una vida de relaciones internacionales?

Warner fue diseñado para esta vida. Todo lo que hace, lo que es, lo que respira...

Él fue construido para liderar.

Pero ¿yo?

¿*En qué diablos me he metido?*?, pienso.

¿Por qué pensé que sería capaz de gobernar un continente entero? ¿Cómo me he permitido a mí misma imaginar que la habilidad sobrenatural para

matar cosas con mi piel de pronto me otorgaría un entendimiento exhaustivo de ciencias políticas?

Aprieto los puños demasiado fuerte y... *dolor, dolor fresco* mientras mis uñas atraviesan mi piel.

¿Cómo creía que las personas gobernaban el mundo? ¿De verdad había imaginado que sería tan simple? ¿Que podría controlar el tejido de la sociedad desde la comodidad de la habitación de mi novio?

Solo ahora comienzo a comprender la amplitud de esta telaraña delicada y completamente desarrollada de personas, posiciones y poder que ya existe. Dije que estaba a la altura de la tarea. Yo, una don nadie de diecisiete años con muy poca experiencia de vida; me ofrecí como voluntaria para el puesto. Y ahora, básicamente de un día para otro, tengo que seguir el ritmo. Y no tengo ni *idea* de qué estoy haciendo.

Pero ¿y si no aprendo cómo controlar todas estas relaciones? ¿Y si no finjo al menos que tengo siquiera la más mínima idea de cómo gobernaré?

El resto del mundo podría destruirme muy fácilmente.

Y a veces, no estoy segura de si saldré viva de esto.

WARNER

—¿Cómo está James?

Soy el primero en romper el silencio. Es una sensación extraña. Nueva para mí.

Kent asiente a modo de respuesta, sus ojos centrados en las manos que ha cruzado frente a él. Estamos en el techo, rodeados de frío y cemento, sentados uno junto al otro en una esquina silenciosa en la cual a veces me esconde. Veo todo el sector desde aquí. El océano está lejos en el horizonte. El sol del mediodía avanza lento. Los civiles parecen soldados de juguete que marchan de un lado a otro.

—Está bien —dice Kent por fin. Tiene la voz tensa. No viste más que una camiseta y no parece afectado por el frío desgarrador. Respira hondo—. Quiero decir, está genial, ¿sabes? Está muy bien. Le va genial.

Asiento.

Kent alza la vista, ríe brevemente con nerviosismo y aparta la mirada.

—¿Esto es una locura? —pregunta—. ¿Estamos locos?

Ambos permanecemos en silencio un minuto, el viento sopla más fuerte que antes.

—No lo sé —respondo por fin.

Kent golpea un puño contra su pierna. Exhala por la nariz.

—Nunca te he dicho esto. Antes. —Alza la vista, pero no me mira—. Aquella noche. Nunca lo he dicho, pero quería que supieras que significó mucho para mí. Lo que dijiste.

Entrecierro los ojos mirando a la distancia.

Es algo imposible de hacer, realmente, disculparse por intentar matar a alguien. Sin embargo, lo intento. En ese entonces, le dije que lo comprendía. Que entendía su dolor. Su furia. Sus acciones. Le dije que él había sobrevivido a la crianza de nuestro padre para convertirse en una persona mucho mejor de la que yo jamás sería.

—Hablabía en serio —afirmo.

Kent ahora golpea rítmicamente su puño cerrado contra la boca. Carraspea.

—Yo también lo lamento, sabes. —Tiene la voz ronca—. Las cosas se pusieron muy jodidas. Todo. Es un desastre.

—Sí —responde—. Lo es.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —Por fin se vuelve para mirarme, pero aún no estoy listo para mirarlo a los ojos—. Cómo... ¿cómo reparamos esto? ¿Podemos siquiera repararlo? ¿Es demasiado tarde?

Deslizo una mano sobre mi nuevo pelo rapado.

—No lo sé —digo, en voz demasiado baja—. Pero me gustaría repararlo.

—¿Sí?

Asiento.

Kent asiente varias veces a mi lado.

—Aún no estoy listo para contárselo a James.

Vacilo, sorprendido.

—Mmm.

—No por ti —dice rápido—. No eres tú quien me preocupa. Es solo que... explicar *nuestra* relación significa explicar algo mucho más grande. Y no sé cómo decirle que su padre era un monstruo. Aún no. Realmente pensé que nunca tendría que saberlo.

Ante esas palabras, alzo la vista.

—¿James no lo sabe? ¿No sabe nada?

Kent mueve la cabeza de lado a lado.

—Era muy pequeño cuando mi madre murió y siempre logré mantenerlo oculto cuando mi padre venía. Él piensa que nuestros padres murieron en un accidente de avión.

—Qué admirable —me escucho decir—. Fue muy generoso por tu parte.

Oigo que la voz de Kent se rompe cuando habla de nuevo.

—Dios, ¿por qué él me afecta tanto? ¿Por qué me *importa*?

—No lo sé —respondo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Tengo el mismo problema.

—¿Sí?

Asiento.

Kent deja caer la cabeza entre sus manos.

—Nos arruinó la vida, hombre.

—Sí. Lo hizo.

Oigo que Kent inhala dos veces, dos intentos breves de mantener sus emociones controladas, y aun así, envidio su habilidad de ser tan abierto con

sus sentimientos.

Extraigo un pañuelo del interior del bolsillo de mi chaqueta y se lo entrego.

—Gracias —dice, tenso.

Asiento de nuevo.

—Entonces, em... ¿qué le ha ocurrido a tu pelo?

La pregunta me sorprende tanto que por poco me estremezco. Considero seriamente contarle a Kent toda la historia, pero me preocupa que me pregunte por qué permití que Kenji tocara mi cabellera, y luego tendría que explicar los miles de pedidos que me hizo Juliette para que sea amigo del idiota. Y no creo que ella sea un tema de conversación seguro para nosotros todavía. Así que en cambio, digo:

—Un pequeño percance.

Kent alza las cejas. Ríe.

—Ajá.

Miro en su dirección, sorprendido.

—Está bien, ¿sabes? —dice.

—¿Qué está bien?

Kent ahora está sentado más erguido, mirando al sol. Comienzo a ver sombras de mi padre en su rostro. Sombras de mí mismo.

—Tú y Juliette —dice.

Me paralizo.

Él me mira.

—De verdad. Está bien.

No puedo evitarlo cuando respondo, atónito:

—No estoy seguro de que me hubiera parecido bien si nuestros roles hubieran estado invertidos.

Kent sonríe, pero parece triste.

—Fui un imbécil con ella al final —explica—. Así que supongo que recibí mi merecido. Pero no se trataba de ella en verdad, ¿sabes? Todo eso. No era sobre ella. —Él me mira con el rabillo del ojo—. De hecho, había estado ahogándome desde hacía un tiempo. Era muy infeliz, estaba muy estresado y luego. —Se encoge de hombros y aparta la vista—. La verdad, descubrir que eras mi hermano por poco me mata.

Parpadeo. Sorprendido de nuevo.

—Sí. —Él ríe, moviendo la cabeza de lado a lado—. Sé que ahora parece extraño, pero en ese momento solo, no sé, hombre, pensaba que eras un

sociópata. Me preocupaba mucho que descubrieras que éramos parientes y que luego, es decir, no sé, creí que intentarías asesinarme o algo así.

Él vacila. Me mira.

Espera.

Solo entonces me doy cuenta, sorprendido otra vez, de que él quiere que lo niegue. Que diga que no fue así.

Pero puedo comprender su preocupación. Así que digo:

—Bueno. Intenté matarte una vez, ¿verdad?

Kent abre los ojos de par en par.

—Es demasiado pronto para esto, hombre. Esta mierda aún no es graciosa.

Aparto la mirada mientras añado:

—No estaba bromeando.

Siento que Kent me mira, me observa, intentando —supongo— comprenderme a mí o mis palabras. Quizás ambos. Pero es difícil saber qué piensa. Es frustrante tener una habilidad supernatural que me permite conocer las emociones de todos, excepto las de él. Me hace sentir desequilibrado a su alrededor. Como si hubiera perdido la vista.

Por fin, Kent suspira.

Parece que he pasado una prueba.

—Bueno, da igual —dice, pero ahora suena un poco inseguro—, estaba prácticamente convencido de que vendrías a buscarme. Y en lo único que pensaba era en que si moría, James moriría. Soy su mundo, ¿sabes? Me matas, lo matas. —Mira sus manos—. Dejé de dormir por la noche. Dejé de comer. Estaba volviéndome loco. No podía controlar nada de todo esto, y ¿tú pensabas vivir con nosotros? Y luego ocurrió todo eso con Juliette... Es que... No lo sé. —Emite un suspiro largo y fuerte. Tembloroso—. Fui un imbécil. Me desquité con ella por todo. La culpé de todo. Por apartarse de lo que creía que era una de las pocas cosas certeras en mi vida. De hecho es mi culpa. Es mi propio equipaje. Aún tengo mucha mierda que resolver —dice por fin—. Tengo problemas con que las personas me abandonen.

Por un instante, me quedo sin palabras.

Nunca creí que Kent fuera capaz de tener pensamientos complejos. Mi habilidad para percibir emociones y su habilidad para sofocar los dones sobrenaturales nos ha convertido en un dúo extraño: siempre me habían obligado a concluir que él carecía de pensamientos y sentimientos. Y ahora resulta que él es bastante más hábil emocionalmente de lo que había esperado. Sincero, también.

Pero es extraño ver a alguien con quien comparto ADN hablando con tanta libertad. Admitiendo en voz alta sus miedos y defectos. Es demasiado crudo, como mirar directamente al sol. Tengo que apartar la mirada.

Finalmente, solo digo:

—Comprendo.

Kent carraspea.

—Entonces. Sí. Supongo que solo quería decir que Juliette tenía razón. Al final, ella y yo nos distanciamos. Todo esto —hace un gesto entre los dos— hizo que comprendiera muchas cosas. Y ella tenía razón. Siempre he estado muy desesperado por algo, por alguna clase de amor, o afecto, o *algo*. No lo sé. —Niega con la cabeza—. Supongo que quería creer que ella y yo teníamos algo que no teníamos. En ese momento yo estaba en un lugar diferente. Joder, era una persona diferente. Pero ahora sé cuáles son mis prioridades.

Entonces lo miro, con una pregunta en mis ojos.

—Mi familia —concluye, encontrando mi mirada—. Es lo único que me importa ahora.

JULIETTE

Regresamos a la base a paso lento.

No tengo prisa por encontrar a Warner solo para tener lo que probablemente será una conversación difícil y estresante, así que me tomo mi tiempo. Me abro camino entre los restos de la guerra, serpenteando entre los escombros grises de las instalaciones mientras dejamos atrás el territorio no regulado y los restos desdibujados de lo que solía ser. Siempre lamento el instante en que nuestra caminata está a punto de terminar; siento mucha nostalgia por las casas iguales, las cercas, las pequeñas tiendas tapiadas, los viejos bancos abandonados y los edificios que conforman las calles de césped descontrolado. Me gustaría encontrar una forma de recuperar todo esto.

Respiro hondo y disfruto la ráfaga de frío cortante y gélido que quema mis pulmones. El viento me envuelve, tirando, empujando y bailando, coloca mi pelo en la boca de modo frenético y me rindo en él, me pierdo, abro la boca para inhalarlo. Estoy a punto de sonreír cuando Kenji me lanza una mirada sombría y me encojo, disculpándose con los ojos.

Mi disculpa poco entusiasta no hace mucho por aplacarlo.

Obligo a Kenji a tomar otro desvío hacia el océano, que suele ser mi parte favorita de nuestra caminata. Kenji, en cambio, la odia... al igual que sus botas, una de las cuales ha quedado atascada en el lodo y ahora está cubierta de lo que solía ser arena limpia.

—Aún no puedo creer que te guste visitar este lugar asqueroso, infestado de orina...

—No está exactamente infestado —explico—. Castle dice que, sin duda, es más agua que orina.

Kenji solo me fulmina con la mirada.

Aún balbucea en voz baja, quejándose por sus zapatos mojados de «agua orinada» como le gusta llamarla, mientras regresamos a la calle principal. Lo ignoro, feliz, decidida a disfrutar los últimos minutos de esta hora pacífica, dado que es una de las pocas horas que tengo para mí misma estos días. Me detengo y miro las aceras agrietadas y los techos desvencijados de nuestro

viejo mundo, intentando (a veces con éxito) recordar una época en la que las cosas no eran tan sombrías.

—¿Alguna vez lo echas de menos? —le pregunto a Kenji—. ¿Extrañas la forma en que solían ser las cosas?

Kenji está sobre un solo pie, sacudiendo alguna clase de lodo de su bota de cuero, cuando alza la vista y frunce el ceño.

—No sé qué crees recordar, J., pero las cosas no eran mucho mejor que como son ahora.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, apoyando el cuerpo contra el poste de un viejo cartel de la calle.

—¿Qué quieres decir *tú*? —responde—. ¿Cómo puedes echar de menos algo de tu antigua vida? Creía que odiabas la vida con tus padres. Creo recordar que dijiste que eran horribles y abusivos.

—Lo eran —digo, apartando la vista—. Y no teníamos mucho. Pero hay algunas cosas que me gusta recordar... algunos momentos agradables... antes de que el Restablecimiento estuviera en el poder. Supongo que solo echo de menos las pequeñas cosas que solían hacerme feliz. —Lo miro de nuevo y sonrío—. ¿Sabes?

Él alza una ceja.

—Como... el sonido del camión de helados por las tardes —le digo—. O el cartero haciendo sus rondas. Solía sentarme junto a la ventana y observar a las personas llegar a casa después de su jornada laboral por las noches. —Apto la vista, recordando—. Era agradable.

—Mmmm.

—¿No lo crees?

Kenji curva los labios en una sonrisa infeliz mientras inspecciona su bota, ahora libre de fango.

—No lo sé, niña. Aquellos camiones de helado nunca venían a mi vecindario. El mundo que yo recuerdo estaba cansado, era muy racista y volátil y estaba listo para que un régimen de mierda llegara con una toma de poder hostil. Ya estábamos divididos. La conquista fue fácil. —Respira hondo. Exhala mientras dice—: De todas maneras hui de un orfanato cuando tenía ocho años, así que no recuerdo mucho de esa mierda cursi.

Me paralizo, atónita. Me lleva un segundo encontrar la voz.

—¿Vivías en un orfanato?

Kenji asiente antes de dedicarme una risa breve y sin humor.

—Sí, viví en la calle durante un año, cruzando el estado haciendo autostop, ya sabes, antes de que tuviéramos sectores, hasta que Castle me

encontró.

—¿Qué? —Mi cuerpo se vuelve rígido—. ¿Por qué nunca me has contado esta historia? Todo este tiempo... y nunca dijiste...

Él se encoge de hombros.

—¿Conociste a tus padres?

Él asiente, pero no me mira.

Siento que se me hiela la sangre.

—¿Qué les ocurrió?

—No importa.

—Por supuesto que importa —digo y toco su codo—. *Kenji*...

—No es importante. —Se aparta—. Todos tenemos problemas. Todos tenemos equipaje que cargar. No es necesario obsesionarse con ello.

—No se trata de obsesionarse con el pasado —insisto—. Solo quiero saber. Tu vida, tu pasado, me importan. —Y durante un instante, recuerdo de nuevo a Castle, sus ojos, su urgencia, y su insistencia en que también hay más que necesito saber sobre el pasado de Warner.

Hay mucho que aprender sobre las personas que me importan.

Kenji sonríe por fin, pero el gesto lo hace parecer cansado. Después, suspira. Sube trotando unos escalones agrietados que llevan a la entrada de una vieja biblioteca y toma asiento en el cemento frío. Nuestros guardias armados nos esperan, fuera de vista.

Kenji golpea rítmicamente el espacio a su lado.

Subo los escalones para sentarme con él.

Miramos una intersección antigua, semáforos viejos y cables eléctricos destruidos y enredados en el pavimento, cuando él dice:

—Bueno, sabes que soy japonés, ¿verdad?

Asiento.

—Bien. Donde crecí, las personas no estaban acostumbradas a ver caras como la mía. Mis padres no nacieron aquí: hablaban japonés y un inglés poco fluido. A algunos no les gustaba eso. Da igual, vivíamos en una zona difícil —explica—, con mucha gente ignorante. Y justo antes de que el Restablecimiento comenzara con su campaña, prometiendo resolver todos nuestros problemas al borrar culturas, idiomas y religiones, las relaciones raciales estaban en su peor momento. Había mucha violencia en todo el continente. Comunidades enfrentadas. Matándose. Si eras del color equivocado en el momento equivocado —crea un arma con los dedos y la dispara al aire—, las personas te harían desaparecer. Nosotros, en general, lo evitábamos. Las comunidades asiáticas nunca sufrieron tanto como las

comunidades negras, por ejemplo. Las comunidades negras se llevaron lo peor... Castle puede hablarte sobre ello —dice—. Él guarda las historias más horribles. Pero lo peor que le ocurría a mi familia, en general, era que las personas soltaban mierda cuando salíamos juntos. Recuerdo que mi madre nunca quería salir de casa.

Siento que mi cuerpo se tensa.

—Da igual. —Se encoge de hombros—. Mi padre, ya sabes, no podía permanecer simplemente allí y permitir que dijeran mentiras estúpidas sobre su familia, ¿verdad? Así que se enfurecía... No sucedía todo el tiempo, pero cuando *ocurría*, a veces el altercado terminaba en una discusión, y otras en nada. No parecía el fin del mundo. Pero mi madre siempre le suplicaba a mi padre que no se entrometiera, y él no podía hacerlo. —Su rostro muestra una expresión sombría—. Y no lo culpo.

»Un día —prosigue Kenji—, terminó muy mal. Todos guardaban armas en ese entonces, ¿recuerdas? Los *civiles* tenían armas. Es una locura pensar algo así ahora, con el Restablecimiento, pero en ese entonces, todos estaban armados, cada uno se cuidaba a sí mismo. —Una pausa breve—. Mi padre también compró un arma. Dijo que la necesitábamos, por si acaso. Para nuestra propia protección. —Kenji no me mira cuando dice—: Y la próxima vez que ocurrió una mierda estúpida, mi padre se sintió demasiado valiente. Usaron su propia arma en su contra. Le dispararon. A mi madre le dispararon intentando detener la situación. Yo tenía siete años.

—¿Estabas allí? —Doy un grito ahogado. Él asiente.

—Vi cómo ocurrió todo.

Cubro mi boca con ambas manos. Me arden los ojos con lágrimas no derramadas.

—Nunca le he contado a nadie esta historia —dice, frunciendo la frente—. Ni siquiera a Castle.

—¿Qué? —Dejo caer las manos. Abro los ojos de par en par—. ¿Por qué no?

Él mueve la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé —responde en voz baja, y mira a la distancia—. Cuando conocí a Castle todo aún era muy reciente, ¿sabes? Aún era demasiado real. Cuando él quiso conocer mi historia, le dije que no quería hablar al respecto. Nunca. —Kenji me mira—. Después de un tiempo, dejó de preguntar.

Solo puedo mirarlo, perpleja. Sin palabras.

Kenji aparta la vista. Parece que habla consigo mismo cuando dice:

—Es extraño haber dicho todo esto en voz alta. —Inhala repentina y abruptamente, se pone de pie de un salto y vuelve la cabeza para que no pueda ver su expresión. Lo oigo sollozar fuerte, dos veces. Y luego coloca las manos en los bolsillos y dice—: Sabes, creo que tal vez yo soy el único que no tiene problemas con su padre. *Mierda*, yo quería a mi padre.

* * *

Aún estoy pensando en la historia de Kenji —y en cuánto más por saber sobre él, sobre Warner, sobre todos los que he llegado a llamar amigos— cuando la voz de Winston me sorprende y me hace regresar al presente.

—Aún estamos decidiendo cómo dividir exactamente las habitaciones — continúa diciendo él—, pero está quedando bien. De hecho, vamos incluso un poco adelantados según el cronograma de los cuartos. Warner aceleró el trabajo del Ala Este, así que podemos comenzar a mudarnos mañana.

Hay una breve ronda de aplausos. Alguien vitorea.

Damos un paseo corto por nuestro nuevo cuartel.

La mayor parte del espacio aún está bajo construcción, así que lo que vemos es mayormente un gran desastre polvoriento, pero me entusiasma ver el progreso. Nuestro grupo ha necesitado con desesperación más habitaciones, más baños, escritorios y oficinas. Y necesitamos establecer un centro de mando real desde el cual podamos trabajar. Este será, con suerte, el comienzo de ese nuevo mundo. El mundo en el que soy la comandante suprema.

Una locura.

Por ahora, los detalles de lo que hago y controlo aún están en desarrollo. No desafiaremos a otros sectores o a sus líderes hasta no tener una mejor idea de quiénes podrían ser nuestros aliados, y eso implica que necesitaremos un poco más de tiempo.

«La destrucción del mundo no ocurrió de un día para otro, y tampoco lo hará su salvación». A Castle le gusta decir esto y creo que tiene razón. Necesitamos tomar decisiones razonables conforme avanzamos... y hacer un esfuerzo por ser diplomáticos podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Sería mucho más sencillo progresar a nivel global, por ejemplo, si no fuéramos los únicos con la visión de cambio.

Necesitamos forjar alianzas.

Pero la conversación que Castle tuvo conmigo esta mañana me ha dejado un poco inquieta. Ya no estoy segura de cómo sentirme... o qué esperar. Solo sé que, a pesar de la cara valiente que muestro para los civiles, no *quiero* ir de una guerra a otra; no *quiero* tener que masacrар a todos los que se interpongan

en mi camino. Las personas del Sector 45 me confían sus seres queridos, con sus hijos y parejas que se han convertido en mis soldados, y no quiero arriesgar más sus vidas a menos que sea absolutamente necesario. Espero facilitar esto. Espero que haya una oportunidad, aunque sea diminuta, de que la cooperación de los otros sectores y de los otros cinco comandantes supremos signifiquen cosas buenas para el futuro. Me pregunto si lograremos unirnos sin derramar más sangre.

—Eso es ridículo. E *ingenuo* —dice Kenji.

Alzo la vista al oír su voz, miro alrededor. Está hablando con Ian. Ian Sánchez: el chico alto y delgado con algo de rebeldía, pero buen corazón. Aunque es el único de nosotros que no tiene superpoderes. Pero no tiene importancia.

Ian está de pie erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza girada hacia un lado y los ojos clavados en el techo.

—No me importa lo que pienses...

—Bueno, a mí sí. —Oigo que Castle se entromete—. Me importa lo que Kenji piensa.

—Pero...

—También me importa lo que tú piensas, Ian —dice Castle—. Pero debes ver que Kenji tiene razón en este caso. Tenemos que abordar todo con mucha cautela. No sabemos con certeza qué ocurrirá a continuación.

Ian suspira, exasperado.

—No estoy diciendo eso. Lo que digo es que no entiendo por qué necesitamos todo este espacio. Es innecesario.

—Esperad, ¿qué problema hay? —pregunto, mirando a mi alrededor. Y luego, le digo a Ian—: ¿Por qué no te gusta el nuevo espacio?

Lily coloca un brazo sobre los hombros de Ian.

—Ian está triste —dice, sonriendo—. No quiere separar la fiesta de pijamas.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

Kenji se ríe.

Ian pone mala cara.

—Solo pienso que estamos bien como estamos. No sé por qué necesitamos mudarnos *aquí*. —Extiende los brazos ampliamente mientras inspecciona el espacio cavernoso—. Siento que tentamos al destino. ¿Nadie recuerda lo que ocurrió la última vez que construimos un refugio gigante?

Observo a Castle estremecerse.

Creo que todos lo recordamos.

Punto Omega, destruido. Bombardeado hasta desaparecer. Décadas de trabajo arduo despedazado en un segundo.

—Eso no va a pasar de nuevo —digo con firmeza—. Además, estamos más protegidos aquí de lo que jamás lo hemos estado antes. Ahora tenemos un ejército entero respaldándonos. Estamos más seguros en este edificio que en cualquier otra parte.

Mis palabras reciben un coro de apoyo inmediato, pero de todos modos siento nervios, porque sé que lo que he dicho solo es parcialmente cierto.

No tengo manera de saber lo que nos sucederá o cuánto tiempo estaremos aquí. Lo que sí sé es que necesitamos el espacio nuevo, y necesitamos comerciar mientras aún tengamos fondos. Nadie ha intentado aislarnos o clausurarnos aún; los otros continentes o comandantes no han emitido sanciones. Aún no, al menos. Lo cual significa que necesitamos reconstruir mientras aún tengamos medios para hacerlo.

Pero esto...

¿Este enorme espacio dedicado solo a nuestro esfuerzo?

Todo esto fue obra de Warner.

Él fue capaz de vaciar un piso entero para nosotros, el piso más alto, el quince, de los cuarteles del Sector 45. Requirió mucho esfuerzo transferir y distribuir la cantidad equivalente a un piso entero de personas, trabajo y muebles a otros departamentos, pero, de alguna forma, él lo consiguió. Ahora están remodelando el piso específicamente para nuestras necesidades.

Cuando todo esté listo, tendremos tecnología punta que nos permitirá no solo acceder a la investigación y la vigilancia que necesitaremos, sino también a las herramientas necesarias para que Winston y Alia continúen construyendo cualquier aparato, dispositivo y uniforme que requiramos. Y aunque el Sector 45 ya posee su propia ala médica, necesitaremos un sector seguro para que Sonya y Sara trabajen, desde donde podrán continuar desarrollando antídotos y sueros que quizás algún día salvarán nuestras vidas.

Estoy a punto de señalar esto cuando Delalieu entra en la sala.

—Suprema —dice a sintiendo en dirección a mí.

Al oír su voz, todos nos volvemos.

—¿Sí, teniente?

Hay un temblor leve en sus palabras cuando dice:

—Tiene un visitante, señora. Está pidiendo diez minutos de su tiempo.

—¿Un visitante? —Me vuelvo instintiva mente y encuentro a Kenji con la mirada. Él parece tan confundido como yo.

—Sí, señora —dice Delalieu—. Está esperando abajo, en la recepción principal.

—Pero ¿quién es? —pregunto, preocupada—. ¿De dónde ha venido?

—Se llama Haider Ibrahim. Es el hijo del comandante supremo de Asia.

Siento que mi cuerpo se tensa con aprensión repentina. No estoy segura de que sea buena ocultando el pánico que atraviesa mi cuerpo mientras digo:

—¿*El hijo del comandante supremo de Asia*? ¿Ha dicho por qué ha venido?

Delalieu mueve la cabeza de un lado a otro.

—Lamento decir que se negó a responder cualquiera de mis preguntas con detalles, señora.

Respiro con dificultad, mi cabeza da vueltas. De pronto, solo puedo pensar en la preocupación de Castle por Oceanía esta mañana. El miedo en sus ojos. Todas las preguntas que se negó a responder.

—¿Qué debo decirle, señora? —Delalieu otra vez.

Siento que mi corazón late más rápido. Cierro los ojos. *Eres una comandante suprema*, me digo a mí misma. *Compórtate como tal*.

—¿Señora?

—Sí, claro, dígale que iré ense...

—Señorita Ferrars. —La voz de Castle atraviesa la nebulosa de mi mente. Miro en su dirección.

—Señorita Ferrars —repite, con una advertencia en sus ojos—. Quizás debería esperar.

—¿Esperar? —digo—. ¿Esperar qué?

—No se reúna con él hasta que el señor Warner pueda también estar presente.

Mi confusión se transforma en furia.

—Agradezco su preocupación, Castle, pero puedo hacer esto sola, gracias.

—Señorita Ferrars, le suplico que reconsideré. Por favor —insiste, ahora con más urgencia—, debe comprender que esto no es algo menor. El hijo de un comandante supremo... Podría significar tanto...

—Como dije, gracias por su preocupación. —Lo interrumpo, con las mejillas en llamas. Últimamente, he sentido que Castle no cree en mí, que no está alentándome en absoluto, y me hace pensar de nuevo en la conversación que tuvimos esta mañana. Hace que me pregunte si puedo confiar en lo que él diga. ¿Qué clase de aliado permanecería aquí y señalaría mi ineptitud frente a todos? Lo único que puedo hacer para no gritar es decir—: Puedo asegurarle que estaré bien.

Y luego, a Delalieu:

—Teniente, por favor, dígale a nuestro visitante que bajaré en un instante.

—Sí, señora. —Delalieu asiente de nuevo y se marcha.

Por desgracia, mi valentía atraviesa la puerta con él.

Ignoro a Castle mientras busco la cara de Kenji en la sala; a pesar de mi discurso, la verdad es que no quiero hacer esto sola. Y Kenji me conoce bien.

—Oye, estoy aquí. —Ha atravesado la sala con unos pocos pasos, y está a mi lado en cuestión de segundos.

—Vendrás conmigo, ¿verdad? —susurro tirando de su manga como una niña.

Kenji ríe.

—Estaré en donde necesites que esté, niña.

WARNER

Tengo mucho miedo de ahogarme en el océano de mi propio silencio.

En el tamborileo que acompaña la calma, mi mente es cruel conmigo. Pienso demasiado. Siento, quizás, mucho más de lo que debería. Solo sería una exageración leve decir que mi meta en la vida es huir de mi mente, de mis recuerdos.

Así que debo continuar avanzando.

Solía recluirme bajo tierra cuando quería una distracción. Solía encontrar consuelo en nuestra sala de simulación, en los programas diseñados para preparar soldados para el combate. Pero dado que recientemente hemos trasladado un equipo de soldados al subsuelo en medio del caos de la nueva construcción, estoy sin alivio temporal. Ahora no tengo más opción que subir.

Ingreso al hangar caminando rápido, mis pasos resuenan en el espacio vasto mientras avanco, práctica mente por instinto, hacia los helicópteros del ejército que están en el ala más alejada a la derecha. Los soldados me ven y se apartan de mi camino rápido, sus ojos traicionan la confusión que sienten incluso mientras me hacen un saludo militar. Asiento solo una vez en dirección a ellos, sin ofrecer explicaciones mientras subo y entro al helicóptero. Coloco los auriculares sobre mi cabeza y hablo en la radio en voz baja para avisar a los controladores aéreos que intentaré despegar, y me coloco el cinturón de seguridad en el asiento delantero. El escáner de retina acepta mi identificación automáticamente. Las comprobaciones preliminares están listas. Enciendo el motor y el rugido es ensordecedor, incluso a través de los auriculares protectores. Siento que mi cuerpo comienza a relajarse.

Pronto, estoy en el aire.

* * *

Mi padre me enseñó a disparar un arma cuando yo tenía nueve años. A los diez, hizo un corte en la parte posterior de mi pierna y me mostró cómo suturar mis propias heridas. A los once, rompió mi brazo y me abandonó en la

naturaleza durante dos semanas. A los doce, me enseñó a construir y desactivar mis propias bombas. Comenzó a enseñarme a pilotar aviones cuando tenía trece años.

Nunca me enseñó a ir en bicicleta. Aprendí solo.

Desde miles de metros sobre el nivel del suelo, el Sector 45 parece un juego de mesa a medio montar. La distancia hace que el mundo parezca pequeño y obsoleto, una píldora fácil de tragarse. Pero conozco demasiado bien el engaño y es aquí, por encima de las nubes, cuando por fin comprendo a Ícaro. Yo también siento la tentación de volar demasiado cerca del Sol. Lo único que me mantiene anclado a la tierra es mi incapacidad para ser poco práctico. Así que respiro para recobrar la compostura, y regreso al trabajo.

Estoy haciendo mis rondas aéreas un poco más temprano de lo habitual, así que la vista de abajo es distinta a los paisajes que he comenzado a esperar todos los días. En un día habitual, estoy aquí arriba al fin de la tarde, viendo a los civiles mientras salen del trabajo para intercambiar los dólares REST en los centros de provisiones locales. En general, se escabullen de regreso a sus instalaciones poco después, cargados de las provisiones que acaban de comprar y la noción desalentadora de que tendrán que hacer todo de nuevo al día siguiente. Ahora mismo, todos están en el trabajo, y la tierra está vacía de hormigas trabajadoras. El paisaje es extraño y precioso desde lejos, el océano es vasto, azul y cautivador. Pero conozco demasiado bien la superficie herida de nuestro mundo.

Esta realidad extraña y triste que mi padre ayudó a crear.

Cierro los ojos con fuerza, aprieto el acelerador en mi mano. Simplemente, hoy hay demasiadas cosas que enfrentar.

Primero, el esperanzador descubrimiento de que tengo un hermano cuyo corazón es tan complicado y fallido como el mío.

Segundo, y quizás lo más ofensivo: la llegada inevitable de mi pasado, que me genera ansiedad.

Aún no he hablado con Juliette sobre la llegada inminente de nuestros invitados y, para ser sincero, ya no estoy seguro de querer hacerlo. Nunca he hablado mucho con ella sobre mi vida. Nunca le he contado las historias de mis amigos de la infancia, de sus padres, la historia del Restablecimiento y mi rol dentro de él. Nunca ha habido tiempo. Nunca hemos tenido el momento adecuado. Si Juliette ha sido comandante suprema durante diecisiete días, ella y yo solo hemos tenido una relación durante dos días más.

Ambos hemos estado ocupados.

Y acabamos de superar tantas cosas... Todas las complicaciones entre nosotros, la distancia y la confusión, los malentendidos. Ella ha desconfiado de mí durante mucho tiempo. Soy el único culpable de lo que ha ocurrido entre nosotros, pero me preocupa que la fealdad del pasado haya despertado en ella el instinto de dudar de mí; probablemente, ya es un músculo bien desarrollado. Y estoy seguro de que hablarle más sobre mi vida innoble solo empeorará las cosas al inicio de una relación que quiero desesperadamente conservar. Proteger.

Entonces, ¿cómo empiezo? ¿Por dónde empiezo?

El año en que cumplí dieciséis, nuestros padres, los comandantes supremos, decidieron que todos debíamos dispararnos mutuamente por turnos. No para matar, solo para hacer daño. Querían que supiéramos qué se sentiría al tener una herida de bala. Querían que fuéramos capaces de comprender el proceso de recuperación. Más que nada, querían que supiéramos que incluso nuestros amigos podrían traicionarnos algún día.

Siento que mi boca se retuerce en una sonrisa infeliz.

Supongo que fue una lección que valió la pena. Después de todo, mi padre ahora está dos metros bajo tierra y no parece importarles a sus viejos amigos. Pero el problema aquel día fue que me había enseñado mi padre, un tirador experto. Peor, ya había estado practicando cada día durante cinco años, dos años antes que los demás, y como resultado, yo fui más rápido, más preciso y más cruel que mis pares. No vacilé. Les disparé a todos mis amigos incluso antes de que hubieran alcanzado sus armas.

Ese fui el primer día que sentí con certeza que mi padre estaba orgulloso de mí. Había pasado tanto tiempo buscando desesperadamente su aprobación y, aquel día, por fin la obtuve. Él me miró de una forma que siempre había deseado que lo hiciera: como si yo le importara. Como un padre que veía una parte de él reflejada en su hijo. Comprenderlo me llevó al bosque, donde vomité de inmediato entre los arbustos.

Solo una vez me había alcanzado una bala.

El recuerdo aún me avergüenza, pero no me arrepiento. Me lo merecía. Por no comprenderla, por maltratarla, por estar perdido y confundido. Pero he intentado con tanto esfuerzo ser un hombre diferente; ser, sino más amable, por lo menos *mejor*. No quiero perder el amor que he llegado a apreciar.

Y no quiero que Juliette conozca mi pasado.

No quiero compartir historias de mi vida que solo me desagradan y asquean, historias que modificarían lo que ella piensa de mí. No quiero que sepa cómo pasaba el tiempo en mi niñez. No necesita saber cuántas veces mi

padre me obligó a observarlo despellejar animales muertos, cómo aún siento las vibraciones de sus gritos en mi oído mientras me golpeaba, una y otra vez, cuando me atrevía a apartar la vista. Preferiría no recordar las horas que pasé esposado en una habitación oscura, obligado a escuchar los sonidos de mujeres y niños pidiendo ayuda a gritos. Él decía que todo eso, supuestamente, me haría más fuerte. Que, supuestamente, me ayudaría a sobrevivir.

En cambio, la vida con mi padre solo hizo que deseara morir.

No quiero hablarle a Juliette sobre cómo siempre había sabido que mi padre era infiel, que él había abandonado a mi madre hacía mucho mucho tiempo, que siempre había querido asesinarlo, que había soñado con hacerlo, que lo había planificado, esperando poder romperle el cuello un día empleando las mismas habilidades que él me había otorgado.

Cómo fracasé. Cada vez.

Porque soy débil.

No lo echo de menos. No echo de menos su vida. No quiero a sus amigos o su huella en mi alma. Pero por algún motivo, sus viejos camaradas no me van a dejar ir.

Vendrán a cobrar lo suyo, y me temo que esta vez, como lo he hecho siempre, terminaré pagando con mi corazón.

JULIETTE

Kenji y yo estamos en la habitación de Warner (que se ha convertido en la mía) y permanecemos de pie en medio del vestidor mientras le lanzo prendas, intentando decidir cómo me voy a vestir.

—¿Qué opinas de este? —le pregunto, lanzando algo brillante en su dirección—. ¿O de este? —Lanzo otra bola de tela hacia él.

—No sabes una mierda sobre ropa, ¿verdad?

Me vuelvo e inclino la cabeza.

—Disculpa, ¿cuándo se suponía que debía aprender cosas sobre moda, Kenji? ¿Mientras crecía sola y torturada por mis padres horribles? ¿O quizás cuando estaba pudriéndome en un manicomio?

Esas palabras lo hacen callar.

—¿Entonces? —digo, señalando con mi mentón—. ¿Cuál?

Él coge las dos prendas que he lanzado y frunce el ceño.

—¿Quieres que elija entre un vestido corto y brillante y un par de pantalones de pijama? Quiero decir... ¿Supongo que prefiero el vestido? Pero no creo que queden bien con esas zapatillas andrajosas que siempre usas.

—Uh. —Bajo la vista hacia mi calzado—. Bueno, no sé. Warner seleccionó estas prendas para mí hace mucho tiempo... antes de conocerme, incluso. Es todo lo que tengo —digo y alzo la vista—. Son las prendas que quedaron de la primera vez que llegué al Sector 45.

—¿Por qué no llevas un traje y listo? —dice Kenji, apoyándose contra la pared—. ¿El nuevo que Alia y Winston hicieron para ti?

Mueve la cabeza de lado a lado.

—Aún no han terminado de arreglarlo. Y aún tiene manchas de sangre de cuando le disparé al padre de Warner. Además —digo, respirando hondo—, esa era una yo diferente. Usaba esos trajes de pies a cabeza cuando creía que debía proteger a las personas de mi piel. Pero ahora soy distinta. Puedo apagar mi poder. Puedo ser... normal. —Intento sonreír—. Así que quiero vestirme como una persona normal.

—Pero no eres una persona normal.

—Lo sé. —Una oleada de calor frustrante calienta mis mejillas—. Pero... Creo que me gustaría vestirme como una. ¿Solo durante un rato? Nunca he sido capaz de comportarme como alguien de mi edad y quiero sentirme un poco...

—Lo entiendo —dice Kenji, interrumpiéndome con la mano. Me mira de arriba abajo. Añade—: Bueno, quiero decir, si esa es la apariencia que buscas, creo que ahora mismo pareces una persona normal. Esto funcionará. —Mueve la mano señalando generalmente mi cuerpo.

Llevo puestos unos vaqueros y un jersey rosa. Tengo el cabello recogido en una coleta alta. Me siento cómoda y normal... pero también me siento como una chica de diecisiete años mediocre jugando a fingir.

—Pero se supone que soy la comandante suprema de América del Norte —digo—. ¿Crees que está bien que me vista así? Warner siempre lleva trajes elegantes, ¿sabes? O ropa muy bonita. Siempre parece tan distinguido... Tan intimidante...

—Por cierto, ¿dónde está? —Kenji me interrumpe—. A ver, sé que no quieras escuchar esto, pero estoy de acuerdo con Castle. Warner debería estar presente en esta reunión.

Respiro hondo. Intento conservar la calma.

—Sé que Warner lo sabe todo, ¿vale? Sé que él es el mejor práctica mente en todo, que nació para esta vida. Su padre lo estaba preparando para liderar el mundo. En otra vida, ¿en otra realidad? Este se suponía que sería su rol. Lo sé. De verdad.

—¿Pero?

—Pero *no* es el trabajo de Warner, ¿o sí? —digo, furiosa—. Es el mío. Y estoy intentando no depender de él todo el tiempo. Quiero tratar de hacer algunas cosas por mi cuenta. Tomar el mando.

Kenji no parece convencido.

—No lo sé, J. Creo que quizás este es uno de esos momentos en los que aún deberías depender de él. Él conoce este mundo mucho mejor que nosotros... Y, además, él sería capaz de decirte cómo deberías vestir. —Kenji se encoge de hombros—. La moda no es en absoluto mi especialidad.

Cojo el vestido corto y brillante y lo observo.

Hace solo dos semanas luché sola contra cientos de soldados. Aplasté la garganta de un hombre con mi puño. Disparé dos balas en la frente de Anderson sin vacilación o arrepentimiento. Pero aquí, mirando el armario lleno de ropa, me siento intimidada.

—Tal vez *debería* llamar a Warner —digo, mirando a Kenji por encima del hombro.

—Síp. —Él me señala—. Buena idea.

Pero entonces:

—No, olvídaloo —digo—. Está bien. Estaré bien, ¿verdad? Es decir, ¿qué importancia tiene? Es solo un niño, ¿no? Solo es el *hijo* de un comandante supremo. No un comandante supremo. ¿Verdad?

—Ehhh... Toda la situación es importante, J. Los hijos de los comandantes son como otros Warner. Son básicamente mercenarios. Y todos han sido criados para ocupar el lugar de sus padres...

—Sí, no, sin duda debo hacer esto sola. —Ahora miro el espejo mientras ajusto mi coleta—. ¿Verdad?

Kenji mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sí. Exacto. —Asiento.

—Mmmm... No... creo que es una mala idea.

—Soy capaz de hacer *algunas* cosas sola, Kenji —replico—. No soy una completa inútil. Kenji suspira.

—Lo que tú digas, princesa.

WARNER

—Señor Warner, por favor, señor Warner, más despacio, hijo...

Me detengo demasiado de golpe y me vuelvo con brusquedad sin moverme del sitio. Castle me persigue por el pasillo, agitado, frenético, una mano extendida en mi dirección. Lo miro a los ojos con expresión tranquila.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Dónde ha estado? —dice, evidentemente sin aliento—. He estado buscándolo por todas partes.

Alzo una ceja, reprimiendo la necesidad de decirle que mi paradero no es asunto suyo.

—Tenía que hacer unas rondas aéreas.

Castle frunce el ceño.

—¿No suele hacerlas más avanzada la tarde?

Ante eso, por poco sonríó.

—Ha estado observándome.

—No juguemos. Usted también ha estado observándome.

Ahora, sin duda sonríó.

—Sí?

—Menosprecia mucho mi inteligencia.

—No sé qué pensar de usted, Castle.

Él lanza una carcajada.

—Dios, es un mentiroso excelente.

Aparto la vista.

—¿Qué necesita?

—Él está aquí. Está aquí ahora mismo y ella está con él y yo he intentado detenerla, pero ella no me ha escuchado...

Me vuelvo, preocupado.

—¿Quién está aquí?

Por primera vez, veo furia real centelleando en los ojos de Castle.

—Ahora no es el momento de hacerte el tonto conmigo, hijo. Haider Ibrahim está aquí.

Ahora mismo. Y Juliette se reunirá con él a solas, sin preparación alguna.

La perplejidad me deja momentáneamente sin palabras.

—¿Ha oído lo que he dicho? —A Castle le falta poco para gritar—. Se reunirá con él *ahora*.

—¿Cómo? —pregunto, recobrando la compostura—. ¿Cómo es posible que él ya esté aquí? ¿Ha llegado solo?

—Señor Warner, por favor, escúcheme. Tiene que hablar con ella. Tiene que explicarle todo y tiene que hacerlo ahora —dice, sujetando mis hombros—. Han regresado a buscarla.

Castle sale disparado hacia atrás con fuerza.

Grita al caer, tiene los brazos y las piernas extendidos frente a él como si estuviera atrapado en una ráfaga de viento. Permanece en aquella posición imposible, flotando a varios centímetros del suelo y me mira, su pecho sube y baja. Despacio, recupera el equilibrio. Por fin sus pies tocan el suelo.

—¿Usaría mis propios poderes en mi contra? —dice, jadeando—. Soy su aliado...

—Nunca —replico con brusquedad—, jamás ponga sus manos sobre mí, Castle. O la próxima vez, podría matarlo por accidente.

Castle parpadea. Y luego la siento... la percibo, la toco con mis dedos: su lástima. Está en todas partes. Terrible. Asfixiante.

—No se atreva a sentir pena de mí.

—Discúlpeme —responde en voz baja—. No era mi intención invadir su espacio personal. Pero debe comprender la urgencia de la situación. Primero, la confirmación de asistencia... y ahora, ¿la llegada de Haider? Esto es solo el comienzo —dice, bajando la voz—. Están movilizándose.

—Está sobreanalizando esto —replico, con voz tensa—. La llegada de Haider hoy es por *mí*. La invasión inminente de un enjambre de comandantes supremos en el sector 45 es por mí. He sido un traidor, ¿recuerda? —Muevo la cabeza de lado a lado y comienzo a alejarme—. Solo están un poco... furiosos.

—Deténgase —dice—. Escúcheme...

—No necesita preocuparse por esto, Castle. Yo me ocuparé.

—¿Por qué no me escucha? —Ahora me persigue—. ¡Han venido a llevársela, hijo! ¡No podemos permitir que ocurra!

Me paralizo.

Me doy la vuelta para mirarlo. Mis movimientos son lentos, deliberados.

—¿De qué habla? ¡Llevársela a dónde?

Castle no responde. En cambio, su cara carece de expresión. Mira confundido en mi dirección.

—Tengo miles de cosas que hacer —digo, ahora con impaciencia—. Así que, por favor, apresúrese y dígame de qué diablos habla...

—Él nunca se lo contó, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Contarme qué?

—Su padre —responde—. Nunca se lo contó. —Castle desliza una mano sobre su cara. De pronto, parece muy anciano, a punto de morir—. Dios. Nunca se lo contó.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que nunca me contó?

—La verdad —dice—. Sobre la señorita Ferrars.

Lo miro, mi pecho se contrae de miedo.

Castle mueve la cabeza de un lado a otro mientras dice:

—Nunca le ha contado de dónde vino ella realmente, ¿verdad? Nunca le contó la verdad sobre sus padres.

JULIETTE

—Quédate quieta, J.

Estamos en el ascensor de cristal, dirigiéndonos hacia una de las recepciones principales, y no puedo dejar de moverme.

Tengo los ojos cerrados con fuerza. Continúo diciendo:

—Ay, Dios mío, soy una completa inútil, ¿verdad? ¿Qué estoy haciendo? No parezco en absoluto profesional...

—¿Sabes qué? ¿A quién le importa lo que llevas puesto? —dice Kenji—. De todos modos, lo que cuenta es la actitud. Lo que vale es cómo lo llevas.

Lo miro, sintiendo la diferencia de estatura entre nosotros más que nunca.

—Pero soy muy baja.

—Napoleón también era bajo.

—Napoleón era horrible —comento.

—Napoleón logró muchas cosas, ¿no es así?

Frunzo el ceño.

Kenji me empuja con su codo.

—Aunque quizás deberías escupir el chicle.

—Kenji —digo, solo escuchándolo a medias—, acabo de darme cuenta de que nunca antes me he reunido con oficiales extranjeros.

—Lo sé, es una locura. Yo tampoco —dice, despeinándose—. Pero todo irá bien. Solo necesitas tranquilizarte. En serio estás adorable. Te va a ir genial.

Le golpeo en la mano para apartarla.

—Tal vez aún no sé mucho sobre ser una comandante suprema, pero estoy segura de que no debería parecer *adorable*.

En ese instante, el ascensor abre sus puertas.

—¿Quién dice que no puedes ser adorable y hacer que muerdan el polvo a la vez? —Kenji me guiña el ojo—. Yo lo hago todos los días.

* * *

—Ay, mierda... ¿Sabes qué? Olvídalos. —Es lo primero que Kenji me dice. Hace una mueca y me lanza una larga mirada de reojo mientras añade—: ¿Quizás *deberías* mejorar tu vestuario?

Es posible que me muera de vergüenza.

Sea quien sea este chico, sin importar cuáles sean sus intenciones, Haider Ibrahim está vestido de una forma distinta a todos los que he visto antes. Es diferente a cualquier persona que haya visto.

Se pone de pie cuando entramos en la habitación —es alto, muy alto— y de inmediato me impacta verlo. Lleva una chaqueta de cuero gris oscura sobre lo que solo asumo que es una camiseta, pero realmente son una serie de cadenas entretejidas firmemente que surcan su cuerpo. Su piel está muy bronceada y expuesta a medias, la parte superior de su cuerpo apenas queda oculta bajo su camisa de malla metálica. Sus pantalones muy ajustados desaparecen dentro de las botas de combate altas hasta debajo de la rodilla, y sus ojos castaños claros, que contrastan sorprendentemente con su piel morena, están delineados por unas gruesas pestañas negras.

Tiro de mi jersey rosa y me trago el chicle, nerviosa.

—Hola —digo, y comienzo a sacudir la mano, pero Kenji tiene la amabilidad de empujarla hacia abajo. Carraspeo—. Soy Juliette.

Haider avanza con cautela, sus ojos parecen confundidos mientras observa mi apariencia. Me siento cohibida e incómoda. Completamente poco preparada. Y, de pronto, siento la necesidad imperiosa de usar el baño.

—Hola —dice por fin, pero suena más bien a una pregunta.

—¿Podemos ayudarte? —pregunto.

—¿*Tehcheen Arabi*?

—Uh. —Miro con rapidez a Kenji y luego a Haider—. Mmm, ¿no hablas inglés?

Haider alza una sola ceja.

—¿Tú solo hablas inglés?

—Sí? —respondo; ahora me siento más nerviosa que nunca.

—Qué pena. —Suspira. Mira a su alrededor—. He venido a ver a la comandante suprema. —Tiene una voz grave y profunda, pero habla con un acento sutil.

—Sí, hola, soy yo —digo y sonrío.

Él abre los ojos de par en par, ocultando muy mal su confusión.

—¿Eres la suprema? —Frunce el ceño.

—Ajá. —Esbozo una sonrisa más grande. Diplomacia, me digo.

Diplomacia.

—Pero nos han dicho que la nueva suprema era salvaje, letal... aterradora...

Asiento. Siento calor en la cara.

—Sí. Soy yo. Soy Juliette Ferrars.

Haider inclina la cabeza a un lado, sus ojos observan mi cuerpo.

—Pero... eres muy pequeña. —Y aún intento descubrir cómo responder a eso cuando mueve la cabeza de un lado a otro y añade—: Discúlpame, quise decir que... eres muy joven. Aunque también, muy pequeña.

Mi sonrisa comienza a doler.

—Entonces —continúa, aún confundido—, ¿fuiste tú quien mató al supremo Anderson?

Asiento. Me encojo de hombros.

—Pero...

—Disculpa —intercede Kenji—, ¿tenías una razón para venir?

Haider parece sorprendido por la pregunta. Mira a Kenji.

—¿Quién es él?

—Es mi segundo al mando. Y deberías sentirte libre de responderle cuando te habla.

—Uh, ya veo —dice Haider, con la comprensión en los ojos. Asiente hacia Kenji—. Un miembro de tu guardia suprema.

—No tengo una guarida su...

—Así es —dice Kenji, golpeando despacio mis costillas con el codo para que cierre la boca—. Tendrás que disculparme por ser un poco sobreprotector.

—Sonríe—. Seguro que sabes cómo va esto.

—Sí, por supuesto. —Haider parece compasivo.

—¿Tomamos asiento? —propongo, señalando los sillones de la sala. Aún estamos de pie en la entrada y comienza a ser incómodo.

—Por supuesto. —Haider me ofrece su brazo para el viaje de quince pasos hacia los sillones y yo miro con rapidez a Kenji, confundida.

Él se encoge de hombros.

Los tres nos sentamos; Kenji y yo frente a Haider. Hay una larga mesita de madera entre nosotros y Kenji presiona el botón delgado debajo de ella para llamar al servicio de té y café.

Haider no deja de observarme. Su mirada no es halagadora o amenazante, parece realmente confundido, y me sorprende descubrir que *esta* reacción es la que me resulta más perturbadora. Si sus ojos estuvieran furiosos o fueran menos humanos, quizás sabría mejor cómo reaccionar. En cambio, él parece tranquilo y agradable, pero sorprendido. Y no sé qué hacer al respecto. Kenji

tenía razón: deseo más que nunca que Warner esté aquí; su habilidad para percibir emociones me darían una idea más clara sobre cómo reaccionar.

Por fin rompo el silencio entre nosotros.

—De verdad es un placer conocerte —digo, esperando sonar más amable de lo que me siento—, pero me encantaría saber qué te trae por aquí. Has hecho un viaje muy largo.

Entonces, Haider sonríe. La acción añade una calidez necesaria a su rostro y hace que parezca más joven que la primera vez que apareció.

—Curiosidad —responde simplemente.

Hago mi mayor esfuerzo por ocultar mi ansiedad.

Cada vez resulta más evidente que lo han enviado aquí para que haga alguna clase de reconocimiento para su padre. La teoría de Castle era cierta: los comandantes supremos se deben estar muriendo por saber quién soy. Y comienzo a preguntarme si esta no es solo la primera de muchas visitas que recibiré por parte de ojos curiosos.

En ese momento, el servicio de té y café llega.

Las damas y los caballeros que trabajan en el Sector 45, aquí y en las instalaciones, están más alegres que nunca estos días. Hay una oleada de esperanza en nuestro sector que no existe en ninguna otra parte del continente, y las dos damas mayores que entran con rapidez a nuestra habitación con el carro de la comida no son la excepción al efecto de los eventos recientes. Dirigen unas sonrisas inmensas en mi dirección, y colocan la porcelana con una exuberancia que no pasa desapercibida. Veo a Haider observando nuestra interacción atentamente, mirando la expresión de las damas y el modo cómodo en que se mueven en mi presencia. Les doy las gracias por su trabajo y la perplejidad de Haider es evidente. Con las cejas en alto, se reclina en su asiento, absolutamente en silencio hasta que ellas se retiran.

—Abusaré de su amabilidad durante unas semanas —dice Haider de pronto—. Eso si... les parece bien.

Frunzo el ceño, a punto de protestar, y Kenji me interrumpe.

—Por supuesto. —Sonríe él—. Quédate todo el tiempo que deseas. El hijo de un comandante supremo siempre es bienvenido aquí.

—Sois muy amables —responde inclinando con simpleza la cabeza. Y luego vacila, toca algo en su muñeca y nuestra sala es invadida en un instante por lo que parecen ser miembros de su equipo personal.

Haider se pone de pie tan rápido que por poco me lo pierdo.

Kenji y yo nos apresuramos a hacer lo mismo.

—Fue un placer conocerla, comandante suprema —dice Haider, avanzando y extendiendo su mano en busca de la mía, y me sorprende su valentía. A pesar de todos los rumores que sé que ha oído sobre mí, no parece importarle estar cerca de mi piel. No es que sea relevante, claro, ahora he aprendido a activar y desactivar mis poderes a voluntad, pero no todos lo saben aún.

De todos modos, él deposita un beso breve en el dorso de mi mano e inclina la cabeza levemente.

Logro dibujar una sonrisa incómoda y asentir.

—Si me dices cuántas personas hay en tu grupo —dice Kenji—, puedo comenzar a organizar el hospedaje para...

Haider ríe fuerte, sorprendido.

—Ah, no será necesario —responde—. He traído mi propia residencia.

—¿Has traído...? —Kenji frunce el ceño—. ¿Has traído tu propia residencia?

Haider asiente sin mirar a Kenji. Cuando habla, me habla solo a mí.

—Espero con ansias verte con el resto de tu guardia para cenar esta noche.

—Cenar. —Parpadeo rápido—. ¿Esta noche?

—Claro —dice Kenji hábilmente—. Lo esperamos con ansias.

Haider asiente.

—Por favor, envíale mis más cálidos saludos a tu regente Warner. Han pasado varios meses desde nuestra última visita, pero estoy deseando ponerme al día con él. Sin duda me ha mencionado, ¿no? —Sonríe—. Nos conocemos desde la infancia.

Atónita, asiento despacio, la comprensión se sobrepone a mi confusión.

—Sí. Claro. Por supuesto. Estoy segura de que estará encantado de verte de nuevo. Asiento otra vez, y Haider parte.

Kenji y yo nos quedamos solos.

—¿Qué diablos...?

—Ah —Haider asoma la cabeza de nuevo en la habitación—, y, por favor, dile a tu chef que no como carne.

—Por supuesto —responde Kenji, asintiendo y sonriendo—. Sí. Así será.

WARNER

Estoy sentado en la oscuridad de espaldas a la puerta de la habitación cuando oigo que se abre. Es solo media tarde, pero he estado sentado aquí, mirando estas cajas sin abrir durante tanto tiempo que incluso el sol, parece, se ha cansado de mirar.

La revelación de Castle me ha dejado aturdido.

Aún no confío en él, no confío en que sepa de qué habla, pero al final de nuestra conversación no pude apartar la sensación terrible y aterradora en mis entrañas que suplica obtener una confirmación. Necesitaba tiempo para procesar las posibilidades. Para estar solo con mis pensamientos. Y cuando lo dije delante de Castle, él dijo:

«Procesa todo lo que quieras, hijo, pero no permitas que esto te distraiga. Juliette no debería reunirse a solas con Haider. Algo va mal, señor Warner, y tiene que ir con ellos. Ahora. Muéstrelle a ella cómo moverse en su mundo».

Pero no pude hacerlo.

A pesar de mi instinto absoluto por protegerla, no la desautorizaré de ese modo. Ella no ha pedido mi ayuda hoy. Tomó la decisión de no contarme lo que ocurría. Mi interrupción abrupta y no grata solo la haría pensar que estaba de acuerdo con Castle, que no confío en ella para hacer el trabajo sola. Y *no* estoy de acuerdo con Castle; creo que es un idiota por subestimarla. Así que, en cambio, regresé aquí, a estas habitaciones, para pensar. Para mirar los secretos sin abrir de mi padre. Para esperar la llegada de Juliette.

Y ahora...

Lo primero que hace Juliette es encender la luz.

—Hola —dice con cautela—. ¿Qué sucede?

Respiro hondo y me doy la vuelta.

—Estos son los viejos archivos de mi padre —digo, señalándolos con una mano—. Delalieu hizo que los recopilaran para mí. Creía que debería echar un vistazo, ver si hay algo aquí que pueda ser útil.

—Uh, guau. —Sus ojos se encienden con comprensión—. Me preguntaba qué eran. —Atraviesa el cuarto para agazaparse junto a las pilas, y desliza con

cuidado los dedos sobre las cajas sin marcas—. ¿Necesitas ayuda para trasladarlas a tu oficina?

Niego con la cabeza.

—¿Quieres que te ayude a inspeccionarlas? —pregunta, mirándome por encima del hombro—. Me encantaría poder...

—No —digo demasiado rápido. Me pongo de pie, hago un esfuerzo por parecer tranquilo—. No, no será necesario.

Ella alza las cejas.

—Creo que me gustaría hacerlo solo. —Intento sonreír.

Ante mi respuesta, ella asiente, malinterpretando todo de inmediato, y su sonrisa compasiva hace que mi pecho se tense. Tengo una sensación gélida que no logro identificar en alguna parte de mi interior. Ella piensa que quiero espacio para lidiar con mi duelo. Que revisar las pertenencias de mi padre será difícil para mí.

Ella no lo sabe. Desearía no saberlo tampoco.

—Entonces —dice ella, caminando hacia la cama, las cajas quedan olvidadas—. Ha sido un día... interesante.

La presión en mi pecho aumenta.

—¿Sí?

—Acabo de conocer un viejo amigo tuyo —dice, y se recuesta de espaldas sobre el colchón. Extiende el brazo detrás de su cabeza para soltar su coleta y suspira.

—¿Un viejo amigo mío? —repito. Pero solo puedo mirarla mientras habla, observar la forma de su cara. No puedo, en este momento, saber con certeza absoluta si lo que Castle me dijo es verdad o no; pero sé que encontraré las respuestas que busco en los archivos de mi padre... en las cajas apiladas dentro de esta habitación.

Sin embargo, aún no he reunido el valor de mirar.

—Oye —dice ella, moviendo su mano hacia mí desde la cama—. ¿Estás ahí?

—Sí —respondo por reflejo. Inhalo abruptamente—. Sí, amor.

—Entonces... ¿lo recuerdas? —dice ella—. ¿Haider Ibrahim?

—Haider. —Asiento—. Sí, por supuesto. Es el hijo mayor del comandante supremo de Asia. Tiene una hermana —respondo, pero lo digo automáticamente.

—Bueno, no sé nada sobre su hermana —dice ella—. Pero Haider está aquí. Y se quedará durante unas semanas. Todos cenaremos con él esta noche.

—Lo ha pedido él, sin duda.

—Sí. —Suspira—. ¿Cómo lo sabes?

—Recuerdo muy bien a Haider. —Sonríe. Vagamente.

Ella permanece en silencio por un momento. Después:

—Dijo que os conocéis desde la infancia.

Y siento, pero no admito, la tensión repentina en la sala. A duras penas asiento.

—Es mucho tiempo —dice ella.

—Sí. Mucho mucho tiempo.

Ella se incorpora en la cama. Apoya el mentón en una mano y me mira.

—Creía que una vez dijiste que nunca habías tenido amigos.

Río ante sus palabras, pero el sonido es vacío.

—No sé si diría que somos amigos, exactamente.

—¿No?

—No.

—¿Y no dirás nada más al respecto?

—No hay mucho que decir.

—Bueno, si no sois amigos exactamente, entonces, ¿por qué está aquí?

—Tengo mis sospechas.

Ella suspira. Dice:

—Yo también. —Y muerde el interior de su mejilla—. Supongo que así es como empieza, ¿eh? Todos quieren echar un vistazo al circo de fenómenos. A lo que he hecho... a lo que soy. Y tenemos que seguirles la corriente.

Pero solo la escucho a medias.

En cambio, miro todas las cajas que se alzan detrás de ella, las palabras de Castle aún se asientan en mi mente. Recuerdo que debería decir algo, lo que sea, para parecer que estoy involucrado en la conversación. Así que intento sonreír mientras digo:

—No me dijiste que él había llegado temprano. Me hubiese gustado estar allí para echar una mano de alguna manera.

Las mejillas de Juliette, repentinamente rosadas de vergüenza, cuentan una historia; sus labios cuentan otra.

—No creía que necesitaba contarte todo, todo el tiempo. Puedo controlar algunas cosas por mi cuenta.

Su tono afilado es tan sorprendente que obliga a mi mente a concentrarse. La miro a los ojos y descubro que ahora está mirándome fijamente, ardiendo de dolor y furia.

—Eso no es en absoluto lo que he querido decir. Sabes que creo que puedes hacer cualquier cosa, amor. Pero podría haberte sido útil. Conozco a

estas personas.

Su rostro ahora está más ruborizado, de algún modo. No puede mirarme a los ojos.

—Lo sé —responde en voz baja—. Lo sé. Solo que he estado sintiéndome un poco abrumada últimamente. Y he tenido una conversación con Castle esta mañana que me ha vuelto loca. —Suspira—. Hoy me siento un tanto incómoda.

Mi corazón comienza a latir demasiado rápido.

—¿Has hablado con Castle?

Ella asiente.

Olvido respirar.

—Dijo que necesitaba hablar contigo sobre algo. —Alza la vista y me mira—. Que hay más sobre el Restablecimiento que no me has contado.

—¿Más sobre el Restablecimiento?

—Sí, hay algo que necesitas decirme.

—Algo que necesito decirte.

—Ehh, ¿vas a seguir repitiendo lo que digo? —Ríe.

Siento que mi pecho se relaja. Un poco.

—No, no, claro que no —respondo—. Solo... Lo siento, amor. La verdad es que yo también estoy un poco distraído. —Apunto con el mentón las cajas que están en el extremo opuesto de la habitación—. Parece que hay mucho por descubrir sobre mi padre.

Ella niega con la cabeza, con ojos grandes y tristes.

—Lo siento mucho. Debe ser horrible revisar todas sus pertenencias así.

Exhalo y digo, más que nada para mí mismo:

—No tienes ni idea. —Después, aparto la mirada. Aún estoy mirando el suelo, mi cabeza pesa por los requisitos del día, cuando ella intenta conectar, tentativamente, con una sola palabra.

—¿Aaron?

Y entonces lo siento, siento el cambio, el miedo, el dolor en su voz. Mi corazón aún late demasiado rápido, pero ahora es por un motivo completamente distinto.

—¿Qué ocurre? —Alzo la vista de inmediato. Tomo asiento a su lado en la cama, observo sus ojos—. ¿Ha sucedido algo?

Ella niega con la cabeza. Mira sus manos abiertas. Susurra las palabras cuando dice:

—Creo que he cometido un error.

Abro los ojos de par en par mientras la observo. Su rostro mantiene la compostura. Sus sentimientos giran descontrolados, y me atacan con su salvajismo. Está asustada. Está furiosa. Está furiosa consigo misma por sentir miedo.

—Tú y yo somos muy diferentes —dice ella—. Cuando me reuní con Haider hoy, solo. —Suspira—. Recordé lo diferentes que somos. Lo diferente que fue nuestra crianza.

Me paralizo. Confundido. Siento su miedo y su aprehensión, pero no sé a dónde va con esto. Qué intenta decir.

—Entonces, ¿crees que has cometido un error? —pregunto—. ¿Con lo nuestro?

Pánico, de pronto, cuando ella comprende.

—No, Dios mío, no respecto a nosotros —responde rápido—. No, solo... El alivio me invade.

—Solo que aún tengo mucho que aprender —dice—. No sé nada sobre gobernar... nada. —Emite un sonido impaciente y furioso. A duras penas puede pronunciar las palabras—. No sabía en qué me metía. Y todos los días me siento muy incompetente. A veces no estoy segura de si podré seguirte el ritmo. Con todo esto. —Vacila. Y luego, en voz baja, añade—: Este trabajo debería haber sido tuyo, sabes. No mío.

—No.

—Sí —insiste, asintiendo. Ya no puede mirarme—. Todos lo piensan, incluso si no lo dicen. Castle. Kenji. Seguro que incluso los soldados lo piensan.

—Todos pueden irse al diablo.

Ella sonríe, solo un poco.

—Creo que tal vez tienen razón.

—Las personas son idiotas, amor. Sus opiniones no valen nada.

—Aaron —dice, frunciendo el ceño—. Agradezco que estés molesto por mí, de verdad, pero no *todas* las personas son idio...

—Si creen que eres incapaz es porque son idiotas. Idiotas que ya han olvidado que fuiste capaz de lograr en cuestión de *meses* lo que ellos han intentado hacer durante décadas. Olvidan dónde empezaste, lo que has superado, lo rápido que has encontrado el valor de luchar cuando ellos a duras penas podían ponerse de pie.

Ella alza la vista, parece derrotada.

—Pero no sé nada de política.

—Eres inexperta —le digo—, es cierto. Pero puedes aprender estas cosas. Aún hay tiempo. Y yo te ayudaré. —Cojo su mano—. Cariño, inspiraste a las personas de este sector a que te siguieran a la *batalla*. Pusieron sus vidas en riesgo, sacrificaron a sus seres queridos, porque creyeron en ti. En tu fortaleza. Y no los decepcionaste. Nunca debes olvidar la inmensidad de lo que has hecho. No permitas que nadie te lo arrebate.

Me mira, con los ojos abiertos de par en par, resplandecientes. Parpadea mientras aparta la mirada, y seca con rapidez una lágrima que escapa y cae sobre el lateral de su cara.

—El mundo intentó aplastarte —digo, ahora con dulzura—, y tú te negaste a romperte. Te has recuperado de cada obstáculo y te has convertido en una persona más fuerte, resurgiendo de las cenizas solo para deslumbrar a todos los que te rodean. Y continuarás sorprendiendo y confundiendo a todos aquellos que te subestimen. Es inevitable. Una conclusión ineludible.

»Pero ahora debes saber que ser líder es una ocupación ingrata. Pocos estarán eternamente agradecidos por lo que haces o por los cambios que implementes. Su memoria será breve, conveniente. Cada uno de tus éxitos será sometido a escrutinio. Le restarán importancia a tus logros, y aumentarán las expectativas de aquellos que te rodean. Tu poder te alejará más de tus amigos. —Aparto la mirada, niego con la cabeza—. Te harán sentir sola. Perdida. Anhelarás el reconocimiento de aquellos que una vez admiraste, agonizando entre complacer viejos amigos y hacer lo correcto. —Alzo la vista. Siento que mi corazón se hincha de orgullo mientras la miro—. Pero nunca, jamás, debes permitir que estos idiotas te afecten. Solo te llevarán por el mal camino.

Sus ojos resplandecen con lágrimas no derramadas.

—Pero ¿cómo? —pregunta, su voz se rompe con esta palabra—. ¿Cómo hago para que no me afecten?

—Préndele fuego.

Ella abre los ojos de par en par.

—En tu mente —aclaro, intentando sonreír—. Permítele que aviven el fuego que te mantiene luchando. —Extiendo la mano y toco su mejilla con mis dedos—. Los idiotas son muy inflamables, amor. Déjalos arder en el infierno.

Ella cierra los ojos. Gira su cara sobre mi mano.

Y la acerco a mí, presiono mi frente contra la de ella.

—Aquellos que no te comprenden —digo en voz baja—, siempre dudarán de ti.

Se reclina hacia atrás, solo un centímetro. Alza la vista.

—Y yo —agrego—, nunca he dudado de ti.

—¿Nunca?

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Ni una sola vez.

Ella aparta la mirada. Seca sus ojos. Beso su mejilla, saboreo la sal de sus lágrimas.

Ella se vuelve hacia mí.

Lo siento mientras me mira; siento que sus miedos desaparecen, siento que sus emociones se transforman. Sus mejillas se sonrojan. De pronto, su piel está caliente, eléctrica bajo mis manos. Mi corazón late más rápido, más fuerte, y ella no tiene que decir ni una palabra. Siento que la temperatura entre los dos cambia.

—Hola —dice ella. Pero mira mi boca.

—Hola.

Roza mi nariz con la suya y algo en mi interior cobra vida. Oigo que mi respiración se paraliza. Cierro los ojos espontáneamente.

—Te quiero —dice.

Las palabras tienen un efecto en mí cada vez que las escucho. Me cambian. Construyen algo nuevo en mi interior. Trago con dificultad. El fuego consume mi mente.

—Sabes —susurro—, nunca me canso de oírtte decir eso.

Ella sonríe. Su nariz roza la línea de mi mandíbula mientras se gira, y presiona sus labios contra mi garganta. Contengo la respiración, aterrorizado de moverme, de abandonar este momento.

—Te quiero —repite.

El calor invade mis venas. Siento a Juliette en mi sangre, sus susurros abruman mis sentidos. Y por un repentina y desesperado segundo, pienso que tal vez estoy soñando.

—Aaron —dice.

Estoy perdiendo la batalla. Tenemos tanto que hacer, tanto de lo que ocuparnos. Sé que deberíamos movernos, que deberíamos salir de este trance, pero no puedo. No puedo pensar.

Y después, ella sube a mi regazo y respira rápido y con desesperación, luchando contra una repentina oleada de placer y dolor. Es imposible fingir cuando ella está tan cerca de mí; sé que puede sentirme, que puede percibir cuánto la deseo.

Yo también la siento.

Su calor. Su deseo. No oculta en secreto lo que quiere de mí. Lo que quiere que le haga. Y saberlo hace mi tormento solo más grave.

Me besa una vez, despacio, sus manos se deslizan debajo de mi jersey, y envuelve mi torso con sus brazos. La acerco a mí y ella se mueve hacia adelante, ajustando su cuerpo a mi regazo, y yo inhalo de nuevo con dolor y angustia. Cada uno de mis músculos se tensa. Intento no moverme.

—Sé que es tarde —dice—. Sé que tenemos mucho que hacer. Pero te echo de menos. —Extiende la mano hacia abajo, sus dedos recorren la cremallera de mis pantalones, y el movimiento me quema. Mi visión se vuelve blanca. Por un instante, no oigo nada más que mi corazón, latiendo en mi cabeza.

—Intentas matarme.

—Aaron. —Siento su sonrisa mientras susurra la palabra en mi oído. Está desabrochando mis pantalones—. Por favor.

Y yo... me pierdo.

De pronto, mi mano está detrás de su cuello, la otra rodea su cintura y la beso, fundiéndome en ella, reclinándome en la cama y llevándola conmigo. Solía soñar con esto, momentos como este, cómo sería desabrochar sus pantalones, deslizar mis dedos sobre su piel desnuda, sentirla, ardiente y suave contra mi cuerpo.

De pronto, me detengo. Me separo. Quiero verla, observarla. Recordar que realmente está allí, que realmente es mía. Que me desea tanto como yo la deseo a ella. Y cuando la miro a los ojos, la sensación me abruma, amenaza con ahogarme. Y luego, me besa, incluso mientras lucho por recobrar el aliento, y cada cosa, cada pensamiento y preocupación desaparecen, y es reemplazada por la sensación de su boca sobre mi piel. Sus manos reclaman mi cuerpo.

Dios, es una droga imposible.

Me besa como si supiera... Como si supiera... lo desesperadamente que necesito esto, la necesito a ella, necesito este consuelo y alivio.

Como si ella también lo necesitara.

Envuelvo mis brazos a su alrededor, la hago girar tan rápido que exclama sorprendida. Beso su nariz, sus mejillas, sus labios. Las líneas de nuestros cuerpos están fundidas. Siento que me disuelvo, que me convierto en emoción pura mientras ella separa los labios, me saborea, gime en mi boca.

—Te quiero —digo, jadeando las palabras—. *Te quiero.*

* * *

Es interesante, en realidad, lo rápido que me he convertido en la clase de persona que toma siestas al final de la tarde. La persona que solía ser nunca habría desperdiciado tanto tiempo durmiendo. Pero esa persona nunca supo cómo relajarse. Dormir era brutal, evasivo. Pero esto...

Cierro los ojos, presiono mi cara contra la parte posterior de su cuello y respiro.

Ella se mueve casi imperceptiblemente contra mí.

Su cuerpo desnudo está presionado contra el mío, mis brazos la envuelven por completo. Son las seis de la tarde, tengo miles de cosas que hacer, y nunca, jamás quiero moverme.

Beso su hombro y ella arquea la espalda, exhala y se gira para mirarme. La acerco más a mí.

Ella sonríe. Me besa.

Cierro los ojos, mi piel aún arde con el recuerdo de Juliette. Mis manos buscan la forma de su cuerpo, su calidez. Siempre me asombra lo suave que es. Sus curvas son delicadas y suaves. Siento que mis músculos se tensan con anhelo y me sorprende lo mucho que la deseo.

De nuevo.

Tan pronto.

—Será mejor que nos vistamos —dice en voz baja—. Aún necesito reunirme con Kenji para hablar sobre esta noche.

De inmediato, retrocedo.

—Guau —susurro, apartándome—. Eso no es en absoluto lo que esperaba que dijeras.

Ella se ríe. Con fuerza.

—Mmm. Kenji te quita demasiado las ganas. Entendido.

Frunzo el ceño, me siento mezquino.

Ella besa mi nariz.

—De verdad desearía que fueseis amigos.

—Es un desastre andante. Mira lo que le hizo a mi pelo.

—Pero es mi mejor amigo —dice ella, aún sonriendo—. Y no quiero tener que elegir entre vosotros dos todo el tiempo.

La miro con el rabillo del ojo. Ahora está sentada, vestida solo con la sábana. Su cabello castaño es largo y está enredado, tiene las mejillas rosadas, los ojos grandes, redondos y aún un poco somnolientos.

Creo que nunca podré decirle que no.

—Por favor, sé amable con él. —Avanza hacia mí, la sábana queda atrapada bajo su rodilla y desarma su autocontrol. Arranco el resto de la

sábana y ella da un grito ahogado, sorprendida de ver su propio cuerpo desnudo, y no puedo evitar aprovecharme del momento y colocarla debajo de mí otra vez.

—¿Por qué siempre estás pegada a esa sábana? —digo, besándole el cuello.

Ella aparta la vista y se sonroja, y me pierdo de nuevo, besándola.

—Aaron —jadea, sin aliento—. De verdad... tengo que irme.

—No lo hagas —susurro, depositando besos suaves en su clavícula—. No te vayas. —Su rostro está sonrojado, sus labios son rojo intenso. Tiene los ojos cerrados de placer.

—No quiero irme —dice, su respiración se dificulta mientras atrapo su labio inferior con mis dientes—, de verdad que no quiero, pero Kenji...

Gruñó, caigo de espaldas y coloco una almohada sobre mi cabeza.

JULIETTE

—¿Dónde diablos has estado?

—¿Qué? En ninguna parte —digo, el calor recorre mi cuerpo—. Solo...

—¿Qué quieres decir con «en ninguna parte»? —pregunta Kenji, prácticamente pisando mis talones mientras intento huir de él—. He estado esperando aquí abajo casi dos horas.

—Lo sé, lo siento...

Sujeta mi hombro. Me obliga a volverme. Mira una vez mi cara y...

—Ay, qué asco, qué *diablos*...

—¿Qué? —Abro los ojos de par en par, toda inocencia, incluso mientras mi cara arde en llamas.

Kenji me fulmina con la mirada.

—Te dije que le hicieras una *pregunta*.

—¡Lo hice!

—Santo Dios. —Kenji desliza una mano nerviosa sobre su frente—. ¿El tiempo y el espacio no significan nada para ti?

—¿Mmm?

Él entrecierra los ojos y me mira.

Sonríe.

—Sois terribles, chicos.

—Kenji —digo, extendiendo la mano hacia él.

—Puaj, no me toques...

—Bueno. —Frunzo el ceño y cruzo los brazos.

Él mueve la cabeza de lado a lado, aparta la mirada. Hace una mueca y dice:

—¿Sabes qué? Da igual. —Y suspira—. ¿Al menos te ha dicho algo útil antes de que... eeh, cambiaren de tema?

Acabamos de regresar a la recepción donde nos reunimos con Haider por primera vez. —Sí— respondo, decidida—. Él sabía exactamente de quién hablaba.

—¿Y?

Tomamos asiento en los sillones; Kenji elige sentarse frente a mí esta vez, y carraspeo. Me pregunto en voz alta si deberíamos pedir más té.

—Nada de té. —Kenji se reclina hacia atrás, con las piernas cruzadas, el tobillo derecho está apoyado sobre su rodilla izquierda—. ¿Qué ha dicho Warner sobre Haider?

La mirada de Kenji es tan centrada e implacable que no sé qué hacer. Aún me siento extrañamente avergonzada; desearía haber recordado recoger mi pelo de nuevo. No dejo de apartarlo de mi cara.

Enderezo la espalda para sentarme más derecha. Recobro la compostura.

—Ha dicho que nunca fueron realmente amigos.

Kenji resopla.

—Nada sorprendente.

—Pero que lo recordaba —añado, señalando nada en particular.

—¿Y? ¿Qué recuerda?

—Uh. Mmm. —Me rasco un picor imaginario detrás de mi oreja—. No lo sé.

—¿No le preguntaste?

—¿Lo... olvidé?

Kenji pone los ojos en blanco.

—Mierda, hombre, sabía que debía haber ido yo mismo.

Me siento sobre mis manos e intento sonreír.

—¿Quieres pedir té?

—*Nada de té*. —Kenji lanza una mirada hacia mí. Golpea rítmicamente el lateral de su pierna, pensando.

—¿Quieres...?

—¿Dónde está Warner ahora? —interrumpe Kenji.

—No lo sé... —digo—. Creo que aún está en su cuarto. Tenía muchas cajas que quería revisar...

Kenji se pone de pie en un instante. Alza un dedo.

—Enseguida vuelvo.

—¡Espera! Kenji, no creo que sea una buena idea...

Pero ya se ha ido.

Me hundo en el sillón y suspiro.

* * *

Como sospechaba. No fue una buena idea.

Warner está rígido, de pie junto a mi sillón, a duras penas mira a Kenji. Creo que aún no lo ha perdonado por el terrible corte de pelo, y no puedo

culparlo. Warner parece diferente sin su cabellera dorada, no de mala manera, no, pero diferente. Su pelo apenas tiene un centímetro y medio de largo, un largo uniforme en toda la cabeza, ahora un atisbo rubio es el único color tenue que posee. Pero el cambio más interesante en su cara es que tiene una sombra suave y sutil de barba incipiente, como si hubiera olvidado afeitarse últimamente, y me sorprende descubrir que no me molesta. Es demasiado guapo por naturaleza para que un simple corte de pelo arruine su genética, y la verdad es que me gusta cómo le queda. Dudaría en decirle esto a Warner, dado que no sé si apreciaría el cumplido poco ortodoxo, pero hay algo agradable en el cambio. Ahora parece un poco más rudo; menos pulido. En cierto modo, es menos bello, pero increíblemente...

Más sexy.

Cabello corto y sin complicaciones; una sombra incipiente; la expresión muy muy seria.

Le queda bien.

Lleva puesto un jersey suave azul marino, las mangas remangadas sobre los antebrazos como siempre, y pantalones ajustados negros metidos en sus botas hasta el tobillo, negras y brillantes. Es un look espontáneo. Y ahora mismo está apoyado contra una columna, brazos cruzados sobre el pecho, pies cruzados en los tobillos, pareciendo más taciturno de lo habitual, y de veras disfruto la vista.

Sin embargo, Kenji no.

Los dos parecen más irritados que nunca, y me doy cuenta de que la tensión es por mi culpa. Continúo intentando obligarlos a pasar tiempo juntos. Sigo esperando que, con la experiencia suficiente, Kenji llegará a ver lo que quiero de Warner, y que Warner aprenderá a admirar a Kenji como yo, pero parece que no está funcionando. Obligarlos a pasar tiempo juntos está comenzando a tener un efecto negativo.

—*Entonces* —digo, juntando mis manos—, ¿deberíamos hablar?

—Claro —responde Kenji, pero mira la pared—. Hablemos.

Nadie habla.

Toco la rodilla de Warner. Cuando me mira, le hago un gesto para que tome asiento.

Lo hace.

—Por favor —susurro.

Warner frunce el ceño.

Por fin, a regañadientes, suspira.

—Dijiste que tenías preguntas que hacerme.

—Sí, primera pregunta: ¿por qué eres tan imbécil?

Warner se pone de pie.

—Cariño —dice en voz baja—, espero que me perdes por lo que estoy a punto de hacerle a su cara.

—Oye, idiota, aún te escucho.

—Bien, en serio, esto tiene que parar. —Tiro del brazo de Warner, intentando que tome asiento, pero no cede. Mi fuerza sobrehumana es completamente inútil con Warner; él solo absorbe mi poder—. Por favor, sentaos. Los dos. Y tú —digo, señalando a Kenji—, necesitas dejar de provocar peleas.

Kenji alza una mano en el aire, hace un sonido de incredulidad.

—Ah, entonces, siempre es mi culpa, ¿no? Da igual.

—No —digo con firmeza—. No es tu culpa. Esto es mi culpa.

Kenji y Warner se vuelven para mirarme a la vez, sorprendidos.

—¿Esto? —digo, haciendo un gesto entre ellos—. Yo lo he provocado. Lamento haberlos pedido que fuerais amigos, chicos. No tenéis que serlo. Ni siquiera tenéis que caeros bien. Olvidad lo que dije.

Warner deja caer sus brazos cruzados.

Kenji alza las cejas.

—Lo prometo. No más sesiones para que pasáis tiempo juntos obligados. No más tiempo a solas sin mí. ¿De acuerdo?

—¿Lo juras? —pregunta Kenji.

—Lo juro.

—Gracias a Dios —dice Warner.

—*Lo mismo digo*, hermano. Lo mismo digo.

Y pongo los ojos en blanco, molesta. Esta es la primera vez que logran ponerse de acuerdo en algo en una semana: su odio mutuo hacia mi esperanza de que forjen una amistad.

Pero, al menos, Kenji por fin sonríe. Toma asiento en el sillón y parece relajarse. Warner toma asiento a mi lado... aún intranquilo, pero mucho menos tenso.

Y eso es todo. Eso es lo único necesario. La tensión desaparece. Ahora que son libres de odiarse mutuamente, parecen perfectamente amigables. No los comprendo en absoluto.

—Entonces, ¿tenías preguntas para mí, Kishimoto? —dice Warner.

Kenji asiente e inclina el cuerpo hacia delante.

—Sí, sí... Quiero saber todo lo que recuerdas de la familia Ibrahim. Debemos estar preparados para lo que sea que Haider nos lance en la cena

esta noche, que es —Kenji mira su reloj de pulsera, frunce el ceño— en unos veinte minutos, no gracias a vosotros, pero de todas formas me pregunto si puedes decirnos algo acerca de sus posibles intenciones. Me gustaría estar un paso por delante de este tío.

Warner asiente.

—Llevará más tiempo descifrar a la familia de Haider. En general, son intimidantes. Pero Haider es mucho menos complicado. De hecho, es una elección extraña para esta situación. Me sorprende que Ibrahim no enviara a su hija en su lugar.

—¿Por qué?

Warner se encoge de hombros.

—Haider es menos competente. Es arrogante. Consentido. Egocéntrico.

—Espera, ¿te estamos describiendo a ti o a Haider?

A Warner no parece molestarle la burla.

—Estás malinterpretando una diferencia clave entre nosotros —dice—. Es verdad que soy confiado. Pero Haider es arrogante. No somos iguales.

—Me suena como si ambas cosas fuesen lo mismo.

Warner junta las manos y suspira, parece como si intentara ser paciente con un niño difícil.

—La arrogancia es falsa confianza —explica—. Nace de la inseguridad. Haider finge que no tiene miedo. Finge ser más cruel de lo que es. Miente con facilidad. Eso lo hace impredecible y, en cierto modo, un oponente más peligroso. Pero la mayor parte del tiempo sus acciones están inspiradas por el miedo. —Warner alza la vista, mira a Kenji a los ojos—. Y eso lo hace débil.

—Em. Bueno. —Kenji se hunde más en el sillón, pensando—. ¿Hay algo particularmente interesante acerca de él? ¿Algo que debamos tener en cuenta?

—No realmente. Haider es mediocre en la mayoría de las cosas. Rara vez se destaca. Está obsesionado sobre todo con su físico, y su mayor talento es ser un buen francotirador.

Kenji alza la cabeza.

—Con que está obsesionada con su físico, ¿eh? ¿Estás seguro de que no sois parientes?

Ante eso, Warner pone mala cara.

—Yo no estoy obsesionada con mi...

—Bueno, bueno, tranquilo. —Kenji mueve la mano en el aire—. No es necesario que tu carita bonita se preocupe por eso.

—Te odio.

—Me encanta que sintamos lo mismo por el otro.

—De acuerdo. Chicos —digo en voz alta—, concentraos. Cenaremos con Haider en cinco minutos, y parece que yo soy la única preocupada por la revelación de que es un francotirador con mucho talento.

—Sí, quizás vino para, ya sabéis —Kenji apunta sus dedos como un arma hacia Warner y luego se apunta a sí mismo—, practicar su puntería.

Warner mueve la cabeza de un lado a otro, todavía un poco molesto.

—Haider es puro espectáculo. No me preocuparía por él. Como he dicho, solo me preocuparía si su hermana estuviera aquí, lo cual significa que probablemente deberíamos planear preocuparnos muy pronto. —Exhala—. Sin duda ella vendrá después.

Ante eso, alzo las cejas.

—¿Es muy atemorizante?

Warner inclina la cabeza.

—No precisamente atemorizante —me dice—. Es muy cerebral.

—Entonces, es... ¿qué? —interviene Kenji—. ¿Una psicópata?

—En absoluto. Pero siempre he sido capaz de percibir las emociones y leer a las personas, y nunca conseguí leerla bien a ella. Creo que su mente se mueve demasiado rápido. Hay algo un poco... inconstante en el modo en que piensa. Como un colibrí. —Suspira. Alza la vista—. Da igual, no la he visto en varios meses, al menos, pero dudo mucho de que haya cambiado.

—¿Cómo un *colibrí*? —repite Kenji—. Entonces, ¿quieres decir que habla rápido?

—No —responde Warner—. Suele estar muy callada.

—Mmm. Bueno, me alegra que no esté aquí. Parece aburrida.

Warner por poco sonríe.

—Ella te destriparía.

Kenji pone los ojos en blanco.

Y estoy a punto de hacer otra pregunta cuando un timbre repentino y estridente interrumpe la conversación.

Delalieu ha venido a recogernos para la cena.

WARNER

De verdad, detesto que me abracen.

Hay muy pocas excepciones a esta regla, y Haider no es una de ellas. Sin embargo, cada vez que lo veo, él insiste en abrazarme. Besa el aire junto a los laterales de mi rostro, rodea mis hombros con las manos y me sonríe como si de verdad fuera mi amigo.

—*¿Hela habibi shlonak?* Qué alegría verte.

Intento sonreír.

—*Ani zeyn, shukran.* —Señalo la mesa con el mentón—. Por favor, toma asiento.

—Claro, claro. —Mira a su alrededor—. *¿Wenha Nazeera...?*

—Ah —digo sorprendido—. Creí que habías venido solo.

—*La, habibi* —responde mientras toma asiento—. *Heeya shwaya mitakhira.* Pero ella debería llegar en cualquier momento. Estaba muy entusiasmada por verte.

—Lo dudo mucho.

—Mmm, lo siento, pero ¿soy el único aquí que no sabía que hablabas árabe? —Kenji me mira, con los ojos abiertos de par en par.

Haider ríe con ojos luminosos mientras observa mi cara.

—Tus nuevos amigos saben muy poco acerca de ti. —Y luego, le dice a Kenji—: Tu regente Warner habla siete idiomas.

—¿Hablas siete idiomas? —pregunta Juliette, tocando mi brazo.

—A veces —respondo en voz baja.

Somos un grupo pequeño para la cena de esta noche; Juliette está sentada en la cabecera. Yo estoy a su derecha; Kenji está sentado a mi derecha.

Frente a mí ahora está sentado Haider Ibrahim.

Frente a Kenji hay una silla vacía.

—Entonces —dice Haider, juntando las manos—, ¿esta es tu nueva vida? Mucho ha cambiado desde la última vez que te vi.

Cojo mi tenedor.

—¿Qué estás haciendo aquí, Haider?

—Wallah —responde, aferrando su pecho—, creí que estarías feliz de verme. Quería conocer a todos tus nuevos amigos. Y, por supuesto, tenía que conocer a tu nueva comandante suprema. —Evalúa a Juliette con el rabillo del ojo; el movimiento es tan rápido que por poco me lo pierdo. Y luego, coge su servilleta, la coloca con cuidado sobre su regazo y dice en voz muy muy baja—: *Heeya jidan helwa*.

Mi pecho se tensa.

—¿Y eso es suficiente para ti? —Se inclina hacia adelante repentinamente, hablando tan bajo que solo yo lo escucho—. ¿Una cara bonita? ¿Y traicionas a tus amigos así de fácil?

—Si has venido a pelear —respondo—, por favor, ahorrémonos la cena.

Haider ríe con fuerza. Coge su copa de agua.

—Aún no, *habibi*. —Bebe un sorbo. La apoya—. Siempre hay tiempo para cenar.

—¿Dónde está tu hermana? —pregunto, apartándome—. ¿Por qué no habéis llegado juntos?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Alzo la vista, sorprendido de ver a Nazeera de pie en la puerta. Ella observa la sala, sus ojos se detienen en el rostro de Juliette solo un segundo más que en el del resto, y toma asiento sin decir ni una palabra.

—Os presento a Nazeera —dice Haider, poniéndose de pie con una sonrisa amplia. Coloca un brazo sobre los hombros de su hermana, incluso aunque ella lo ignora—. Estará aquí durante mi estancia. Espero que la recibáis con la misma calidez que habéis demostrado conmigo.

Nazeera no dice hola.

El rostro de Haider es sincero, una exageración de felicidad. Sin embargo, Nazeera no tiene expresión alguna. Sus ojos están en blanco, su mandíbula es solemne. La única similitud entre los hermanos es física: ella tiene un parecido impresionante a su hermano. Tiene su piel morena, sus ojos castaño claro y las mismas pestañas largas y oscuras que protegen su expresión del resto de nosotros. Pero ha crecido bastante desde la última vez que la vi. Sus ojos son más grandes, más profundos que los de Haider, y tiene un pequeño *piercing* de diamante centrado justo debajo de su labio inferior. Tiene dos diamantes más sobre su ceja derecha. La única otra diferencia entre ellos es que no puedo ver el pelo de Nazeera.

Lleva puesto un chal sobre su cabeza.

Y no puedo evitar sorprenderme en silencio. Esto es nuevo. La Nazeera que recuerdo no cubría su pelo... ¿y por qué lo iba a hacer? El pañuelo en su

cabeza es una reliquia; parte de nuestra vida pasada. Es un artefacto de una religión y cultura que ya no existe bajo el Restablecimiento. Nuestro movimiento hace mucho tiempo eliminó todos los símbolos y las prácticas religiosas o culturales en un intento de reiniciar las identidades y las alianzas; tanto fue así que los lugares de culto fueron de las primeras instituciones del mundo en ser destruidas. Se decía que los civiles debían inclinarse ante el Restablecimiento y nada más. Cruces, lunas crecientes, estrellas de David... turbantes y kipás, pañuelos para la cabeza y hábitos de monja...

Todos son ilegales.

Y Nazeera Ibrahim, la hija de un comandante supremo, tiene una osadía asombrosa. Porque ese simple pañuelo, que de otro modo es un detalle insustancial, es nada menos que un acto abierto de rebeldía. Y estoy tan perplejo que por poco no puedo evitar lo que digo a continuación.

—¿Ahora cubres tu pelo?

Ante mi pregunta, alza la vista, me mira a los ojos. Bebe un largo sorbo de té y me observa. Y luego, por fin...

No dice nada.

Siento que mi rostro está a punto de parecer sorprendido y me obligo a permanecer quieto. Evidentemente, ella no tiene interés en hablar del tema. Decido continuar. Estoy a punto de decirle algo a Haider, cuando...

—Entonces, ¿crees que nadie lo notará? ¿Que cubres tu pelo? —Es Kenji, hablando y masticando a la vez. Llevo mis dedos a mis labios y aparto la vista, luchando por ocultar mi repugnancia.

Nazeera apuñala un trozo de lechuga en su plato. Come.

—Quiero decir, debes saber que lo que vistes es una ofensa cuyo castigo es el encarcelamiento —le dice Kenji, aún masticando.

Ella parece sorprendida de que Kenji insista en el asunto, sus ojos lo observan como si pensara que es un idiota.

—Lo siento —dice ella en voz baja, bajando el tenedor—, pero ¿quién eres tú exactamente?

—Nazeera. —Haider intenta sonreír mientras la mira de reojo con cautela—. Por favor, recuerda que somos invitados...

—No sabía que aquí había un código de vestimenta.

—Uh... Bueno, supongo que no tenemos un código de vestimenta *aquí* —dice Kenji entre bocados, sin percibir la tensión—. Pero eso es solo porque tenemos una nueva comandante suprema que no es una psicópata. Pero es ilegal vestirse así —señala a Nazeera con su cuchara— en cualquier otra

parte, literalmente. —Verdad? —Mira a su alrededor, pero nadie responde—. —¿No es así? —me pregunta, deseando recibir una confirmación.

Asiento. Despacio.

Nazeera bebe otro gran sorbo de té; deposita con cuidado la taza en su plato antes de reclinar el cuerpo hacia atrás y mirarnos a los dos a los ojos y decir:

—¿Qué te hace pensar que me importa?

—Me refiero —Kenji frunce el ceño—, ¿no debería importarte? Tu padre es un comandante supremo. ¿Acaso él sabe siquiera que llevas esa cosa —otro gesto abstracto hacia la cabeza de ella— en público? ¿No se va a enfadar?

Nazeera, quien acaba de tomar otra vez su tenedor para atravesar un poco de comida en su plato, lo apoya y suspira. A diferencia de su hermano, ella habla un inglés perfecto sin acento alguno.

Mira solo a Kenji cuando dice:

—¿Esta cosa?

—Lo siento —responde él, avergonzado—, no sé cómo se llama.

Ella le sonríe, pero no hay calidez en el gesto. Solo una advertencia.

—Los hombres siempre están desconcertados por la ropa de las mujeres. Hay muchas opiniones sobre un cuerpo que no les pertenece. *Cubríos, no os cubráis* —mueve la mano—, nadie parece capaz de decidir.

—Pero... no quería decir... —Kenji intenta hablar.

—¿Sabes lo que pienso sobre alguien que me dice qué es legal e ilegal de mi modo de vestir? —dice ella, todavía sonriente.

Alza dos dedos medios en un gesto obsceno.

Kenji se atraganta.

—Adelante —dice ella, sus ojos brillan furiosos mientras coge su tenedor de nuevo—. Cuéntaselo a mi padre. Alerta a los ejércitos. Me importa una mierda.

—Nazeera...

—Cállate, Haider.

—Guau, oye, lo siento —dice Kenji de pronto, parece entrar en pánico—. No era mi intención...

—Da igual —ella pone los ojos en blanco—, no tengo hambre. —De pronto se pone de pie. Con elegancia. Hay algo interesante en su furia. En su protesta nada sutil. Y es incluso más impresionante de pie.

Tiene las mismas piernas largas y la misma contextura delgada de su hermano y camina con mucho orgullo, como alguien que nació con una

posición y privilegios. Viste una túnica gris hecha de una tela elegante y pesada, pantalones de cuero muy apretados, botas pesadas y unas nudilleras de oro en ambas manos.

Y no soy el único que la mira.

Juliette, quien ha estado observando en silencio todo este tiempo, tiene la vista en alto, maravillada. Prácticamente puedo ver el proceso de sus pensamientos cuando de pronto se pone rígida, mira su propio atuendo y cruza los brazos sobre el pecho como si pudiera ocultar su jersey rosa de la vista. Tira de sus mangas como si fuera a arrancarlas.

Es tan adorable que por poco la beso en ese mismo instante.

* * *

Un silencio pesado e incómodo se instala entre nosotros después de la partida de Nazeera.

Todos habíamos estado esperando un interrogatorio profundo por parte de Haider esta noche; en cambio, él pincha en silencio su comida, parece cansado y avergonzado. Ninguna cantidad de dinero o prestigio puede ahorrarle a nadie la agonía de las cenas familiares incómodas.

—¿Por qué tenías que hacer un comentario? —Kenji me golpea con el codo y me sobresalto, sorprendido.

—¿Disculpa?

—Esto es por tu culpa —sisea, en voz baja y nerviosa—. No deberías haber dicho nada sobre su pañuelo.

—Hice *una* pregunta —digo, rígido—. *Tú* fuiste quien continuó insistiendo...

—Sí, pero ¡tú empezaste! ¿Por qué tuviste que hacer un comentario?

—Es la hija de un comandante supremo —digo, luchando por mantener mi voz calma—. Sabe mejor que nadie que lo que viste es ilegal bajo las leyes del Restablecimiento...

—Dios mío. —Kenji niega con la cabeza—. Solo... Solo cállate, ¿vale?

—Cómo te atreves...

—¿De qué habláis en susurros? —pregunta Juliette, acercándose.

—Es que tu novio no sabe cuándo cerrar la boca. —Kenji alza otra cucharada de comida.

—*Tú eres* quien no puede mantener cerrada la boca. —Me aparto—. Ni siquiera puedes hacerlo mientras masticas un bocado. De todas las cosas desagradables...

—Cállate, hombre. Tengo hambre.

—Creo que yo también me retiraré por ahora —dice Haider de pronto. Se pone de pie.

Todos alzamos la vista.

—Por supuesto. —Me pongo de pie para darle las buenas noches de manera apropiada.

—*Ani aasef* —dice Haider, mirando su cena a medio terminar—. Esperaba tener una conversación más productiva con todos esta noche, pero me temo que mi hermana no se siente feliz de estar aquí; no quería partir de casa. —Suspira—. Pero conoces a Baba —me dice—. No le dio opción. —Haider se encoge de hombros. Intenta sonreír—. Ella no comprende aún que lo que hacemos... el modo en el que vivimos ahora... —vacila—... es la vida que nos dieron. Ninguno de nosotros ha tenido otra opción.

Y por primera vez en la noche, me sorprende; veo algo en sus ojos que reconozco. Un destello de dolor. El peso de la responsabilidad. Expectativa.

Conozco demasiado bien lo que es ser hijo de un comandante supremo del Restablecimiento... y atreverse a no estar de acuerdo.

—Por supuesto —le digo—. Lo entiendo.

De verdad, lo entiendo.

JULIETTE

Warner acompaña a Haider a su residencia, y, poco después de que se marchen, el resto de nuestro grupo se separa. Ha sido una cena extraña y corta con muchas sorpresas y me duele la cabeza. Estoy lista para irme a la cama. Kenji y yo estamos caminando hacia las habitaciones de Warner en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

Kenji habla primero.

—Estuviste bastante callada esta noche —dice.

—Sí. —Río, pero no hay vida en el sonido—. Estoy exhausta, Kenji. Fue un día extraño. Y una noche aún más rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Mmm, no sé, ¿qué tal si empezamos por el hecho de que Warner habla *siete idiomas*? —Alzo la vista, lo miro a los ojos—. Quiero decir, ¿qué diablos? A veces pienso que lo conozco muy bien y luego ocurre algo como esto y... —niego con la cabeza— me desconcierta. Tenías razón. Aún no sé nada sobre él. Además, ¿qué se supone que estoy haciendo aquí? No dije nada en la cena porque no tengo ni idea de qué decir.

Kenji exhala.

—Sí. Bueno. Siete idiomas es algo bastante fuerte. Pero, quiero decir, debes recordar que él ha nacido en este mundo, ¿sabes? Warner ha tenido una educación que tú nunca has tenido.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Oye, vas a estar bien. —Kenji presiona mi hombro—. Todo irá bien.

—Comenzaba a creer que quizás podría hacer esto —le confieso—. Hoy tuve una conversación con Warner que de hecho me hizo sentir mejor. Y ahora ni siquiera puedo recordar por qué. —Suspiro. Cierro los ojos—. Me siento tan estúpida, Kenji. Cada día me siento más estúpida.

—Quizás solo estás volviéndote vieja. Senil. —Da un golpecito en mi cabeza—. Ya sabes.

—Cállate.

—Entonces, mmm —dice y ríe—, sé que ha sido una noche rara y todo, pero... ¿qué piensas? ¿En general?

—¿De qué? —Lo miro.

—De Haider y Nazeera —responde—. ¿Opiniones? ¿Sensaciones? Sociópatas: ¿sí o no?

—Uh. —Frunzo el ceño—. Son muy diferentes el uno del otro. Haider es muy ruidoso. Y Nazeera es... No lo sé. Nunca he conocido a alguien como ella. Supongo que respeto que le haga frente a su padre y al Restablecimiento, pero no tengo ni idea de cuáles son sus motivaciones reales, así que no estoy segura de si debería darle tanto crédito. —Suspiro—. De todos modos, parece muy... furiosa.

Y guapa. Y muy intimidante.

La dolorosa verdad es que nunca me había sentido tan intimidada por otra chica antes, y no sé cómo admitir eso en voz alta. Todo el día, y durante las últimas semanas, me he sentido como una impostora. Una niña. Odio lo fácil que gano y pierdo confianza, cómo oscilo entre quién era y quién podría ser. Mi pasado aún se aferra a mí, manos esqueléticas me retienen incluso mientras intento avanzar hacia la luz. Y no puedo evitar preguntarme lo distinta que sería hoy si hubiera tenido a alguien que me alentara mientras crecía. Nunca he tenido modelos femeninos fuertes a los que imitar. Conocer a Nazeera esta noche, ver lo alta y valiente que era, ha hecho que me pregunte dónde aprendió a ser así.

Ha hecho que deseara tener una hermana. O una madre. Alguien de quién aprender y en quien apoyarme. Una mujer que me enseñe cómo ser valiente en este cuerpo, entre estos hombres.

Nunca he tenido eso.

En cambio, me criaron con una dieta estricta de burlas y abucheos, puñaladas a mi corazón, bofetadas en la cara. Me dijeron reiteradas veces que era inservible. Un monstruo.

Nunca querida. Nunca protegida del mundo.

A Nazeera parece no importarle en absoluto lo que los demás piensan, y deseo tener su confianza. Sé que he cambiado mucho, que he recorrido un largo camino de quien solía ser, pero quiero más que nada ser confiada y no arrepentirme de quién soy y cómo me siento, no tener que esforzarme tanto todo el tiempo. Aún estoy trabajando en esa parte de mí misma.

—Ciento —dice Kenji—. Sí. Está bastante furiosa. Pero...

—¿Disculpad?

Ambos nos giramos al oír la voz de Nazeera.

—Hablando del diablo —comenta Kenji en voz baja.

—Lo siento, creo que estoy perdida —dice Nazeera—. Creía que conocía bastante bien este edificio, pero hay una construcción y... me he desorientado. ¿Podría decirme alguien cómo salir?

Por poco sonríe.

—Ah, claro —responde y por poco le devuelvo la sonrisa—. De hecho —hago una pausa—, creo que estás en el lado equivocado del edificio. ¿Recuerdas por qué puerta entraste?

Se detiene a pensar.

—Creo que estamos alojados en el lado sur —dice y esboza una sonrisa amplia y verdadera por primera vez. Luego desaparece—. Espera. *Creo* que era el lado sur. Lo siento. —Frunce el ceño—. Llegué hace un par de horas... Haider llegó aquí antes que yo...

—Lo entiendo perfectamente —la interrumpo moviendo la mano—. No te preocupes, también me llevó un tiempo acostumbrarme a moverme por la construcción. De hecho, ¿sabes qué? Kenji conoce el lugar incluso mejor que yo. Por cierto, él es Kenji, creo que no os presentaron formalmente esta noche...

—Sí, hola —dice ella, su sonrisa desaparece en un segundo—. Lo recuerdo.

Kenji la mira como un idiota. Los ojos abiertos de par en par, parpadeando. Los labios separados levemente. Golpeo despacio su brazo y él grita, sorprendido, pero regresa a la vida.

—Ah, claro —dice rápido—. Hola. Hola... sí, eh, lamento lo de la cena.

Ella lo mira alzando una ceja.

Y por primera vez en todo el tiempo que lo he conocido, Kenji se sonroja de verdad. *Se sonroja*.

—No, en serio —dice él—. Mmm, creo que tu... pañuelo es, eh, genial.

—Ajá.

—¿De qué está hecho? —pregunta él, extendiendo la mano para tocar la cabeza de Nazeera—. Parece muy suave.

Ella golpea la mano de Kenji y retrocede visiblemente incluso en la luz tenue.

—¿Qué diablos? ¿Es en serio?

—¿Qué? —Kenji parpadea, confundido—. ¿Qué he hecho?

Nazeera ríe, su expresión es una mezcla de confusión y disgusto leve.

—¿Cómo es posible que seas *tan* malo para esto?

Kenji se paraliza donde está, boquiabierto.

—No sé, mmm... ¿No sé cuáles son las reglas? Quiero decir, ¿puedo llamarte algún día o.?

De pronto río, fuerte y de modo extraño, y pellizco el brazo de Kenji.

Kenji maldice en voz alta. Me mira furioso.

Dibujo una sonrisa amplia en mi cara y hablo solo con Nazeera.

—Entonces, sí, eh, si quieres llegar a la salida sur —digo con rapidez—, lo mejor es regresar por el pasillo y doblar tres veces a la izquierda. Verás unas puertas dobles a tu derecha; solo tienes que pedirle a uno de los soldados que te indique el camino desde allí.

—Gracias —responde Nazeera, devolviéndome la sonrisa antes de mirar con extrañeza en dirección a Kenji. Él aún está masajeando su hombro herido mientras mueve la mano con debilidad para despedirse de ella.

Solo después de que desaparece, por fin me vuelvo y siseo:

—¿Qué diablos te sucede? —Y Kenji sujetó mi brazo, con las piernas débiles y dice:

—Dios mío, J., creo que estoy enamorado.

Lo ignoro.

—No, en serio —dice él—. ¿Es eso lo que siento? Porque nunca he estado enamorado antes, así que no sé si esto es amor o si solo tengo una intoxicación por la comida, ¿sabes?

—Ni siquiera la conoces —pongo los ojos en blanco—, así que supongo que probablemente es una intoxicación.

—¿Eso crees?

Alzo la vista hacia él, entrecerrando los ojos, pero solo necesito una mirada para perder mi hilo de furia. Su expresión es tan rara y tonta, tan embobada, que casi siento pena por él.

Suspiro y lo empujo para que avance. Él continúa quieto sin motivo alguno.

—No lo sé. Creo que quizás solo, ya sabes, ¿te sientes atraído hacia ella? Dios, Kenji, has dicho tantas cosas malas cuando yo actuaba así por Adam y Warner y ahora aquí estás, guiándote por tus hormonas...

—Da igual. Me lo debes.

Lo miro frunciendo el ceño.

Él se encoge de hombros, sonriente.

—Bueno, sé que probablemente es una sociópata. Y que sin duda me asesinará mientras duermo. Pero maldición, es... guau. Es jodidamente bonita. La clase de belleza que hace que un hombre piense que ser asesinado mientras duerme quizás no sea una mala forma de morir.

—Sí —digo, pero lo hago en voz baja.

—¿Verdad?

—Supongo.

—¿Qué quieres decir con *supongo*? No estaba haciendo una pregunta. Esa chica es objetivamente preciosa.

—Claro.

Kenji se detiene y sujetó mis hombros con las manos.

—¿Qué ocurre, J.?

—No sé de qué...

—Dios mío —dice, atónito—. ¿Estás celosa?

—No —respondo, pero prácticamente le grito la palabra.

Él ahora ríe.

—Es una locura. ¿Por qué estás celosa?

Me encojo de hombros y balbuceo algo.

—Espera, ¿qué has dicho? —Coloca una mano alrededor de su oreja—.

¿Te preocupa que te deje por otra mujer?

—Cállate, Kenji. No estoy celosa.

—Ehh, J.

—No lo estoy. Lo juro. No estoy celosa. Solo... solo...

Me resulta difícil.

Pero nunca tengo oportunidad de decir las palabras. De pronto, Kenji me alza en el aire, me hace girar y dice:

—Ehh, estás tan adorable cuando te pones celosa...

Y golpeo su rodilla. Con fuerza.

Él me deja en el suelo, sujetó su rodilla y grita palabras tan groseras que ni siquiera reconozco la mitad. Huyo corriendo de él, sintiéndome mitad culpable, mitad satisfecha; su promesa de hacerme morder el polvo mañana resuena a mis espaldas mientras me alejo.

WARNER

He acompañado a Juliette a su caminata matutina de hoy.

Ahora parece profundamente nerviosa, más que nunca y me culpo por no haberla preparado mejor para lo que podría enfrentar como comandante suprema. Regresó a nuestra habitación anoche en pánico, dijo algo sobre que desearía hablar más idiomas y luego se negó a hablar al respecto.

Siento que se esconde de mí.

O quizás yo he estado ocultándome de ella.

He estado tan ensimismado en mi propia cabeza, en mis propios problemas, que no he tenido muchas oportunidades de hablar con ella en profundidad sobre cómo se encuentra últimamente. Ayer fue la primera vez que mencionó sus preocupaciones acerca de ser una buena líder, y hace que me pregunte hace cuánto tiempo la agobian esos miedos. Desde cuándo ha estado guardando todo en su interior. Tenemos que encontrar más tiempo para hablar de todo esto; pero me preocupa que ambos estemos ahogándonos en las revelaciones.

Yo sin duda lo estoy.

Mi mente aún está llena de las tonterías de Castle. Estoy bastante seguro de que se demostrará que él está desinformado, que ha interpretado mal algún detalle crucial. De todos modos, estoy desesperado por obtener respuestas reales y aún no he tenido la oportunidad de revisar los archivos de mi padre.

Así que permanezco así, en este estado inseguro.

Había esperado hallar algo de tiempo hoy, pero no confío que Haider o Nazeera estén a solas con Juliette. Le di el espacio que necesitaba cuando conoció a Haider, pero dejarla sola con ellos ahora sería irresponsable. Nuestros visitantes están aquí por motivos equivocados y probablemente en busca de cualquier indicio para jugar a las olimpiadas mentales de la crueldad con las emociones de Juliette. Me sorprendería si ellos no quisieran aterrorizarla y confundirla. Acosarla hasta la cobardía. Y comienzo a preocuparme.

Hay tanto que Juliette no sabe.

Creo que no he hecho un esfuerzo suficiente para imaginar cómo debe estar sintiéndose. Doy demasiado por sentado en esta vida militar, y las cosas que parecen obvias para mí todavía son completamente nuevas para ella. Necesito recordarlo. Necesito decirle que ella tiene su propio armamento. Que tiene una flota de vehículos privados; un chofer personal. Varios jets privados y pilotos a su disposición. Y luego me pregunto, de pronto, si ella alguna vez ha subido a un avión.

Me detengo, suspendido en mi pensamiento.

Por supuesto que no lo ha hecho. No tiene recuerdos de una vida fuera del Sector 45. Dudo de que haya ido a *nadar* alguna vez, y mucho menos que haya navegado en un barco en mitad del océano. Nunca ha vivido en ninguna otra parte que no fueran libros y recuerdos.

Aún hay mucho que debe aprender. Mucho que superar. Y si bien empatizo profundamente con sus luchas, la verdad es que no la envidio en esto, en la enormidad de la tarea a cumplir. Después de todo, hay un motivo simple por el que nunca quise poseer el trabajo de comandante supremo...

Nunca quise esa responsabilidad.

Es una cantidad tremenda de trabajo con mucha menos libertad de la que uno esperaría; peor, es una posición que requiere muchas habilidades sociales. La clase de habilidades que incluyen matar y cautivar a una persona sin previo aviso. Dos cosas que odio.

Intenté convencer a Juliette de que era perfectamente capaz de ocupar el lugar de mi padre, pero no parece convencida en absoluto. Y ahora que Nazeera y Haider están aquí, comprendo por qué parece más insegura que nunca. Los dos visitantes —bueno, la verdad es que solo fue Haider— le pidieron a Juliette acompañarla en su caminata matutina esta mañana. Ella y Kenji habían estado hablando del asunto en voz baja, pero Haider tiene un mejor oído de lo que sospechábamos. Así que aquí estamos, los cinco caminando por la playa en un silencio incómodo. Haider, Juliette y yo hemos conformado un grupo sin quererlo. Nazeera y Kenji nos siguen unos pasos atrás.

Nadie habla.

De todos modos, la playa no es un lugar horrible donde pasar la mañana, a pesar del hedor extraño que brota del agua. De hecho, es un lugar más bien pacífico. El sonido de las olas al romper forma un fondo tranquilizante en contraposición con el día que ya es estresante.

—Entonces —me dice por fin Haider—, ¿vendrás al Simposio Continental este año?

—Por supuesto —respondo en voz baja—. Asistiré como lo he hecho siempre. —Una pausa—. ¿Vas a regresar a casa para asistir a tu propio evento?

—Por desgracia, no. Nazeera y yo esperábamos acompañarlos al brazo de América del Norte, pero claro, no estaba seguro de si la comandante suprema Ferrars —mira a Juliette— asistiría, así que...

Ella se acerca, con los ojos abiertos de par en par.

—Lo siento, ¿de qué hablamos?

Haider frunce solo un poco el ceño como respuesta, pero siento la profundidad de su sorpresa.

—El Simposio Continental —dice él—. Sin duda has oído hablar de él, ¿verdad?

Juliette me mira, confundida, y luego:

—Ah, sí, claro. He recibido varias cartas al respecto. No sabía que era algo tan importante.

Tengo que luchar contra el impulso de avergonzarme.

Aquello ha sido otro descuido de mi parte.

Juliette y yo hemos charlado sobre el simposio, por supuesto, pero solo brevemente. Es un congreso bianual de los 555 regentes del continente. Los líderes de cada sector reunidos en un solo lugar.

Es una producción masiva.

Haider inclina la cabeza a un lado, observándola.

—Sí, es muy importante. Nuestro padre está ocupado preparándose para el evento de Asia —dice—, así que el asunto ha estado bastante en mi mente últimamente. Pero dado que el fallecido Supremo Anderson nunca asistía a reuniones públicas, me preguntaba si tú seguirías sus pasos.

—Ah, no, estaré allí —responde Juliette con rapidez—. No me ocultaré del mundo como él lo hizo. Por supuesto que asistiré.

Haider abre levemente los ojos un poco más. Me mira y luego mira a Juliette y repite el proceso varias veces.

—¿Cuándo es exactamente? —pregunta ella, y siento que, de pronto, la curiosidad de Haider es más intensa.

—¿No has visto tu invitación? —pregunta él, pura inocencia—. El evento es en dos días.

De pronto, ella aparta la mirada, pero no antes de que vea que tiene las mejillas sonrojadas. Siento su vergüenza repentina y se me rompe el corazón. Odio a Haider por jugar con ella de este modo.

—He estado muy ocupada —dice ella en voz baja.

—Es mi culpa —intercedo—. Se suponía que yo debía ocuparme del seguimiento del asunto y lo olvidé. Pero terminaremos el programa hoy. Delalieu ya está trabajando intensamente para organizar todos los detalles.

—Maravilloso —comenta Haider—. Nazeera y yo estamos deseando acompañarlos. Nunca hemos asistido a un simposio fuera de Asia.

—Claro. Será un placer que vengáis con nosotros.

Haider mira a Juliette de arriba abajo, inspeccionando su atuendo, su cabello, sus zapatillas simples y gastadas; y, aunque no dice nada, siento su desaprobación, su escepticismo y, por último..., su decepción hacia ella.

Hace que quiera lanzarlo al océano.

—¿Qué planes tenéis para el resto de su estancia aquí? —pregunto, ahora observándolo con atención.

Él se encoge de hombros, perfectamente despreocupado.

—Nuestros planes son flexibles. Solo nos interesa pasar tiempo con vosotros. —Me mira—. ¿Los viejos amigos necesitan un motivo para verse? —Y, por un instante, muy breve, percibo dolor genuino en sus palabras. La sensación de abandono.

Me sorprende.

Y luego, desaparece.

—De todos modos —continúa Haider—, supongo que la Comandante Suprema Ferrars ya ha recibido varias cartas de nuestros otros amigos. Aunque parece que sus pedidos de visita solo recibieron silencio. Me temo que se sintieron un poco dejados de lado cuando les conté que Nazeera y yo estábamos aquí.

—¿Qué? —dice Juliette, mirándome antes de volver la vista a Haider—. ¿Qué otros amigos? ¿Te refieres a los otros comandantes supremos? Porque no he...

—Uh, no —responde Haider—. No, no, no los otros comandantes supremos. Aún no, de todos modos. Solo nosotros, los hijos. Esperábamos tener una pequeña reunión de reencuentro. No hemos reunido al grupo entero en demasiado tiempo.

—El grupo entero —dice Juliette en voz baja. Luego, frunce el ceño—. ¿Cuántos hijos más hay?

De pronto, la exuberancia falsa de Haider se vuelve extraña. Fría. Me mira con furia y confusión cuando dice:

—¿No le has contado nada sobre nosotros?

Ahora Juliette me mira. Abre los ojos de par en par perceptiblemente. Siento que su miedo se dispara. Y aún intento descubrir cómo decirle que no

se preocupe cuando Haider sujetá mi brazo con fuerza y tira de mí hacia adelante.

—¿Qué estás haciendo? —susurra él, palabras urgentes, violentas—. Nos has dado la espalda a todos, ¿por qué? ¿Por esto? ¿Por una niña? *Inta kullish ghabi* —dice—. Es muy muy estúpido. Y te prometo, *habibi*, que esto no terminará bien.

Hay una advertencia en sus ojos.

Entonces, lo siento cuando él me suelta de pronto, cuando revela un secreto oculto en lo profundo de su corazón, y algo terrible aparece en mi estómago. Una sensación nauseabunda. Un pavor terrible.

Y por fin lo comprendo:

Los comandantes envían a sus hijos a hacer el trabajo preliminar porque no creen que valga la pena desperdiciar su tiempo en venir en persona. Quieren que sus hijos se infiltrén y examinen nuestra base, usar su juventud para gustarle a la nueva y joven comandante suprema de América del Norte, para generar una camaradería falsa... y, por último, para enviar información a casa. No están interesados en forjar alianzas.

Solo están aquí para descubrir cuánto trabajo les llevará destruirnos.

Me vuelvo, la furia amenaza con deshacer mi compostura, y Haider aprieta más fuerte mi brazo. Lo miro a los ojos. Mi determinación para mantener las cosas civilizadas por el bien de Juliette es lo único que evita que le rompa los dedos para apartarlos de mi cuerpo.

Lastimar a Haider sería suficiente para comenzar una guerra mundial.

Y él lo sabe.

—¿Qué ha pasado contigo? —dice él, aún siseando en mi oído—. No lo creí cuando oí por primera vez que te habías enamorado de una idiota chica psicótica. Tenía más fe en ti. Te *defendí*. Pero esto —niega con la cabeza—, esto es realmente desgarrador. No puedo creer cuánto has cambiado.

Tenso los dedos, que desean convertirse en puños, y estoy a punto de responder cuando Juliette, quien ha estado observándonos atentamente desde cierta distancia, dice:

—Suéltalo.

Y hay algo en la firmeza de su voz, algo en la furia apenas contenida en sus palabras que capta la atención de Haider.

Suelta mi brazo, sorprendido. Se vuelve.

—Si lo tocas una vez más —continúa Juliette con calma—, te arrancaré el corazón del pecho.

Haider la mira.

—¿Disculpa?

Ella avanza. De pronto, parece aterradora. Hay fuego en sus ojos. Una quietud asesina en sus movimientos.

—Si alguna vez te veo poniéndole las manos encima otra vez, abriré tu pecho —repite ella— y te arrancaré el corazón.

Haider alza las cejas. Parpadea. Vacila. Y luego:

—No sabía que podías hacer algo semejante.

—Por ti —responde ella—, lo haría con gusto.

Ahora, Haider sonríe. Ríe a carcajadas. Y por primera vez desde que ha llegado, realmente parece sincero. Sus ojos se arrugan con placer.

—¿Te importaría si cojo prestado a tu Warner un momento? —le dice—. Te prometo que no lo tocaré. Solo quiero hablar con él.

Entonces, ella me mira, con una pregunta en sus ojos.

Pero yo solo puedo sonreírle. Quiero levantarla y llevarla lejos. Llevarla a un lugar tranquilo y perderme en ella. Me encanta que la chica que se sonroja con mucha facilidad en mis brazos sea la misma que mataría a un hombre que me hizo daño.

—Será breve —afirmo.

Y ella me devuelve la sonrisa, su cara se transforma de nuevo. Solo dura pocos segundos, pero, de algún modo, el tiempo avanza más despacio, lo suficiente para que yo recolecte todos los detalles de este momento y los coloque entre mis recuerdos favoritos. De pronto, estoy agradecido por este talento inusual y sobrenatural que tengo para percibir emociones. Aún es mi secreto, solo pocos lo saben. Es un secreto que he logrado mantener oculto de mi padre, y de los otros comandantes y sus hijos. Me gusta que me haga sentir separado —diferente— de las personas que he conocido desde siempre. Pero lo mejor de todo es que hace que sea posible para mí saber lo profundamente que me quiere Juliette. Siempre siento la oleada de emoción en sus palabras, en sus ojos. La certeza de que ella lucharía por mí. Que me protegería. Y saberlo hace que mi corazón se sienta tan lleno que, a veces, cuando estamos juntos, a duras penas puedo respirar.

Me pregunto si sabe que yo haría lo que fuera por ella.

JULIETTE

—¡Ah, mira! ¡Un pez! —Corro hacia el agua y Kenji sujetá mi cintura y me retiene.

—Esa agua es *asquerosa*, J. No deberías acercarte a ella.

—¿Qué? ¿Por qué? —digo, aún señalando—. ¿No ves el pez? Hace mucho tiempo que no veo un pez en el agua.

—Sí, bueno, es probable que esté muerto.

—¿Qué? —Miro de nuevo, forzando la vista—. No... No creo...

—Ah, sí, sin duda está muerto.

Ambos alzamos la vista.

Es lo primero que Nazeera ha dicho en toda la mañana. Ha estado muy callada, observando y escuchando todo con una quietud espeluznante. De hecho, he notado que pasa la mayor parte del tiempo observando a su hermano. No parece interesada en mí del mismo modo que Haider, lo cual me resulta confuso. No comprendo todavía por qué han venido exactamente. Sé que tienen curiosidad por saber quién soy, lo cual, sinceramente, entiendo, pero debe haber algo más que solo eso. Y es esa parte desconocida, la tensión entre hermano y hermana incluso, lo que no puedo comprender.

Así que espero a que ella diga más.

No lo hace.

Aún observa a su hermano, quien está a lo lejos con Warner, los dos hablando de algo que ya no escucho.

Los dos conforman una escena interesante.

Warner hoy viste un traje oscuro color rojo sangre. Sin corbata o abrigo, a pesar de que está helado afuera; solo una camisa negra debajo de la chaqueta, y un par de botas del mismo color. Sujeta el broche de un portafolio y un par de guantes en la misma mano, y sus mejillas están ruborizadas por el frío. A su lado, el pelo de Haider es una mancha negra salvaje y descontrolada bajo la luz gris de la mañana. Lleva puesto un pantalón negro de vestir ajustado y la camisa metálica de ayer debajo de una gabardina larga de terciopelo azul, y no parece en absoluto molesto por el viento que sopla y abre su chaqueta, y

revela su torso trabajado y muy bronceado. De hecho, estoy segura de que es a propósito. Los dos caminan erguidos y solos por la playa desierta, las botas pesadas dejan huellas en la arena, y conforman una imagen impactante, pero sin duda están vestidos demasiado elegantes para la ocasión.

Si fuera sincera, estaría obligada a admitir que Haider es tan guapo como su hermana, a pesar de su rechazo a usar camisas. Pero Haider parece profundamente consciente de lo guapo que es, lo cual en cierto modo juega en su contra. De todos modos, nada de eso importa. Solo me interesa el chico que camina a su lado. Así que estoy mirando a Warner cuando Kenji dice algo que me trae repentinamente de regreso al presente.

—Creo que será mejor que volvamos a la base, J. —Mira la hora en el reloj de pulsera que solo ha comenzado a usar hace poco—. Castle necesita hablar contigo cuanto antes.

—¿Otra vez?

—Sí —asiente—, y yo debo hablar con las chicas sobre su evolución con James, ¿recuerdas? Castle quiere un informe. Por cierto, creo que Winston y Alia por fin han terminado de reparar tu traje, y tienen un nuevo diseño preparado para que veas cuando tengas tiempo. Sé que aún tienes que leer el resto de tu correspondencia de hoy, pero cuando termines quizás podríamos...

—Oíd —dice Nazeera, saludando con la mano mientras se acerca—. Si regresáis a la base, ¿podríais hacerme un favor y darme autorización para caminar sola alrededor del sector hoy? —Me sonríe—. Hace más de un año que no he estado aquí, y me gustaría echar un vistazo por los alrededores. Ver qué ha cambiado.

—Claro. —Le devuelvo la sonrisa—. Los soldados en el escritorio de la recepción pueden ocuparse de eso. Solo dales tu nombre, y haré que Kenji les envíe mi preautoriza...

—Ah, sí, de hecho, ¿sabes qué? ¿Por qué mejor no te muestro yo los alrededores? —Kenji le sonríe ampliamente—. Este lugar ha cambiado mucho en el último año. Me encantaría ser tu guía turístico.

Nazeera vacila.

—Creía que acababas de decir que tenías muchas cosas que hacer.

—¿Qué? No. —Él ríe—. Cero cosas que hacer. Soy todo tuyo. Para lo que sea. Sabes.

—Kenji...

Golpea mi espalda y me sobresalto; lo fulmino con la mirada.

—Mmm, está bien —dice Nazeera—. Bueno, quizás más tarde, si tienes tiempo...

—Tengo tiempo ahora —afirma él y le sonríe como un idiota. Como un verdadero idiota. No sé cómo salvarlo de sí mismo—. ¿Va m os? Podemos comenzar aquí: puedo enseñarte primero los alrededores de la instalación, si quieras. O, es decir, también podemos comenzar en el territorio no controlado. —Se encoge de hombros—. Lo que prefieras. Solo házmelo saber.

De pronto, Nazeera parece fascinada. Mira a Kenji como si fuera a cortarlo en trocitos y a ponerlo en un guiso.

—¿No eres miembro de la Guardia Suprema? —pregunta ella—. ¿No deberías permanecer con tu comandante hasta que haya regresado a salvo a la base?

—Uh, mmm, sí... No, ella estará bien —responde rápido—. Además, tenemos a esos tíos —señala a los seis soldados que nos siguen como sombras — vigilándola todo el tiempo, así que estará a salvo.

Lo pellizco, fuerte, en el lateral de su estómago.

Kenji da un grito ahogado y se vuelve.

—Solo estamos a cinco minutos de la base —dice—. Estarás bien si vuelves sola, ¿verdad?

Lo fulmino con la mirada.

—Por supuesto que puedo regresar sola —grito en un susurro—. No estoy furiosa por eso. Estoy furiosa porque tienes un millón de cosas que hacer y te comportas como un idiota frente a una chica que evidentemente no está interesa da en ti.

Kenji retrocede; parece herido.

—¿Por qué intentas lastimarme, J.? ¿Dónde está tu voto de confianza? ¿Dónde está el amor y el apoyo que necesito en este momento difícil? Necesito que seas mi copiloto.

—Sabes que puedo oírte, ¿verdad? —Nazeera inclina la cabeza a un lado, sus brazos están cruzados y relajados sobre su pecho—. Estoy de pie justo aquí.

Hoy parece incluso más deslumbrante, tiene el pelo envuelto en sedas que parecen oro líquido bajo la luz. Viste un jersey rojo con un diseño intrincado, un par de *leggings* con textura de cuero y botas negras con plataformas de acero. Y aún lleva esas pesadas nudilleras de oro sobre ambos puños.

Desearía poder preguntarle dónde consigue su ropa.

Solo me doy cuenta de que Kenji y yo hemos estado observándola durante demasiado tiempo cuando ella por fin carraspea. Deja caer sus brazos y

avanza con cautela, sonriéndole —no sin amabilidad— a Kenji, quien de pronto parece incapaz de respirar.

—Escucha —dice ella en voz baja—. Eres mono. Muy mono. Tienes una bonita cara. Pero esto —señala entre ambos— no va a ocurrir.

Kenji no parece haberla oído.

—¿Crees que soy guapo?

Ella ríe y frunce el ceño al mismo tiempo. Mueve dos dedos a modo de saludo y dice:

—Adiós.

Y eso es todo. Se aleja.

Kenji no dice nada. Tiene los ojos clavados en la silueta de Nazeera que desaparece en la distancia.

Le doy una palmadita en el brazo, trato de sonar comprensiva.

—Estarás bien —digo—. El rechazo es difí...

—Esto ha sido maravilloso.

—Mmm, ¿qué?

Se vuelve para mirarme.

—Bueno, siempre he sabido que soy guapo. Pero ahora lo sé con certeza. Y me siento muy valorado.

—Sabes, creo que no me gusta este lado tuyo.

—No seas así, J. —Kenji me da un toquecito en la nariz—. No estés celosa.

—No estoy...

—Quiero decir, yo también merezco ser feliz, ¿no? —Y, de pronto, guarda silencio. Su sonrisa desaparece, su risa se extingue, y Kenji parece, solo por un instante... triste—. Quizás algún día.

Siento que mi corazón se encoge.

—Oye —digo con dulzura—. Mereces ser el más feliz de todos.

Kenji desliza una mano por su pelo y suspira.

—Sí. Bueno.

—Ella se lo pierde —afirmo.

Él me mira.

—Creo que ha sido bastante decente para ser un rechazo.

—Simplemente no te conoce —afirmo—. Eres un gran partido.

—Lo soy, ¿no? Eso le digo siempre a la gente.

—Las personas son estúpidas. —Me encojo de hombros—. Eres inteligente, divertido, amable y...

—Guapo —concluye—. No olvides guapo.

—Y muy guapo —digo, asintiendo.

—Sí, me halagas, J., pero no me gustas de esa manera.

Me quedo boquiabierta.

—¿Cuántas veces debo pedirte que dejes de enamorarte de mí?

—¡Oye! —digo, apartándome de él—. Eres terrible.

—Creí que era maravilloso.

—Depende de la hora que sea.

—Está bien, niña. —Ríe a carcajadas—. ¿Lista para regresar?

Suspiro, miro a la distancia.

—No lo sé. Creo que necesito un poco más de tiempo a solas. Aún tengo mucho en la cabeza. Muchas cosas que necesito resolver.

—Entiendo —responde y me lanza una mirada comprensiva—. Haz lo que tengas que hacer.

—Gracias.

—Pero ¿te importa si yo regreso? Más allá de las bromas, la verdad es que tengo mucho de lo que ocuparme hoy.

—Estaré bien. Ve.

—¿Segura? ¿Estarás bien aquí sola?

—Sí, sí. —Lo empujo hacia delante—. Estaré más que bien. De todas formas, nunca estoy realmente sola. —Señalo con la cabeza a los soldados—. Esos hombres siempre me siguen.

Kenji asiente, aprieta con cariño mi brazo y se marcha trotando.

En cuestión de segundos, estoy sola. Suspiro y me vuelvo hacia el agua, golpeando la arena mientras tanto.

Estoy muy confundida.

Estoy atrapada entre preocupaciones diferentes, paralizada por el miedo de lo que parece mi fracaso inevitable como líder y mis miedos del pasado indescifrable de Warner. Y la conversación de hoy con Haider no ha ayudado con lo último. Su sorpresa evidente de que Warner ni siquiera se había molestado en mencionar a las otras familias y a los hijos, con los que creció, me dejó realmente atónita. Hizo que me pregunte cuánto más no sé. Cuánto más hay por desenterrar.

Sé exactamente cómo me siento cuando lo miro a los ojos, pero a veces estar con Warner me duele. Está tan desacostumbrado a comunicarle cosas básicas a cualquiera que cada día hay nuevos descubrimientos sobre él. No todos son descubrimientos malos, de hecho, la mayoría de las cosas que aprendo sobre él solo hacen que lo quiera más, pero incluso las revelaciones inofensivas son ocasionalmente confusas.

La semana pasada lo encontré sentado en su oficina escuchando viejos discos de vinilo. Había visto su colección de vinilos antes: tiene una pila inmensa que fue proporcionada por el Restablecimiento junto a una selección de libros viejos y obras de arte. Se suponía que él debía revisar todo y decidir qué conservar y qué destruir. Pero nunca lo había visto sentado escuchando música.

No me vio cuando entré en la oficina ese día.

Estaba sentado muy quieto, mirando solo la pared, y escuchando lo que después descubrí que era un disco de Bob Dylan. Lo sé porque me escabullí en su oficina muchas horas después de que él se fuera. No pude disipar mi curiosidad; Warner solo había escuchado una de las canciones del disco (recolocaba la aguja cada vez que la canción terminaba) y yo quería saber cuál era. Resultó ser una canción llamada *Like a Rolling Stone*.

Aún no le he dicho lo que vi ese día; quería ver si él compartiría la historia conmigo por cuenta propia. Pero nunca lo mencionó, ni siquiera cuando le pregunté qué había hecho esa tarde. No era una mentira exactamente, pero la omisión hizo que me preguntara por qué me lo ocultaría.

Hay una parte de mí que quiere desentrañar la historia de Warner. Quiero saber lo bueno y lo malo, descubrir todos sus secretos y terminar con el asunto. Porque ahora mismo estoy segura de que mi imaginación es mucho más peligrosa que cualquiera de sus verdades.

Pero no sé cómo hacer que ocurra.

Además, ahora todo avanza muy rápido. Estamos muy ocupados todo el tiempo, y es bastante difícil mantener mis propios pensamientos en orden. Ni siquiera estoy segura de hacia dónde se dirige nuestra resistencia en este momento. Todo me preocupa. Las preocupaciones de Castle me preocupan. Los misterios de Warner me preocupan. Los hijos de los comandantes supremos me preocupan.

Respiro hondo y exhalo, una respiración larga y fuerte.

Estoy mirando el agua, intentando aclarar mi mente concentrándome en el movimiento fluido del océano. Solo hace tres semanas me había sentido más fuerte que nunca antes en toda mi vida. Por fin había aprendido cómo utilizar mis poderes; había aprendido cómo moderar mi fuerza, cómo proyectar y, lo más importante, cómo encender y apagar mis habilidades. Y luego, había aplastado las piernas de Anderson solo con mis manos. Permanecí quieta de pie mientras los soldados acribillaban mi cuerpo con rondas infinitas de balas. Era invencible.

Pero ¿ahora?

Este nuevo trabajo es más de lo que preveía.

Resulta que la política es una ciencia que aún no comprendo. Matar, romper cosas... ¿destruirlas? Eso, lo comprendo. Enfurecerme e ir a la guerra, lo comprendo. Pero ¿jugar pacientemente una partida de ajedrez con un grupo de extraños que vienen de todo el mundo?

Dios, prefiero mil veces dispararle a alguien.

* * *

Vuelvo a la base caminando despacio, mis zapatos se llenan de arena mientras avanzo. Me aterra mucho lo que Castle quiere decirme, pero ya me he ausentado durante demasiado tiempo. Hay mucho por hacer, y es imposible huir de esto; hay que hacerlo. Debo enfrentarlo. Lidiar con ello, sea lo que sea. Suspiro mientras flexiono mis puños, sintiendo el poder ir y venir de mi cuerpo. Ser capaz de desarmarme a voluntad aún me genera un entusiasmo extraño. Es agradable ser capaz de caminar por ahí la mayoría de los días con mis poderes apagados; es agradable ser capaz de tocar por accidente la piel de Kenji sin preocuparme por lastimarlo. Recojo dos puñados de arena. Enciendo mis poderes: cierro los puños y la arena se pulveriza. Apago los poderes: la arena deja una marca suave y agrietada en mi piel.

Suelto la arena, quito los granos que quedan en mis palmas, y miro el sol matutino entrecerrando los ojos. Busco a los soldados que han estado siguiéndome todo el tiempo porque, de pronto, no logro verlos. Lo cual es extraño, porque acabo de verlos hace un minuto.

Y luego, lo siento...

Dolor.

Explota en mi espalda.

Es un dolor intenso, abrasador y violento y me ciega en un instante. Me vuelvo con una furia que inmediatamente se atenúa; mis sentidos pierden claridad incluso mientras intento usarlos. Tomo mi Energía, de pronto vibrando con *electricum*, y me maravillo ante mi propia estupidez por olvidar encender de nuevo mis poderes, en especial aquí afuera. Estaba demasiado distraída. Demasiado frustrada. Ahora siento que la bala en mi omóplato me incapacita, pero lucho contra la agonía para intentar descubrir a mi atacante.

Pero soy demasiado lenta.

Otra bala impacta en mi muslo, pero esta vez siento que solo deja una herida superficial, y cae de mi piel antes de que pueda dejar una marca significativa. Mi Energía es débil, y cada segundo se debilita más, creo que es

debido a la sangre que pierdo. Y estoy frustrada, tan frustrada por lo rápido que me han sometido.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Tropiezo mientras intento darme prisa en la arena; aún soy un blanco abierto aquí. Mi atacante podría ser cualquiera, podría estar en cualquier parte, y ni siquiera estoy segura de a dónde mirar cuando, de pronto, tres balas más me alcanzan: una en el estómago, otra en mi muñeca, otra en el pecho. Las balas salen de mi cuerpo y hacen brotar sangre, pero la bala hundida en lo profundo de mi espalda envía destellos cegadores de dolor por mis venas, y doy un grito ahogado; mi boca está abierta, paralizada, y no logro recobrar el aliento y el tormento es tan intenso que no puedo evitar preguntarme si es un arma especial, si son balas especiales...

Uh.

El sonido pequeño y sin aliento brota de mi cuerpo cuando mis rodillas golpean la arena, y ahora estoy bastante segura de que estas balas han sido recubiertas en veneno, lo cual significaría que incluso esas heridas superficiales podrían ser peligro...

Caigo de espaldas en la arena, la cabeza me da vueltas, demasiado mareada para ver con claridad. Siento los labios entumecidos, los huesos débiles y mi sangre, mi sangre se derrama, rápida y rara, y comienzo a reír; creo ver un pájaro en el cielo... no solo uno, sino varios a la vez volando, volando, *volando*.

De pronto, no puedo respirar.

Alguien rodea mi cuello con un brazo; me arrastra hacia atrás y me ahogo, escupo y pierdo mis pulmones y no siento la lengua y golpeo la arena tan fuerte que he perdido los zapatos y pienso que aquí está la muerte de nuevo, tan pronto, tan pronto. De todos modos estaba demasiado cansada y luego...

La presión desaparece.

Muy rápido.

Jadeo y toso y hay arena en mi pelo y en mis dientes y veo colores y pájaros, tantos pájaros y doy vueltas y... *crac*.

Algo se rompe y suena a hueso. Mi vista se agudiza un instante y logro ver algo frente a mí. A alguien. Fuerzo la vista, sintiendo que mi boca podría tragarse a sí misma y pienso que debe ser el veneno pero no lo es; es Nazeera, tan bonita, tan bonita, de pie frente a mí, sus manos rodean el cuello inerte de un hombre y luego lo deja caer al suelo.

Me alza del suelo.

Eres tan fuerte y tan linda, balbuceo, tan fuerte y quiero ser como tú, le digo...

Y ella dice *shhh* y me pide que permanezca quieta, que estaré bien... y me lleva.

WARNER

Pánico, terror, culpa... miedo desenfrenado...

A duras penas siento mis pies mientras golpean el suelo, mi corazón late tan fuerte que duele a nivel físico. Avanzo a toda velocidad hacia el ala médica en el decimoquinto piso e intento no ahogarme en la oscuridad de mis propios pensamientos. Debo reprimir el instinto de cerrar los ojos mientras corro; subo la escalera de emergencias de dos en dos peldaños porque, por supuesto, el ascensor más cercano está temporalmente cerrado por reparaciones.

Nunca he sido tan estúpido.

¿En qué pensaba? ¿En qué *pensaba*? Simplemente me alejé. Continúo cometiendo errores. Continúo haciendo suposiciones. Y nunca he estado tan desesperado por el vocabulario burdo de Kishimoto. Dios, las cosas que deseo poder decir. Las cosas que me gustaría gritar. Nunca he estado tan furioso conmigo mismo. Nunca estuve tan seguro de que ella estaría bien; estaba tan convencido de que ella sabía que nunca debía moverse en el exterior sin protección...

Una ráfaga repentina de terror me abruma.

La obligo a desaparecer.

La obligo a apartarse, incluso mientras mi pecho sube y baja por el agotamiento y la furia. Es irracional estar furioso con la agonía: es inútil, lo sé, estar enfadado con este dolor, pero, sin embargo, aquí estoy. Me siento impotente. Quiero verla. Quiero abrazarla. Quiero preguntarle cómo es posible que se haya permitido bajar la guardia mientras caminaba sola, en el exterior...

Siento que algo en mi pecho está a punto de romperse cuando llego al piso superior, mis pulmones arden por el esfuerzo. Mi corazón late desbocado. Sin embargo, recorro a toda velocidad el pasillo. La desesperación y el terror alimentan mi necesidad de encontrarla.

Me detengo abruptamente cuando el pánico regresa.

Una oleada de miedo dobla mi espalda y encorvo el torso hacia adelante, con las manos en las rodillas, intentando respirar. Es un dolor espontáneo. Abrumador. Siento un pinchazo sorpresivo detrás de los ojos. Parpadeo rápido, lucho contra la oleada de emociones.

—¿*Cómo ha sucedido esto?*, quiero preguntarle.

—*No te diste cuenta de que alguien intentaría matarte?*

Prácticamente estoy temblando cuando llego a la habitación donde la tienen. Por poco no puedo distinguir su cuerpo inerte y manchado de sangre, que yace sobre la mesa metálica. Corro hacia allí, medio ciego, y les pido a Sonya y a Sara que hagan de nuevo lo que ya han hecho antes una vez: ayudadme a curarla.

Solo entonces me doy cuenta de que la sala está llena.

Estoy arrancándome la chaqueta cuando noto la presencia de los otros. Las siluetas están apretadas contra los muros, formas de personas que quizás conozco y que no me molesto en nombrar. Sin embargo, de algún modo, *ella* llama mi atención.

Nazeera.

Podría cerrar las manos sobre su garganta.

—Sal de aquí —exclamo en una voz que no suena como la mía.

Ella parece realmente perpleja.

—No sé cómo has logrado hacer esto —digo—, pero es tu culpa; tuya y de tu hermano... Tú le has hecho esto...

—Si quieres conocer al hombre responsable —responde ella, con voz llana y fría—, eres bienvenido a hacerlo. No tiene identificación, pero los tatuajes en sus brazos indican que quizás es de un sector vecino. Su cadáver está en una celda en el subsuelo.

Mi corazón se detiene y luego late.

—¿Qué?

—¿Aaron? —Es Juliette, Juliette, mi Juliette...

—No te preocupes, amor —digo rápido—, arreglaremos esto, ¿vale? Las chicas están aquí y lo haremos de nuevo, al igual que la última vez...

—Nazeera —dice ella, con los ojos cerrados, balbuceando a medias con sus labios.

—¿Sí? —Me paralizo—. ¿Qué pasa con Nazeera?

—Ha salvado —dice, su boca se detiene a mitad del movimiento, luego traga— mi vida.

Entonces, miro a Nazeera. La observo. Parece hecha de piedra, imperturbable en medio del caos. Mira a Juliette con una expresión curiosa en

el rostro, y no puedo leerla en absoluto. Pero no necesito una habilidad sobrenatural que me diga que hay algo extraño en esa chica. El instinto humano básico me dice que hay algo que ella sabe, algo que no me dice, y eso hace que desconfíe de ella.

Y, cuando por fin se vuelve en mi dirección, con sus ojos profundos, firmes y aterradoramente serios, siento una ráfaga de pánico que atraviesa mi pecho.

* * *

Ahora Juliette duerme.

Nunca antes he estado tan agradecido por mi habilidad inhumana para robar y manifestar las Energías de otras personas como lo estoy en estos desafortunados momentos. A menudo albergábamos la esperanza de que, ahora que Juliette está aprendiendo a encender y apagar su tacto letal, Sonya y Sara fueran capaces de curarla; podrían colocar sus manos sobre su cuerpo en caso de emergencia sin preocuparse por su propia seguridad. Pero Castle ha señalado que aún existe la posibilidad de que, una vez que el cuerpo de Juliette haya comenzado a sanar, su traumatismo a medio curar podría disparar instintivamente sus viejas defensas, incluso sin permiso de Juliette. En ese estado de emergencia, la piel de Juliette podría ser letal por accidente de nuevo. Es un riesgo, un experimento, que esperábamos nunca enfrentar de nuevo. Pero ¿ahora?

¿Y si no estuviéramos cerca? ¿Y si no tuviéramos este don extraño?

No puedo ni siquiera pensar lo.

Así que permanezco sentado aquí, con la cabeza entre las manos. Espero en silencio cerca de su puerta mientras duerme curando sus heridas. Las propiedades curativas aún se abren paso en su cuerpo.

Hasta entonces, las oleadas de emoción continúan atacándome.

Esta frustración es incommensurable. Frustración porque Kenji dejó completamente sola a Juliette. Frustración porque ese atacante solo y no identificado logró desarmar a los soldados con mucha facilidad y anular sus habilidades. Pero más que nada, *Dios*, más que nada, nunca he estado tan frustrado conmigo mismo.

He sido negligente.

Yo permití que esto sucediera. Mis descuidos. Mi estúpida obsesión con mi propio padre, la discusión con mis propios sentimientos después de su muerte, los dramas patéticos de mi pasado. Permití distraerme; fui

egocéntrico, quedé consumido por mis propias preocupaciones y asuntos cotidianos.

Es mi culpa.

Es mi culpa por haberlo malinterpretado.

Es mi culpa por haber pensado que ella estaba bien, que no necesitaba más de mí, que no requería más aliento, más motivación, más guía todos los días. Ella continuó demostrando aquellos momentos increíbles de crecimiento y cambio y ellos me desarmaban. Solo ahora comprendo que aquellos momentos fueron engañosos. Ella necesita más tiempo, más oportunidades para solidificar su nueva fuerza. Necesita práctica; y necesita que la obliguen a practicar. Ser inquebrantable, siempre luchar por sí misma.

Y ha llegado muy lejos.

Hoy está prácticamente irreconocible respecto de la joven mujer temblorosa que conocí la primera vez. Es fuerte. Ya no está aterrada de todo. Pero aún solo tiene diecisiete años. Y solo ha estado haciendo esto por un tiempo breve.

Y yo continúo olvidándolo.

Debería haberla aconsejado cuando dijo que quería aceptar el trabajo de comandante suprema. Debería haberle dicho algo en ese entonces. Debería haberme asegurado de que comprendía la magnitud de en lo que se involucraba. Debería haberle advertido que era inevitable que sus enemigos intentaran quitarle la vida...

Tengo que apartar las manos de mi cara. Sin notarlo he presionado los dedos con demasiada fuerza sobre mi piel y me he provocado un nuevo dolor de cabeza.

Suspiro y me reclino en la silla, extendiendo las piernas mientras mi cabeza golpea el muro de cemento frío detrás de mí. Me siento entumecido y, a la vez, aún eléctrico. Con furia. Con impotencia. Con la necesidad imposible de gritarle a alguien, a cualquiera. Cierro los puños. Cierro los ojos. *Ella tiene que estar bien.* Tiene que estar bien por su bien y por el mío, porque la necesito, y porque necesito que esté a salvo...

Alguien carraspea.

Castle toma asiento en el lugar vacío a mi lado. No miro en su dirección.

—Señor Warner —dice.

No respondo.

—¿Cómo estás, hijo?

Una pregunta imbécil.

—Esto —dice en voz baja, moviendo una mano hacia la habitación de Juliette— es un problema mucho más grande de lo que cualquiera admitirá. Creo que usted también lo sabe.

Me pongo rígido.

Él me mira.

Me giro solo un centímetro en dirección a él. Por fin noto las arrugas débiles alrededor de sus ojos, en su frente. Los hilos plateados que resplandecen a través de las rastas sujetas con cuidado en su cuello. No sé cuántos años tiene Castle, pero sospecho que es lo bastante mayor como para ser mi padre.

—¿Tienes algo que decir?

—Ella no puede liderar esta resistencia —dice él, entrecerrando los ojos hacia algo a lo lejos—. Es demasiado joven. Demasiado inexperta. Demasiado furiosa. Lo sabe, ¿verdad?

—No.

—Debería haber sido usted —continúa Castle—. Siempre esperé en secreto, desde el día en que apareció en Punto Omega, que hubiera sido usted. Que se uniera a nosotros. Y nos liderara. —Niega con la cabeza—. Nació para esto. Lo habría manejado perfectamente.

—Yo no quería este trabajo —replico, con voz brusca y tensa—. Nuestra nación necesitaba un cambio. Necesitaba un líder con corazón y pasión y yo no soy esa persona. A Juliette le importan estas personas. Se preocupa por sus esperanzas, sus miedos... Y luchará por ellos de un modo que yo nunca lo haría.

Castle suspira.

—No puede luchar con nadie si está muerta, hijo.

—Juliette estará bien —replico, furioso—. Ahora está descansando.

Castle permanece en silencio un momento.

Cuando por fin habla, dice:

—Mi mayor esperanza es que, muy pronto, usted deje de fingir que no me comprende. Sin duda respeta demasiado su inteligencia para corresponderle la farsa. —Mira el suelo. Tiene las cejas juntas—. Sabe muy bien qué intento decir.

—¿A qué se refiere?

Se vuelve para mirarme. Ojos oscuros, piel morena, pelo castaño. El destello blanco de sus dientes cuando habla.

—¿Dijo que la quería?

Siento que, de pronto, mi corazón late, el sonido penetra mis oídos. Es tan difícil para mí admitir esa clase de cosas en voz alta. Delante de un verdadero extraño.

—¿De verdad la quiere? —pregunta de nuevo.

—Sí —susurro—. Así es.

—Entonces, deténgala. Deténgala antes de que ellos lo hagan. Antes de que este experimento la destruya.

Me vuelvo, mi pecho sube y baja.

—Aún no me cree —dice—. A pesar de que sabe que estoy diciendo la verdad.

—Solo sé que *crees* que estás diciéndome la verdad.

Castle mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sus padres vendrán a buscarla —dice—. Y, cuando lo hagan, sabrá con certeza que no lo he engañado. Pero en ese momento, será demasiado tarde.

—Tu teoría no tiene sentido —replico, frustrado—. Tengo documentos que afirman que los padres biológicos de Juliette murieron hace mucho tiempo.

Él entrecierra los ojos.

—Es fácil falsificar documentos.

—No en este caso —digo—. No es posible.

—Le aseguro que lo es.

Aún muevo la cabeza de lado a lado.

—Creo que no lo comprendes —digo—. Tengo todos los archivos de Juliette y la fecha de la muerte de sus padres biológicos siempre ha estado claramente registrada. Quizás confundes a estas personas con sus padres *adoptivos*...

—Los padres adoptivos solo tuvieron la custodia de una niña, Juliette, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo explica la segunda hija?

—¿Qué? —Lo miro—. ¿Qué segunda hija?

—Emmaline, su hermana mayor. Recuerda a Emmaline, ¿verdad?

Ahora estoy convencido de que Castle ha perdido el juicio.

—Dios mío —digo—. Te has vuelto loco, de verdad.

—Tonterías —responde—. Ha visto a Emmaline muchas veces, señor Warner. Quizás no sabía quién era ella en ese entonces, pero ha vivido en su mundo. Ha interactuado mucho con ella. ¿No es así?

—Me temo que está profundamente desinformado...

—Intenta recordar, hijo.

—Que intente recordar ¿qué?

—Usted tenía dieciséis. Su madre estaba muriendo. Había rumores de que su padre pronto recibiría un ascenso de comandante y regente del Sector 45 a comandante supremo de América del Norte. Sabía que, en un par de años, él lo trasladaría a la capital. No quería ir. No quería abandonar a su madre, así que se ofreció a ocupar su lugar. A encargarse del Sector 45. Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Siento que la sangre abandona mi cuerpo.

—Su padre le dio un trabajo.

—No —susurro.

—¿Recuerda lo que le hizo hacer?

Miro mis manos vacías y abiertas. Mi pulso acelera el ritmo. Mi mente da vueltas.

—¿Lo recuerdas, hijo?

—¿Cuánto sabes? —pregunto, pero siento el rostro paralizado—. ¿Sobre mí... sobre *esto*?

—No tanto como tú. Pero más que la mayoría.

Me hundo en la silla. La habitación gira a mi alrededor.

Solo puedo imaginar lo que mi padre diría si estuviera vivo para ver esto ahora. *Patético. Eres patético. No tienes a quién culpar, más que a ti mismo, diría. Siempre arruinas todo, pones tus emociones por encima de tu deber...*

—¿Hace cuánto que lo sabes? —Lo miro, la ansiedad envía oleadas de calor indeseables por mi espalda—. ¿Por qué nunca has dicho nada?

Castle se mueve en su lugar.

—No estoy seguro de cuánto debo decir al respecto. No sé cuánto puedo confiar en usted.

—¿No puedes confiar en mí? —digo, perdiendo el control—. Tú eres quien ha estado ocultando esto... todo este tiempo. —Alzo la vista y de pronto, comprendo—. ¿Kishimoto lo sabe?

—No.

Mis facciones se rearman. Sorprendidas.

—Lo sabrá pronto. —Suspira Castle—. Al igual que los demás.

Mueve la cabeza de lado a lado, incrédulo.

—Entonces, estás diciendo que... que esa niña... ¿era su hermana?

Castle asiente.

—Es imposible.

—Es un hecho.

—¿Cómo puede ser verdad? —pregunto, enderezándome en mi asiento—. Sabría si fuera cierto. Tendría la información clasificada, me habrían informado...

—Aún es solo un niño, señor Warner. A veces lo olvida. Olvida que su padre no le contaba todo.

—Entonces, ¿cómo lo sabes tú? ¿Cómo sabes todo esto?
Castle me mira.

—Sé que piensa que soy un tonto —responde—, pero no soy tan básico como espera. Yo también intenté liderar esta nación una vez, y realicé una gran investigación durante mi tiempo bajo tierra. Pasé décadas construyendo Punto Omega. ¿Cree que lo hice sin comprender también a mis enemigos? Tenía pilas de archivos de un metro sobre cada comandante supremo, sobre sus familias, sus hábitos, sus colores favoritos. —Entrecierra los ojos—. Sin duda no pensaba que yo era tan ingenuo.

»Los comandantes supremos del mundo tienen muchos secretos —dice Castle—. Y yo solo estaba al tanto de unos pocos. Pero la información que reuní al comienzo del Restablecimiento ha resultado ser verdadera.

Solo puedo mirarlo, sin comprender.

—Gracias a mis descubrimientos, supe que una joven de tacto letal estaba cautiva en un manicomio del Sector 45. Nuestro equipo ya había planeado una misión de rescate cuando usted descubrió su existencia como Juliette Ferrars, un alias, y comprendió que ella podía ser útil para su propia investigación. Así que esperamos en Punto Omega. Aguardamos el momento oportuno. Mientras tanto, hice que Kenji se alistara. Él recopiló información durante varios meses antes de que su padre por fin aprobara el pedido que usted hizo para trasladarla del manicomio. Kenji se infiltró en la base del Sector 45 bajo mis órdenes; su misión siempre fue rescatar a Juliette. Desde entonces, he estado buscando a Emmaline.

—Aún no lo comprendo —susurro.

—Señor Warner —dice con impaciencia—, Juliette y su hermana han estado bajo custodia del Restablecimiento durante doce años. Las dos hermanas son parte de un experimento en desarrollo para pruebas y la manipulación genética, los detalles del cual aún intento desentrañar.

Mi mente podría estallar.

—¿Me cree ahora? —pregunta—. ¿He hecho lo suficiente para probarle que sé más sobre su vida de lo que cree?

Intento hablar, pero tengo la garganta seca; las palabras raspan el interior de mi boca.

—Mi padre era un hombre enfermo y sádico —digo—. Pero él no habría hecho esto. No podría haberme hecho esto.

—Y sin embargo —responde Castle—, lo hizo. Permitió que trajera a Juliette a la base sabiendo muy bien quién era ella. Su padre tenía una obsesión perturbadora con la tortura y la experimentación.

Me siento desconectado de mi mente, mi cuerpo, incluso mientras me obligo a respirar.

—¿Quiénes son sus padres biológicos?

Castle niega con la cabeza.

—Aún no lo sé. Quien sea que fueran, su lealtad hacia el Restablecimiento era profunda. No robaron a estas chicas de sus padres —dice—. Las ofrecieron voluntariamente.

Abro los ojos de par en par. De pronto, siento náuseas.

La voz de Castle cambia. Toma asiento más adelante, con ojos atentos.

—Señor Warner —dice—. No estoy compartiendo esta información con usted porque intento lastimarlo. Debe saber que esto tampoco es divertido para mí.

Alzo la vista.

—Necesito su ayuda —prosigue, observándome—. Necesito saber qué hizo usted esos dos años. Necesito los detalles de su tarea con Emmaline. ¿Qué le ordenaron hacer? ¿Por qué la tenían cautiva? ¿Cómo la usaban?

Niego con la cabeza.

—No lo sé.

—Lo sabe —insiste él—. Debe saberlo. *Piensa, hijo. Intenta recordar...*

—¡No lo sé! —grito.

Castle se reclina hacia atrás, sorprendido.

—Él nunca me lo dijo —explico, agitado—. Ese era el trabajo. Seguir órdenes sin cuestionarlas. Hacer lo que fuera que me pidiera el Restablecimiento. Probar mi lealtad.

Castle se desploma en su asiento, decaído. Parece hecho añicos.

—Eras mi última esperanza —dice—. Creí que por fin sería capaz de descifrar esto.

Lo miro, con el corazón desbocado.

—Y yo aún no tengo ni idea de qué estás hablando.

—Hay una razón por la cual nadie sabe la verdad sobre estas hermanas, señor Warner. Hay una razón por la cual mantienen a Emmaline vigilada con tanta seguridad. Ella es clave, de algún modo, para la estructura del Restablecimiento, y yo aún no sé cómo o por qué. No sé qué hace ella para

ellos. —Luego, me mira directamente a los ojos, su mirada me atraviesa—. Por favor —suplica—. Intente recordar. ¿Qué lo obligaba a hacerle a ella? Cualquier cosa que recuerde... lo que sea...

—No —susurro. Quiero gritar la palabra—. No quiero recordar.

—Señor Warner —dice—. Comprendo que esto es difícil para usted.

—*Difícil para mí?* —De pronto me pongo de pie. Mi cuerpo tiembla de furia. Los muros, las sillas, las mesas a nuestro alrededor comienzan a sacudirse. Las lámparas oscilan peligrosamente en el techo, las bombillas de luz parpadean—. ¿Crees que es *difícil* para mí?

Castle no dice nada.

—Lo que dices ahora es que han plantado a Juliette aquí, en mi vida, como parte de un gran experimento... Un experimento que mi padre siempre ha conocido. Me dices que Juliette no es quien yo creo que es. Que Juliette Ferrars ni siquiera es su verdadero nombre. Dices que no solo es una chica cuyos padres están vivos, sino que también he pasado dos años torturando a su hermana sin saberlo. —Mi pecho sube y baja mientras lo miro—. ¿Es correcto?

—Hay más.

Ríofuerte. Sueno realmente desquiciado.

—La señorita Ferrars descubrirá todo esto muy pronto —me dice Castle—. Así que le aconsejaría que se adelante a estas revelaciones. Cuéntele todo lo antes posible. Debe confesar. Hágalo ahora.

—¿Qué? —digo, atónito—. ¿Por qué yo?

—Porque si no se lo dice pronto —responde—, le aseguro, señor Warner, que alguien más lo hará...

—No me importa —replico—. Cuéntaselo.

—No está escuchándome. Es fundamental que lo escuche de usted. Confía en usted. Lo quiere. Si lo descubre por su propia cuenta, por una fuente menos valiosa, podríamos perderla.

—Nunca permitiré que eso suceda. Nunca permitiré que alguien le haga daño de nuevo, incluso si eso implica que deba custodiarla yo mismo...

—No, hijo. —Castle me interrumpe—. No estás comprendiéndome. No quise decir que la perderemos físicamente. —Sonríe, pero el resultado es extraño. Temeroso—. Quise decir que la *perderíamos*. Aquí —toca su cabeza—, y aquí. —Toca su corazón.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente que no debe vivir en negación. Juliette Ferrars no es quien cree que es, y no debe tratarla a la ligera. A veces, ella parece completamente

indefensa. Ingenua. Incluso inocente. Pero no puede permitirse olvidar la ráfaga de furia que aún vive en el corazón de Juliette.

Separo los labios, sorprendido.

—Ha leído al respecto, ¿verdad? En el diario de ella —dice—. Ha leído a dónde ha ido su mente... lo oscura que ha sido.

—¿Cómo...?

—Y yo —dice—, lo he visto. La he visto con mis propios ojos perder el control de esa furia silenciosa y contenida. Por poco nos destruyó a todos en Punto Omega mucho antes de que su padre lo hiciera. Rompió el suelo en un ataque de locura inspirado por un simple *malentendido*. Porque estaba enfadada por las pruebas que le hacíamos al señor Kent. Porque estaba confundida y un poco asustada. No entraba en razón... y por poco nos mata a todos.

—Eso fue diferente —insisto, negando con la cabeza—. Fue hace mucho tiempo. Ahora, ella es diferente. —Aparto la mirada; fracaso en controlar mi frustración ante esas acusaciones apenas encubiertas—. Ella es *feliz*...

—¿Cómo puede ser verdaderamente feliz cuando nunca ha lidiado con su pasado? Ella nunca lo ha enfrentado... solo lo ha apartado de sí. Nunca ha tenido el tiempo, o las herramientas, para examinarlo. Y esa ira... esa clase de ira —dice Castle, moviendo la cabeza de lado a lado— no desaparece simplemente. Ella es volátil e impredecible. Y recuerda mis palabras, hijo: su furia aparecerá de nuevo.

—No.

Me mira. Me disecciona con los ojos.

—No lo crees realmente.

No respondo.

—Señor Warner...

—No de ese modo —digo—. Si regresa, no será de ese modo. Enfado, quizás... sí. pero no furia. No será una ira descontrolada y desinhibida...

Castle sonríe. Es tan repentino, tan inesperado, que dejo de hablar en medio de la oración.

—Señor Warner —insiste—. ¿Qué cree que sucederá cuando ella sepa la verdad de su pasado? ¿Cree que lo aceptará en silencio? ¿Con calma? Si mis fuentes son acertadas, y suelen serlo, los susurros bajo tierra afirman que el tiempo de Juliette aquí ha terminado. El experimento ha llegado a su fin. Juliette ha asesinado al comandante supremo. El sistema no le permitirá continuar así, con sus poderes liberados sin vigilancia. Y he oído que el plan

es destruir el Sector 45. —Vacila—. En cuanto a Juliette, es probable que la maten o que la lleven a otra instalación.

Mi mente da vueltas, explota.

—¿Cómo lo sabes?

Castle ríe brevemente.

—Es imposible que crea que Punto Omega era el único grupo rebelde en América del Norte, señor Warner. Estoy muy bien conectado bajo tierra. Y mi punto aún prevalece. —Una pausa—. Juliette pronto tendrá acceso a la información necesaria para formar el rompecabezas de su pasado. Y descubrirá, de un modo u otro, el rol que usted tuvo en todo esto.

Aparto la vista y lo miro de nuevo, con los ojos abiertos de par en par y la voz desarmada.

—No lo entiendes —susurro—. Ella nunca me perdonaría.

Castle niega con la cabeza.

—¿Si se entera por otra persona que usted siempre supo que era adoptada? ¿Si se entera por otra persona que torturó a su hermana? —Asiente—. Sí, es verdad, probablemente nunca lo perdonará.

Por un instante repentino y terrible, pierdo la sensibilidad de mis rodillas. Me obligan a permanecer sentado, mis huesos tiemblan en mi interior.

—Pero no lo sabía —digo, odiando cómo suena, odiando sentirme como un niño—. No sabía quién era esa chica, no sabía que Juliette tenía una hermana... No sabía...

—No importa. Sin usted, sin contexto, sin ninguna explicación o disculpa, todo esto será mucho más difícil de perdonar. Pero ¿si se lo dice usted *ahora mismo*? Su relación quizás aún tendrá oportunidad de sobrevivir. —Niega con la cabeza—. Da igual, debe decírselo, señor Warner. Porque debemos avisarla. Necesita saber lo que vendrá y tenemos que comenzar a hacer planes. Su silencio respecto al asunto terminará solo en destrucción.

JULIETTE

Soy una ladrona.

Robé este cuaderno y este bolígrafo de uno de los médicos, de su bata cuando él no estaba mirando, y guardé los objetos en mis pantalones. Esta fue justa antes de que él les ordenara a esos hombres que vinieran a buscarme. Esos que visten trajes extraños con guantes gruesos y máscaras de gas con cristales de plástico borrosos que ocultan sus ojos. Recuerdo que pensé que eran alienígenas. Recuerdo pensar que debían ser alienígenas porque era imposible que fueran humanos esos hombres que esposaron mis manos detrás de mi espalda, que me ataron a mi asiento. Tocaron mi piel con picanas eléctricas una y otra vez sin motivo alguno, solo para hacerme gritar, pero no lo hice. Gimoteé pero nunca dije una palabra. Siento las lágrimas caer por mis mejillas, pero no estaba llorando. Creo que eso los enfureció.

Me abofetearon para despertarme aunque tenía los ojos abiertos cuando llegaron. Alguien me desató sin quitar las esposas y me golpeó las dos rótulas antes de ordenarme que me pusiera de pie. Y lo intenté. Lo intenté pero no pude y finalmente seis manos me

empujaron a través de la puerta y mi cara sangró sobre el cemento un rato. No recuerdo bien la parte en que me arrastraron dentro.

Siento frío todo el tiempo.

Me siento vacía, como si no hubiera nada dentro de mí, más que este corazón roto, el único órgano que queda en esta cáscara. Siento los quejidos hacer eco en mi interior, siento el golpeteo resonando por mi esqueleto. Según la ciencia, tengo un corazón, pero según la sociedad, soy un monstruo. Y lo sé, por supuesto que lo sé. Sé lo que he hecho. No estoy pidiendo compasión. Pero a veces, pienso... A veces me pregunto... si fuera un monstruo, sin duda lo sentiría a esta altura, ¿no?

Me sentiría furiosa, despiadada y vengativa. Tendría una furia ciega, sed de sangre y la necesidad de justificarme.

En cambio, siento un abismo en mi interior que es tan profundo, tan oscuro, que no puedo ver dentro de él; no veo lo que contiene. No sé qué soy o qué me sucederá.

No sé qué es lo que quizás haré de nuevo.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO.

Sueño de nuevo con pájaros.

Desearía que desaparecieran de una maldita vez. Estoy cansada de pensar en ellos, de esperarlos. Pájaros, pájaros, pájaros... ¿Por qué no se van? Sacudo la cabeza de lado a lado para despejarla, pero siento mi error de inmediato. Mi mente aún está densa y nebulosa, nadando en la confusión. Parpadeo y abro despacio los ojos tentativamente, pero sin importar cuánto los obligo a abrirse, parece que no logro ver nada de luz. Me lleva demasiado tiempo comprender que he despertado en medio de la noche.

Un grito ahogado abrupto.

Esa soy yo, mi voz, mi respiración, mi corazón latiendo rápido. ¿Dónde está mi cabeza? ¿Por qué pesa tanto? Cierro los ojos rápido, tengo arena en las pestañas y se pegan entre sí. Intento disipar la confusión, intento recordar, pero partes de mí aún están entumecidas, como mis dientes, los dedos de mis pies y el espacio entre mis costillas, y río, de pronto, y no sé por qué...

Me dispararon.

Abro los ojos de par en par, mi piel se cubre de un sudor repentino y frío.

Dios mío, me dispararon, me dispararon, me dispararon...

Intento sentarme y no puedo. Me siento tan pesada, tan pesada de sangre y huesos y, de pronto, estoy helada, mi piel es una goma fría y húmeda contra la mesa de metal a la que estoy pegada y de inmediato.

Quiero llorar.

De pronto estoy de regreso en el manicomio, el frío y el metal y el dolor y el delirio me confunden y luego estoy llorando, en silencio, lágrimas ardientes calientan mis mejillas y no puedo hablar pero estoy asustada y los escucho, los escucho...

Los otros... *gritando*.

Carne y hueso rompiéndose en la noche, voces susurradas, amortiguadas —gritos reprimidos— compañeros de celda que nunca veré...

¿Quiénes eran?, me pregunto.

No he pensado en ellos en mucho tiempo. En qué les ocurrió. De dónde venían. ¿A quién dejé atrás?

Tengo los ojos cerrados y sellados, mis labios separados en medio del terror silencioso.

No he estado así de perturbada en tanto tanto tanto tiempo...

Son las drogas, pienso. *Había veneno en esas balas*.

¿Por eso veo los pájaros?

Sonrío. Río. Los cuento. No solo los blancos, los que son blancos con destellos dorados como coronas sobre su cabeza, sino también cuento los azules, los negros y los pájaros amarillos. Los veo cuando cierro los ojos, pero hoy también los vi en la playa y parecían tan reales, tan reales.

¿Por qué?

¿Por qué alguien intentaría matarme?

Otro sobresalto repentino en mis sentidos y estoy más alerta, más parecida a mí, el pánico disipa el veneno para un único instante de claridad y soy capaz de incorporarme sobre mis codos, mi cabeza da vueltas, mis ojos salvajes

recorren la oscuridad y estoy a punto de recostarme de nuevo, exhausta, cuando veo algo...

—¿Estás despierta?

Inhalo abruptamente, confundida, intentando comprender los sonidos. Las palabras están distorsionadas, como si las oyera bajo el agua, y nado hacia ellas, intentando, intentando, mi mentón cae contra mi pecho mientras pierdo la batalla.

—¿Has visto algo hoy? —dice la voz—. ¿Algo... extraño?

—Quién... Dónde, dónde estás... —digo, extendiendo la mano a ciegas en la oscuridad, los ojos a medio abrir ahora. ¿Una mano? Una mano extraña. Es una mezcla de metal y carne, un puño con un borde afilado metálico.

No me gusta.

La suelto.

—¿Has visto algo hoy? —repite.

Balbuceo.

—¿Qué viste? —dice.

Y río, recordando. Los escucho, escucho sus *croc croc* mientras vuelan lejos sobre el agua, escucho sus pies diminutos sobre la arena. Hay tantos. Alas y plumas, picos afilados y garras.

Tanto movimiento.

—¿Qué has visto? —pregunta la voz de nuevo, y me hace sentir extraña.

—Tengo frío —digo y me recuesto de nuevo—. ¿Por qué hace tanto frío?

Un silencio breve. El sonido de un movimiento. Siento una manta pesada sobre la sábana simple que ya cubre mi cuerpo.

—Deberías saber —me dice la voz— que no estoy aquí para hacerte daño.

—Lo sé —respondo, aunque no comprendo por qué lo he dicho.

—Pero las personas en las que confías te están mintiendo —continúa la voz—. Y los otros comandantes supremos solo quieren matarte.

Sonrío ampliamente, recordando los pájaros.

—Hola —digo.

Alguien suspira.

—Te veré por la mañana. Hablaremos en otro momento —dice la voz—. Cuando te sientas mejor.

Ahora estoy tan calentita, calentita y cansada y ahogándome de nuevo en sueños extraños y recuerdos distorsionados. Siento que nado en arenas movedizas y que cuanto más luchó, más rápido me devoran y solo puedo pensar en que, aquí, en los rincones oscuros y polvorrientos de mi mente, siento un alivio extraño.

Siempre soy bienvenida aquí, en mi soledad, en mi tristeza, en este abismo hay un ritmo que recuerdo. La caída firme de las lágrimas, la tentación de la rendición, la sombra de mi pasado, la vida que elijo olvidar no *me* ha olvidado y nunca, jamás, lo hará.

WARNER

He estado despierto toda la noche.

Una infinita cantidad de cajas yacen abiertas delante de mí, su contenido está desparramado por la habitación. Los papeles están apilados en escritorios y mesas, distribuidos por el suelo. Estoy rodeado de archivos. Muchas miles de páginas de papeleo. Los viejos informes de mi padre, su trabajo, los documentos que dominaban su vida...

Los he leído todos.

Obsesivamente. Desesperadamente.

Y lo que he encontrado en estas páginas no contribuye en absoluto a calmarme, no...

Estoy consternado.

Me siento aquí, de piernas cruzadas en el suelo de mi oficina, sofocado en todos los ángulos por la vista de una composición familiar y la caligrafía demasiado legible de mi padre. Mi mano derecha está detrás de mi cabeza, que busca desesperada un mechón de cabello que arrancar de mi cráneo y no encuentra ninguno. Esto es mucho peor de lo que temía, y no sé por qué estoy tan sorprendido.

No es la primera vez que mi padre me ha ocultado secretos.

Fue después de que Juliette escapara del Sector 45, después de que huyera con Kent y Kishimoto y mi padre viniera aquí a limpiar el desastre... allí fue cuando descubrí, por primera vez, que mi padre tenía conocimiento de su mundo. De los otros con habilidades.

Me lo había ocultado durante mucho tiempo.

Yo había oído rumores, claro... De los soldados, de los civiles, de varios avistamientos inusuales e historias, pero los descarté como tonterías. Una necesidad humana de hallar un portal mágico para escapar de nuestro dolor.

Pero allí estaba... todo era verdad.

Después de la revelación de mi padre, mi sed de información se tornó repentinamente insaciable. Necesitaba saber más, quiénes eran esas personas, de dónde venían, cuánto habíamos sabido...

Y desenterré verdades que deseó todos los días poder olvidar.

Hay manicomios, como el de Juliette, por todo el mundo. Los *Antinaturales*, como los llama el Restablecimiento, fueron reunidos en nombre de la ciencia y el descubrimiento. Pero ahora por fin comprendo cómo comenzó todo. Aquí, en estas pilas de papeles, están las horribles respuestas que buscaba.

Juliette y su hermana fueron las primeras Antinaturales que encontró el Restablecimiento. El descubrimiento de las habilidades inusuales de esas niñas llevó al descubrimiento de otras personas como ellas en todo el mundo. El Restablecimiento continuó recolectando tantos Antinaturales como podía hallar; les dijeron a los civiles que estaban limpiándolos de sus ancianos y sus enfermos y que los encerraban en campos para hacerles análisis médicos más de cerca.

Pero la verdad era bastante más complicada.

El Restablecimiento separó rápidamente a los Antinaturales útiles de los inútiles para su propio beneficio. Los que tenían las mejores habilidades fueron absorbidos por el sistema, distribuidos por el mundo para el uso personal de los comandantes supremos para perpetuar la ira del Restablecimiento... y descartaron a los demás. Esto llevó al surgimiento del Restablecimiento y, con ello, la aparición de muchos manicomios que hospedaban a los otros Antinaturales alrededor del mundo. Para hacer más estudios, habían dicho. Para hacer experimentos.

Juliette aún no había manifestado habilidades cuando sus padres la donaron al Restablecimiento. No. Su *hermana* fue quien comenzó todo.

Emmaline.

Los dones sobrenaturales de Emmaline fueron los que sorprendieron a todos a su alrededor; su hermana, Emmaline, fue quien dirigió la atención indeseada hacia ella misma y hacia su familia. Los padres sin nombre se asustaron con las muestras de telequinesis frecuentes e increíbles por parte de su hija.

También eran fanáticos.

Hay información limitada en los archivos de mi padre acerca de la madre y el padre que entregaron voluntariamente a sus hijas para la experimentación. He revisado cada documento y fui capaz de averiguar muy poco sobre sus motivos; finalmente construí un esbozo impactante de estos personajes con varias notas y detalles superfluos. Parece que estas personas tenían una obsesión insalubre con el Restablecimiento. Los padres biológicos de Juliette eran devotos a la causa mucho antes de que el movimiento siquiera

hubiera ganado fuerza a nivel internacional, y pensaban que estudiar a su hija ayudaría a comprender mejor el mundo actual y sus dolencias varias. Suponían que si eso le ocurría a Emmaline, quizás también les sucedía a otros... y, tal vez, de algún modo, esa información podía utilizarse para ayudar a mejorar el mundo. En muy poco tiempo, el Restablecimiento tuvo a Emmaline bajo custodia.

A Juliette se la llevaron como precaución.

Si la hermana mayor había resultado capaz de hazañas increíbles, el Restablecimiento pensaba que la menor quizás también podría. Juliette tenía solo cinco años y ya estaba sometida a una estricta vigilancia.

Después de un mes en unas instalaciones, Juliette no mostró signos de poseer una habilidad especial. Así que le inyectaron una droga que destruiría partes críticas de su memoria y la enviaron a vivir en el Sector 45, bajo supervisión de mi padre. Emmaline había conservado su nombre real, pero su hermana menor, liberada en el mundo real, necesitaría un alias. La renombraron Juliette, implantaron recuerdos falsos en su cabeza, y le asignaron sus padres adoptivos, quienes estaban muy felices de darle un hogar en su familia sin hijos siguiendo las órdenes de nunca decirle a la niña que había sido adoptada. Tampoco sabían que los vigilaban. En general, mataban a los otros Antinaturales inútiles, pero el Restablecimiento decidió monitorear a Juliette en un ambiente más neutral. Esperaban que una vida hogareña despertara una habilidad latente en su interior. Ella era demasiado valiosa por tener relación de sangre con Emmaline, que tenía mucho talento, así que no se desharían de ella tan rápido.

La siguiente parte de la vida de Juliette es con la que estoy más familiarizado.

Conocía los problemas en casa de Juliette, todos sus movimientos. Conocía las visitas de su familia al hospital. Sus llamadas a la policía. Sus estancias en centros de detención juvenil. Ella vivía en el área general que solía ser el sur de California antes de asentarse en una ciudad que se volvió firmemente parte de lo que ahora es el Sector 45, siempre al alcance de mi padre. Su crianza entre las personas ordinarias del mundo estaba documentada en detalle en informes policiales, quejas de profesores y archivos médicos, en un intento de comprender en qué se estaba convirtiendo. Después de un tiempo, después de descubrir por fin los extremos del tacto letal de Juliette, las personas viles que había elegido como sus padres adoptivos continuaron abusando de ella (durante el resto de su vida adolescente con ellos) y,

finalmente, la devolvieron al Restablecimiento, que se sentía demasiado feliz de recibirla.

El Restablecimiento —mi propio padre— fue quien aisló de nuevo a Juliette. Para hacer más pruebas. Más controles.

Y allí fue cuando nuestros mundos colisionaron.

Esta noche, en estos archivos, por fin fui capaz de comprender algo terrible y alarmante:

Los comandantes supremos del mundo siempre han conocido a Juliette Ferrars.

La han observado crecer. Ella y su hermana fueron entregadas por sus padres psicóticos, cuya lealtad hacia el Restablecimiento se imponía ante todo lo demás. Explotar a esas chicas, comprender sus poderes, fue lo que ayudó al Restablecimiento a dominar el mundo. Fue gracias a la explotación de otros Antinaturales inocentes que el Restablecimiento fuera capaz de conquistar y manipular personas y lugares con tanta rapidez.

Ahora me doy cuenta de que esta es la razón por la que han sido tan pacientes con una chica de diecisiete años que se ha autoproclamado líder de un continente entero. Es por esta razón que han aceptado con tanta calma la verdad de que ella asesinó a uno de sus compañeros comandantes.

Y Juliette no sabe nada.

No sabe que juegan con ella y que la cazan. No sabe que aquí no tiene poder real. Que no hay ninguna posibilidad de cambio. Ninguna oportunidad de marcar la diferencia en el mundo. Ella era y siempre será tan solo un juguete para ellos: un experimento científico que observan con atención para asegurarse de que la mezcla no hierva demasiado rápido.

Pero lo hizo.

Juliette fracasó en sus pruebas hace más de un mes, y mi padre intentó matarla por ello. Intentó matarla porque él había decidido que ella se había convertido en una distracción. La oportunidad de que esa Antinatural creciera y se convirtiera en un adversario había desaparecido.

El monstruo que hemos creado ha intentado matar a mi propio hijo. Desde entonces, me ha atacado como un animal feroz, disparándome en ambas piernas. Nunca he visto semejante salvajismo, una furia tan ciega e inhumana. Su mente cambia sin previo aviso. No mostró

rastros de psicosis cuando llegó por primera vez a la casa, pero parecía disociada de cualquier estructura de pensamiento racional mientras me atacaba. Haber visto su inestabilidad con mis propios ojos solo hace que esté más seguro de lo que es necesario hacer. Escribo esto ahora como un decreto desde mi cama de hospital, y como una precaución para mis compañeros comandantes. En caso de que no me recupere de estas heridas y que sea incapaz de cumplir con lo que es necesario hacer: tú, quien está leyendo esto ahora, debes reaccionar. Terminar lo que yo no pude. La hermana menor es un experimento fallido. Ella está, como temíamos, desconectada de la humanidad. Peor, se ha convertido en una distracción para Aaron. En un giro tóxico, él se siente completamente atraído hacia ella, y parece no valorar su propia seguridad. No sé qué ha hecho ella con su mente. Solo sé que yo no debería haber saciado mi curiosidad al permitirle a él traerla a la base. Es una pena, de verdad, que ella no se parezca en nada a su hermana mayor. En cambio, Juliette Ferrars se ha convertido en un cáncer incurable que debemos arrancar de nuestras vidas para siempre.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE ANDERSON

Juliette amenazó el balance del Restablecimiento.

Ella fue un experimento que salió mal. Y se había convertido en un problema. Necesitaban expulsarla de la Tierra.

Mi padre se esforzó mucho por destruirla.

Y ahora veo que su fracaso ha sido de gran interés para los otros comandantes. Compartieron los diarios de mi padre; todos los comandantes supremos compartían sus diarios entre sí. Era el único modo de que los seis permanecieran al tanto, todo el tiempo, de los eventos cotidianos de cada uno.

Entonces. Ellos conocían la historia de mi padre. Sabían lo que yo siento por ella.

Y tienen órdenes de matar a Juliette.

Pero están esperando. Y debo asumir que hay algo más, alguna otra explicación para su vacilación. Quizás piensan que pueden rehabilitarla. Quizás se preguntan si Juliette aún puede ser útil para ellos y su causa, al igual que lo ha sido su hermana.

Su hermana.

Me atormenta de inmediato un recuerdo de ella.

Cabello castaño y huesuda. Sacudiéndose incontrolablemente bajo el agua. Ondas largas castañas suspendidas, como anguilas temblorosas, alrededor de su rostro. Cables eléctricos debajo de su piel. Varios tubos permanentemente pegados a su cuello y a su torso. Había estado viviendo bajo el agua tanto tiempo cuando la vi por primera vez que a duras penas parecía una persona. Su piel era lechosa y arrugada, tenía la boca estirada en una O grotesca, envuelta en un regulador que obligaba al aire a entrar en sus pulmones. Solo era un año mayor que Juliette. Y la habían mantenido cautiva durante doce años.

Aún viva, pero a duras penas.

No sabía que era la hermana de Juliette. No sabía ni siquiera que era alguien. Cuando me dieron mi tarea, ella no tenía nombre. Solo me dieron instrucciones y me ordenaron seguirlas. No sabía quién o qué me había encargado custodiar. Comprendía solo que era una prisionera, y sabía que la torturaban, pero en ese entonces no sabía que había algo sobrenatural respecto a ella. Fui un idiota. Un niño.

Golpeo la parte posterior de mi cabeza contra la pared una vez. Fuerte. Cierro los ojos.

Juliette no sabe que alguna vez tuvo una familia de verdad, una familia horrible y desquiciada, pero una familia de todos modos. Y si es verdad lo que Castle dice, el Restablecimiento viene a buscarla. A matarla. A explotarla. Así que debemos actuar. Debo advertirle y debo hacerlo lo antes posible.

Pero cómo... ¿cómo le cuento todo esto? ¿Cómo se lo cuento sin explicarle mi rol?

Siempre he sabido que Juliette era adoptada, pero nunca le conté esa verdad porque creí que empeoraría las cosas. Tenía entendido que los padres biológicos de Juliette habían muerto hacía mucho tiempo. No veía cómo mejoraría su vida decirle que tenía padres reales muertos.

Pero eso no cambia el hecho de que lo sabía.

Y ahora debo confesar. No solo esto, sino la verdad sobre su hermana... que aún está viva y que el Restablecimiento la tortura sin parar. Que yo contribuí a esa tortura.

O esto:

Que yo soy el verdadero monstruo, completa y absolutamente indigno de su amor.

* * *

Cierro los ojos, presiono el dorso de mi mano sobre mi boca y siento que mi cuerpo se rompe en mi interior. No sé cómo salir del desastre que mi propio padre causó. Un desastre en el que soy cómplice sin quererlo. Un desastre que, cuando lo exponga, destruirá el único atisbo de felicidad que he logrado obtener en mi vida.

Juliette nunca jamás me perdonará.

Y la perderé.

Y eso me matará.

JULIETTE

Me pregunto en qué piensan. Mis padres. Me pregunto dónde están. Me pregunto si ahora están bien, si ahora son felices, ~~si por fin obtuvieron lo que querían~~. Me pregunto si mi madre tendrá otro hijo. Me pregunto si alguien alguna vez tendrá la amabilidad de matarme y me pregunto si el infierno es mejor que aquí. Me pregunto cómo está mi cara ahora. Me pregunto si alguna vez respiraré de nuevo aire fresco.

Me pregunto muchas cosas.

A veces, permanezco despierta durante días solo para contar todo lo que encuentro. Cuento las paredes, las grietas en las paredes, mis dedos de las manos y los pies. Cuento los resortes de la cama, los hilos en la sábana, los pasos que lleva cruzar la habitación y regresar. Cuento mis dientes y los pelos individuales y la cantidad de segundos que puedo aguantar la respiración.

Pero a veces, me canso tanto que olvido que no tengo permitido ya desear cosas, y descubro que deseo lo único que siempre he querido. Lo único con lo que siempre he soñado.

Todo el tiempo, deseo tener un amigo.

Sueño con ello. Imagino cómo sería. Sonreír y que me devuelvan la sonrisa. Tener una persona en quien confiar, alguien que no me lanzaría cosas o que no pondría mis manos en el fuego ni me golpearía por haber nacido. Alguien que escucharía que he sido descartada y que intentaría encontrarme, alguien que nunca me tendría miedo.

Alguien que sabría que nunca intentaría lastimarlo.

Me acurruco en una esquina de esta habitación, entierro la cabeza entre mis rodillas y me balanceo de atrás hacia adelante, de atrás hacia adelante, de atrás hacia adelante, y deseo y deseo y deseo y sueño cosas imposibles hasta que me quedo dormida llorando.

Me pregunto cómo será tener un amigo.

Y luego me pregunto quién más está encerrado en este manicomio. Me pregunto de dónde vienen los otros gritos.

Me pregunto si vienen a buscarme.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Me siento extraña esta mañana.

Me siento lenta, como si avanzara entre el lodo, como si mis huesos estuvieran llenos de plomo y mi cabeza, uh...

Me encojo de dolor.

Mi cabeza nunca me había pesado tanto.

Me pregunto si los últimos restos del veneno aún recorren mis venas, pero siento que hoy algo va mal en mi interior. De pronto, los recuerdos de mi tiempo en el manicomio están demasiado presentes, demasiado vívidos en mi cabeza. Había logrado apartar esos recuerdos de mí, pero no, aquí están de

nuevo, resurgiendo de la oscuridad. 264 días en completo aislamiento. Casi un año sin acceso o salida al exterior. A otro ser humano.

Mucho mucho tiempo, tanto, tanto tiempo sin la calidez del contacto humano.

Tiemblo involuntariamente. Me enderezó de un salto.

¿Qué me sucede?

Sonya y Sara deben haber oído que me he movido porque ahora están de pie frente a mí, sus voces son claras pero, de algún modo, temblorosas. Resuenan en las paredes. Mis oídos no dejan de zumbar. Entrecierro los ojos para distinguir sus caras, pero de pronto, me siento mareada, desorientada, como si mi cuerpo estuviera de lado o quizás extendido en el suelo o tal vez yo necesito recostarme en el suelo o *uh uh*, creo que voy a vomitar...

* * *

—Gracias por el cubo —digo, todavía con náuseas. Intento incorporarme y, por algún motivo, no recuerdo cómo hacerlo. Mi piel se ha cubierto de sudor frío—. *¿Qué me sucede?* —pregunto—. Creí que curaron... curaron...

Me desvanezco de nuevo.

Mi cabeza da vueltas.

Cierro los ojos para protegerlos de la luz. Las ventanas que hemos instalado, que van del techo al suelo, no parecen bloquear el sol que invade la sala y no puedo evitar preguntarme si alguna vez vi al sol brillar tanto. Durante la última década nuestro mundo colapsó, la atmósfera se volvió impredecible, el clima cambia en oscilaciones abruptas y dramáticas. Nieva donde no debería; llueve donde antes no llovía; las nubes siempre son grises; los pájaros se han ido para siempre del cielo. Los jardines y las hojas de los árboles que solían ser verde brillante ahora son tenues y quebradizos por la ruina. Ahora estamos en marzo, y aunque la primavera se aproxima, el cielo no exhibe ningún indicio de cambio. La tierra aún es fría, aún está cubierta de hielo, aún es oscura y lodosa.

O al menos, así era ayer.

Alguien coloca un trapo fresco sobre mi frente y le doy la bienvenida al frío; siento la piel en llamas incluso mientras tiemblo. Despacio, mis músculos se relajan. Pero desearía que alguien hiciera algo respecto a la luz fulminante. Continúo apretando los ojos, incluso con los párpados cerrados y eso empeora mi dolor de cabeza.

—La herida está completamente curada —oigo que alguien dice—, pero parece que el veneno no ha salido de su sistema...

—No lo entiendo —dice otra voz—. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no son capaces de curarla por completo?

—Sonya —logro decir—. ¿Sara?

—¿Sí? —responden las hermanas gemelas a la vez, y siento sus pasos apresurados como tambores fuertes en mi cabeza, mientras corren junto a mi cama.

Intento señalar las ventanas.

—¿Podemos hacer algo con el sol? —pregunto—. Es demasiado brillante.

Me ayudan a sentarme y siento que mi cabeza mareada comienza a estabilizarse. Parpadeo y abro los ojos con mucho esfuerzo justo a tiempo para que alguien me entregue un vaso de agua.

—Bebe —dice Sonya—. Tu cuerpo está muy deshidratado.

Trago el agua rápido, sorprendida por mi propia sed. Me entregan otro vaso. También lo bebo. Tengo que beber cinco vasos de agua antes de poder sostener mi cabeza con una inmensa dificultad.

Cuando por fin me siento algo mejor, miro a mi alrededor. Con los ojos abiertos de par en par. Tengo un dolor de cabeza insopportable, pero los demás síntomas comienzan a desaparecer.

Veo a Warner primero.

Está de pie en una esquina del cuarto, con los ojos inyectados en sangre, las prendas de ayer arrugadas en su cuerpo, y me mira con una evidente expresión asustada que me sorprende. No es en absoluto propia de él. Warner rara vez demuestra emociones en público.

Desearía poder decir algo, pero siento que no es el momento adecuado. Sonya y Sara aún me observan con atención, sus ojos castaños brillan en contraposición con su piel morena. Pero algo en ellos parece diferente para mí. Quizás es que nunca los he mirado con tanta atención en otra parte que no fuera bajo tierra, pero la luz brillante del sol ha reducido sus pupilas al tamaño de alfileres, lo que hace que sus ojos parezcan diferente. Más grandes. *Nuevos*.

—La luz es muy extraña hoy —digo sin poder evitarlo—. ¿Alguna vez ha sido tan brillante?

Sonya y Sara miran la ventana, luego a mí, y fruncen el ceño mientras intercambian una mirada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntan—. ¿Te duele todavía la cabeza? ¿Sientes mareos?

—Mi cabeza está matándome —respondo e intento reír—. ¿Qué había en esas balas? —Sujeto el puente de mi nariz entre mi pulgar y el índice—.

—¿Sabéis si el dolor de cabeza desaparecerá pronto?

—La verdad... es que no estamos seguras de qué está sucediendo ahora —dice Sara.

—Tu herida está curada —añade Sonya—, pero parece que el veneno aún afecta tu mente. No sabemos con certeza si fue capaz de causar daño permanente antes de que te atendiéramos.

Ante eso, alzo la vista. Siento que mi columna se pone rígida.

—¿Daño permanente? —repito—. ¿En mi cerebro? ¿Es posible?

Asienten.

—Te monitorearemos con atención las próximas semanas solo para asegurarnos. Las ilusiones que experimentas puede que no terminen siendo nada importante.

—¿Qué? —Miro a mi alrededor. Miro a Warner, quien aún no habla—. ¿Qué ilusiones? Solo me duele la cabeza. —Entrecierro los ojos de nuevo, y aparto la cabeza de la ventana—. Rayos. Lo siento —digo, cerrando los ojos por la luz—, ha pasado mucho tiempo desde que hemos tenido días así. —Río—. Creo que estoy más acostumbrada a la oscuridad. —Coloco la mano sobre mis ojos como un visor—. La verdad es que necesitamos colocar persianas en las ventanas. Que alguien me recuerde que se lo mencione a Kenji.

Warner se ha vuelto gris. Parece paralizado en su piel.

Sonya y Sara comparten una mirada preocupada.

—¿Qué ocurre? —pregunto, mi estómago da un vuelco mientras miro a los tres—. ¿Algo va mal? ¿Qué es lo que no me estáis diciendo?

—Hoy no hay sol —responde Sonya en voz baja—. Está nevando de nuevo.

—Está oscuro y nublado, como todos los días —añade Sara.

—¿Qué? ¿De qué habláis? —digo, riendo y frunciendo el ceño a la vez. Siento el calor del sol en mi cara. Lo veo impactando directo en sus ojos, sus pupilas se dilatan mientras se mueven en las sombras—. Estáis bromeando, ¿verdad? El sol brilla tanto que a duras penas puedo mirar por la ventana.

Sonya y Sara mueven la cabeza de un lado a otro.

Warner mira la pared, con ambas manos detrás del cuello.

Siento que mi corazón comienza a latir rápido.

—Entonces, ¿veo cosas? —les pregunto—. ¿Estoy alucinando?

Asienten.

—¿Por qué? —Intento no entrar en pánico—. ¿Qué me está pasando?

—No lo sabemos —responde Sonya, mirando sus manos—. Pero esperamos que estos efectos sean solo temporales.

Intento calmar mi respiración. Intento mantener la calma.

—Bien. De acuerdo. Necesito irme. ¿Puedo irme? Tengo miles de cosas por hacer...

—Quizás deberías permanecer aquí un tiempo más —dice Sara—. Permítenos observarte unas horas más.

Pero niego con la cabeza.

—Necesito coger aire... Necesito salir...

—No...

Es lo primero que Warner ha dicho desde que desperté, y prácticamente grita la palabra. Sostiene sus manos como en una plegaria silenciosa.

—No, amor —dice; suena raro—. No puedes salir de nuevo. Aún... Aún no. Por favor.

La expresión en su cara es suficiente para romper mi corazón.

Me tranquilizo, siento que mi pulso acelerado se estabiliza mientras lo miro.

—Lo siento mucho —digo—. Lamento haberlos asustado a todos. Fue un momento de estupidez y fue absolutamente mi culpa. Bajé la guardia solo un *segundo* —suspiro—. Creo que alguien ha estado observándome, esperando el momento adecuado. Da igual, no ocurrirá de nuevo.

Intento sonreír, y él no cede. No me devuelve la sonrisa.

—De verdad. —Lo intento de nuevo—. No te preocupes. Debería haberme dado cuenta de que habría personas allá afuera esperando para matarme en cuanto pareciera vulnerable, pero —río—, créeme, tendré más cuidado la próxima vez. Incluso pediré que me siga una guardia más numerosa.

Él niega con la cabeza.

Lo observo, su terror. No lo comprendo.

Hago un esfuerzo por ponerme de pie. Estoy en calcetines y con un camisón de hospital, y Sonya y Sara se apresuran a darme una bata y unas pantuflas. Les doy las gracias por todo lo que han hecho y ellas presionan despacio mis manos.

—Estaremos fuera si necesitas algo —dicen al unísono.

—Gracias de nuevo —respondo y sonrío—. Os haré saber cómo van, em —señalo mi cabeza—, las visiones raras.

Asienten y desaparecen.

Doy un paso tentativo hacia Warner.

—Oye —digo con dulzura—. Estaré bien. De verdad.

—Podrías haber muerto.

—Lo sé. He estado tan distraída últimamente... no estaba pensando. Pero este fue un error que no cometeré de nuevo. —Una risa breve—. De verdad.

Por fin, él suspira. Suelta la tensión en sus hombros. Desliza una mano sobre su cara, sobre su nuca.

Nunca antes lo he visto así.

—Lamento mucho haberte asustado —digo.

—Por favor, no te disculpes conmigo, amor. No tienes que preocuparte por mí. —Mueve la cabeza de lado a lado—. He estado preocupado por *ti*. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quieres decir sin contar las alucinaciones? —Esbozo una media sonrisa—. Me encuentro bien. Me llevó un minuto recobrar la compostura esta mañana, pero ahora me siento mucho mejor. Estoy segura de que estas visiones extrañas también desaparecerán pronto. —Sonrío ampliamente, más por su bien que por el mío—. Da igual, Delalieu quiere reunirse conmigo cuanto antes para hablar sobre mi discurso para el simposio, así que pensaba que tal vez debería hacer eso. No puedo creer que sea *mañana*. —Niego con la cabeza—. No puedo perder más tiempo. Aunque —miro mi cuerpo—, tal vez debería darme una ducha primero, ¿no? ¿Ponerme ropa de verdad?

Intento sonreírle de nuevo, convencerlo de que me siento bien, pero él parece incapaz de hablar. Solo me mira con ojos enrojecidos y crudos. Si no lo conociera bien, diría que ha estado llorando.

Estoy a punto de preguntarle qué le sucede cuando él dice:

—Cariño.

Y por algún motivo, contengo el aliento.

—Tengo que hablar contigo.

De hecho, susurra las palabras.

—Bueno —respondo y exhalo—. Háblame.

—Aquí no.

Siento que mi estómago da un vuelco. Mi instinto dice que entre en pánico.

—¿Va todo bien?

Le lleva un largo tiempo decir:

—No lo sé.

Lo miro, confundida.

Él me devuelve la mirada, sus ojos son de un verde tan pálido bajo la luz que, por un instante, ni siquiera parece humano. No dice nada más.

Respiro hondo. Intento permanecer tranquila.

—De acuerdo —digo—. De acuerdo. Pero si vamos a volver a la habitación, ¿al menos podría darme una ducha primero? Me gustaría quitarme toda la arena y la sangre seca del cuerpo.

Él asiente. Aún sin emoción alguna.

Y ahora, de verdad comienzo a entrar en pánico.

WARNER

Camino de lado a lado por el pasillo que está fuera de nuestra habitación, esperando impacientemente a que Juliette acabe de ducharse. Mi mente está destruida. La histeria ha estado arañando mi interior durante horas. No tengo ni idea de qué me dirá ella. Cómo reaccionará ante lo que necesito contarle. Estoy tan horrorizado por lo que estoy a punto de hacer que ni siquiera escucho que alguien dice mi nombre hasta que me tocan.

Me giro con demasiada rapidez, mis reflejos son incluso más rápidos que mi mente. Sujeto su mano por la muñeca, la hago girar detrás de su espalda y golpeo su pecho contra la pared antes de notar que es Kent. Kent, que no se resiste, solo ríe y me pide que lo suelte.

Lo hago.

Suelto su brazo. Atónito. Sacudo la cabeza para aclararla. No recuerdo disculparme.

—¿Estás bien? —me pregunta alguien más.

Es James. Aún tiene el tamaño de un niño y por alguna razón aquello me sorprende. Respiro con cautela. Mis manos tiemblan. Nunca me he sentido menos *bien*, y estoy demasiado confundido por mi ansiedad para recordar mentir.

—No —le respondo. Retrocedo, golpeo la pared a mis espaldas y me deslizo hacia el suelo—. No —repito, esta vez no sé a quién le hablo.

—Ah. ¿Quieres hablar de ello? —James aún habla sin parar. No comprendo por qué Kent no lo detiene.

Niego con la cabeza.

Pero eso solo parece alentarlo a seguir. Toma asiento a mi lado.

—¿Por qué no? Creo que deberías hablar al respecto.

—Vamos, amigo —dice Kent por fin—. Quizás deberíamos darle un poco de privacidad a Warner.

James no está convencido. Mira mi cara.

—¿Estabas *llorando*?

—¿Por qué haces tantas preguntas? —replico y apoyo la cabeza sobre una mano.

—No deberías responder preguntas con otra pregunta —me dice James, y coloca una mano en mi hombro. Por poco pierdo el control.

—¿Por qué me tocas?

—Parece que te vendría bien un abrazo —responde—. ¿Quieres un abrazo? Los abrazos siempre me hacen sentir mejor cuando estoy triste.

—No —replico rápidamente con brusquedad—. No quiero un *abrazo*. No estoy triste.

Kent parece reír. Está de pie apenas alejado de nosotros con los brazos cruzados, haciendo nada por ayudar con la situación. Lo fulmino con la mirada.

—Bueno, *pareces* triste —insiste James.

—Ahora mismo —digo con rigidez—, lo único que siento es fastidio.

—Pero apuesto a que te sientes mejor, ¿eh? —James sonríe. Me da una palmadita en el brazo—. Ves, te dije que ayuda hablar al respecto.

Parpadeo, sorprendido. Lo miro.

No está precisamente en lo cierto con su teoría, pero, extrañamente, me siento mejor. Frustrarme con él en este instante ayudó a disipar mi pánico y aclarar mis pensamientos. Mis manos han recobrado la estabilidad. Me siento un poco más centrado.

—Bueno —digo—, gracias por ser una molestia.

—*Oye*. —Frunce el ceño. Se pone de pie y limpia el polvo de sus pantalones—. No soy una molestia.

—Sin duda eres molesto —afirmo—. En especial para un niño de tu tamaño. ¿Por qué aún no has aprendido a ser más silencioso? Cuando tenía tu edad, solo hablaba cuando me hablaban.

James cruza los brazos.

—Espera un segundo... ¿a qué te refieres con *para un niño de mi tamaño*? ¿Qué tiene de malo mi tamaño?

Lo miro entrecerrando los ojos.

—¿Cuántos años tienes? ¿Nueve?

—¡Estoy a punto de cumplir once!

Y luego me golpea. Fuerte. En el muslo.

—Ayyyyyyy —grita, demasiado entusiasta en su exageración de un sonido simple. Sacude los dedos. Me fulmina con la mirada—. ¿Por qué tu pierna parece de *piedra*?

—La próxima vez —digo—, deberías intentar meterte con alguien de tu tamaño. Entrecierra los ojos hacia mí.

—No te preocupes —le digo—. Estoy seguro de que pronto serás más alto. Yo no di el estirón hasta los doce o los trece años, y si te pareces a mí...

Kent carraspea, fuerte, y me detengo.

—Quiero decir, si te pareces a, eh, tu hermano, estoy seguro de que estarás bien.

James mira a Kent y sonríe, aparentemente el golpe incómodo ha quedado en el olvido.

—La verdad es que espero ser como mi hermano —dice James, ahora sonriente—. Adam es el mejor, ¿no? Espero ser igual que él.

Siento que mi sonrisa abandona mi rostro. Ese niño. También es mío, *mi hermano*, y quizás nunca lo sabrá.

—¿No es cierto? —dice James, aún sonriendo.

Me sorprendo.

—¿Disculpa?

—Adam —dice—. ¿No es Adam el mejor? Es el mejor hermano del mundo.

—Ah... sí —respondo, disipando el nudo en mi garganta—. Sí, claro. Adam es, ehh, el mejor. O algo aproximado al mejor. De todos modos, tienes mucha suerte de tenerlo.

Kent me lanza una mirada significativa, pero no dice nada.

—Lo sé —responde James, decidido—. Tuve mucha suerte.

Asiento. Siento algo retorciéndose en mis entrañas. Me pongo de pie.

—Sí, bueno, si me disculpáis...

—Sí. Entendido. —Kent asiente. Se despide con la mano—. Te veremos por ahí, ¿vale?

—Sin duda.

—¡Adiós! —dice James mientras Kent lo lleva por el pasillo—. ¡Me alegra de que te sientas mejor!

De alguna forma, me siento peor.

Regreso a la habitación no tan en pánico como antes, pero, en cierta forma, más sombrío. Y estoy tan distraído que casi ni noto que Juliette sale del baño cuando entro.

Solo tiene puesta una toalla.

Sus mejillas están ruborizadas por la ducha. Sus ojos son grandes y brillantes mientras me sonríe. Es tan preciosa. Tan increíblemente preciosa.

—Solo tengo que buscar ropa limpia —dice, aún sonriendo—. ¿Te importa?

Niego con la cabeza. Solo puedo mirarla.

De algún modo, mi reacción es insuficiente. Ella vacila. Me mira frunciendo el ceño. Y luego, por fin, avanza hacia mí.

Siento que mis pulmones fallan.

—Oye —dice ella.

Pero solo puedo pensar en lo que debo decirle y en cómo puede reaccionar. Hay una esperanza pequeña y desesperada en mi corazón que aún intenta ser optimista ante el resultado.

Quizás ella lo comprenderá.

—¿Aaron? —Avanza más cerca, reduce la distancia entre los dos—. Dijiste que querías hablar conmigo, ¿no?

—Sí —susurro—. Sí. —Me siento mareado.

—¿Puede esperar? —pregunta—. ¿Solo hasta que me cambie?

No sé qué se apodera de mí.

Desesperación. Deseo. Miedo.

Amor.

El recordatorio me golpea con una fuerza dolorosa. El recordatorio de cuánto la quiero. Dios, me encanta todo de ella. Sus imposibilidades, sus exasperaciones. Me encanta lo dulce que es conmigo cuando estamos solos. Lo suave y amable que puede ser en nuestros momentos silenciosos. Que nunca vacile a la hora de defenderme.

La quiero.

Y ahora está de pie frente a mí, con una pregunta en los ojos, y no puedo pensar en nada más que en cuánto la quiero en mi vida, para siempre.

Sin embargo, no digo nada. No hago nada.

Y ella no se aleja.

Me doy cuenta, sorprendido, de que aún está esperando una respuesta.

—Sí, claro —digo rápido—. Por supuesto que puede esperar.

Pero ella intenta leer mi expresión.

—¿Qué sucede? —pregunta.

Niego con la cabeza mientras cojo su mano. Con dulzura, con mucha dulzura. Ella avanza más cerca y mis manos se cierran despacio sobre sus hombros desnudos. Es un movimiento pequeño y sencillo, pero siento cuando sus emociones cambian. De pronto, se estremece mientras la toco, mis manos viajan por sus brazos y su reacción entorpece mis sentidos. Me mata, cada

vez, me deja sin aliento cada vez que ella reacciona a mí, a mi tacto. Saber que siente algo por mí. Que me desea.

Quizás lo comprenderá, pienso. Hemos pasado tanto juntos. Hemos superado tanto. Quizás esto también será superable.

Quizás lo comprenderá.

—¿Aaron?

La sangre fluye por mis venas, caliente y veloz. Su piel es suave y huele a lavanda mientras retrocedo solo un centímetro. Solo para mirarla. Acaricio su labio inferior con mi pulgar antes de deslizar la mano detrás de su cuello.

—Hola —digo.

Y ella se reúne conmigo en ese momento, en ese instante.

Me besa sin restricciones, sin vacilación, y envuelve su brazo en mi cuello y me siento abrumado, perdido en una ráfaga de emociones...

Y la toalla cae de su cuerpo.

Sobre el suelo.

Retrocedo, sorprendido, contemplándola. Mi corazón late furioso en mi pecho. A duras penas recuerdo lo que intentaba hacer.

Luego, ella avanza, se pone de pie en puntillas y me acerca a ella, todo es calidez, calor y dulzura y yo la aprieto contra mí, drogado por su sensación, perdido en la extensión suave de su piel desnuda. Aún estoy completamente vestido. Ella está desnuda en mis brazos. Y, de algún modo, esa diferencia entre nosotros solo hace que el momento sea más surrealista. Ella me empuja despacio, incluso mientras continúa besándome, incluso mientras recorre mi cuerpo a través de la tela y yo caigo de espaldas en la cama, jadeando.

Ella sube a mi regazo.

Y yo creo que he perdido mi maldita cabeza.

JULIETTE

Esta, creo, es la forma de morir.

Podría ahogarme en este momento y no arrepentirme jamás de ello. Podría arder en llamas por el beso y convertirme felizmente en cenizas. Podría vivir aquí, morir aquí, justo *aquí*, contra sus labios, sus labios. En la emoción en sus ojos mientras se hunde en mí, sus latidos son indistinguibles de los míos.

Esto. Para siempre. Esto.

Me besa de nuevo, sus jadeos ocasionales en busca de aire calientan mi piel, y lo saboreo a él, su boca, su cuello, la línea rígida de su mandíbula y él reprime un gemido, se aparta, el dolor y el placer se entremezclan mientras se mueve más profundo, más fuerte, sus músculos tensos, su cuerpo sólido como una roca contra el mío. Tiene una mano alrededor de mi nuca, la otra sobre la parte posterior de mi muslo y nos envuelve juntos, imposiblemente más cerca, abrumándome con un placer extraordinario que se siente distinto a todo lo que he experimentado antes. Es indescriptible. Desconocido, imposible de planear. Es distinto cada vez.

Y hoy hay algo salvaje y mágico en él, algo que no puedo explicar en el modo en que me toca, en el modo en que sus dedos acarician mis omóplatos, bajan por la curvatura de mi espalda... como si fuera a evaporarme en cualquier instante, como si esta fuera la primera y última vez que nos tocaremos.

Cierro los ojos.

Me dejo ir.

Las líneas de nuestros cuerpos se han fundido. Es oleada tras oleada de hielo y calor, me derrito y ardo y es su boca sobre mi piel, sus brazos fuertes envolviéndome en amor y calidez. Estoy suspendida en el aire, bajo el agua, en el espacio exterior, todo al mismo tiempo, y los relojes están paralizados, las inhibiciones salen por la ventana y nunca me he sentido más segura, más amada o más protegida que aquí, en la fusión privada de nuestros cuerpos.

Pierdo la noción del tiempo.

Pierdo el hilo de mis pensamientos.

Solo sé que quiero que esto dure para siempre.

Él me está diciendo algo, deslizando sus manos sobre mi cuerpo, y sus palabras son suaves y desesperadas, sedosas en mi oído, pero a duras penas lo oigo por encima del sonido de mi propio corazón latiendo contra mi pecho. Pero lo veo, cuando los músculos en sus brazos se tensan bajo su piel, mientras lucha por permanecer aquí, conmigo.

Da un grito ahogado, fuerte, cierra los ojos mientras extiende la mano y sujetla la sábana y hundo mi cara en su pecho, deslizo mi nariz por la línea de su cuello, inhalo su aroma y presiono el cuerpo contra el de él, cada centímetro de mi piel ardiente y viva con deseo y necesidad y...

—Te quiero —susurro incluso mientras siento mi mente abandonando mi cuerpo incluso mientras las estrellas estallan detrás de mis ojos y el calor invade mis venas y estoy abrumada, atónita y abrumada cada vez, cada vez.

Es un torrente de sensaciones, un sabor simultáneo y efímero a muerte y a bendición y cierro los ojos, destellos blancos de calor centellean detrás de mis párpados y debo reprimir la necesidad de exclamar su nombre incluso mientras siento que nos hacemos trizas juntos, destruidos y restaurados a la vez y él gime.

—Juliette... —dice él.

* * *

Me encanta la vista de su cuerpo desnudo.

En especial en estos momentos silenciosos y vulnerables. Estos paréntesis de tiempo insertados entre los sueños y la realidad son mis favoritos. Hay una dulzura en esta conciencia vacilante: el regreso cuidadoso y gentil de forma a función. He descubierto que me encantan estos minutos más que nada por el modo delicado en el que avanzan. Es tierno.

Como a cámara lenta.

El tiempo probando sus zapatos.

Y Warner está tan quieto, tan suave. Tan vulnerable. Su rostro es suave, su ceño está relajado, sus labios se preguntan si abrirse o no. Y los primeros segundos después de que abre los ojos son los más dulces. Algunos días, tengo bastante suerte de mirar antes de que él lo haga. Hoy lo observo despertar. Lo observo parpadear y abrir los ojos y orientarse. Pero entonces, en el tiempo que le lleva encontrarme, la forma en que su rostro se ilumina cuando me ve mirándolo... esa parte hace que algo en mi interior cante. Sé todo, todo lo que importa, solo por el modo en que me mira en ese momento.

Y hoy, algo es diferente.

Hoy, cuando abre los ojos y me mira repentinamente desorientado. Parpadea, mira a su alrededor, se incorpora demasiado rápido como si quisiera correr y no recordara cómo hacerlo. Hoy, algo va mal.

Y cuando subo a su regazo, se paraliza.

Y cuando cojo su mentón entre las manos, aparta la mirada.

Cuando lo beso, despacio, cierra los ojos y algo en su interior se derrite, algo se relaja en sus huesos, y cuando abre los ojos de nuevo, parece aterrado y, de pronto, siento náuseas.

Algo va muy muy mal.

—¿Qué sucede? —digo, mis palabras a duras penas emiten sonido—.

¿Qué ha pasado? ¿Qué va mal?

Él niega con la cabeza.

—¿Soy yo? —Mi corazón late desbocado—. ¿He hecho algo?

Él abre los ojos de par en par.

—No, no, Juliette... Eres perfecta. Eres... Dios, eres perfecta —dice él. Sujeta la parte posterior de su cabeza, mira el techo.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Me mira a los ojos. Y no puedo evitar maravillarme ante cuánto me encanta su cara, incluso ahora, incluso en su miedo. Tiene una belleza clásica. Es tan increíblemente guapo, incluso así: cabello rapado, corto y suave; cara sin afeitar, una sombra rubia plateada contornea las líneas ya rígidas de su rostro. Sus ojos son de un tono verde imposible. Brillantes. Parpadean. Y luego...

Se cierran.

—Debo decirte algo —comenta en voz baja. Mira hacia abajo. Alza una mano para tocarme y sus dedos recorren el lateral de mi torso. Delicados. Aterrados—. Algo que debería haberte dicho antes.

—¿De qué hablas? —Me reclino. Ovillo una sección de la sábana y la aferro con fuerza contra mi cuerpo; de pronto me siento vulnerable.

Él vacila demasiado tiempo. Exhala. Arrastra una mano sobre su boca, su mentón, su nuca...

—No tengo ni idea de por dónde empezar.

Cada instinto en mi cuerpo me dice que corra. Que tapone mis oídos con algodón. Que le pida que deje de hablar. Pero no puedo. Estoy paralizada.

Y aterrada.

—Empieza por el principio —digo, sorprendida de que sea capaz de hablar. Nunca lo he visto así antes. No imagino qué tiene que decirme. Ahora,

tiene las manos juntas tan apretadas que me preocupa que vaya a romper sus propios dedos por accidente.

Y luego, por fin. Despacio.

Habla.

—El Restablecimiento —dice— dejó el anonimato con sus campañas cuando tenías siete años. Yo tenía nueve. Pero habían estado reuniéndose y planeando durante muchos años antes de eso.

—Vale.

—Los fundadores del Restablecimiento —continúa— fueron una vez hombres y mujeres militares convertidos en ministros de defensa. Y eran responsables, en parte, del complejo industrial militar que constituyó la base de los estados militares *de facto* que conformaron lo que hoy es el Restablecimiento. Habían tenido en funcionamiento sus planes durante mucho tiempo antes de que este régimen cobrara vida. Sus trabajos hicieron posible que pudieran acceder a armas y tecnología de la que nadie jamás oyó hablar. Tenían mucha vigilancia, instalaciones completamente equipadas, hectáreas de propiedad privada, acceso ilimitado a la información... Todo durante años antes de que quisiera naciera.

Mi corazón late desbocado en mi pecho.

—Habían descubierto a los *Antinaturales*, un término que el Restablecimiento usa para describir a aquellos que poseen habilidades sobrenaturales, pocos años después. Tenías aproximadamente cinco años —dice— cuando hicieron su primer descubrimiento. —Mira la pared—. En ese momento fue cuando comenzaron a recolectar, experimentar y usar a personas con habilidades para alcanzar sus objetivos de dominar al mundo.

—Todo esto es muy interesante —intervengo—, pero ahora estoy muy nerviosa y necesito que avances a la parte donde me dices qué tiene que ver esto contigo.

—Cariño —responde, por fin me mira a los ojos—. Todo esto tiene que ver contigo.

—¿Cómo?

—Hay algo que sabía sobre tu vida y que nunca te dije —confiesa. Traga saliva. Mira sus manos cuando dice—: Fuiste adoptada.

La revelación es como un trueno.

Salgo de la cama a trompicones, aferro la sábana a mi cuerpo y me detengo allí, mirándolo, atónita. Intento permanecer tranquila incluso mientras mi mente arde en llamas.

—Me adoptaron.

Él asiente.

—Entonces, dices que las personas que me criaron... *me torturaron*... ¿no son mis padres biológicos?

Él niega con la cabeza.

—¿Mis padres biológicos aún están vivos?

—Sí —susurra.

—¿Y nunca me lo dijiste?

No, responde con rapidez.

No, no sabía que aún estaban vivos, dice.

No sabía nada excepto que te adoptaron, dice, *acabo de descubrir ayer que tus padres aún viven porque Castle*, dice, *Castle me dijo...*

Y cada revelación subsecuente es como una onda de choque, una explosión repentina, imprevista, que se detona en mi interior...

BUM.

Tu vida ha sido un experimento, dice.

BUM.

Tienes una hermana, dice, *ella aún está viva*.

BUM.

Tus padres biológicos te entregaron junto con tu hermana al Restablecimiento para la investigación científica.

Y es como si el mundo hubiera salido de su eje, como si hubiera salido disparada de la Tierra y me dirigiera directo al Sol.

Como si ardiera viva y de algún modo, aún lo escucho, incluso mientras mi piel se derrite hacia dentro, mientras mi mente se da vuelta y todo lo que he conocido, todo lo que siempre creí que era verdad acerca de quién soy y de dónde vengo desaparece.

Me aparto de él, confundida, horrorizada e incapaz de articular palabras, incapaz de hablar.

Y él dice que *no lo sabía*, y su voz se rompe cuando habla, cuando dice que no sabía hasta hace poco que mis padres biológicos aún estaban vivos, que no lo supo hasta que Castle se lo contó, que nunca supo cómo contarme que había sido adoptada, que no sabía cómo me lo tomaría, que no sabía si necesitaba ese dolor, pero Castle le ha dicho que el Restablecimiento viene a buscarme, que viene a llevarme y a tu hermana también, dice, pero ahora lloro, incapaz de verlo a través de las lágrimas y aún no puedo hablar y tu hermana, dice, *se llama Emmaline, tiene un año más que tú, es muy muy poderosa, ha sido propiedad del Restablecimiento durante doce años*. No puedo dejar de mover la cabeza de un lado a otro.

—Detente —digo.

»No —digo.

Por favor no me hagas esto...

Pero no se detiene. Dice que debo saberlo. Dice que debo saberlo ahora, que debo saber la verdad...

DEJA DE DECIRME ESTO, grito.

No sabía que era tu hermana, dice.

No sabía que tenías una hermana.

Juro que no lo sabía.

—Había alrededor de veinte hombres y mujeres que conformaron el inicio del Restablecimiento —dice—, pero solo había seis comandantes supremos. Cuando el hombre originalmente elegido para América del Norte contrajo una enfermedad terminal, mi padre era uno de los candidatos para reemplazarlo. Yo tenía dieciséis años. Vivíamos aquí, en el Sector 45. Mi padre era en ese entonces CJR. Y convertirse en comandante supremo implicaba que se mudaría y él quería llevarme con él. Mi madre —dice— quedaría atrás.

Por favor, no digas más.

Por favor, no digas nada más, le suplico.

—Fue el único modo en que pude convencerlo de darme su trabajo —dice, ahora con desesperación—. De que me permitiera quedarme, para cuidarla de cerca. Él juró como comandante supremo cuando yo tenía dieciocho. Y me obligó a pasar los dos años en el medio...

—Aaron, por favor. —Estoy histérica—. No quiero saber más, no te he pedido que me lo contaras, no quiero saber...

—Yo perpetué la tortura de tu hermana —su voz está en carne viva, hecha pedazos—, su cautiverio. Me ordenaron que me encargara de su cautiverio continuo. Yo di las órdenes que la mantuvieron allí. Todos los días. Nunca me dijeron por qué estaba allí o cuál era su problema. Me ordenaron que la mantuviera allí. Eso era todo. Ella tenía permitido tomar un descanso de veinte minutos cada veinticuatro horas en el tanque de agua y solía gritar... me rogaba que la liberara. —Su voz se quiebra—. Me suplicaba piedad y nunca se la di.

Y me detengo.

Mi cabeza da vueltas.

Suelto la sábana que cubre mi cuerpo y corro, corro lejos.

Me visto lo más rápido que puedo y cuando regreso a la habitación, medio loca, atrapada en una pesadilla, veo que él también está a medio vestir, sin camiseta, solo pantalones y ni siquiera habla mientras lo miro, atónita,

cubriendo mi boca con una mano mientras niego con la cabeza y las lágrimas caen rápido por mi cara y no sé qué decir, no sé siquiera si podré decirle algo de nuevo, nunca más...

—Es demasiado —digo, ahogándome con las palabras—. Es demasiado... es demasiado...

—*Juliette*...

Y niego con la cabeza, mis manos tiemblan mientras las extiendo hacia la puerta y...

—*Por favor* —dice, y las lágrimas caen en silencio sobre su cara, y está temblando claramente mientras habla—: Debes creerme. Era joven. Y estúpido. Estaba desesperado. En ese entonces creía que no tenía nada por lo que vivir... nada me importaba más que salvar a mi madre y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por permanecer aquí, cerca de ella...

—¡Me has mentido! —exploto, la furia me obliga a cerrar los ojos mientras retrocedo—. Me has mentido todo este tiempo, me has *mentido*... Sobre todo...

—No —afirma, puro terror y desesperación—. Lo único que te he ocultado fue la verdad sobre tus padres, te lo juro...

—¿Cómo pudiste ocultarme eso? Todo este tiempo... todo est... *todo*... lo único que hiciste fue mentirme...

Él niega con la cabeza cuando dice *No, no, te quiero, mi amor por ti nunca fue una mentira*...

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me lo ocultaste?

—Creía que tus padres habían muerto hacía mucho tiempo... No creí que te ayudara saber nada sobre ellos. Pensé que solo te lastimaría más saber que los habías perdido. Y no sabía —dice, moviendo la cabeza de un lado a otro—, no sabía nada sobre tus padres reales o de tu hermana, por favor, créeme; juro que no lo sabía, no hasta ayer...

Su pecho sube y baja tan rápido que su cuerpo se inclina, sus manos sujetan sus rodillas mientras intenta respirar y no me mira cuando dice en un susurro:

—Lo siento mucho. Lo siento mucho mucho.

—Basta... Deja de hablar...

—Por favor...

—¿Cómo... c-cómo puedo volver a confiar en ti? —Tengo los ojos abiertos de par en par y aterrorizados y lo miro buscando una respuesta que nos salvará a los dos, pero no responde. No puede. Me deja sin nada a lo que aferrarme—. ¿Cómo podremos volver atrás alguna vez? —digo—. ¿Cómo

puedes esperar que olvide todo esto? ¿Que mentiste sobre mis padres? ¿Que torturaste a mi hermana? Hay mucho sobre ti que no sé. —Mi voz es pequeña y está rota—. Tanto... y no puedo... no puedo hacer esto...

Y él levanta la vista, paralizado en su sitio, mirándome como si por fin comprendiera que no voy a fingir que esto nunca ha sucedido, que no puedo continuar estando con alguien en quien no puedo confiar y lo veo, veo cómo la esperanza abandona sus ojos, mientras sujetá la parte posterior de su cabeza con la mano. Tiene la mandíbula suelta; el rostro, atónito, de pronto palidece y avanza hacia mí, perdido, desesperado, suplicando con su mirada...

Pero debo irme.

Corro por el pasillo y no sé a dónde voy hasta que llego allí.

WARNER

Entonces esto...

Esto es la agonía.

Esto es de lo que hablan cuando dicen que los corazones están rotos. Creía que sabía cómo era antes. Creía que sabía con absoluta claridad qué sentiría cuando me rompieran el corazón, pero ahora... ahora por fin lo comprendo.

¿Antes? ¿Cuando Juliette no podía decidir entre Kent y yo? ¿Ese dolor? Era un juego de niños.

Pero esto.

Esto es sufrimiento. Esto es tortura pura y absoluta. Y no tengo a quién culpar por este dolor más que a mí mismo, lo cual hace que sea imposible dirigir mi ira a otro lado que no sea a mi interior. Si no estuviera mejor informado, pensaría que estoy teniendo un ataque al corazón. Siento que un camión me ha atropellado, que ha roto cada hueso de mi pecho y que ahora está atascado allí, el peso del vehículo aplasta mis pulmones. No puedo respirar. Ni siquiera veo con claridad.

Mi corazón resuena en mis oídos. La sangre sube demasiado rápido a mi cabeza y me da calor y mareos. Estoy atrapado en el silencio, mis huesos están entumecidos. Solo siento una presión inmensa e imposible rompiendo mi cuerpo. Caigo de espaldas. Fuerte. Mi cabeza está contra la pared. Intento calmarme, tranquilizar mi respiración. Intento ser racional.

«Esto no es un ataque al corazón», me digo. «No es un ataque al corazón».

Lo sé bien.

Estoy teniendo un ataque de pánico.

Me ha sucedido solo una vez antes, y luego, el dolor se había materializado como si saliera de una pesadilla, de la nada, sin previo aviso. Había despertado en medio de la noche abrumado por un terror violento que no podía articular, convencido sin un atisbo de duda de que me estaba muriendo. Después de un rato, el episodio terminó, pero nunca olvidé la experiencia.

Y ahora esto...

Creí que estaba preparado. Creí que me había preparado para la conclusión de la conversación de hoy. Estaba equivocado.

Siento que me devora.

El dolor.

He luchado contra la ansiedad ocasional durante el transcurso de mi vida, pero, en general, he sido capaz de controlarla. En el pasado, mis experiencias siempre habían estado asociadas con este trabajo. Con mi padre. Pero cuanto más crecí, menos indefenso me volví y encontré maneras de lidiar con mis detonadores; descubrí espacios seguros en mi cabeza; me eduqué en terapias cognitivas conductuales; y, con el tiempo, aprendí a sobrellevarlo. La ansiedad aparecía con menos peso y frecuencia. Pero rara vez muta en otra cosa. A veces se sale absolutamente de mi control.

Y no sé cómo salvarme a mí mismo esta vez.

No sé si tengo la fuerza suficiente para luchar ahora, no cuando ya no sé por qué lucho. Y acabo de colapsar, de espaldas en el suelo, mi mano presionada contra el dolor de mi pecho, cuando la puerta se abre de pronto.

Siento que mi corazón se reinicia.

Alzo la cabeza medio centímetro y espero. Mantengo la esperanza contra todo pronóstico.

—Oye, hombre, ¿dónde diablos estás?

Dejo caer la cabeza con un gruñido. De todas las personas posibles.

—¿Hola? —Pasos—. Sé que estás aquí. Y ¿por qué este cuarto está tan desordenado? ¿Por qué hay cajas y sábanas en todas partes?

Silencio.

—Hermano, ¿dónde estás? Acabo de ver a Juliette y estaba desquiciada, pero no me dijo por qué y sé que probablemente estás oculto aquí, idiota, como un pequeño...

Y luego allí está.

Sus botas junto a mi cabeza.

Me mira.

—Hola —digo. Es lo único que logro decir por el momento.

Kenji me mira, atónito.

—¿Qué diablos estás haciendo en el suelo? ¿Por qué no llevas ropa puesta? —Y luego—: Espera... ¿has estado *llorando*?

Cierro los ojos, suplico morir.

—¿Qué sucede? —De pronto, su voz está más cerca que antes y asumo que debe estar agazapado a mi lado—. ¿Qué te ocurre, hombre?

—No puedo respirar —susurro.

—¿A qué te refieres con que *no puedes respirar*? ¿Ella te ha disparado de nuevo?

Aquel recordatorio me atraviesa directamente. Dolor fresco y abrasador.

Dios, lo odio tanto.

Trago con dificultad.

—Por favor. Vete.

—Eh, no. —Oigo el movimiento que hace mientras toma asiento a mi lado—. ¿Qué es esto? —pregunta, señalando mi cuerpo—. ¿Qué te está pasando ahora mismo?

Finalmente, me rindo. Abro los ojos.

—Estoy teniendo un ataque de pánico, imbécil desconsiderado. —Intento respirar—. Y la verdad es que me gustaría tener algo de privacidad.

Alza las cejas.

—¿Estás teniendo un qué?

—Ataque. —Respiro—. De pánico.

—¿Qué diablos es eso?

—Tengo medicamentos. En el baño. *Por favor*.

Me mira de modo extraño, pero hace lo que pido. Regresa en un instante con el frasco correcto y me siento aliviado.

—¿Este?

Asiento. Realmente, nunca antes he tomado este medicamento, pero he conservado la receta actualizada a pedido de mi médico. En caso de emergencia.

—¿Quieres agua para tragarlo?

Niego con la cabeza. Le arranco el frasco con manos temblorosas. No recuerdo la dosis correcta, pero como rara vez tengo un ataque tan severo como este, hago una suposición. Coloco tres pastillas en mi boca y las muerdo con fuerza, dándole la bienvenida al sabor vil y amargo en mi lengua.

Solo varios minutos más tarde, después de que la medicina comience a hacer su magia, el camión metafórico por fin abandona su posición sobre mi pecho. Mis costillas se sueldan por arte de magia. Mis pulmones recuerdan hacer su trabajo.

Y, de pronto, me siento flojo. Exhausto.

Lento.

Me incorporo arrastrándome y me pongo de pie con dificultad.

—¿Ahora quieras contarme qué ha pasado aquí? —Kenji aún me mira, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿O debería simplemente asumir

que has hecho algo horrible y molerte a golpes por ello?

De pronto, me siento muy cansado.

Una carcajada crece en mi pecho y no sé de dónde proviene. Logro reprimirla, pero fracaso en ocultar una sonrisa estúpida e inexplicable mientras digo:

—Probablemente deberías molerme a golpes.

Era la respuesta equivocada.

La expresión de Kenji cambia. De pronto, sus ojos parecen genuinamente preocupados y me inquieta haber dicho demasiado. Estas drogas me hacen más lento, suavizan mis sentidos. Llevo una mano a mis labios, les suplico que permanezcan cerrados. Espero no haber tomado demasiada medicación.

—Oye —dice Kenji con amabilidad—, ¿qué ha pasado?

Niego con la cabeza. Cierro los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Ahora río—. Qué ha pasado, qué ha pasado. —Abro los ojos el tiempo suficiente para decir—: Juliette ha roto contigo.

—¿Qué?

—Bueno, creo que lo ha hecho. —Me detengo. Frunzo el ceño. Golpeo un dedo sobre mi mentón—. Imagino que por eso se fue de aquí corriendo y gritando.

—Pero... ¿por qué iba a romper contigo? ¿Por qué estaba llorando?

Ante eso, río de nuevo.

—Porque yo —respondo, señalándome—, soy un monstruo.

—¿Y eso es una novedad? —Kenji parece confundido.

Sonrío. Él es gracioso, pienso. Es un chico gracioso.

—¿Dónde dejé mi camisa? —balbuceo; de pronto me siento entumecido de un modo completamente nuevo. Cruzo los brazos. Entrecierro los ojos—. ¿Qué? ¿La has visto en alguna parte?

—Tío, ¿estás borracho?

—¿Qué? —Sacudo la mano en el aire. Río—. No bebo. Mi padre es alcohólico, ¿no lo sabías? No toco esas cosas. No, espera —alzo un dedo—, *era* un alcohólico. Mi padre *era* un alcohólico. Ahora está muerto. Bastante muerto.

Y luego, oigo que Kenji da un grito ahogado. Es fuerte y extraño y susurra: *mierda*, y es suficiente para agudizar mis sentidos un segundo.

Me vuelvo para enfrentarlo.

Parece aterrado.

—¿Qué pasa? —digo, molesto.

—¿Qué le ha ocurrido a tu espalda?

—Ah. —Aparto la vista, irritado de nuevo—. Eso. —Las miles y miles de cicatrices que conforman la desfiguración de toda mi espalda. Respiro hondo. Exhalo—. Son solo... ya sabes, regalos de cumpleaños de mi querido padre.

—¿Regalos de cumpleaños de tu *padre*? —Kenji parpadea, rápido. Mira a su alrededor, le habla al aire—. ¿En qué clase de telenovela infernal acabo de entrar? —Desliza una mano sobre su cabello y dice—: ¿Por qué siempre me involucro en la mierda personal de los demás? ¿Por qué no puedo simplemente ocuparme de mis asuntos? ¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada?

—Sabes —le digo, inclinando levemente la cabeza—, siempre me he preguntado lo mismo.

—Cállate.

Sonrío, una sonrisa grande. Brillante como una bombilla.

Kenji abre los ojos de par en par, sorprendido, mientras ríe. Señala mi cara con el mentón y dice:

—Ehh, tienes hoyuelos. No lo sabía. Qué tierno.

—Cállate. —Frunzo el ceño—. Vete.

Él ríe más fuerte.

—Creo que te has tomado demasiadas pastillitas —me dice, y sujetá la frasco que he dejado en el suelo. Mira la etiqueta—. Dice que solo debes tomar una cada tres horas. —Ríe de nuevo. Más fuerte esta vez—. Mierda, hombre, si no supiera que estás sumido en muchísimo dolor en este instante, estaría grabando esto.

—Estoy muy cansado —le digo—. Por favor, vete directo al infierno.

—Claro que no, fenómeno. No me perderé esto. —Se apoya en la pared—. Además, no iré a ninguna parte hasta que tu culo borracho me diga por qué J. y tú habéis roto.

Niego con la cabeza. Por fin logro encontrar una camiseta y me la pongo.

—Sí, te la has puesto al revés —me dice Kenji.

Lo fulmino con la mirada y caigo sobre la cama. Cierro los ojos.

—¿Entonces? —dice, sentándose a mi lado—. ¿Debería buscar palomitas de maíz? ¿Qué ha pasado?

—Es clasificado.

Kenji emite un sonido de incredulidad.

—¿Qué es clasificado? ¿El motivo de vuestra ruptura es clasificado? ¿O rompisteis por culpa de información clasificada?

—Sí.

—Dame una maldita pista.

—Rompimos —digo, colocando una almohada sobre mis ojos— debido a información que compartí con ella y que, como dije, es *clasificada*.

—¿Qué? ¿Por qué? Eso no tiene sentido. —Una pausa—. A menos que...

—Ah, bien, casi puedo escuchar los engranajes diminutos girando en tu cerebro diminuto.

—¿Le has mentido sobre algo? —dice él—. ¿Algo que deberías haberle dicho? ¿Algo clasificado... sobre *ella*?

Sacudo una mano hacia ningún lugar en particular.

—El hombre es un genio.

—Ay, *mierda*.

—Sí —digo—. Una gran mierda.

Exhala un suspiro largo e intenso.

—Suena bastante grave.

—Soy un idiota.

Él carraspea.

—Entonces, mmm, esta vez has metido la pata de verdad, ¿eh?

—Hasta el fondo, me temo.

Silencio.

—Espera, cuéntamelo de nuevo: ¿por qué estas sábanas están en el suelo?

Ante eso, aparto la almohada de mi cara.

—¿Por qué crees que están en el suelo?

Un segundo de vacilación y luego.

—Ah, qué... *Vamos*, hombre, qué diablos. —Kenji salta de la cama y parece asqueado—. ¿Por qué me has dejado sentarme aquí? —Camina hasta el extremo opuesto de la habitación—. Vosotros, chicos, sois... *Dios*... esto no está bien...

—Madura.

—Soy maduro. —Me fulmina con la mirada—. Pero Juliette es como mi hermana, hombre, no quiero pensar en esa mierda...

—Bueno, no te preocupes —le digo—, estoy seguro de que nunca sucederá de nuevo.

—Bueno, bueno, reina del drama, tranquilízate. Y háblame sobre ese asunto clasificado.

JULIETTE

Corre, me digo.

Corre hasta que tus pulmones colapsen, hasta que el viento golpee y rompa tus ropas andrajosas, hasta que seas una mancha borrosa que se funde en el fondo.

Corre, Juliette, corre más rápido, corre hasta que tus huesos se rompan y tus tibias y tus músculos se atrofien y tu corazón muera porque siempre fue demasiado grande para tu pecho y late demasiado rápido durante demasiado tiempo y corre.

Corre corre corre hasta que no escuches sus pies detrás de ti. Corre hasta que suelten sus puños y sus gritos desaparezcan en el aire. Corre con los ojos abiertos y la boca cerrada y contiene el río que corre detrás de tus ojos. Corre, Juliette.

Corre hasta caer muerta.

Asegúrate de que tu corazón se detenga antes de que ellos te alcancen. Antes de que siquiera te toquen.

Corre, he dicho.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Mis pies golpean la tierra dura y apelmazada, cada pisada firme envía destellos de un dolor eléctrico por mis piernas. Me arden los pulmones, mi

respiración es rápida y brusca, pero supero el agotamiento, mis músculos trabajan más de lo que lo han hecho en mucho tiempo, y continúo avanzando. Nunca he sido buena para esto. Siempre he tenido problemas al respirar. Pero he estado haciendo muchos ejercicios aeróbicos y entrenamiento de pesas desde que me mudé a la base, y me he vuelto más fuerte.

Hoy, el entrenamiento vale la pena.

He recorrido al menos un par de kilómetros, el pánico y la furia me impulsan la mayor parte del camino, pero ahora debo superar mi propia resistencia para mantener el impulso. No puedo detenerme. No lo haré.

Aún no estoy lista para comenzar a pensar.

Hoy es un día perturbadoramente bello; el sol brilla alto e intenso, pájaros imposibles cantan alegres en árboles a medio florecer, moviendo sus alas en cielos vastos y azules. Tengo puesta una camiseta de algodón. Vaqueros azul oscuro. Otro par de zapatillas. Mi cabello está suelto y es largo, las ondas caen detrás de mí, librando una batalla contra el viento. Siento el sol calentar mi cara; siento gotas de sudor rodar por mi espalda.

¿Es posible que esto sea real?, me pregunto.

¿Alguien me ha disparado con esas balas envenenadas a propósito? ¿Para intentar decirme algo?

¿O mis alucinaciones son un asunto completamente diferente?

Cierro los ojos y obligo a mis piernas a esforzarse más, me obligo a moverme más rápido. Aún no quiero pensar. No quiero dejar de moverme.

Si dejo de avanzar, mi mente podría matarme.

Una ráfaga de viento repentina golpea mi rostro. Abro los ojos de nuevo, recuerdo respirar. Ahora estoy de regreso en un territorio sin vigilancia, mis poderes están completamente encendidos, la energía vibra a través de mí incluso ahora, en perpetuo movimiento. Las calles del viejo mundo están pavimentadas, pero llenas de agujeros y charcos. Los edificios están abandonados, altos y fríos, cables eléctricos cruzan el cielo como pentagramas de canciones sin terminar, balanceándose suavemente en la luz de la tarde. Cruzo corriendo por debajo de la pasarela en ruinas y de varias escaleras de cemento que se desmoronan, sujetas a cada lado con palmeras y postes de luz rotos, con barandillas de hierro oxidado y pintura desconchada. Giro unas veces por algunas calles doce carriles de ancho, una estructura metálica enorme a punto de desmoronarse en medio de la calle. Miro con más atención yuento tres carteles verdes igual de inmensos, de los cuales solo dos permanecen en pie. Leo las palabras.

INTERESTATAL 405 SUR LONG BEACH

Y me detengo.

Caigo hacia delante, los codos sobre mis rodillas, mis manos sujetan mi cabeza y lucho contra la necesidad de caer al suelo.

Inhalo.

Exhalo.

Otra vez, otra vez, otra vez.

Alzo la vista, miro a mi alrededor.

Un viejo autobús yace no muy lejos de mí, sus muchas ruedas sumergidas en un charco de agua turbia, pudriéndose, medio oxidadas, son como un niño abandonado que se baña en su propia suciedad. Carteles de autopista, cristales rotos, goma hecha jirones y parachoques olvidados cubren lo que queda del pavimento roto.

El sol me encuentra y brilla en mi dirección, un faro para la niña deshecha que se detuvo en medio de la nada, y me cubren sus rayos de calor intenso, me derriten lentamente por dentro, y colapso despacio mientras mi mente alcanza a mi cuerpo como un asteroide que cae hacia la tierra.

Y luego, me golpea...

Los recuerdos como ecos.

Las memorias como manos alrededor de mi garganta.

Ahí lo tenéis.

Allí está ella.

Destrozada de nuevo.

Me hago un ovillo contra la parte trasera del autobús mugriento, coloco una mano sobre mi boca para tratar de contener los gritos, pero sus intentos desesperados por escapar de mis labios luchan contra una marea de lágrimas no derramadas que no puedo permitir y... *respira*.

Mi cuerpo tiembla con emoción no agotada.

El vómito sube por mi esófago.

Vete, susurro, pero solo en mi cabeza, vete, digo.

Por favor, *muere*.

Encadeno a la niña aterrorizada de mi pasado en alguna mazmorra desconocida dentro de mí donde ella y sus miedos han estado contenidos con cuidado, encerrados.

Sus recuerdos, reprimidos.

Su furia, ignorada.

No hablo con ella. No me atrevo a mirar en su dirección. La *odio*.

Pero ahora, la escucho llorar.

Ahora la veo, a esta otra versión de mí misma, la veo arrastrando sus uñas sucias contra las paredes de mi corazón, haciéndolas sangrar. Y si pudiera alcanzarla dentro de mí y arrancarla de mi ser con mis dos manos, lo haría.

Partiría por la mitad su cuerpo diminuto.

Lanzaría sus extremidades destrozadas al mar.

Entonces, me libraría de ella, de una vez por todas, limpiaría con lejía sus manchas en mi alma para siempre. Pero ella se niega a morir. Permanece conmigo, como un eco. Ronda por los pasillos de mi corazón y mi mente, y, aunque la asesinaría felizmente para tener la oportunidad de liberarme, no puedo hacerlo. Es como intentar asfixiar a un fantasma.

Así que cierro los ojos y me ruego a mí misma ser valiente. Respiro profundo varias veces. No puedo permitir que la niña destrozada en mi interior inhale todo en lo que me he convertido. No puedo volver a ser una versión anterior de mí misma. No me haré añicos, no de nuevo, al borde de un terremoto emocional.

Pero ¿por dónde se supone que debo empezar?

¿Cómo lidio con todo esto? Las últimas semanas ya habían sido demasiado para mí, demasiado que controlar; demasiado que balancear. Ha sido difícil admitir que no estoy cualificada, que me supera, pero lo había logrado. Estaba dispuesta a reconocer que todo esto, esta nueva vida, este mundo nuevo, llevarían tiempo y experiencia. Estaba dispuesta a dedicarle las horas necesarias, a confiar en mi equipo, a intentar ser diplomática. Pero ahora que todo ha salido a la luz...

Toda mi vida ha sido un experimento.

Tengo una hermana. Y otro par de padres diferentes, padres biológicos, que me trajeron del mismo modo que mis padres adoptivos, donando mi cuerpo para la investigación como si yo no fuera más que un experimento científico.

Anderson y los otros comandantes supremos siempre han sabido la verdad sobre mí. Warner sabía que me habían adoptado.

Y ahora, saber que aquellos en quienes más confiaba han estado mintiéndome... manipulándome...

Todos han estado *usándome*...

El grito repentino brota de mis pulmones. Se libera de mi pecho sin previo aviso, sin permiso, y es un grito tan fuerte, tan duro y violento que me hace caer de rodillas. Tengo las manos presionadas contra el pavimento, mi cabeza medio inclinada entre las piernas. El sonido de mi agonía se pierde en el viento y las nubes se lo llevan.

Pero aquí, entre mis pies, el suelo se ha agrietado.

Salto, sorprendida, miro hacia abajo, me vuelvo. De pronto, no recuerdo si esa grieta estaba allí antes.

La fuerza de mi frustración y confusión me envía de regreso al autobús, donde exhalo y apoyo la espalda contra las puertas traseras, buscando un lugar para apoyar la cabeza... excepto por el hecho de que mis manos y mi cabeza destrozan la pared exterior como si estuviera hecha de papel, y caigo con violencia sobre el suelo mugroso, mis manos y mis rodillas atraviesan el metal bajo mis pies.

De algún modo, esto solo me enfurece más.

Mi poder está fuera de control, alentado por mi mente imprudente, por mis pensamientos salvajes. No puedo centrar mi energía del modo en que Kenji me enseñó, y está en todas partes a mi alrededor, conmigo y sin mí, y el problema es que ya no me importa.

No me importa, no ahora.

Extiendo la mano sin pensar, arranco uno de los asientos atornillados del autobús y lo lanzo con fuerza a través del parabrisas. Hay astillas de cristal por todas partes; un trozo grande golpea mi ojo y muchos más vuelan dentro de mi boca abierta y furiosa; alzo una mano y encuentro astillas clavadas en mi manga, resplandecen como carámbanos en miniatura. Escupo los restos de mi boca. Quito los cristales de mi camiseta. Y luego, extraigo el trozo de dos centímetros y medio del interior de mi párpado y lo lanzo a un lado; cae con un ruido leve en el suelo.

Mi pecho sube y baja.

¿Qué hago ahora?, pienso, mientras arranco otro asiento atornillado. Lanzo este asiento a través de una ventanilla, rompo más cristal y genero aberturas más grandes en las paredes de metal del vehículo. El instinto solo mueve mi brazo hacia arriba para proteger mi rostro de los escombros voladores, pero no me estremezco. Estoy demasiado furiosa para que me importe. Soy demasiado poderosa en este instante para sentir dolor. El cristal rebota en mi cuerpo. Cintas de acero delgadas como una hoja de afeitar rebotan en mi piel. Por poco deseo sentir algo. Lo que sea.

¿Qué hago?

Golpeo la pared y no siento alivio en la acción; mi mano la atraviesa con facilidad. Pateo una silla y no me consuelo, mi pie destroza el tapizado barato. Grito de nuevo, mitad enfurecida, mitad desconsolada, y observo esta vez cómo se forman unas grietas largas y peligrosas en el techo.

Eso es nuevo.

Y a duras penas he tenido tiempo para pensar lo cuando el autobús avanza repentinamente hacia delante, bosteza en un temblor profundo y se parte claramente a la mitad.

Las dos mitades caen una a cada lado de mi cuerpo, y retrocedo tropezando. Caigo en una pila de metal destruido y cristal sucio y húmedo y, atónita, me pongo de pie con dificultad.

No sé qué acaba de suceder.

Sabía que era capaz de proyectar mis habilidades, mi fuerza sin duda, pero no sabía que había un poder proyectable en mi voz. Los viejos impulsos me hacen desear tener a alguien con quien hablarlo. Pero ya no tengo a nadie con quien charlar.

Warner está fuera de discusión.

Castle es un cómplice.

Y Kenji... ¿qué hay de Kenji? ¿Sabía también lo de mis padres... y mi hermana? Sin duda, Castle se lo habría contado a él también, ¿no?

El problema es que ya no puedo estar segura de nada.

No queda nadie en quien confiar.

Pero aquellas palabras, la mera idea, de pronto inspiran un recuerdo en mí. Es algo neblinoso que debo esforzarme por alcanzar. Lo cojo con la mano y tiro. ¿Una voz? Ahora recuerdo que era una voz femenina. Diciéndome...

Doy un grito ahogado.

Era Nazeera. Anoche. En el ala médica. Era ella. Ahora recuerdo su voz, recuerdo estirar el brazo y tocar su mano, recuerdo sentir las nudilleras metálicas que siempre lleva puestas y decía:

... las personas en las que confías te están mintiendo... Y los otros comandantes supremos solo quieren matarte.

Nazeera estaba tratando de advertírmelo. Anoche... Apenas me conoce y estaba intentando decirme la verdad incluso mucho antes que cualquiera de los otros...

Pero ¿por qué?

En ese instante, algo duro y pesado aterriza en la estructura de metal semidoblada que bloquea la calle. El viejo cartel de la autopista tiembla y se balancea.

Estoy mirando mientras sucede. Lo observo en tiempo real, cuadro por cuadro y, sin embargo, aún estoy tan atónita por lo que veo que olvido hablar.

Es Nazeera, a quince metros en el aire, sentada tranquila sobre un cartel que dice:

INTERESTATAL 10 ESTE LOS ÁNGELES

Y me saluda moviendo la mano. Lleva puesta una capucha suelta, de cuero, unida a una pistolera que calza ceñida sobre sus hombros. La capucha de cuero cubre su cabello y protege sus ojos, de modo tal que solo la mitad inferior de su cara es visible desde donde yo estoy. El *piercing* de diamante debajo de su labio inferior arde bajo la luz del sol.

Parece una visión de un tiempo desconocido.

Aún no sé qué decir.

Naturalmente, ella no comparte mi problema.

—¿Ya estás lista para hablar? —pregunta.

—¿Cómo... cómo...?

—Sí?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Me vuelvo, observo la distancia.

¿Cómo supo que yo estaba aquí? ¿Me siguió?

—He volado.

Me giro para mirarla.

—¿Dónde está tu avión?

Ella ríe y baja de un salto del cartel de la autopista. Es una caída larga y fuerte que habría lastimado a una persona normal.

—De verdad espero que estés bromeando —me dice; luego sujetá mi cintura, y salta hacia el cielo.

WARNER

He visto muchas cosas extrañas en mi vida, pero nunca creí que tendría el placer de ver a Kishimoto cerrar la boca durante más de cinco minutos. Y, sin embargo, aquí estamos. En otra situación, quizás estaría disfrutando el momento. Por desgracia, soy incapaz de disfrutar de este pequeño placer.

Su silencio me pone nervioso.

Han pasado quince minutos desde que terminé de compartir con él los mismos detalles que compartí con Juliette hoy más temprano, y él no ha dicho ni una palabra. Está sentado en silencio en una esquina, con la cabeza apoyada contra la pared, frunciendo el ceño, y no habla. Solo mira con los ojos entrecerrados un punto invisible al otro lado de la habitación.

Cada poco suspira.

Hemos estado aquí durante aproximadamente dos horas, solo él y yo. Hablando. Y de todas las cosas que creí que ocurrirían hoy, sin duda no pensé que Juliette huiría de mí corriendo y que me haría amigo de este idiota.

Ah, vaya planes organizados.

Por fin, después de lo que parece una tremenda cantidad de tiempo, él habla.

—No puedo creer que Castle no me lo haya contado —es lo primero que dice.

—Todos tenemos secretos.

Él alza la vista, me mira a los ojos. No es agradable.

—¿Tienes más secretos que deba saber?

—No, ninguno que debas saber.

Él ríe, pero suena triste.

—Ni siquiera te das cuenta de lo que estás haciendo, ¿no?

—¿Darme cuenta de qué?

—Estás predisponiéndote a una vida de dolor, hermano. No puedes continuar viviendo así. Este —dice, señalando mi cara—, ¿este viejo tú? Este tío desastroso que nunca habla y nunca sonríe y nunca dice nada amable y

nunca le permite a nadie que lo conozca de verdad... No puedes ser este tío si quieres estar en cualquier clase de relación.

Alzo una ceja.

Él niega con la cabeza.

—Simplemente no puedes, hombre. No puedes estar con alguien y ocultarle tantos secretos.

—Nunca me ha detenido antes.

En ese punto, Kenji vacila. Abre más los ojos, levemente.

—¿A qué te refieres con *antes*?

—Antes —digo—. En otras relaciones.

—Entonces, ehh, ¿has tenido otras relaciones? ¿Antes de Juliette?

Lo miro inclinando la cabeza a un lado.

—Te resulta difícil de creer.

—Aún intento comprender el hecho de que tienes *sentimientos*, así que sí, me resulta difícil de creer.

Carraspeo muy por lo bajo. Aparto la mirada.

—Entonces, emm, tú, em... —Ríe, nervioso—. Lo siento, pero ¿Juliette sabe que has tenido otras relaciones? Porque nunca mencionó nada al respecto, y creo que hubiera sido, ya sabes, ¿relevante?

Muevo la cabeza para mirarlo.

—No.

—No, ¿qué?

—No, no lo sabe.

—¿Por qué no?

—Nunca lo ha preguntado.

Kenji me mira boquiabierto.

—Lo siento, pero ¿eres...? Bueno, ¿eres realmente tan estúpido como suenas? ¿O solo estás bromeando?

—Tengo casi veinte años —respondo, irritado—. ¿De verdad te parece tan extraño que haya estado con otras mujeres?

—No —dice—. En lo personal, me importa una mierda con cuántas mujeres has estado. Lo que me parece extraño es que nunca le hayas contado a tu *novia* que has estado con otras mujeres. Y para ser completamente sincero, hace que me pregunte si vuestra relación no estaba ya condenada a irse al infierno.

—No sabes de lo que estás hablando. —Mis ojos centellean—. La *quiero*. Nunca haría nada para lastimarla.

—Entonces, ¿por qué le has mentido?

—¿Por qué sigues insistiendo en eso? ¿A quién le importa si he estado con otras mujeres? Ellas no significaron nada para mí...

—Tu cabeza es un desastre, hombre.

Cierro los ojos; de pronto, me siento agotado.

—De todo lo que he compartido contigo hoy, *¿este* es el asunto que más te interesa discutir?

—Solo creo que es importante, sabes, si tú y J. alguna vez intentáis reparar este daño. Debes aclarar tus ideas.

—¿A qué te refieres con *reparar este daño*? —digo, abriendo los ojos de par en par—. Ya la he perdido. El daño está hecho.

Ante la respuesta, parece sorprendido.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Simplemente te vas a alejar? Despúes de toda esta charla de *la quiero* y blablablá, ¿esto es todo?

—Ella no quiere estar conmigo. No intentaré convencerla de que se equivoca. Kenji ríe.

—Mierda —digo—. Creo que necesitas que te ajusten los tornillos. —¿Disculpa?

Él se pone de pie.

—Da igual, hermano. Es tu vida. Tu problema. Me caías mejor cuando estabas drogado por las pastillas.

—Dime algo, Kishimoto...

—¿Qué?

—¿Por qué aceptaría consejos amorosos *tuyos*? ¿Qué sabes sobre relaciones más allá del hecho de que nunca has estado en una?

Un músculo late en su mandíbula.

—Guau. —Asiente, aparta la vista—. ¿Sabes qué? —Me hace un gesto grosero con su dedo medio—. No finjas que sabes una mierda sobre mí, hombre. No me conoces.

—Tú tampoco me conoces.

—Sé que eres un *idiota*.

De pronto, inexplicablemente, me apago.

Mi cara palidece. Me siento inestable. No me queda ningún resto de lucha hoy en mi interior y no tengo interés en defenderme. Soy un idiota. Sé quién soy. Las cosas terribles que he hecho. Es indefendible.

—Tienes razón —digo, pero con calma—. Y estoy seguro de que tienes razón en que también hay mucho que no sé sobre ti.

Algo en Kenji parece relajarse.

Sus ojos parecen comprensivos cuando dice:

—De verdad que no creo que tengas que perderla. No así. No por esto. Lo que hiciste fue... sí, esta mierda ha sido más que horrible. ¿Torturar a su jodida hermana? A eso me refiero. Sí. Sin duda. Es indiscutible que probablemente irás al infierno por ello.

Me estremezco.

—Pero eso ocurrió antes de que la conocieras, ¿no? Antes de que todo esto —sacude la mano— entre vosotros, sea lo que sea, sucediera. Y la conozco; sé lo que siente por ti. Puede haber algo que rescatar. Yo no perdería la esperanza aún.

Por poco sonrío. Por poco río.

No hago ninguna de las dos cosas.

En cambio, digo:

—Recuerdo que Juliette me contó que le diste un discurso similar a Kent poco después de que ellos rompieran. Que hablaste expresamente en contra de sus deseos. Le dijiste a Kent que ella aún lo quería... que quería volver con él. Le dijiste exactamente lo opuesto de lo que ella sentía. Y estaba furiosa.

—Eso fue diferente. —Kenji frunce el ceño—. Eso solo fue... ya sabes... ¿Solo intentaba ayudar? Porque, lógicamente, la situación era muy complicada...

—Agradezco que intentes ayudarme —le digo—. Pero no le voy a suplicar para que vuelva conmigo. No si no es lo que ella quiere. —Aparto la vista—. De todos modos, ella siempre ha merecido estar con alguien mejor. Quizás esta es su oportunidad.

—Ajá. —Kenji alza una ceja—. Entonces, si ella mañana está con otro tío ¿simplemente te encogerás de hombros y... no sé... le darás la mano al chico? ¿Llevarás a cenar a la pareja feliz? ¿En serio?

Es solo una idea.

Un escenario hipotético.

Pero la posibilidad florece en mi mente: Juliette sonriendo, riendo junto a otro hombre...

Y luego, peor: sus manos sobre el cuerpo de ella, los ojos de Juliette medio cerrados con deseo...

De pronto, siento que me han dado un puñetazo en el estómago.

Cierro los ojos. Intento ser firme.

Pero ahora, no logro dejar de imaginarlo: alguien más conociéndola como yo la he conocido, en la oscuridad, en las horas silenciosas antes del amanecer... sus besos suaves, sus gemidos privados de placer.

No puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

No puedo respirar.

—Oye, lo siento... Solo era una pregunta...

—Creo que debes irte —susurro las palabras—. Debes irte.

—Sí... ¿sabes qué? Sí. Excelente idea. —Asiente varias veces—. No hay problema. —Sin embargo, no se mueve.

—¿Qué? —replico.

—Es solo que, ehh —se balancea sobre sus talones—, me preguntaba si, mmm, ¿querías alguna más de esas pastillitas? ¿Antes de que me marche?

—*Sal. De aquí.*

—Está bien, hombre, no hay problema, sí, solo me...

De pronto, alguien llama a la puerta.

Alzo la vista. Miro alrededor.

—Debería, mmm —Kenji me mira, con una pregunta en los ojos—, ¿quieres que abra?

Lo fulmino con la mirada.

—Sí. Lo haré —dice y corre hacia la puerta.

Es Delalieu, parece muy nervioso.

Requiere más que un esfuerzo conjunto, pero logro recobrar la compostura.

—¿No podría haber llamado, teniente? ¿No son para eso los teléfonos?

—Lo he intentado, señor, durante más de una hora, pero nadie responde su teléfono, señor...

Extiendo el cuello y suspiro, estirando los músculos incluso mientras se tensan de nuevo.

Es por mi culpa.

Desconecté mi teléfono anoche. No quería distracciones mientras revisaba los archivos de mi padre y en la locura de la mañana olvidé reconnectar la línea. Comenzaba a preguntarme por qué había tenido tanto tiempo ininterrumpido conmigo mismo hoy.

—Está bien —digo, interrumpiéndolo—. ¿Cuál es el problema?

—Señor. —Traga con dificultad—. He intentado contactar con usted y con la Comandante Suprema, pero ninguno ha estado disponible en todo el día y, y...

—¿Qué pasa, teniente?

—El comandante supremo de Europa ha enviado a su hija, señor. Llegó sin anunciarse hace un par de horas y me temo que está haciendo un escándalo porque la hemos ignorado y yo no sabía qué hacer...

—Bueno, dígale que apoye el trasero en una silla y que espere —dice Kenji, irritado—. ¿Qué quiere decir con que está haciendo un *escándalo*? Tenemos cosas que hacer aquí.

Pero me he vuelto inesperadamente sólido. Como si la sangre en mis venas se hubiera congelado.

—Está haciendo un escándalo, ¿no? —Kenji me empuja con el codo—. ¿Cuál es el problema, hombre? Delalieu —dice, ignorándome—. Dígale que se tranquilice. Bajaremos pronto. Este chico necesita ducharse y ponerse bien la camiseta. Dele algo de comer a la invitada, ¿vale? Iremos enseguida.

—Sí, señor —responde Delalieu en voz baja. Habla con Kenji, pero me dedica otra mirada preocupada. No respondo. No sé qué decir.

Todo ocurre demasiado rápido. Fisiones y fusiones en los lugares equivocados, todo a la vez.

Solo cuando Delalieu se ha ido y la puerta se cierra, Kenji dice por fin:

—¿Qué ha sido eso? ¿Por qué pareces tan perturbado?

Y me descongelo. La sensibilidad regresa despacio a mis extremidades.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿De verdad crees que necesito contarle a Juliette que he estado con otras mujeres? —digo con cautela.

—Mmm, sí, pero ¿qué tiene que ver eso con...?

Lo miro.

Él me devuelve la mirada. Boquiabierto.

—¿Te refieres a... esta chica? ¿La que está abajo...?

—Los hijos de los comandantes supremos —intento explicar, cerrando los ojos mientras lo hago—, básicamente... crecimos juntos. He conocido a la mayoría de estas chicas toda la vida. —Lo miro, intentando ser indiferente—. Fue inevitable, en verdad. No debería ser sorprendente.

Pero Kenji alza mucho las cejas. Intenta reprimir una sonrisa mientras me da una palmadita en la espalda con demasiada fuerza.

—Uh, te espera un mundo de dolor, hermano. Un mundo. De... Dolor.

Niego con la cabeza.

—No hay necesidad de hacer que esto sea dramático. Juliette no tiene por qué saberlo. Ni siquiera habla conmigo en este momento.

Kenji ríe. Me mira con algo parecido a la lástima.

—No sabes nada sobre las mujeres, ¿no? —Cuando no respondo, añade—: Confía en mí, hombre, apuesto lo que sea que sin importar dónde esté J. ahora. allí afuera en alguna parte... ella ya lo sabe. Y si no lo sabe, lo sabrá pronto. Las chicas hablan de todo.

—¿Cómo es posible?
Se encoge de hombros.

Suspiro. Deslizo una mano sobre mi cabello.

—Bueno —digo—. ¿Realmente importa? ¿No tenemos cosas más importantes con las que lidiar que los detalles formales de mis relaciones pasadas?

—¿Normalmente? Sí. Pero ¿cuando la comandante suprema de América del Norte es tu exnovia, y ya ha estado sintiendo mucho estrés por el hecho de que has estado mintiéndole? ¿Y luego, de pronto, tu otra exnovia aparece y Juliette ni siquiera sabe de su existencia? ¿Y comprende que, no sé, le has dicho mil mentiras más...?

—Nunca le mentí sobre esto —intercedo—. Nunca *preguntó*...

—¿Y luego nuestra comandante suprema superpoderosa se enfada mucho mucho? —Kenji se encoge de hombros—. No lo sé, hombre, no veo que pueda terminar bien.

Dejo caer la cabeza entre mis manos. Cierro los ojos.

—Necesito una ducha.

—Y... sí, ese es mi pie para retirarme.

De pronto, alzo la vista.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Para evitar que esto empeore?

—Ah, entonces ¿*ahora* aceptas consejos amorosos de mi parte?

Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco.

—No lo sé, hombre —responde Kenji y suspira—. Creo que esta vez solo tienes que lidiar con las consecuencias de tu propia estupidez.

Aparto la vista, reprimiendo una sonrisa y asiento varias veces mientras digo:

—Vete al infierno, Kishimoto.

—Después de ti, hermano. —Me guiña un ojo. Solo una vez.

Y desaparece.

JULIETTE

Algo hierve en mi interior.

Algo que nunca me he atrevido a explorar, algo que temo reconocer. Hay una parte de mí luchando por liberarse de la jaula en la que he estado atrapada golpeando las puertas de mi corazón, suplicando ser libre.

Suplicando rendirse.

Cada día siento que vivo la misma pesadilla. Abro la boca para gritar, para pelear, para mover mis puños, pero mis cuerdas vocales están cortadas, mis brazos son pesados y cuelgan hacia el suelo como si estuvieran atrapados en cemento fresco y grito pero nadie me escucha, nadie me alcanza y estoy atrapada. Y me está matando.

Siempre he tenido que convertirme en alguien sumiso, servil, retorcido, en un objeto suplicante, pasivo, solo para que todos los demás se sientan seguros y cómodos. Mi existencia se ha convertido en una lucha por demostrar que soy inofensiva, que no soy una amenaza, que soy capaz de vivir entre seres humanos sin hacerles daño.

~~If estoy tan cansada estoy tan cansada estoy tan
cansada estoy tan cansada y a veces me enfurezco
tanto.~~

No sé qué me sucede.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Aterrizamos en un árbol.

No sé dónde estamos, ni siquiera sé si alguna vez he estado tan alto o tan cerca de la naturaleza, pero Nazeera no parece preocupada en lo más mínimo.

Respiro con dificultad mientras me vuelvo para mirarla, la adrenalina y la incredulidad colisionan, pero ella no me está mirando. Parece tranquila — feliz, incluso — mientras mira el cielo, con un pie sobre una rama del árbol mientras el otro cuelga, balanceándose de un lado a otro en la brisa fría. Tiene el brazo izquierdo apoyado sobre la rodilla izquierda y la mano relajada, casi demasiado casual, mientras se abre y se cierra sobre algo que no puedo ver. Inclino la cabeza, separo los labios para hacer la pregunta, pero ella me interrumpe.

—Sabes —dice, de pronto—, nunca jamás le he mostrado a nadie lo que puedo hacer.

Me coge por sorpresa.

—¿A nadie? ¿Nunca? —pregunto, atónita.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué no?

Permanece en silencio un minuto antes de responder:

—La respuesta a esa pregunta es una de las razones por las que quería hablar contigo. —Lleva una mano ausente hacia el *piercing* de diamante de su labio, golpea la punta de un dedo contra la joya resplandeciente—. Entonces —dice—, ¿sabes algo que sea real sobre tu pasado?

Y el dolor es ágil, como acero frío, como cuchillos en mi pecho. Recordatorios dolorosos de las revelaciones de hoy.

—Sé algunas cosas —digo por fin—. De hecho, me enteré de la mayoría esta mañana.

Ella asiente.

—Y por ese motivo huiste corriendo.

Me vuelvo para mirarla.

—¿Estabas observándome?

—He estado siguiéndote, sí.

—¿Por qué?

Sonríe, pero parece cansada.

—Realmente no me recuerdas, ¿verdad?

La miro, confundida.

Ella suspira. Balancea ambas piernas y mira al horizonte.

—No importa.

—No, espera, ¿a qué te refieres? ¿Se supone que debo recordarte?

Ella niega con la cabeza.

—No lo entiendo —digo.

—Olvídalo —insiste—. No es nada. Solo me pareces muy familiar y durante medio segundo creí que nos habíamos conocido antes.

—Ah —digo—. Está bien. —Pero ahora ella no me mira, y tengo la sensación extraña de que no está diciéndome algo.

Sin embargo, no añade nada más.

Parece perdida en sus pensamientos, mordiendo su labio mientras mira el horizonte, y no habla durante lo que parece mucho tiempo.

—Em. ¿Disculpa? Me has subido a un *árbol* —digo por fin—. ¿Qué diablos hago aquí? ¿Qué quieres?

Gira la cabeza para mirarme. Ahora es cuando veo que el objeto en su mano es, de hecho, una bolsa de pequeños caramelos duros. La extiende hacia mí, indicando con la cabeza que debería coger uno.

Pero no confío en ella.

—No, gracias —digo.

Ella se encoge de hombros. Desenvuelve uno de los caramelos coloridos y lo mete en su boca.

—Entonces —dice—, ¿qué te ha dicho Warner hoy?

—¿Por qué quieras saberlo?

—¿Te dije que tienes una hermana?

Siento que un nudo de furia comienza a tomar forma en mi pecho. No digo nada.

—Tomaré eso como un sí —afirma. Muerde el caramelo en su boca. Mastica en silencio a mi lado—. ¿Te ha dicho algo más?

—¿Qué quieras de mí? —pregunto—. ¿Quién eres?

—¿Qué te dije sobre tus padres? —pregunta, ignorándome incluso mientras me mira con el rabillo del ojo—. ¿Te ha contado que eras adoptada? ¿Que tus padres biológicos aún viven?

Solo la miro.

Ella inclina la cabeza. Me observa.

—¿Te ha dicho sus nombres?

Abro los ojos de par en par automáticamente.

Nazeera sonríe y el gesto ilumina su cara.

—Ahí está. —Asiente, triunfal. Desenvuelve otro caramelo y lo coloca en su boca—. Mmm.

—¿Ahí está *qué*?

—El momento —dice— en que tu furia termina, y la curiosidad comienza.

Suspiro, irritada.

—¿Conoces los nombres de mis padres?

—Nunca he dicho eso.

De pronto, me siento agotada. Impotente.

—¿Es que todos sabéis más sobre mi vida que yo?

Me mira. Aparta la vista.

—No todos —dice—. Los que tenemos rangos altos en el Restablecimiento sabemos mucho, sí. Es nuestra tarea saberlo. En especial *nosotros*. —Me mira a los ojos un segundo—. Me refiero a los hijos. Nuestros padres esperan que algún día tomemos el mando. Pero no, no todos saben todo. —Sonríe por algo, una broma privada que comparte solo consigo misma, cuando dice—: De hecho, la mayoría de las personas no saben una mierda. —Y luego, frunce el ceño—. Aunque supongo que Warner sabe más de lo que creí que sabía.

—Conque tú conoces a Warner desde hace mucho tiempo —digo.

Nazeera mueve su capucha un poco hacia atrás y veo mejor su rostro; apoya el cuerpo contra la rama y suspira.

—Escucha —continúa en voz baja—. Solo sé lo que mi padre nos contó sobre vosotros, y ya conozco el juego lo suficiente para saber que la mayoría de las cosas que he oído son probablemente estupideces. Pero...

Vacila. Muerde su labio y vacila.

—Habla de una vez —la insto, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ya he oído a muchas personas decirme que estoy loca por haberme enamorado de él. No serás la primera en decirlo.

—¿Qué? No —responde y ríe—. No creo que estés loca. Comprendo por qué las personas pueden pensar que él es problemático, pero él es de los míos, ¿sabes? Conocía a sus padres. Anderson hacía que mi propio padre pareciera un hombre agradable. Todos nosotros estamos un poco locos, es cierto, pero

Warner no es mala persona. Solo intenta hallar un modo de sobrevivir a esta locura, al igual que el resto de nosotros.

—Ah —digo, sorprendida.

—De todos modos —se encoge de hombros—, no, entiendo por qué te gusta. Y aunque no lo hiciera, es decir... No estoy ciega. —Alza una ceja significativa—. Te entiendo, amiga.

Aún estoy atónita. Esta quizás es la primera vez que he oído a alguien que no soy yo defendiendo a Warner.

—No, lo que intento decir es que creo que tal vez es un buen momento para que te centres en ti misma durante un tiempo. Inténtalo. Y, de todos modos, Lena llegará en cualquier momento, así que quizás lo mejor es que permanezcas alejada de esa situación lo máximo que puedas. —Me lanza otra mirada significativa—. La verdad es que no creo que necesites más drama en tu vida y todo ese *asunto*... —Hace un gesto en el aire—, está destinado a, ya sabes, ponerse muy feo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Qué *asunto*? ¿Qué *situación*? ¿Quién es Lena?

La sorpresa de Nazeera es tan rápida, tan genuina, que no puedo evitar sentirme preocupada de inmediato. Mi pulso se acelera mientras Nazeera se vuelve de lleno en mi dirección y dice muy despacio:

—Lena. Lena Mishkin. La hija del comandante supremo de Europa.

La miro. Niego con la cabeza.

Nazeera abre los ojos de par en par.

—Amiga, ¿qué diablos?

—¿Qué? —pregunto, ahora asustada—. ¿Quién es?

—¿Quién es? ¿Hablas en serio? Es la *exnovia* de Warner.

Por poco me caigo del árbol.

* * *

Es curioso, pensé que sentiría más que esto.

La vieja Juliette habría llorado. La Juliette rota se habría desarmado por el impacto repentino de todas las revelaciones terribles del día, por la profundidad de las mentiras de Warner, por el dolor de sentirse tan increíblemente traicionada. Pero esta nueva versión de mí se niega a reaccionar; en cambio, mi cuerpo se apaga.

Siento que mis brazos se entumecen mientras Nazeera me cuenta detalles de la relación anterior de Warner... detalles que no quiero oír. Dice que Lena y Warner eran importantes para el mundo del Restablecimiento y, de pronto,

tres dedos de mi mano derecha comienzan a temblar sin mi permiso. Dice que la madre de Lena y el padre de Warner estaban entusiasmados por una alianza entre sus familias, por el vínculo que solo fortalecería más su régimen, y siento corrientes eléctricas recorriendo mis piernas, electrocutándome y paralizándome a la vez.

Dice que Lena estaba enamorada de él... muy enamorada... pero que Warner le rompió el corazón, que él nunca la trató con afecto verdadero y que ella lo ha odiado por eso, que «Lena ha estado furiosa desde que oyó las historias de cómo él se enamoró de ti, en especial porque se suponía que tú acababas de salir de un manicomio, ¿sabes? Aparentemente, fue un golpe enorme a su ego», y oír eso no me tranquiliza en absoluto. Me hace sentir extraña y forastera, como un espécimen dentro de un tanque, como si mi vida nunca hubiera sido mía, como si fuera una actriz en una obra dirigida por extraños, y siento una exhalación de viento ártico soplando directo sobre mi pecho, la brisa amarga rodea mi corazón y cierro los ojos mientras la helada calma mi dolor, sus manos gélidas se cierran sobre las heridas que supuran en mi carne.

Solo entonces.

Solo entonces por fin respiro, disfrutando la desconexión de ese dolor.

Alzo la vista, sintiéndome rota y nueva, ojos fríos e insensibles mientras parpadeo despacio y digo:

—¿Cómo sabes todo esto?

Nazeera coge una hoja de una rama cercana y la pliega entre los dedos. Se encoge de hombros.

—Nos movemos en un círculo pequeño e incestuoso. Conozco a Lena de toda la vida. Ella y yo nunca fuimos precisa mente cercanas, pero nos movemos en el mismo mundo. —Encoge los hombros de nuevo—. Ella estaba destrozada por él. Solo quería hablar de eso. Y hablaba con cualquiera al respecto.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Dos años.

Dos años.

La respuesta es tan inesperadamente dolorosa que atraviesa mis nuevas defensas.

—*Dos años? Dos años* con otra chica y nunca ha dicho ni una palabra al respecto. Dos años con alguien más. *Y con cuántas otras?* Un estallido de dolor intenta alcanzarme, rodear mi nuevo corazón frío, y logro luchar contra

la peor parte de él. Sin embargo, un ladrillo de algo caliente y horrible se entierra en mi pecho.

No, no son celos.

Inferioridad. Inexperiencia. Inocencia.

¿Cuánto más voy a descubrir sobre él? ¿Cuánto más me ha ocultado? ¿Cómo seré capaz de confiar en él de nuevo?

Cierro los ojos y siento el peso de la pérdida y la resignación hundiéndose en lo profundo de mi ser. Mis huesos se mueven, se vuelven a colocar para hacerle lugar a este nuevo dolor.

A esa oleada de furia fresca.

—¿Cuándo rompieron? —pregunto.

—Hace... ¿ocho meses?

Ahora dejo de hacer preguntas.

Quiero convertirme en un árbol. En una brizna de césped. Quiero convertirme en la tierra, el aire o la nada. *Nada*. Sí. Quiero convertirme en la nada.

Me siento tan estúpida.

—No comprendo por qué nunca te lo dije —dice Nazeera ahora, pero a duras penas la escucho—. Es una locura. Fue una noticia bastante importante en nuestro mundo.

—¿Por qué has estado siguiéndome? —Cambio de tema con cero sutileza. Tengo los ojos entrecerrados. Los puños apretados. No quiero hablar más de Warner. Nunca más. Quiero arrancarme el corazón del pecho y lanzarlo al océano lleno de orina porque nunca me sirvió para nada.

Ya no quiero sentir nada más.

Nazeera se reclina hacia atrás, sorprendida.

—Ahora están pasando muchas cosas —dice—. Hay mucho que no sabes, mucha mierda en la que estás empezando a sumergirte. Es decir... diablos, alguien intentó matarte ayer. —Niega con la cabeza—. Solo estoy preocupada por ti.

—Ni siquiera me conoces. ¿Por qué te molestarías en preocuparte por mí?

Esta vez, no responde. Solo me mira. Despacio, desenvuelve otro caramelo. Lo coloca en su boca y aparta la vista.

—Mi padre me obligó a venir aquí —dice con calma—. Yo no quería participar en nada de esto. Nunca quise hacerlo. Odio todo lo que representa el Restablecimiento. Pero me dije que, si debía estar aquí, te cuidaría. Eso es lo que hago ahora. Estoy cuidándote.

—Bueno, no pierdas el tiempo —replico, sintiéndome cruel—. No necesito tu pena o tu protección.

Nazeera guarda silencio. Finalmente, suspira.

—Escucha... Lo siento mucho —dice—. La verdad es que creía que habías oído hablar de Lena.

—No me importa Lena —miento—. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

—Claro. —Carraspea—. Lo sé. De todos modos, lo siento.

No digo nada.

—Oye —añade Nazeera—. De verdad. No era mi intención fastidiarte. Solo quería que supieras que no estoy aquí para hacerte daño. Estoy intentando cuidarte.

—No necesito que me cudes. Estoy bien.

Ahora pone los ojos en blanco.

—¿Acaso no acabo de salvar tu vida?

Balbuceo algo tonto en voz baja.

Nazeera mueve la cabeza de un lado a otro.

—Tienes que recobrar la compostura, amiga, o no saldrás viva de esto. No tienes ni idea de lo que sucede tras bastidores o lo que los otros comandantes tienen preparado para ti. —Cuando no respondo, añade—: Lena no será la última de nosotros en venir, sabes. Y nadie viene aquí a ser amable.

Alzo la vista hacia ella. Mis ojos carecen de emoción.

—Bien —digo—. Que vengan.

Ella ríe, pero no hay vida en aquel sonido.

—Entonces, ¿Warner y tú habéis tenido un poco de drama y ahora ya no te importa nada? Eso es muy maduro por tu parte.

El fuego centellea por mi cuerpo. Afilo la mirada.

—Si ahora estoy molesta, es porque acabo de descubrir que todas las personas más cercanas a mí han estado *mintiéndome*. Usándome. Manipulándome para satisfacer sus propias necesidades. Mis padres —digo, furiosa— aún están vivos y aparentemente no son mejores que los monstruos abusadores que me adoptaron. Tengo una hermana que está siendo torturada por el Restablecimiento... y ni siquiera sabía que existía. Estoy intentando aceptar el hecho de que *nada* será igual para mí, nunca más, y no sé en quién confiar o cómo avanzar. Así que sí —casi grito las palabras—, ahora mismo no me importa *nada*. Porque ya no sé por qué luchó. Y no sé quiénes son mis amigos. Ahora mismo, todos son mis enemigos, incluso *tú*.

Nazeera permanece imperturbable.

—Podrías luchar por tu hermana —dice.

—Ni siquiera sé quién es.

Nazeera me lanza una mirada larga de reojo, cargada de incredulidad.

—¿No es suficiente que sea una chica inocente a la que están torturando?

Creí que luchabas por un bien mayor.

Me encojo de hombros. Aparto la mirada.

—¿Sabes qué? No tiene que importarte —dice—. Pero a mí sí. Me importa lo que el Restablecimiento les ha hecho a personas inocentes. Me importa que nuestros padres sean un grupo de psicópatas. Me importa mucho lo que el Restablecimiento ha hecho, en particular, con aquellos que poseemos habilidades.

»Y para responder tu otra pregunta: nunca le conté a nadie sobre mis poderes porque vi lo que les hacían a las personas como yo. Cómo las encerraban. Las torturaban y abusaban de ellas. —Me mira a los ojos—. Y no quiero ser el próximo experimento.

Algo en mi interior se ahueca. Se relaja. De pronto, me siento vacía y triste.

—Me importa —le digo al fin—. Me importa demasiado, probablemente.

Y la furia de Nazeera desaparece. Suspira.

—Warner dijo que el Restablecimiento quiere capturarme de nuevo —añado.

—Eso parece. —Ella asiente.

—¿A dónde quieren llevarme?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Quizás solo quieren matarte.

—Gracias por la charla alentadora.

—O —añade, sonriendo un poco—, quizás quieran enviarte a otro continente. Nuevo alias. Nuevas instalaciones.

—¿Otro continente? —pregunto, curiosa a pesar de todo—. Nunca he estado en un avión.

De alguna forma, he dicho algo incorrecto.

Nazeera parece prácticamente atónita por un segundo. El dolor aparece y desaparece de sus ojos y ella aparta la mirada. Carraspea. Pero cuando me mira de nuevo, su expresión es neutral otra vez.

—Sí. Bueno. No te pierdes mucho.

—¿Viajas mucho? —pregunto.

—Sí.

—¿De dónde vienes?

—Del Sector 2. Continente asiático. —Y luego, al ver la expresión de mi rostro—: Pero nací en Bagdad.

—Bagdad —repito, en voz muy baja. Suena tan familiar, e intento recordar, intento colocarlo en el mapa, cuando dice:

—Irak.

—Uh. Guau.

—Mucho que asimilar, ¿eh?

—Sí —respondo en voz baja. Y luego, me odio incluso mientras digo las palabras, pero no puedo evitar preguntarlo—: ¿De dónde es Lena?

Nazeera ríe.

—Creí que dijiste que no te importaba Lena.

Cierro los ojos. Niego con la cabeza, avergonzada.

—Nació en Peterhof, un suburbio de San Petersburgo.

—Rusia —digo, aliviada de por fin reconocer una de esas ciudades—.

Guerra y paz.

—Gran libro —concuerda Nazeera asintiendo—. Es una pena que aún esté en la lista de quemados.

—¿Lista de quemados?

—Para ser destruido —explica—. El Restablecimiento tiene grandes planes de reiniciar el lenguaje, la literatura y la cultura. Quieren crear una nueva clase de, no sé —hace un gesto aleatorio con la mano—, humanidad universal.

Asiento, horrorizada en silencio. Ya sabía esto. Lo había escuchado de Adam justo después de que lo asignaran como mi compañero de celda en el manicomio. Y la idea de destruir arte, cultura, todo lo que hace a los seres humanos diversos y preciosos...

Hace que sienta náuseas.

—Da igual —continúa—, obviamente es un experimento grotesco y estúpido, pero debemos obedecer de todos modos. Nos dieron listas de libros que revisar, y tenemos que leerlos, escribir informes, decidir qué conservar y qué destruir. —Exhala—. Terminé de leer la mayoría de los clásicos un par de meses atrás... pero a principios de este año nos obligaron a todos a leer *Guerra y paz* en cinco idiomas, porque querían que analizáramos cómo la cultura juega un rol para manipular la traducción del mismo texto. —Vacila, recordando—. Sin duda fue más divertido leerlo en francés. Pero creo que, sin duda, es mejor en ruso. Las otras traducciones, en especial las que están en inglés, les falta la... *toska* necesaria. ¿Entiendes lo que digo?

Abro un poco la boca.

Es el *modo* en que lo dice, como si no fuera importante, como si acabara de decir algo completamente normal, como si cualquiera pudiera leer a Tolstoi en cinco idiomas distintos y liquidar los libros en una tarde. Es su seguridad relajada y sin esfuerzo lo que desinfla mi corazón. Me llevó un mes leer *Guerra y paz* en *mi propio idioma*.

—Claro —respondo y aparto la mirada—. Sí. Es, eh, interesante...

Esta sensación de inferioridad está volviéndose demasiado familiar. Demasiado poderosa. Cada vez que creo que he progresado en mi vida, parece que me recuerdan cuánto me queda por avanzar. Aunque supongo que no es culpa de Nazeera que ella y el resto de esos chicos fueran criados para ser genios violentos.

—Entonces —dice ella, juntando las manos—, ¿hay algo más que quisieras saber?

—Sí —respondo—. ¿Qué pasa con tu hermano?

Parece sorprendida.

—¿Haider? —Vacila—. ¿A qué te refieres?

—Quiero decir —frunzo el ceño—, ¿es leal a tu padre? ¿Al Restablecimiento? ¿Es *de fiar*?

—No sé si yo diría *de fiar* —responde, pensativa—. Pero creo que todos nosotros tenemos una relación complicada con el Restablecimiento. Haider no quiere estar aquí más que yo.

—¿De verdad?

Asiente.

—Tal vez Warner no nos considera a ninguno de nosotros como sus amigos, pero Haider sí. Y Haider atravesó un período muy oscuro el año pasado. —Hace una pausa. Coge otra hoja de una rama cercana. La pliega varias veces entre los dedos mientras dice—: Mi padre estaba presionándolo mucho en un entrenamiento muy intenso; Haider aún no quiere compartir los detalles conmigo; pero pocas semanas después, comenzó a empeorar. Empezó a demostrar tendencias suicidas. Se autoinfligía daño. Y me asusté mucho. Llamé a Warner porque sabía que Haider lo escucharía. —Niega con la cabeza—. Warner no dijo nada. Solo subió a un avión. Y se quedó con nosotros durante un par de semanas. No sé qué le dijo a Haider. No sé qué hizo o cómo lo sacó de allí, pero. —Mira a lo lejos y se encoge de hombros— es difícil olvidar algo semejante. A pesar de que nuestros padres continúan intentando enfrentarnos. Intentando evitar que nos ablandemos demasiado. —Ríe—. Pero todo es una gran mierda.

Me tambaleo, atónita.

Hay tanto por descifrar en sus palabras que ni siquiera sé por dónde empezar. No estoy segura de querer hacerlo. Todos los comentarios de Nazeera sobre Warner solo parecen apuñalar mi corazón. Hacen que lo eche de menos.

Hacen que quiera perdonarlo.

Pero no puedo permitir que mis emociones me controlen. No ahora. Ni nunca. Así que obligo a mis sentimientos a calmarse, a salir de mi mente y, en cambio, digo:

—Guau. Y yo que pensaba que Haider solo era un poco imbécil.

Nazeera sonríe. Sacude una mano ausente.

—Está intentando mejorar.

—¿Tiene... alguna habilidad sobrenatural?

—No que yo sepa.

—Ah.

—Sí.

—Pero tú puedes volar —digo. Ella asiente—. Es interesante.

Ella esboza una sonrisa amplia y se gira para mirarme. Sus ojos son grandes y están maravillosamente iluminados por la luz moteada que se filtra entre las ramas, y su entusiasmo es tan puro que hace que algo en mi interior se marchite y muera.

—Es mucho más que interesante —dice, y luego siento una punzada de algo nuevo:

Celos.

Envidia.

Resentimiento.

Mis habilidades siempre han sido una maldición... una fuente inagotable de dolor y conflicto. Todo en mí está diseñado para matar y destruir y es una realidad que nunca he sido capaz de aceptar por completo.

—Debe ser agradable —comento.

Ella aparta la vista de nuevo, sonriendo hacia el viento.

—¿La mejor parte? —dice—. Es que también puedo hacer *esto*...

Nazeera de pronto se vuelve invisible.

Me sobresalto y retrocedo.

Y luego regresa, sonriente.

—¿No es genial? —pregunta, sus ojos resplandecen de entusiasmo—.

Nunca he sido capaz de compartir esto con alguien.

—Em... sí. —Río, pero suena falso, demasiado agudo—. Es muy genial.

—Y luego, en voz más baja—: Kenji se enfadará.

Nazeera deja de sonreír.

—¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Bueno... —Asiento en su dirección general—. Es decir, ¿lo que acabas de hacer? Es lo que hace Kenji. Y no es muy bueno compartiendo el centro de atención en general.

—No sabía que podía existir alguien con el mismo poder —dice ella, evidentemente triste—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —respondo, y siento la necesidad urgente de reír. Ella está tan decidida a que Kenji le desagrade que comienzo a preguntarme por qué. Y luego recuerdo de inmediato las revelaciones horribles de hoy, y la sonrisa desaparece de mi rostro—. Entonces —añado con rapidez—, ¿deberíamos regresar a la base? Aún tengo una tonelada de cosas que decidir, incluso cómo lidiaré con ese estúpido simposio mañana. No sé si debería faltar o solo...

—No faltes. —Nazeera me interrumpe—. Si lo haces, creerán que sabes algo. No muestres tus cartas. Aún no. Solo sigueles la corriente hasta que tengas un plan propio.

La miro. La observo. Por fin, asiento:

—Está bien.

—En cuanto decidas qué quieras hacer, házmelo saber. Siempre puedo ayudar a evacuar personas. A custodiar el fuerte. A luchar. Lo que sea. Solo pídemelo.

—¿Qué...? —Frunzo el ceño—. ¿Evacuar personas? ¿De qué hablas?

Ella sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Amiga, todavía no lo entiendes, ¿verdad? ¿Por qué crees que estamos aquí? El Restablecimiento planea destruir el Sector 45. —Me mira—. Y eso incluye a todos los que están dentro de él.

WARNER

Nunca llego al piso de abajo.

A duras penas he tenido un segundo para ponerme bien la camiseta cuando oigo que alguien golpea fuerte la puerta.

—Lo siento mucho, hermano —oigo que Kenji grita—, ella no me ha hecho caso...

Y luego:

—Abre la puerta, Warner. Prometo que esto solo dolerá un poco.

Su voz es la misma de siempre. Suave. Engañosamente dulce. Siempre un poco tensa.

—Lena —digo—. Qué alegría tener noticias tuyas de nuevo.

—Abre la puerta, imbécil.

—Nunca escatimaste en los cumplidos.

—He dicho que *abras la puerta*...

Con mucho cuidado, lo hago.

Y luego cierro los ojos.

Lena me abofetea tan fuerte que siento un zumbido en los oídos. Kenji grita, pero solo un instante breve, y respiro para recobrar el equilibrio. Alzo la vista hacia ella sin mover la cabeza.

—¿Has terminado?

Ella abre los ojos de par en par, enfurecida y ofendida, y me doy cuenta de que la he presionado demasiado. Se mueve sin pensar y, aun así, es un golpe perfectamente ejecutado. El impacto me rompería, como mínimo, la nariz, pero ya no puedo alimentar sus sueños de causarme daño físico. Mis reflejos son más rápidos que los de ella, siempre lo han sido, y atrapo su muñeca instantes antes del impacto. Su brazo vibra por la intensidad de energía no descargada y ella retrocede, gritando mientras se libera de mi mano.

—Hijo de perra —dice, respirando con dificultad.

—No puedo permitir que me des un puñetazo en la cara, Lena.

—Te haría cosas peores.

—Y aún te preguntas por qué las cosas no funcionaron entre nosotros.

—Siempre tan frío —dice ella y algo en su voz se rompe al hablar—. Siempre tan cruel. Froto mi nuca y sonrío, infeliz, mirando la pared.

—¿Por qué has venido a mi habitación? ¿Por qué me abordas en privado? Sabes que no tengo mucho que decirte.

—Nunca me dijiste *nada* —grita de pronto—. Dos años —dice, su pecho sube y baja—, dos años y le dejaste un mensaje a mi *madre* diciéndole que me comunicara que nuestra relación había terminado.

—No estabas en casa —respondo, apretando los ojos al cerrarlos—. Creí que era más eficiente...

—Eres un *monstruo*...

—Sí. Sí, lo soy. Me gustaría que te olvidaras de mí.

Sus ojos se vuelven vidriosos durante un instante, cargados de lágrimas sin derramar. Siento culpa por no sentir nada. Solo puedo mirarla, demasiado agotado para discutir. Demasiado ocupado lamiendo mis propias heridas.

Su voz es furiosa y triste cuando dice:

—¿Dónde está tu nueva novia? Me muero por conocerla.

Ante eso, aparto la vista de nuevo, mi propio corazón se rompe en mi pecho.

—Deberías ir a instalarte —digo—. Nazeera y Haider también están aquí, en alguna parte. Estoy seguro de que tendréis mucho de qué hablar.

—Warner...

—Por favor, Lena. —Ahora me siento realmente agotado—. Estás enfadada, lo entiendo. Pero no es mi culpa que te sientas de ese modo. No te quiero. Nunca lo hice. Y nunca te llevé a creer que lo hacía.

Permanece en silencio tanto tiempo que, finalmente, la enfrento, y comprendo demasiado tarde que, de nuevo, he logrado empeorar las cosas. Ella parece paralizada, sus ojos están redondos, sus labios, separados, sus manos tiemblan un poco en los laterales de su cuerpo.

Suspiro.

—Debo irme —afirmo con calma—. Kenji te mostrará tus habitaciones.

—Miro a Kenji y él asiente una vez. Su rostro es inesperadamente sombrío.

Lena aún no dice nada.

Doy un paso atrás, listo para cerrar la puerta entre nosotros, cuando ella se lanza sobre mí con un grito repentino, cierra las manos sobre mi garganta de un modo tan inesperado que por poco me derriba. Me grita en la cara, empujándome hacia atrás mientras lo hace, y lo único que puedo hacer es mantener la calma. Mis instintos a veces son demasiado agudos, es difícil para mí evitar reaccionar a amenazas físicas, y me obligo a moverme de un

modo prácticamente líquido y lento mientras quito sus manos de mi cuello. Ella aún me ataca, y propina varias patadas a mis pantorrillas cuando por fin logro relajar sus brazos y la acerco a mí.

De pronto, ella se paraliza.

Mis labios están en su oído cuando digo su nombre una vez, muy despacio.

Ella traga con dificultad mientras me mira a los ojos, puro fuego y furia. Aun así, percibo su esperanza. Su desesperación. Siento que se pregunta si he cambiado de opinión.

—Lena —repito, incluso en voz más baja—. De verdad, tienes que saber que es imposible que con tus acciones ganes mi cariño.

Se pone rígida.

—Por favor, vete —digo y cierro la puerta con rapidez entre nosotros.

Caigo de espaldas en la cama, me estremezco mientras ella golpea con violencia la puerta y sujetó mi cabeza con las manos. Debo reprimir el impulso repentino e inexplicable de romper algo. Parece como si mi cerebro se fuera a salir de mi cráneo.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Perdido. Desalineado y distraído.

¿Cuándo me ha sucedido todo esto?

No estoy concentrado, no tengo control. Soy cada decepción, cada fracaso, cada cosa inútil que mi padre dijo que era. Soy débil. Soy un cobarde. Permiso que mis emociones ganen con demasiada frecuencia y ahora, ahora he perdido todo. Todo se desmorona. Juliette está en peligro. Ahora, más que nunca, ella y yo necesitamos estar juntos. Necesito hablar con ella. Necesito advertirle. Necesito *protegerla*... pero ella se ha ido. Me odia otra vez.

Y aquí estoy de nuevo.

En el abismo.

Disolviéndome despacio en el ácido de la emoción.

JULIETTE

La soledad es algo extraño.

Se apodera de ti, silenciosa y quieta, toma asiento a tu lado en la oscuridad, acaricia tu cabello mientras duermes. Rodea tus huesos, apretándote tan fuerte que por poco no puedes respirar, casi no puedes oír el pulso acelerado en tu sangre mientras corre sobre tu piel y toca con sus labios el vello suave de tu nuca. Deposita mentiras en tu corazón, yace contigo por la noche, absorbe la luz de cada rincón. Es una compañera constante que toma tu mano solo para tirarte hacia el suelo cuando luchas por ponerte de pie, seca tus lágrimas solo para empujarlas por tu garganta. Te asusta simplemente al detenerse a tu lado.

Despiertas por la mañana y te preguntas quién eres. Fracasas en conciliar el sueño por la noche y tiemblas en tu piel. Dudas dudas dudas.

Lo hago no lo hago.

Debería hacerlo.

Por qué no lo haría.

Es incluso cuando estás listo para rendirte. Cuando estás listo para liberarte. Cuando estás listo para renacer. La soledad es una vieja amiga de pie junto a ti

en el espejo, mirándote a los ojos, desafiándote a vivir tu vida sin ella. No encuentras las palabras para luchar contigo, para luchar con las palabras que gritan que no eres suficiente, nunca fuiste suficiente, nunca, nunca lo fuiste.

*La soledad es una compañera amarga y marchita.
A veces, simplemente no te suelta.*

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Lo primero que hago cuando regreso a la base es ordenarle a Delalieu que lleve todas mis pertenencias a los antiguos aposentos de Anderson. No he pensado en cómo lidiaré con tener que ver a Warner todo el tiempo. Aún no he considerado cómo me comportaré cerca de su exnovia. No sé cómo será nada de eso y ahora mismo no tengo tiempo de preocuparme por ello.

Estoy demasiado furiosa.

Si Nazeera dice la verdad, entonces todo lo que intentamos hacer aquí, todo nuestro esfuerzo por ser amables, diplomáticos, por organizar una conferencia internacional de líderes fue en vano. Todo lo que hemos estado trabajando por alcanzar es basura. Ella dice que planean destruir todo el Sector 45. Cada persona. No solo a los que viven en nuestro cuartel. No solo a los soldados que pelearon de nuestro lado. Sino también a todos los civiles. Mujeres, niños... todos.

Harán desaparecer el Sector 45.

Y, de pronto, me siento fuera de control.

* * *

Los antiguos aposentos de Anderson son enormes, hacen que el sector de Warner parezca ridículo en comparación, y después de que Delalieu me haya dejado sola, soy libre de ahogarme en todos los privilegios que mi rol falso de comandante suprema del Restablecimiento tiene para ofrecer. Dos oficinas. Dos salas de reuniones. Una cocina completa. Una gran *suite* real. Tres baños. Dos cuartos de invitados. Cuatro armarios, completamente llenos —de tal palo, tal astilla, veo— y una infinita cantidad de otros detalles. Nunca antes

he pasado mucho tiempo en estas habitaciones; las dimensiones son demasiado amplias. Necesito solo una oficina y, en general, allí es donde paso mi tiempo.

Pero hoy, me concentro en explorar el lugar, y el único espacio que incrementa más mi interés es uno que no había notado antes. Es el que se encuentra más cerca de mi habitación: un salón entero dedicado a la inmensa colección de alcohol de Anderson.

No sé mucho sobre bebidas alcohólicas.

Nunca he tenido una experiencia adolescente normal de ninguna clase; nunca he tenido fiestas a las que asistir; nunca he sido víctima de la presión social sobre la que he leído en novelas. Nadie jamás me ha ofrecido drogas o una bebida fuerte, y probablemente con buen sentido. Sin embargo, me maravilla la inmensa cantidad de botellas acomodadas a la perfección sobre los estantes de cristal alineados en las paredes de paneles oscuros de esa sala. No hay muebles, solo dos sillas grandes de cuero color café y una mesa auxiliar entre ellas. Sobre la mesa hay una ¿jarra? transparente llena de un líquido color ámbar; hay un solo vaso a su lado. Todo allí es oscuro, vagamente deprimente, y apesta a madera y algo antiguo, mohoso... viejo.

Extiendo la mano, acaricio los paneles de madera yuento. Tres de cuatro paredes de la sala están dedicadas a varias botellas antiguas —637 en total— cuya mayoría está llena del mismo líquido ámbar; solo un par de botellas contienen un líquido transparente. Me acerco más para observar las etiquetas y descubro que las botellas transparentes contienen vodka, una bebida sobre la que he oído hablar, pero el líquido ámbar tiene nombres distintos en contenedores distintos. Una gran cantidad se llama whisky escocés. Hay siete botellas de tequila. Pero lo que más conserva Anderson en este cuarto se llama whisky de Bourbon —523 botellas en total—, una sustancia de la que no sé nada. Solo he oido de personas que beben vino, cerveza y *margaritas*... y no hay nada de eso aquí. La única pared que contiene algo que no es alcohol está llena de varias cajas de cigarros y más vasos cortos de diseños intrincados. Cojo uno de los vasos y por poco se me cae al suelo; es mucho más pesado de lo que parece. Me pregunto si estas cosas están hechas de cristal de verdad.

Y luego, no puedo evitar preguntarme cuáles fueron las motivaciones de Anderson al diseñar este espacio. Es una idea tan extraña dedicarle una sala entera a la exhibición de botellas alcohólicas. ¿Por qué no ponerlas en un gabinete? ¿O en la nevera?

Tomo asiento en una de las sillas y alzo la vista, distraída por el candelabro inmenso y resplandeciente que cuelga del techo.

Por qué he llegado a esta habitación, no lo sé. Pero aquí me siento realmente sola. Apartada de todo el ruido y la confusión del día. Me siento apropiadamente aislada entre estas botellas, de un modo que me tranquiliza. Y por primera vez en el día, siento que me relajo. Siento que me retiro. Que me rindo. Que corro hacia un lugar oscuro de mi mente.

Hay una extraña clase de libertad en rendirse.

Hay libertad en sentir furia. En vivir sola. Y lo más extraño de todo: aquí, dentro de los muros del antiguo refugio de Anderson, por fin siento que lo comprendo. Por fin entiendo cómo era capaz de vivir como lo hacía. Nunca se permitió sentir, nunca se permitió sufrir, nunca invitó emociones a su vida. No tenía obligaciones con nadie más que consigo mismo... y eso lo liberaba.

Su egoísmo lo liberaba.

Cojo la jarra de líquido ámbar, aparto la tapa y lleno el vaso de cristal a su lado. Miro el cristal un rato y el reflejo me devuelve la mirada.

Por fin, cojo el vaso.

Un sorbo y por poco escupo todo, toso con violencia mientras parte del líquido queda atascado en mi garganta. La bebida preferida de Anderson es desgradable. Como muerte, fuego, aceite y humo. Me obligo a tragárselo rápido la bebida vil antes de dejar el vaso, mis ojos se humedecen mientras el alcohol recorre mi cuerpo. Ni siquiera estoy segura de por qué lo he hecho... por qué quería probarlo o qué esperaba que hiciera por mí. No tengo expectativas de nada.

Solo curiosidad.

Me siento imprudente.

Y los segundos pasan, mis ojos se abren y se cierran en el silencio bienvenido y arrastro un dedo sobre el borde de mis labios yuento las botellas de nuevo, y acabo de comenzar a pensar que el sabor terrible de la bebida no es tan malo, cuando lenta y felizmente un estallido de calidez surge de lo profundo de mi ser y extiende rayos individuales de calor por mis venas.

Uh, pienso.

Uh.

Mi boca sonríe, pero la siento un poco torcida y no me importa, no realmente, ni siquiera me importa que siento la garganta un poco entumecida. Cojo el vaso aún lleno y bebo otro gran sorbo de fuego, y esta vez no me asusta. Es agradable perderse así, llenar mi cabeza con nubes, viento y nada. Me siento relajada y un poco torpe mientras me pongo de pie, pero noto que

estoy caminando hacia el baño, sonriendo mientras busco algo en los cajones, algo, *dónde está*.

Y luego la encuentro, una maquinilla eléctrica para cortar el pelo, y decido que es hora de cambiar mi apariencia. Mi pelo me ha molestado desde siempre. Está demasiado largo, demasiado largo, un *souvenir*, un recuerdo de todo el tiempo que pasé en el manicomio, demasiado largo por todos esos años en los que me olvidaron y me dejaron pudrirme en el infierno, demasiado grueso, demasiado asfixiante, demasiado esto, demasiado aquello, demasiado eso, demasiado molesto.

Mis dedos buscan a tientas el enchufe pero después de un rato logro encender el aparato, la maquinilla zumba en mi mano y pienso que probablemente debería primero quitarme la ropa; no quiero terminar con pelo en todas partes, ¿no?, así que tal vez debería quitarme la ropa primero, sin duda.

Y después estoy de pie en ropa interior, pensando en cuánto he querido hacer esto en secreto, en cómo pensaba que me sentiría al hacerlo: muy bien, liberada...

Y arrastro la maquinilla sobre mi cabeza con un movimiento levemente zigzagueante.

Una vez.

Dos veces.

Una y otra vez, y río mientras mi pelo cae al suelo, un mar de ondas castañas demasiado largas rodeando mis pies, y nunca me he sentido tan liviana, tan tontamente feliz.

Suelto la maquinilla aún encendida dentro del lavabo y retrocedo, admirando mi trabajo en el espejo mientras toco mi nueva cabeza rapada. Ahora tengo el mismo corte que Warner. El mismo centímetro y medio de pelo, excepto que el mío es oscuro donde el de él es claro y, de pronto, parezco mucho más mayor. Más rígida. Seria. Tengo pómulos. Una mandíbula. Parezco furiosa y un poco intimidante. Mis ojos brillan, inmensos en mi cara, el centro de atención, abiertos, despiertos y penetrantes, y me encanta.

Me encanta.

Aún río mientras me balanceo por el pasillo, recorriendo las habitaciones de Anderson en ropa interior, sintiéndome más libre de lo que me he sentido en años. Me desplomo en la gran silla de cuero y termino el resto del vaso en dos sorbos rápidos.

Años, siglos, vidas pasan y escucho el sonido tenue de unos golpes.

Los ignoro.

Ahora estoy de lado sobre la silla, mis piernas cuelgan sobre el apoyabrazos y estoy recostada observando el candelabro girar.

—Giraba antes?

... y demasiado pronto dejo de soñar despierta, porque me interrumpen, demasiado pronto escucho unas voces apresuradas que a duras penas reconozco y no me muevo, apenas entrecierro los ojos y vuelvo solo la cabeza hacia los sonidos.

—Ah, mierda, J....

Kenji entra a la habitación y se paraliza en el lugar al verme. De pronto, recuerdo vagamente que estoy en ropa interior, y que aquella otra versión de mí misma preferiría que Kenji no me viera así... pero no es suficiente para motivarme a moverme. Sin embargo, Kenji parece muy preocupado.

—Ah, *mierda mierda mierda*...

Solo entonces noto que no está solo.

Kenji y Warner están de pie frente a mí, los dos me miran como si estuvieran horrorizados, como si hubiera hecho algo malo, y eso me enfurece.

—¿Qué? —digo, molesta—. Iros.

—Juliette... amor... qué has hecho.

Y luego, Warner se pone de rodillas a mi lado. Intento mirarlo, pero de pronto es difícil enfocar la vista, difícil ver con claridad en absoluto. Mi visión está borrosa y debo parpadear varias veces para que su cara deje de moverse, pero entonces lo miro, lo miro de verdad, y algo en mi interior intenta recordar que estamos furiosos con Warner, que ya no nos gusta y que no queremos verlo o hablar con él, pero luego, él toca mi cara.

Y suspiro.

Apoyo la mejilla sobre su palma y recuerdo algo fantástico, algo amable, y una oleada de sensaciones me invade.

—Hola —digo.

Y él parece tan triste tan triste, y está a punto de responder, pero Kenji dice:

—Hermano, creo que ha bebido, no sé, un vaso entero de esa cosa. ¿Quizás media jarra? ¿Y con su peso? —Maldice por lo bajo—. Esa cantidad de whisky *me* destruiría a mí.

Warner cierra los ojos. Me fascina el modo en que su nuez de Adán sube y baja por su garganta, y extiendo la mano, deslizo los dedos por su cuello.

—Cariño —susurra él, con los ojos aún cerrados—. ¿Por qué...?

—¿Sabes cuánto te quiero? —digo—. Te quiero... Te quería mucho. Muchísimo. Cuando abre los ojos de nuevo, están brillantes. Resplandecientes. No dice nada.

—Kishimoto —dice él con calma—. Por favor, abre la ducha.

—Enseguida.

Y Kenji desaparece.

Warner aún no me dice nada.

Toco sus labios. Me inclino hacia adelante.

—Tienes una boca tan bonita —susurro.

Él intenta sonreír. Parece triste.

—¿Te gusta mi pelo? —pregunto.

Él asiente.

—¿De verdad?

—Eres preciosa —responde, pero a duras penas logra pronunciar las palabras. Y su voz se rompe cuando añade—: ¿Por qué has hecho esto, amor? ¿Intentabas hacerte daño?

Trato de responder, pero, de pronto, siento náuseas. Mi cabeza da vueltas. Cierro los ojos para equilibrar la sensación, pero no lo consigo.

—La ducha está lista. —Oigo que Kenji grita. Y luego, de pronto, su voz suena más cerca—. ¿Lo tienes controlado, hermano? ¿O quieres que yo me ocupe de ahora en adelante?

—No. —Una pausa—. No, puedes irte. Me aseguraré de que esté a salvo. Por favor, diles a los demás que no me encuentro bien esta noche. Envía mis disculpas.

—Claro. ¿Algo más?

—Café. Varias botellas de agua. Dos aspirinas.

—Hecho.

—Gracias.

—Cuando quieras, hombre.

Y luego me muevo, todo se mueve, todo está de lado y abro los ojos y los cierro rápido mientras el mundo se desdibuja ante mí. Warner me lleva en sus brazos y hundo la cara en el hueco de su cuello. Huele tan familiar.

Seguro.

Quiero hablar, pero me siento lenta. Como si necesitara una eternidad para decirle a mis labios que se muevan, como si lo hicieran a cámara lenta, como si las palabras salieran todas juntas cuando las digo, una y otra vez.

—Ya te echo de menos —balbuceo contra su piel—. Echo de menos esto, te echo de menos, te echo de menos. —Y luego él me deposita en el suelo, me

ayuda a estabilizarme y a caminar dentro de la ducha.

Por poco grito cuando el agua golpea mi cuerpo.

Abro los ojos, la mitad de mi mente está sobria en un instante, mientras el agua fría me cubre. Parpadeo rápido, respirando con dificultad mientras me apoyo contra la pared de la ducha, y miro desquiciada a Warner a través del cristal distorsionado. El agua serpentea por mi piel, se agolpa en mis pestañas, en mi boca abierta. Mis hombros tiemblan más despacio mientras mi cuerpo se acostumbra a la temperatura y los minutos pasan, los dos nos miramos sin decir nada. Mi mente se equilibra pero no se aclara, cierta niebla me cubre incluso mientras extiendo la mano hacia la llave para calentar el agua varios grados.

Aún veo el rostro de Warner, apuesto incluso a través del cristal translúcido que nos separa, cuando dice:

—¿Estás bien? ¿Te encuentras mejor?

Doy un paso adelante, observándolo en silencio y no digo nada mientras desato mi sujetador y lo dejo caer en el suelo. No hay respuesta de su parte, salvo la apertura leve de sus ojos, el movimiento suave de su pecho, y me quito la ropa interior, echándola hacia atrás, y él parpadea varias veces y yo retrocedo, aparto la vista y lo miro de nuevo.

Abro la puerta de la ducha.

—Ven adentro —digo.

Pero ahora, él no me mira.

—Aaron...

—No te encuentras bien —dice.

—Me encuentro bien.

—Cariño, por favor, acabas de beber tu peso en whisky...

—Solo quiero tocarte —digo—. Ven.

Por fin, vuelve la cara hacia mí, mueve los ojos despacio hacia arriba por mi cuerpo y lo veo, veo cuando sucede, cuando algo en su interior parece romperse. Parece dolorido y vulnerable y traga con dificultad mientras se acerca a mí; el vapor ahora llena la habitación, las gotas de agua caliente caen sobre mis caderas desnudas y sus labios se abren mientras me mira, mientras se acerca, y pienso que realmente entrará a la ducha cuando, en cambio, cierra la puerta entre nosotros y dice:

—Estaré esperándote en la sala de estar, amor.

WARNER

Juliette está dormida.

Salió de la ducha, subió a mi regazo y se quedó dormida profundamente contra mi cuello, mientras balbuceaba cosas que sé con certeza que se arrepentirá de haber dicho por la mañana. Tuve que recurrir a cada gramo de autocontrol para soltar su silueta cálida y suave, pero de algún modo, lo conseguí. La arropé en la cama y me fui, el dolor de alejarme de ella era igual a lo que imagino que sería arrancarme la piel de mi propio cuerpo. Me suplicó que me quedara y fingí no oírla. Me dijo que me quería y no pude responderle.

Ella lloró, incluso con los ojos cerrados.

Pero no puedo confiar en que sepa lo que hace o dice en este estado complicado; no, lo sé. Ella no tiene experiencia con el alcohol, pero solo imagino que cuando recobre el juicio bajo la luz del día, no querrá ver mi cara. No querrá saber que se mostró tan vulnerable frente a mí. Me pregunto si quiera recordará lo que ocurrió.

En cuanto a mí, estoy más que desesperado.

Son más de las tres de la mañana y siento que no he dormido en días. A duras penas soporto cerrar los ojos; no puedo quedarme a solas con mi mente o con todas las debilidades de mi persona. Me siento hecho añicos, solo la necesidad mantiene las piezas unidas.

He intentado en vano articular el desastre de emociones que se atiboran en mi mente... con Kenji, quien quería saber qué ocurrió después de que se fue; con Castle, quien me arrinconó hace menos de tres horas, exigiendo saber qué le había dicho a Juliette; incluso con Kent, quien logró parecer solo un poco satisfecho al descubrir que mi nueva relación ya había sido destruida.

Quiero hundirme en la tierra.

No puedo regresar a nuestra habitación —a mi habitación— donde la prueba de la existencia de Juliette aún está fresca, demasiado viva; y ya no puedo huir a los simuladores, dado que los soldados aún continúan asentados allí, reubicados como consecuencia de la nueva construcción.

No siento alivio temporal por las consecuencias de mis acciones.

No hay dónde descansar la mente durante más de un minuto antes de que me descubran y me humillen.

Lena, riendo fuerte en mi cara mientras paso a su lado por el pasillo.

Nazeera negando con la cabeza mientras le deseo las buenas noches a su hermano.

Sonya y Sara dedicándose miradas de pena al descubrirme agazapado en un rincón del Ala médica sin terminar. Brendan, Winston, Lily, Alia e Ian asomando las cabezas de sus nuevos cuartos, deteniéndome mientras intento huir, preguntándome muchas cosas... tan fuerte y con tanta energía, que incluso un James somnoliento se acerca a buscarme, y tira de mi manga y me pregunta una y otra vez si Juliette está bien o no.

¿De dónde ha salido esta vida?

¿Quiénes son todas estas personas con las que estoy repentinamente endeudado?

Todos están preocupados por Juliette de un modo tan justificable, preocupados por el bienestar de nuestra nueva comandante suprema, que yo, dado que soy cómplice de su sufrimiento, no tengo un lugar donde esté a salvo de ojos curiosos, miradas cuestionadoras y expresiones de lástima. Es alarmante tener tantas personas al tanto de mi vida privada. Cuando las cosas estaban bien entre nosotros, tenía que responder pocas preguntas; era algo menos interesante. Juliette era quien mantenía esos vínculos, no eran para mí. Nunca quise nada de esto. No quería esta responsabilidad. No me interesa la responsabilidad de las amistades. Solo quería a Juliette. Quería su amor, su corazón, sus brazos a mi alrededor. Y parte del precio que pagué por su afecto fueron esas personas. Sus preguntas. Su desprecio sincero hacia mi existencia.

Entonces. Me he convertido en un fantasma.

Deambulo por estos pasillos silenciosos. Me detengo en las sombras y permanezco quieto en la oscuridad, esperando algo. Qué, no lo sé.

Peligro.

Olvido.

Lo que sea que me indique cuáles son mis próximos pasos.

Quiero un propósito renovado, un foco, un trabajo que hacer. Y después, de inmediato, recuerdo que soy el comandante en jefe y el regente del Sector 45, que tengo infinitas cosas que supervisar y negociar... y, de alguna manera, eso ya no es suficiente para mí. Mis tareas cotidianas no son suficiente para distraer mi mente; mis rutinas completamente reglamentadas

han sido desmanteladas; Delalieu lucha bajo el peso de mi erosión emocional y no puedo evitar pensar en mi padre una y otra vez...

En cuánta razón tenía acerca de mí.

Siempre ha tenido razón.

La emoción me ha desarmado una y otra vez. Era una emoción que me instaba a aceptar cualquier trabajo, a cualquier precio, para estar más cerca de mi madre. Era una emoción que me llevó a encontrar a Juliette, a buscarla con el objetivo de hallar una cura para mi madre. Era una emoción que me llevó a enamorarme, a que me dispararan y a perder la cordura, a convertirme de nuevo en un niño roto, uno que había caído de rodillas y suplicado a su padre inútil y monstruoso que no matara a la chica que quería. Eran las emociones, mis emociones ligeras lo que me costaron todo.

No tengo paz. No tengo un propósito.

Cómo desearía haberme arrancado este corazón del pecho mucho tiempo atrás.

Sin embargo, aún hay trabajo que hacer.

El simposio se llevará a cabo en menos de doce horas y nunca he tenido la oportunidad de revisar los detalles con Juliette. No creía que las cosas resultarían así. Nunca pensé que aquel negocio continuaría como siempre después de la muerte de mi padre. Creí que una guerra más grande sería inminente; creí absolutamente que los otros comandantes supremos vendrían a atacarnos antes de que hubiéramos tenido siquiera la oportunidad de fingir que teníamos el control real del Sector 45. No se me había ocurrido que ellos tendrían planes más siniestros en mente. No se me había ocurrido pasar más tiempo preparándola para las formalidades tediosas, esas rutinas monótonas, instauradas en la estructura del Restablecimiento. Pero debería haberlo sabido. Debería haberlo esperado. *Podría haber evitado esto.*

Creí que el Restablecimiento caería.

Me equivoqué.

Nuestra comandante suprema tiene horas para prepararse antes de tener que hablar frente a una sala con los otros 554 comandantes en jefe y regentes de América del Norte. Esperarán que lidere. Que negocie todas las complejidades de la diplomacia doméstica e internacional. Haider, Nazeera y Lena estarán esperando para enviar información a sus padres asesinos. Y yo debería estar a su lado, ayudándola, guiándola y protegiéndola. En cambio, no sé qué clase de Juliette saldrá de la habitación de mi padre en la mañana. No tengo ni idea de qué esperar de ella, cómo me tratará o a dónde irá su mente. No sé en absoluto qué ocurrirá.

Y no tengo a nadie a quien culpar más que a mí mismo.

JULIETTE

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca. No estoy loca.~~

~~No estoy loca. No estoy loca.~~

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Cuando abro los ojos, todo vuelve con rapidez a mi mente. La evidencia está aquí, en este dolor de cabeza latente e intenso, en el sabor amargo en mi boca y en mi estómago; en la sed insopportable, como si cada célula de mi cuerpo estuviera deshidratada. Es la sensación más extraña de todas. Es horrible.

Pero peor, peor que todo eso son los recuerdos. Borrosos pero intactos, recuerdo todo. Beber el whisky de Anderson. Yacer en ropa interior delante de Kenji. Y luego, con un grito ahogado repentino y doloroso...

Desnudarme en la ducha. Pedirle a Warner que entrara conmigo.

Cierro los ojos mientras una oleada de náuseas me abruma y amenaza con expulsar el contenido magro de mi estómago. La vergüenza fluye a través de mi cuerpo con una eficiencia casi increíble, y me invade con un sentimiento de odio absoluto hacia mi persona que soy incapaz de disipar. Por fin, a regañadientes, abro los ojos de nuevo con dificultad y noto que alguien ha dejado tres botellas de agua y dos pastillas blancas.

Agradecida, consumo todo.

La habitación aún está oscura, pero de algún modo sé que ya es de día. Me incorporo demasiado rápido y mi cerebro se balancea, golpeando mi cráneo como un péndulo pesado, y siento que me muevo incluso mientras permanezco quieta, con las manos plantadas en el colchón.

Nunca, pienso. Nunca más. Anderson era un idiota. Esta sensación es horrible. Y hasta que no llego al baño, no recuerdo, con claridad repentina y punzante, que me rapé la cabeza.

Permanezco paralizada frente al espejo, los restos de mis largas ondas castañas aún yacen en el suelo bajo mis pies, y contemplo mi reflejo, atónita. Horrorizada. Fascinada.

Enciendo la luz y me estremezco, las luces fluorescentes despiertan algo doloroso en mi cerebro atontado, y me lleva un minuto acostumbrarme a la iluminación. Abro la ducha, dejo que el agua se caliente mientras observo mi nueva apariencia.

Con cuidado, toco el resto suave de pelo que me queda. Pasan los segundos y me armo de valor, y me acerco tanto al espejo que mi nariz choca contra el cristal. Es tan extraño tan extraño, pero pronto mi angustia desaparece. Sin importar cuánto tiempo me mire, soy incapaz de sentir arrepentimiento. Sorpresa, sí, pero.

No lo sé.

Me gusta mucho, de verdad.

Mis ojos siempre han sido grandes, de un azul verdoso, miniaturas del globo que habitamos, pero nunca antes los había considerado particularmente interesantes. Pero ahora, por primera vez, mi propio rostro me resulta interesante. Como si hubiera salido de la sombra de mi propio ser; como si la cortina tras la que solía ocultarme por fin se hubiera corrido.

Estoy aquí. Aquí mismo.

Miradme, parece que grito sin hablar.

El vapor llena la habitación con exhalaciones lentas y cautelosas que nublan mi reflejo y, después de un rato, me obliga a apartar la vista. Pero cuando lo hago, estoy sonriendo.

Porque por primera vez en mi vida, me gusta de verdad lo que veo de mí.

* * *

Le pedí a Delalieu que se encargara de coordinar el traslado de mi armario a los aposentos de Anderson antes de mi llegada ayer, y ahora estoy de pie frente a él, observando sus profundidades con nuevos ojos. Esas son las mismas prendas que he visto cada vez que he abierto esas puertas, pero, de pronto, las observo de forma diferentes.

Aunque también, me *siento* diferente.

La ropa solía dejarme perpleja. No podía comprender cómo conjuntar nada de la forma en que Warner lo hacía. Creía que era una ciencia que nunca comprendería; una habilidad más allá de mis posibilidades. Pero ahora comprendo que mi problema era que nunca supe quién era; no comprendía cómo vestir a la impostora que vivía en mi piel.

¿Qué me gustaba?

¿Cómo quería que me percibieran?

Durante años mi objetivo había sido minimizarme, plegarme una y otra vez sobre mí misma para formar un polígono de nada, ser demasiado insignificante para ser recordada. Quería parecer inocente; quería que me vieran como alguien silencioso e inofensivo; me preocupaba siempre cómo

mi mera existencia era aterradora para otros e hice todo lo que estaba en mi poder para disminuir mi ser, mi luz, mi alma.

Quería con tanta desesperación apaciguar a los ignorantes. Quería tanto apaciguar a los idiotas que me juzgaban sin conocerme, que me perdí a mí misma en el proceso.

Pero ¿ahora?

Ahora, río. A carcajadas.

Ahora, no me importa una mierda.

WARNER

Cuando Juliette se une a nosotros por la mañana, está prácticamente irreconocible.

Me vi obligado, a pesar de cada inclinación a hundirme en otras tareas, a reunirme con nuestro grupo hoy para lo que parece haber sido la llegada inevitable de nuestros últimos tres invitados. Los mellizos, hijos del supremo de América del Sur, y el hijo del comandante supremo de África llegaron temprano esta mañana. La comandante suprema de Oceanía no tiene hijos, así que debo asumir que este es el último de nuestros visitantes. Y todos ellos han llegado a tiempo para acompañarnos al simposio. Muy conveniente.

Comandante supremo de África llegaron temprano esta mañana. La comandante suprema de Oceanía no tiene hijos, así que debo asumir que este es el último de nuestros visitantes. Y todos ellos han llegado a tiempo para acompañarnos al simposio. Muy conveniente.

Debería haberme dado cuenta.

Estoy en medio de la presentación de los tres invitados ante Castle y Kenji, quien bajó a saludar a los nuevos visitantes, cuando Juliette hace su primera aparición del día. Han pasado menos de treinta segundos de su entrada y yo aún intento —y fracaso en— asimilar su presencia.

Está *deslumbrante*.

Lleva puesto un jersey negro sencillo y ceñido, vaqueros oscuros, grises y apretados, y un par de botas cortas, planas y negras. Su cabello se ha ido y se ha quedado a la vez; es como una corona suave y oscura que le sienta de un modo que nunca habría esperado. Sin la distracción de su cabello largo, mis ojos no tienen dónde enfocarse, más que directamente en su cara. Y posee una cara más que increíble: ojos grandes y cautivadores, y una estructura ósea que nunca ha sido más pronunciada.

Parece sorprendentemente distinta.

Al descubierto.

Aún bella, pero más afilada. Más severa. Ya no es una niña con una coleta y un jersey rosa, no. Se parece más a la joven que asesinó a mi padre y luego

bebió cuatro dedos de su whisky más caro.

Pasa la vista de mí a las expresiones atónitas de Kenji y Castle, a las caras silenciosas y confundidas de nuestros tres nuevos invitados; y todos parecemos incapaces de hablar.

—Buenos días —dice por fin, pero no sonríe al hablar. No hay calidez o amabilidad en sus ojos mientras mira a su alrededor y yo me tambaleo.

—Maldición, princesa, ¿de verdad eres tú?

Juliette evalúa a Kenji una sola vez, rápido, pero no responde.

—¿Quiénes sois vosotros tres? —pregunta, señalando con el mentón a los recién llegados. Ellos se ponen de pie despacio. Vacilantes.

—Son nuestros nuevos invitados —digo, pero ahora no puedo mirarla. Enfrentarla—. Estaba a punto de presentárselos a Castle y Kishimo...

—¿Y no ibas a incluirme a mí? —dice una nueva voz—. A mí también me gustaría conocer a la nueva comandante suprema.

Me vuelvo y veo a Lena de pie en la entrada, a menos de un metro de Juliette, mirando la sala como si nunca hubiera estado tan satisfecha en su vida. Siento que mi pulso se acelera, mi mente funciona a toda velocidad. Aún no sé si Juliette sabe quién es Lena... o que estábamos juntos.

Y los ojos de Lena son brillantes, demasiado brillantes; su sonrisa es amplia y feliz.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

Con ellas de pie tan cerca la una de la otra, no puedo evitar notar que las diferencias entre ella y Juliette son demasiado obvias. Donde Juliette es pequeña, Lena es alta. Juliette tiene cabello oscuro y ojos profundos, mientras que Lena es pálida en todo sentido. Su cabello es prácticamente blanco, sus ojos son de un azul muy claro, su piel es casi translúcida, excepto por todas las pecas que se extienden sobre su nariz y sus mejillas. Pero compensa la falta de pigmentación con su presencia; siempre ha sido ruidosa, agresiva, apasionada en exceso. Juliette, en comparación, esta mañana está en extremo muda. No demuestra ninguna emoción, ni un atisbo de furia o celos. Permanece quieta y callada, analizando en silencio la situación. Su energía está contenida con tensión. Lista para saltar.

Y cuando Lena se vuelve para mirarla, siento que todos los presentes se ponen rígidos.

—Hola —dice Lena con fuerza. La felicidad falsa desfigura su sonrisa, la transforma en algo cruel. Extiende la mano mientras añade—: Me alegra conocer por fin a la novia de Warner. —Y luego—: Uh, espera, lo siento. He querido decir a su *exnovia*.

Contengo el aliento mientras Juliette la mira de arriba abajo.

Se toma su tiempo, inclina la cabeza mientras devora a Lena con los ojos, y veo que la mano que Lena ofreció comienza a cansarse, sus dedos extendidos comienzan a temblar.

Juliette no parece impresionada.

—Puedes llamarme comandante suprema de América del Norte —dice.

Y luego se aleja.

Siento que una risa casi histérica crece en mi pecho; debo mirar hacia abajo, obligarme a mantener el rostro serio. Y luego, de inmediato me recompongo al comprender que Juliette ya no es mía. Ya no es mía para quererla, mía para adorarla. Nunca me he sentido tan atraído hacia ella en todo el tiempo que la conozco y no hay nada, nada que hacer al respecto. Mi corazón late más rápido mientras ella se adentra más en la habitación —una Lena boquiabierta queda a su paso— y el arrepentimiento aún me invade.

No puedo creer que haya conseguido perderla. Dos veces.

Que me quiso. Una vez.

—Por favor, identifíquense —les dice a nuestros tres invitados.

Stephan habla primero.

—Soy Stephan Feruzi Omondi —dice, extiende la mano para estrechar la de Juliette—. Estoy aquí en representación del comandante supremo de África.

Stephan es alto, digno y profundamente formal, y aunque nació y creció en lo que solía ser Nairobi, estudió inglés en el extranjero y ahora habla con acento británico. Noto por el modo en que los ojos de Juliette permanecen fijos en su cara, que le gusta el aspecto del chico.

Algo se tensa en mi pecho.

—¿Tus padres también te enviaron a espiarme, Stephan? —pregunta, mirándolo todavía.

Stephan sonríe, el movimiento anima toda su cara, y de pronto, lo odio.

—Solo hemos venido a decir *hola* —responde—. Una pequeña reunión amigable.

—Ajá. ¿Y vosotros dos? —Se vuelve hacia los mellizos—. ¿Lo mismo?

Nicolás, el mellizo mayor, solo le sonríe. Parece deleitado.

—Soy Nicolás Castillo —dice—, hijo de Santiago y Martina Castillo y ella es mi hermana, Valentina...

—¿*Hermana*? —interrumpe Lena. Ha encontrado otra oportunidad de ser cruel y nunca la he odiado tanto—. ¿Aún haces eso?

—Lena —digo, una advertencia en mi voz.

—¿Qué? —Me mira—. ¿Por qué todos continuáis actuando como si fuera normal? Un día el hijo de Santiago decide que quiere ser una chica y todos simplemente, ¿qué? ¿Miramos a un lado?

—Vete a la mierda, Lena. —Es lo primero que Valentina ha dicho en toda la mañana—. Debería haberte cortado las orejas cuando tuve la oportunidad.

Juliette abre los ojos de par en par.

—Ehh, lo siento —Kenji asoma la cabeza hacia delante y sacude una mano—, ¿me estoy perdiendo algo?

—A Valentina le gusta jugar a fingir que es otra persona —dice Lena.

—*Cállate la boca, cabrona* —replica Nicolás en español.

—No, ¿sabes qué? —dice Valentina, colocando una mano sobre el hombro de su hermano—. Está bien. Déjala hablar. Lena cree que me gusta fingir, pero no fingiré *cuando cuelgue su cuerpo muerto en mi cuarto*.

Lena solo pone los ojos en blanco.

—Valentina —digo—. Por favor, ignórala. —Y añado en español—: *Ella no tiene ni idea de lo que está diciendo. Tenemos mucho que hacer y no debemos...*

—Maldición, hermano. —Kenji me interrumpe—. Conque también hablas español, ¿eh? —Desliza una mano por su cabello—. Tendré que acostumbrarme a esto.

—Todos hablamos muchos idiomas —dice Nicolás, una nota de irritación aún tiñe su voz—. Debemos ser capaces de comunicarnos...

—Escuchad, chicos, no me importan vuestros dramas personales —interviene Juliette de pronto, sujetando el puente de su propia nariz—. Tengo un dolor de cabeza terrible y un millón de cosas que hacer hoy, y me gustaría ponerme a ello.

—*Por supuesto, señorita* —dice Nicolás en español, e inclina un poco la cabeza.

—¿Qué? —Ella parpadea mientras lo mira—. No sé qué significa eso.

Nicolás solo sonríe.

—*Entonces deberías aprender a hablar en español* —responde en su idioma.

Por poco río, incluso mientras mueve la cabeza de un lado a otro. Nicolás está siendo difícil a propósito.

—*Basta ya* —le digo en español—. *Déjala en paz. Sabes que ella no habla español.*

—¿Qué estáis diciendo, chicos? —pregunta Juliette.

Nicolás solo amplía su sonrisa, sus ojos azules se arrugan con satisfacción.

—Nada importante, comandante suprema. Solo que es un placer conocerla.

—¿Y asumo que todos asistiréis hoy al simposio? —pregunta ella.

Inclina de nuevo levemente la cabeza.

—*Claro que sí* —dice en español Nicolás.

—Eso es un *sí* —le aclara a ella.

—¿Qué otros idiomas hablas? —pregunta Juliette, volviéndose para mirarme, y me sorprende tanto de que me hable en público que olvido responder.

Stephen es quien dice:

—Nos enseñaron muchos idiomas cuando éramos muy pequeños. Era de suma importancia que los comandantes y sus familias supieran cómo comunicarse entre sí.

—Pero creí que el Restablecimiento quería eliminar todos los idiomas —dice ella—. Creía que trabajaban por alcanzar un único idioma universal...

—Sí, Comandante Suprema. —Valentina asiente levemente—. Es cierto. Pero primero debíamos ser capaces de hablar entre nosotros, ¿no?

Juliette parece fascinada. Ha olvidado su furia solo el tiempo suficiente como para quedar maravillada de nuevo ante la enormidad del mundo; lo veo en sus ojos. Su deseo de huir.

—¿De dónde sois? —pregunta ella, llena de inocencia; de curiosidad. Algo en ello me rompe el corazón—. Antes de que el mundo se replanteara, ¿cómo se llamaban sus países?

—Nosotros nacimos en Argentina —responden Nicolás y Valentina al mismo tiempo—. Mi familia es de Kenia —dice Stephan.

—¿Y os habéis visitado mutuamente? —pregunta ella, volviéndose para mirar nuestras caras—. ¿Viajáis a los continentes de los otros?

Asentimos.

—Guau —dice en voz baja, casi inaudible—. Debe ser increíble.

—Tú también debes venir a visitarnos, Comandante Suprema —comenta un Stephan sonriente—. Nos encantaría que te hospedaras con nosotros. Después de todo, ahora eres una de los nuestros.

La sonrisa de Juliette desaparece. Muy pronto se desvanece la mirada lejana y llena de deseo en su rostro. No dice nada, pero percibo su furia y su tristeza hirviendo en su interior.

Demasiado pronto, dice:

—¿Warner, Castle, Kenji?

—Sí?

—Sí, señorita Ferrars?

Yo solo la miro.

—Si ya hemos terminado aquí, quisiera hablar con los tres a solas, por favor.

JULIETTE

Continúo pensando en que necesito permanecer tranquila, que todo está en mi mente, que todo estará bien y que alguien ahora abrirá la puerta, alguien me dejará salir de aquí. Continúo pensando que sucederá. Continúo pensando que debe ocurrir, porque cosas como esta no suceden simplemente. Esto no pasa. Las personas no son olvidadas así. No son abandonadas así.

Esto simplemente no ocurre.

Mi cara está cubierta de sangre porque me lanzaron al suelo, y mis manos aún tiemblan incluso mientras escribo esto. Este bolígrafo es mi única salida, mi única voz, porque no tengo a nadie más con quien hablar, ninguna mente más que la mía en la que ahogarme y todos los botes salvavidas están ocupados y los chalecos inflables están rotos y no sé nadar, no puedo nadar, no puedo nadar, y se está volviendo muy difícil. Se está volviendo muy difícil. Es como si hubiera un millón de gritos atrapados dentro de mi pecho, pero debo mantenerlos allí porque qué sentido tiene gritar si nunca te escucharán y nadie quiera me escuchará

aquí dentro. Nadie me escuchará de nuevo, nunca jamás.

He aprendido a observar cosas.

Los muros. Mis manos. Las grietas en las paredes. Las líneas en mis dedos. Los tonos de gris en el cemento. La forma de mis uñas. Cojo una cosa y la observo durante lo que deben ser horas. Cuento el tiempo en mi cabeza contando los segundos mientras pasan. Cuento los días en mi mente escribiéndolos. Hoy es el día dos. Hoy es el segundo día. Hoy es un día.

Hoy.

Hace mucho frío. Hace mucho frío hace mucho frío.

Por favor por favor por favor.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Todavía estoy mirándolos a los tres, esperando una confirmación cuando, de pronto, Kenji habla, sorprendido.

—Mmm, sí... No, ehh, no hay problema —dice.

—Por supuesto —asiente Castle.

Y Warner no dice nada, me mira como si pudiera ver a través de mí, y, por un momento, solo puedo recordar que le supliqué desnuda que entrara a la ducha conmigo; que me acurruqué en sus brazos llorando, diciéndole cuánto lo echaba de menos; que toqué sus labios...

Me estremezco, avergonzada. El viejo impulso de sonrojarme se apodera de todo mi cuerpo.

Cierro los ojos y aparto la vista; giro abruptamente mientras salgo de la sala sin decir ni una palabra.

—Juliette, amor...

Ya estoy a mitad del pasillo cuando siento su mano sobre mi espalda y me pongo rígida, mi pulso se acelera un instante. En cuanto me vuelvo, veo que su rostro cambia, que sus facciones pasan de temerosas a sorprendidas en menos de un segundo; y me enfurece tanto que posea esa habilidad, ese don

de ser capaz de percibir las emociones de otras personas, porque yo siempre soy muy transparente para él, tan absolutamente vulnerable y eso es exasperante, *exasperante*.

—¿Qué? —Intento decirlo con brusquedad, pero sale mal. Sin aire. Con vergüenza.

—Solo... —Pero sus manos caen. Sus ojos atrapan los míos y, de pronto, me congelo en el tiempo—. Quería decirte...

—¿Qué? —Y ahora la palabra es tranquila y nerviosa y temerosa a la vez. Retrocedo un paso para salvar mi propia vida y veo que Castle y Kenji caminan con demasiada lentitud por el pasillo; mantienen la distancia a propósito... dándonos espacio para hablar—. ¿Qué quieres decirme?

Pero ahora, los ojos de Warner se mueven, observándome. Me mira con tanta intensidad, que me pregunto si siquiera es consciente de que lo está haciendo. Me pregunto si sabe que cuando me mira así siento como si su piel desnuda estuviera en contacto con la mía, que me provoca cosas cuando me mira así y que me enloquece, porque odio no poder controlar esto, que este hilo entre nosotros permanezca irrompible y él por fin dice en voz baja *algo*, algo que no escucho, porque estoy mirando sus labios y sintiendo mi piel arder con el recuerdo de él y apenas fue ayer, apenas fue ayer cuando era mío, cuando sentí su boca en mi cuerpo, cuando lo *sentí dentro de mí*...

—¿Qué? —logro decir, parpadeando y mirando hacia arriba.

—He dicho que me gusta mucho lo que has hecho con tu pelo.

Y lo odio, lo odio por hacerle esto a mi corazón, odio mi cuerpo por ser tan débil, por desearlo, por echarlo de menos a pesar de todo, y no sé si llorar, besarlo o hacerle trizas los dientes, así que, en cambio, digo, sin mirarlo a los ojos:

—¿Cuándo pensabas contarme lo de Lena?

Entonces, él se detiene; paralizado en un instante.

—Ah —carraspea—, no me había dado cuenta de que te habías enterado de lo de ella.

Lo miro entrecerrando los ojos, no confío en mí misma para hablar, y aún estoy pensando cuál es el mejor curso de acción cuando él dice:

—Kenji tenía razón —pero susurra las palabras, habla más que nada consigo mismo.

—¿Perdona?

Alza la vista.

—Perdóname —dice en voz baja—. Debería haber dicho algo antes al respecto. Ahora lo entiendo.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada?

—Ella y yo, no fue... no fue nada. Fue una relación por conveniencia y compañerismo, básicamente. No significó nada para mí. De verdad. Debes saber que si nunca hablé sobre ella solo fue porque nunca pensé en ella lo suficiente como para considerar mencionarla.

—Pero estuvisteis juntos *dos años*...

Él niega con la cabeza antes de decir:

—No fue así. No fueron dos años de algo serio. Ni siquiera fueron dos años de comunicación continua. —Suspira—. Ella vive en Europa, amor. Nos veíamos poco y de modo infrecuente. Era puramente físico. No era una relación real...

—*Puramente físico* —repito, atónita. Retrocedo y por poco tropiezo con mis propios pies, y siento que sus palabras desgarran mi piel con un dolor físico abrasador que no esperaba—. Guau. Guau.

Y ahora solo puedo pensar en su cuerpo y el de ella, los dos entrelazados, los dos años que pasó desnudo en sus brazos.

—No, por favor —dice él, la urgencia en sus palabras me trae de regreso al presente con una sacudida—. Eso no es lo que quise decir. Solo... yo... No sé cómo explicar esto. —Está frustrado como nunca lo he visto antes. Niega con la cabeza, enérgicamente—. Todo en mi vida era diferente antes de que te conociera. Estaba perdido y completamente solo. Nunca me importó nadie. Nunca quise ser cercano a nadie. Nunca he. Tú fuiste la primera persona que...

—Basta. —Muevo la cabeza de lado a lado—. Para de una vez, ¿vale? Estoy muy cansada. Mi cabeza está *matándome* y no tengo la energía para escuchar más sobre esto.

—Juliette...

—¿Cuántos secretos más tienes? —pregunto—. ¿Cuánto más descubriré sobre ti? ¿Sobre mí? ¿De mi familia? ¿De mi historia? ¿Del Restablecimiento y de los detalles de mi *vida real*?

—Juro que nunca quise lastimarte así. Y no quiero ocultarte cosas. Pero todo esto es nuevo para mí, amor. Esta clase de relación es tan nueva para mí y no... no sé cómo...

—Ya me has ocultado muchas cosas —replico, sintiendo que mi fuerza falla, sintiendo que el peso del dolor de cabeza latente desarma mi armadura, sintiendo demasiado, demasiado a la vez cuando digo—: Hay tanto que no sé de ti. Hay tanto que no sé sobre tu pasado. Sobre nuestro presente. Y ya no sé en qué creer.

—Pregúntame lo que quieras —dice él—. Te diré cualquier cosa que quieras saber...

—¿Excepto la verdad sobre mí? ¿Sobre mis padres? —De pronto, Warner empalidece—. Ibas a ocultármelo para siempre —le digo—. No planeabas decirme la verdad. Que era adoptada. ¿No?

Los ojos de Warner son salvajes, resplandecientes de emoción.

—Responde la pregunta —ordeno—. Solo responde esto. —Avanzo, tan cerca que siento su respiración en mi cara; tan cerca que por poco oigo su corazón acelerado en su pecho—. ¿Pensabas decírmelo alguna vez?

—No lo sé.

—Dime la *verdad*.

—Sinceramente, amor —dice, negando con la cabeza—. Es muy probable que lo hubiera hecho. —Y, de pronto, suspira. La acción parece agotarlo—. No sé cómo convencerte de que creía que estaba ahorrándote el dolor de saber esa verdad en particular. Yo creía que tus padres biológicos estaban muertos. Ahora veo que ocultártelo no fue lo correcto, pero no siempre hago lo correcto —continúa en voz baja—. Pero debes entender que mi intención nunca fue hacerte daño. Nunca quise mentirte u ocultarte información a propósito. Y de verdad creo que te hubiera dicho, con el tiempo, lo que suponía que era la verdad. Solo estaba buscando el momento adecuado.

De pronto, no sé qué sentir.

Lo miro, miro sus ojos con la mirada baja, el movimiento en su garganta mientras traga contra un nudo de emoción. Y algo se hace añicos en mi interior. Cierta medida de resistencia comienza a desmoronarse.

Parece tan vulnerable. Tan joven.

Respiro hondo y me relajo, despacio, y luego alzo la vista, miro su cara de nuevo y lo veo, veo el instante en que percibe el cambio en mis sentimientos. Algo cobra vida en sus ojos. Da un paso hacia delante y ahora estamos de pie tan cerca que tengo miedo de hablar. Mi corazón late demasiado fuerte en mi pecho y no debo hacer nada en absoluto para recordar todo, cada momento, cada roce que hemos compartido. Su aroma me rodea por completo. Su calor. Sus exhalaciones. Pestañas doradas y ojos verdes. Toco su cara, casi sin querer hacerlo, despacio, como si fuera un fantasma, como si esto fuera un sueño, y la punta de mis dedos acarician su mejilla, recorren la línea de su mandíbula, y me detengo cuando deja de respirar, cuando su cuerpo tiembla de modo prácticamente imperceptible.

Y nos inclinamos hacia delante como por reflejo.

Ojos cerrados.

Labios a punto de rozarse.

—Dame otra oportunidad —susurra, apoyando su frente sobre la mía.

Mi corazón duele, late en mi pecho.

—Por favor —dice en voz baja, y, de algún modo, está más cerca ahora, sus labios tocan los míos cuando habla y siento que la emoción me clava al suelo, incapaz de moverme mientras él presiona las palabras contra mi boca, sus manos suaves y vacilantes sobre mi cara, y añade—: Juro por mi vida que no te decepcionaré...

Y me besa.

Me besa.

Justo aquí, en medio de la nada, frente a todos, y me inunda una emoción abrumadora, mi cabeza da vueltas mientras presiona la línea rígida de su cuerpo contra mí y no puedo salvarme de mí misma, no puedo detener el sonido que hago cuando separa mis labios; estoy perdida, perdida en el sabor a él, perdida en su calor, envuelta en sus brazos y...

Tengo que apartarme de él.

Retrocedo tan rápido que por poco tropiezo. Respiro muy agitada, mi cara está sonrojada, mis sentimientos, llenos de pánico.

Y él solo puede mirarme, su pecho sube y baja con una intensidad que siento desde mi lugar, a medio metro de distancia, y no puedo pensar en nada correcto o razonable que decir acerca de lo que acaba de suceder o mencionar lo que siento, excepto:

—Esto no es justo —susurro. Las lágrimas amenazan, arden en mis ojos

—. No es *justo*.

Y no espero a oír su respuesta antes de correr por el pasillo y huir el resto del camino de vuelta a mi habitación.

WARNER

—¿Problemas en el paraíso, señor Warner?

Sujeto su garganta en cuestión de segundos, la sorpresa desfigura su expresión mientras golpeo su cuerpo contra la pared.

—Tú —digo, furioso—. Me has obligado a estar en esta posición imposible. ¿*Por qué*?

Castle intenta tragar, pero no puede, tiene los ojos abiertos de par en par, pero sin miedo. Cuando habla, sus palabras suenan roncas, sofocadas.

—Debía hacerlo —dice, asfixiado—. Debía ocurrir. Ella necesitaba que se lo advirtieran, y debía hacerlo usted.

—No te creo —grito, golpeándolo más fuerte contra la pared—. Y no sé por qué alguna vez confié en ti.

—Por favor, hijo. Suéltame.

Me tranquilizo solo un poco, y él necesita varias bocanadas de aire antes de decir:

—No le he mentido, señor Warner. Ella tenía que escuchar la verdad. Y si la hubiera oído de cualquier otra persona, nunca lo perdonaría. Pero al menos ahora —tose—, con el tiempo, quizás lo hará. Es su única oportunidad de ser feliz.

—¿Qué? —Dejo caer la mano. Lo suelto—. ¿Desde cuándo te importa mi felicidad?

Permanece en silencio demasiado tiempo, masajeando su garganta mientras me mira. Por fin, dice:

—¿Crees que no sé lo que te hizo tu padre? ¿Lo que te obligó a vivir?

Y ahora, doy un paso atrás.

—¿Crees que no sé tu historia, hijo? ¿Crees que te permitiría entrar en mi mundo, que te ofrecería santuario entre mi gente, si de verdad hubiera pensado que nos lastimarías?

Respiro con dificultad. De pronto, estoy confundido. Me siento expuesto.

—No sabes nada sobre mí —digo, sintiendo la mentira incluso mientras hablo.

Castle sonríe, pero hay algo herido en el gesto.

—Solo es un niño —dice con calma—. Solo tiene diecinueve años, señor Warner. Y creo que olvida eso todo el tiempo. No tiene perspectiva, no sabe que apenas ha vivido. Aún hay mucha vida por delante para usted. —Suspira—. Intento decírle a Kenji lo mismo, pero él es como usted. Testarudo —dice—. Tan testarudo.

No me parezco en *nada* a él.

—¿Sabía que tiene un año menos que él?

—La edad es irrelevante. Prácticamente todos mis soldados son mayores que yo.

Castle ríe.

—Vosotros, niños —dice, negando con la cabeza—, sufrís demasiado. Tenéis historias horribles y trágicas. Personalidades volátiles. Siempre he querido ayudar. Siempre he querido reparar eso. Hacer que este mundo sea un lugar mejor para vosotros, los niños.

—Bueno, puedes ir a salvar al mundo en otra parte —replico—. Y siéntete libre de ser la niñera de Kishimoto todo lo que quieras. Pero yo no soy tu responsabilidad. No necesito tu lástima.

Castle solo inclina la cabeza y me mira.

—Nunca escapará de mi lástima, señor Warner.

Aprieto la mandíbula.

—Vosotros, niños, me recordáis mucho a mis propios hijos —dice, sus ojos están distraídos un instante.

Hago una pausa.

—¿Tienes hijos?

—Sí —dice. Y siento de pronto una oleada abrumadora de su dolor que me atraviesa cuando añade—: Los tenía.

Doy varios pasos hacia atrás sin pensar, temblando por la invasión de sus emociones compartidas. Solo puedo mirarlo. Sorprendido. Curioso.

Con pena.

—Oye.

Al oír la voz de Nazeera me vuelvo, sobresaltado. Ella está con Haider, ambos están serios.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Necesitamos hablar. —Ella mira a Castle—. Tu nombre es Castle, ¿no? Él asiente.

—Sí, sé que conoces bien este asunto, Castle, así que necesitaré que te involucres también. —Nazeera mueve un dedo en el aire para dibujar un

círculo alrededor de los cuatro—. Todos necesitamos hablar. *Ahora*.

JULIETTE

Es algo extraño no conocer nunca la paz. Saber que sin importar a dónde vayas, no hay refugio. Que la amenaza del dolor siempre está a un susurro de distancia. No estoy a salvo encerrada entre estas cuatro paredes, nunca estuve a salvo al abandonar mi casa y ni siquiera pude sentirme a salvo durante los 14 años que viví en mi hogar. El manicomio mata personas todos los días, ya le han enseñado al mundo a temerme, y mi hogar es el mismo lugar donde mi padre me encerraba en mi cuarto cada noche y mi madre me gritaba por ser la abominación que la obligaban a criar.

Ella siempre decía que era mi cara.

Había algo en mi cara, decía, que ella no podía soportar. Algo en mis ojos, en el modo en que la miraba, en el hecho de que quisiera existir. Siempre me decía que dejara de mirarla. Siempre lo gritaba. Como si fuera a atacarla. Deja de mirarme, gritaba. Solo deja de mirarme, gritaba.

Una vez puso mi mano sobre el fuego.

Solo para ver si ardería, dijo. Solo para comprobar que era una mano común, dijo.

*En ese entonces, yo tenía 6 años.
Lo recuerdo porque era mi cumpleaños.*

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

—No importa —es todo lo que digo cuando Kenji aparece en mi puerta.

—¿Qué es lo que no importa? —Kenji extiende el pie para evitar que la puerta se cierre. Ahora se escabulle dentro del cuarto—. ¿Qué ocurre?

—No importa, no quiero hablar con ninguno de vosotros. Por favor, iros. O quizás todos podéis iros al infierno. Realmente no me importa.

Kenji parece atónito, como si acabara de abofetearlo.

—Estás... Espera, ¿hablas en serio?

—Nazeera y yo nos iremos al simposio en una hora. Tengo que prepararme.

—¿Qué? ¿Qué sucede, J.? ¿Qué te pasa?

Ahora me vuelvo para mirarlo.

—¿Qué me pasa? Ah, ¿acaso no lo sabes?

Kenji desliza una mano por su pelo.

—Bueno, escuché lo que pasó con Warner, sí, pero estoy bastante seguro de que acabo veros besándoos en el pasillo así que, mmm, estoy muy confundido...

—Me mintió, Kenji. Me mintió todo el tiempo. Sobre tantas cosas. Y Castle también. Y tú también...

—Espera, ¿qué? —Sujeta mi brazo cuando me doy la vuelta—. Espera... yo no te mentí sobre ninguna cosa. No me metas en este desastre. No tuve nada que ver con él. Mierda, aún no he decidido qué decirle a Castle. No puedo creer que me ocultara todo esto.

De pronto, me paralizo, cierro los puños mientras mi furia crece y se quiebra, y me aferro rápido a una esperanza repentina.

—¿No eras parte de todo esto? —pregunto—. ¿Con Castle?

—Ajá. Claro que no. No sabía nada sobre esta locura hasta que Warner me lo contó todo ayer.

Vacilo.

Kenji pone los ojos en blanco.

—Bueno, ¿cómo se supone que debía confiar en ti? —digo, mi voz se agudiza como la de un niño—. Todos han estado mintiéndome...

—J. —dice él, moviendo la cabeza de lado a lado—. Vamos. Me conoces. Sabes que yo no hago esas tonterías. No es mi estilo.

Trago con dificultad, de pronto me siento pequeña. De pronto, me siento rota por dentro. Mis ojos arden y represso el impulso de llorar.

—¿Lo prometes?

—Oye —dice en voz baja—. Ven aquí, niña.

Doy un paso vacilante hacia él y me envuelve con sus brazos, cálidos y fuertes y seguros y nunca me he sentido tan agradecida por su amistad, por su existencia constante en mi vida.

—Todo irá bien —susurra—. Lo juro.

—Mentiroso —sollozo.

—Bueno, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que tenga razón.

—¿Kenji?

—¿Mmmm?

—Si descubro que estás mintiéndome sobre todo esto juro por Dios que te partiré todos los huesos del cuerpo.

Una risa breve.

—Sí, está bien.

—Hablo en serio.

—Ajá. —Me da una palmadita en la cabeza.

—Lo haré.

—Lo sé, princesa. Lo sé.

Varios segundos más de silencio.

Y luego:

—Kenji —digo en voz baja.

—¿Mmmm?

—Van a destruir el Sector 45.

—¿Quiénes?

—Todos.

Kenji retrocede. Alza una ceja.

—¿Todos quiénes?

—El resto de los comandantes supremos —digo—. Nazeera me lo ha contado todo. Inesperadamente, la cara de Kenji esboza una sonrisa inmensa.

—Ah, así que Nazeera es una de las buenas, ¿eh? ¿Está en nuestro equipo? ¿Intentando ayudarte?

—Dios mío, Kenji, por favor, concéntrate...

—Solo quería comentarlo —dice, alzando las manos—. La chica es fuego del infierno, esas son todas mis declaraciones al respecto.

Pongo los ojos en blanco. Intento no reír mientras me seco las lágrimas errantes.

—Entonces. —Él me señala con la cabeza—. ¿Cuál es el problema? ¿Los detalles? ¿Quiénes vienen? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Etcétera?

—No lo sé —digo—. Nazeera aún intenta descubrirlo. Cree que quizás será la semana próxima más o menos. Los hijos están aquí para vigilarme y enviar información a sus padres, pero asistirán al simposio específicamente porque parece que los comandantes quieren saber cómo reaccionarán los otros líderes de los sectores al verme. Nazeera dice que cree que la información ayudará a que decidan sus siguientes movimientos. Quizás sea cuestión de días.

Kenji abre los ojos de par en par, en pánico.

—Ay, mierda.

—Sí, pero cuando decidan destruir el Sector 45, su plan también es hacerme prisionera. El Restablecimiento quiere recapturarme, aparentemente. Sea lo que sea que eso signifique.

—¿Recapturarte? —Kenji frunce el ceño—. ¿Para qué? ¿Más pruebas? ¿Tortura? ¿Qué quieren de ti?

Niego con la cabeza.

—No tengo ni idea. No sé quiénes son estas personas. Mi hermana —digo, las palabras parecen extrañas mientras hablo— aparentemente aún está sometida a pruebas y torturas en alguna parte. Así que estoy bastante segura de que no me llevarán a un gran reencuentro familiar, ¿sabes?

—Guau. —Kenji frota su frente—. Eso es un drama de otro nivel.

—Sí.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Vacilo.

—No lo sé, Kenji. Vendrán a matar a todos en el Sector 45. No creo tener otra opción.

—¿A qué te refieres?

Alzo la vista.

—Me refiero a que estoy bastante segura de que tendré que matarlos a ellos primero.

WARNER

Mi corazón late frenéticamente en mi pecho. Tengo las manos sudadas, inestables. Pero no tengo tiempo de lidiar con mi mente. Las confesiones de Nazeera tal vez me cuesten mi cordura. Solo puedo rogar que esté equivocada. Solo puedo esperar que demuestren que está desesperada y tremadamente equivocada y no hay tiempo, en absoluto, para lidiar con nada de esto. Ya no puedo hacer espacio en mi vida para estas emociones humanas débiles y poco fiables.

Ahora debo vivir aquí.

En mi propia soledad.

Hoy seré solo un soldado, un robot perfecto y necesario, y permaneceré erguido, mis ojos no denotarán emoción alguna mientras nuestra comandante suprema Juliette Ferrars sube al escenario.

Todos estamos aquí hoy, un batallón pequeño ubicado detrás de ella como su propia guardia personal: Delalieu, Castle, Kenji, Ian, Alia, Lily Brandan, Winston y yo... incluso Nazeera y Haider, Lena, Stephan, Valentina y Nicolás están de pie a nuestro lado, fingiendo dar su apoyo mientras ella comienza su discurso. Los únicos que faltan son Sonya, Sara, Kent y James, que permanecieron en la base. A Kent hay poco que le importe estos días más que mantener a James fuera de peligro, y no puedo culparlo. A veces, yo también desearía poder optar por abandonar esta vida.

Cierro los ojos. Me estabilizo.

Solo quiero que esto termine.

La ubicación del simposio bianual es bastante variable y en general rotativa. Pero como reconocimiento de nuestra comandante suprema, el evento se lleva a cabo en el Sector 45, un esfuerzo que fue posible completamente gracias a Delalieu.

Siento el pulso colectivo de nuestro grupo con distintos niveles y tipos de energías, pero también está tan entremezclado que no puedo diferenciar el miedo de la apatía. En cambio, me enfoco en la audiencia y en nuestra líder, dado que sus reacciones son las más importantes. Y de todos los simposios y

eventos diversos a los que he asistido a lo largo de los años, nunca he sentido tanta electricidad en la multitud como ahora.

554 de mis colegas comandantes en jefe y regentes están en la audiencia, pero también están sus esposas, e incluso varios miembros de su personal más cercano. No tiene precedentes: aceptaron cada invitación. Nadie quiso perderse la oportunidad de conocer a nuestra nueva líder de América del Norte de diecisiete años, no. Están fascinados. Están hambrientos. Lobos vestidos con piel humana, ansiosos por despedazar la carne de la joven que ya han subestimado.

Si los poderes de Juliette no le ofrecieran a su cuerpo un nivel de invencibilidad funcional, me preocuparía profundamente porque está de pie, desprotegida, frente a todos sus enemigos. Los civiles de este sector quizás la apoyan, pero el resto del continente no tiene interés en la alteración que ella ha traído a esta tierra, o en la amenaza que presenta para sus rangos en el Restablecimiento. A los hombres y mujeres de pie ante ella hoy les pagaron para ser leales a otro partido. No tienen afinidad por su causa, por su lucha por la gente común.

No sé cuánto tiempo le permitirán hablar antes de atacarla.

Pero no debo esperar mucho.

Juliette acaba de comenzar a hablar, en cuanto empieza a enumerar las fallos del Restablecimiento y la necesidad de un nuevo comienzo, la multitud se inquieta de pronto. Se ponen de pie, alzan los puños y mi mente se desconecta mientras le gritan, los eventos ocurren delante de mis ojos como si estuvieran en cámara lenta. Ella no reacciona.

Una, dos, dieciséis personas están de pie ahora, y ella continúa hablando.

La mitad de la sala grita palabras furiosas dirigidas a ella y ahora siento que ella está más furiosa, su frustración aumenta, pero de algún modo, mantiene su postura. Cuanto más protestan ellos, más proyecta ella su voz; habla tan fuerte que ahora prácticamente grita. Miro rápidamente entre ella y la multitud, mi mente trabaja desesperada por decidir qué hacer. Kenji cruza una mirada conmigo y los dos nos entendemos sin hablar.

Debemos intervenir.

Juliette ahora está denunciando los planes del Restablecimiento por eliminar los idiomas y la literatura, está esbozando su deseo de trasladar a los civiles fuera de las instalaciones; y acaba de empezar a hablar sobre nuestros problemas con el clima cuando alguien dispara en la sala.

Hay un instante de silencio perfecto y luego...

Juliette extrae una bala dentada de su frente. La lanza al suelo. El sonido suave y tintineante del metal sobre el mármol resuena en la habitación.

Caos masivo.

De pronto, cientos y cientos de personas se ponen de pie, todos le gritan, la amenazan, le apuntan con armas, y yo lo siento, siento que pierde el control.

Más disparos, y en los segundos que nos lleva esbozar un plan, ya llegamos demasiado tarde. Brendan cae al suelo con un grito ahogado repentino y aterrador. Winston grita; atrapa su cuerpo.

Y eso es todo.

De pronto, Juliette permanece muy quieta, y mi mente reduce la velocidad.

Lo siento antes de que ocurra: siento el cambio, la estática en el aire. El calor ondea a su alrededor, lenguas de poder se extienden de su cuerpo como rayos preparándose para caer y no hay tiempo de hacer nada más que contener el aliento cuando, de pronto...

Ella grita.

Un grito largo. Fuerte. Violento.

El mundo parece borrarse un segundo, durante solo un instante todo se paraliza en el lugar: cuerpos retorcidos, rostros furiosos y distorsionados, todos congelados en el tiempo...

Las tablas del suelo se levantan y se quiebran. Grietas semejantes a rayos destruyen las paredes. Las lámparas se balancean peligrosamente antes de caer al suelo.

Y luego, todos.

Cada persona en su línea visual. 554 personas y todos sus invitados. Sus rostros, sus cuerpos, los asientos en los que están: se abren por la mitad como un pescado fresco. Su piel cae hacia fuera, mientras un chorro de sangre lento y constante forma charcos alrededor de sus pies.

Todos caen muertos.

JULIETTE

Hoy comencé a gritar.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

*¿Estabas feliz, estabas triste, estabas asustada,
estabas furiosa, la primera vez que gritaste?*

*¿Estabas luchando por tu vida tu decencia tu dignidad
tu humanidad?*

Cuando alguien te toca ahora, ¿gritas?

Cuando alguien te sonríe ahora, ¿devuelves la sonrisa?

*¿Él te dijo que no grites él te golpeaba cuando
llorabas?*

*¿Él tenía una nariz dos ojos dos labios dos mejillas dos
orejas dos cejas? ¿Él era un humano que parecía
igual que tú?*

Colorea tu personalidad.

Las formas y los tamaños son variables.

Tu corazón es una anomalía.

Tus acciones son los únicos rastros que dejas atrás.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

A veces creo que las sombras se mueven.

A veces creo que alguien me observa.

A veces esa idea me asusta y a veces esa idea me pone tan absurdamente feliz que no puedo dejar de llorar. Y luego, a veces, creo que no sé cuándo comencé a perder la cordura aquí dentro. Ya nada parece real y no sé si estoy gritando fuerte o si solo lo hago en mi cabeza.

No hay nadie aquí que me escuche.

No hay nadie que me diga que no estoy muerta.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

No sé cuándo comenzó.

No sé por qué comenzó.

No sé nada sobre nada, excepto por los gritos.

Mi madre gritando cuando comprendió que ya no podía tocarme. Mi padre gritando cuando comprendió lo que yo le había hecho a mi madre. Mis padres gritando cuando me encerraban en mi cuarto y me decían que debía estar agradecida. Por su comida. Por su trato humano hacia esta cosa que era imposible que fuera su hija. Por el palo que usaban para medir la distancia a la que debía mantenerme de ellos.

Arruiné sus vidas, eso me decían.

Robé su felicidad. Destruí la esperanza de mi madre de tener hijos de nuevo.

¿Acaso no veía lo que había hecho?, me preguntaban.

¿No veía que lo había estropeado todo?

Me esforcé tanto por reparar lo que había roto. Intenté todos los días ser lo que ellos querían. Intenté

*ser mejor siempre, pero nunca supe realmente cómo serlo.
Ahora solo sé que los científicos se equivocan.
El mundo es plano.*

*Lo sé porque me han lanzado desde el borde y he
intentado aferrarme a él durante diecisiete años. He
intentado subir durante diecisiete años, pero es
prácticamente imposible vencer a la gravedad cuando
nadie está dispuesto a tenderte una mano.*

Cuando nadie quiere correr el riesgo de tocarte.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

*¿Ya me he vuelto loca?
¿Ya ha ocurrido?
¿Cómo lo sabré?*

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Hay un momento de silencio puro y perfecto antes de que todo, todo explote. Al principio, ni siquiera me doy cuenta de lo que he hecho. No comprendo lo que acaba de suceder. No era mi intención matar a todas *estas* personas...

Y luego, de pronto, me golpea.

La comprensión aplastante de que acabo de masacrar una habitación de seiscientas personas.

Parece imposible. Parece falso. No ha habido balas. No ha habido exceso de fuerza, no ha habido violencia. Solo un único grito largo y furioso.

—*Basta* —grité. Cerré los ojos con fuerza y grité, la furia, el corazón roto, el agotamiento y la devastación aplastante invadieron mis pulmones. Era el peso de las últimas semanas, el dolor de todos estos años, la vergüenza de las falsas esperanzas creadas en mi corazón, la traición, la pérdida...

Adam. Warner. Castle.

Mis padres, reales e imaginarios.

Una hermana que quizás nunca conozca.

Las mentiras que conforman mi vida. Las amenazas contra las personas inocentes del Sector 45. La muerte certera que me espera. La frustración de tener tanto poder, tanto poder y sentirme tan absoluta y completamente impotente.

—Por favor —grité—. Por favor, basta...

Y ahora...

Ahora esto.

Mis extremidades se han entumecido de la incredulidad. Mis oídos están llenos de viento, mi mente, desconectada del cuerpo. Es imposible que haya matado a tantas personas, pienso, es imposible que acabe de matar todas estas personas, no es posible, pienso, no es posible no es posible que abriera la boca y luego *esto*.

Kenji intenta decirme algo, algo que suena a *tenemos que salir de aquí, date prisa, tenemos que irnos ya...*

Pero estoy entumecida, apagada, incapaz de mover un pie frente al otro, y alguien me arrastra, me obliga a avanzar y oigo explosiones.

Y de pronto, mi mente se enfoca.

Doy un grito ahogado, me vuelvo en busca de Kenji, pero él se ha ido. Su camiseta está empapada de sangre y lo arrastran a lo lejos, tiene los ojos entrecerrados y...

Warner está de rodillas, sus manos esposadas detrás de su espalda.

Castle está inconsciente en el suelo, la sangre brota libremente de su pecho.

Winston aún grita, incluso mientras alguien lo arrastra lejos.

Brendan está muerto.

Lily, Ian, Alia, muertos.

Estoy intentando reconectar con mi mente, intentando abrirme paso por la perplejidad que ataca mi cuerpo y mi cabeza da vueltas, *vueltas*, y veo a Nazeera con el rabillo del ojo, con las manos en la cabeza y alguien me toca y salto, retrocedo de un salto.

—¿Qué ocurre? —le digo a nadie—. ¿Qué sucede?

—Has hecho un trabajo maravilloso aquí, cariño. Nos has hecho sentir muy orgullosos. El Restablecimiento está muy agradecido por los sacrificios que has hecho.

—¿Quién eres? —pregunto, buscando la voz.

Y luego, los veo, un hombre y una mujer de rodillas frente a mí, y solo entonces comprendo que estoy recostada en el suelo, paralizada. Mis brazos y

piernas están sujetos por cables eléctricos pulsantes. Intento luchar contra ellos y no puedo.

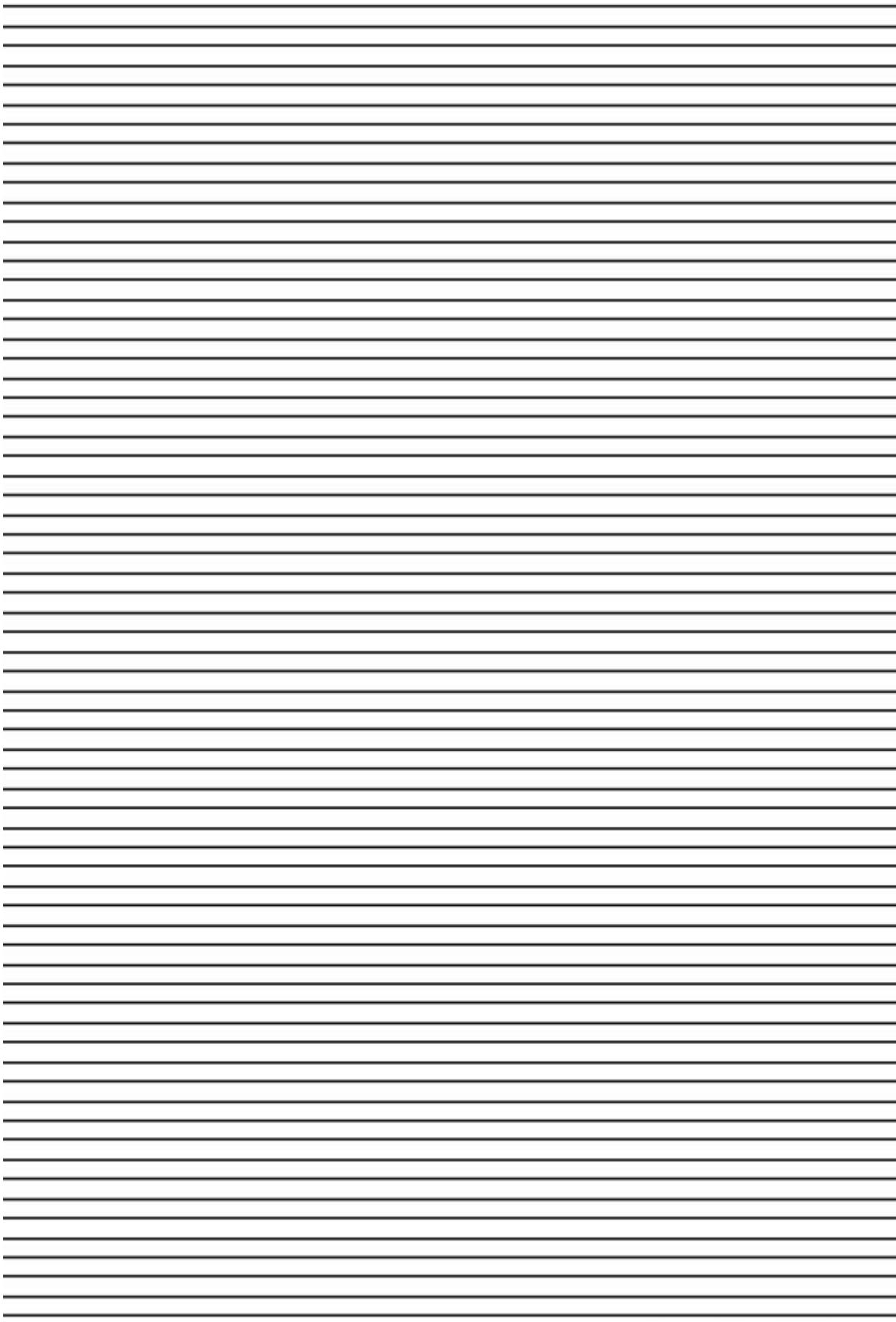
Mis poderes se han extinguido.

Alzo la vista hacia los extraños, con los ojos abiertos de par en par, aterrorizada.

—¿Quiénes son? —repito, todavía resistiéndome a mis ataduras—. ¿Qué quieren de mí?

—Soy la comandante suprema de Oceanía —dice la mujer, sonriendo—. Tu padre y yo hemos venido a llevarte a casa.

WARNER



JULIETTE

¿Por qué simplemente no te suicidas?, me preguntó una vez alguien en la escuela.

Creo que era la clase de pregunta que tenía como objetivo ser cruel, pero fue la primera vez en la vida que contemplé la posibilidad. No supe qué decir. Quizás era una locura considerarlo, pero siempre había esperado que, si era una niña lo bastante buena, si hacía todo bien, si decía lo correcto o no decía nada en absoluto... Creía que mis padres cambiarían de opinión. Creía que por fin me escucharían cuando intentara hablar... Creí que me darían una oportunidad. Creí que por fin me querían.

Siempre tuve esa estúpida esperanza.

—FRAGMENTO DE LOS DIARIOS DE JULIETTE EN EL MANICOMIO

Cuando abro los ojos, veo estrellas.

Cientos de ellas. Pequeñas estrellas de plástico pegadas al techo. Brillan, débilmente, bajo la luz tenue, y me incorporo mientras mi cabeza late, e intento orientarme. Hay una ventana a mi derecha; una cortina transparente de gasa filtra el atardecer anaranjado y azul dentro del cuarto en ángulos extraños. Estoy sentada en una cama pequeña. Alzo la vista, miro a mi alrededor.

Todo es de color rosa.

Manta rosa, almohadas rosas. Una alfombra rosa en el suelo.

Me pongo de pie y me vuelvo, confundida, y encuentro que hay otra cama idéntica aquí, pero sus sábanas son violetas. Sus almohadas son violetas.

El cuarto está dividido por una línea imaginaria, cada mitad es un espejo de la otra. Dos escritorios: uno rosa, otro violeta. Dos sillas: una rosa, otra violeta. Dos armarios, dos espejos. Rosa, violeta. Flores pintadas en las paredes. Una mesa pequeña y sillas de un lado. Un perchero con abultados vestidos de disfraces. Una caja con tiaras en el suelo. Una pequeña pizarra en un caballete con tizas en una esquina. Una cesta debajo de la ventana, lleno hasta arriba de muñecas y animales de felpa.

Es un cuarto infantil.

Siento que mi corazón se acelera. Mi piel está caliente y fría.

Todavía noto una pérdida en mi interior, el conocimiento inherente de que mis poderes no funcionan, y comprendo solo entonces que hay unas esposas eléctricas resplandecientes amarradas a mis muñecas y mis tobillos. Tiro de ellas, uso cada gramo de fuerza para romperlas, pero no ceden.

Cada segundo me siento más aterrada.

Corro hacia la ventana, desesperada por hallar algún indicio de mi ubicación, algo que explique dónde estoy, alguna prueba de que esto no es una clase de alucinación... Y me decepciono; la vista de la ventana solo me confunde. Veo un paisaje deslumbrante... Infinitas colinas ondulantes. Montañas a lo lejos. Un lago inmenso y resplandeciente reflejando los colores del atardecer. Es *precioso*.

Retrocedo, de pronto me siento más aterrada.

Mis ojos se mueven hacia el escritorio y la silla rosa, observo sus superficies en busca de pistas. Solo hay pilas de cuadernos coloridos. Una taza de porcelana llena de marcadores y bolígrafos con brillo. Varias páginas de pegatinas fosforescentes.

Mi mano tiembla cuando abro el cajón del escritorio.

Dentro, hay pilas de cartas viejas y fotos Polaroid.

Al principio, solo puedo mirarlas. Mis latidos resuenan en mi cabeza, laten tan fuerte que prácticamente los siento en mi garganta. Mi respiración va más rápido, las inhalaciones son superficiales. Siento que mi cabeza da vueltas, y parpadeo una vez, dos veces, obligándome a mantener el equilibrio. A ser valiente.

Despacio, muy despacio, cojo la pila de cartas.

En cuanto miro la dirección postal, sé que estas cartas preceden al Restablecimiento. Todas han sido dirigidas a Evie y Maximilian Sommers. A

una calle en Glenorchy, Nueva Zelanda.

Nueva Zelanda.

Y luego recuerdo, con un repentino grito ahogado, las caras del hombre y la mujer que me sacaron del simposio.

«Soy la comandante suprema de Oceanía», había dicho ella. «Tu padre y yo hemos venido a llevarte a casa».

Cierro los ojos y las estrellas explotan en la oscuridad detrás de mis párpados y me dejan mareada. Sin aliento. Parpadeo y abro los ojos. Siento los dedos débiles, torpes, mientras abren la primera carta de la pila.

La nota es breve. La fecha es de hace doce años.

M y E:

Todo va bien. Hemos hallado una familia adecuada para ella. Aún no hay rastros de poderes, pero la vigilaremos de cerca. Sin embargo, debo advertirles que la aparten de su mente. Ella y Emmaline han sido sometidas a una extracción de recuerdos. Ya no preguntarán por vosotros. Este será mi último informe.

P. Anderson

P. Anderson.

Paris Anderson. El padre de Warner.

Miro la habitación con ojos nuevos, sintiendo un escalofrío terrible por mi columna mientras las piezas imposibles de esta nueva locura encajan en mi mente.

El vómito amenaza con salir. Lo trago.

Ahora miro la pila de fotos Polaroid sin tocar, dentro del cajón abierto del escritorio. Creo que he perdido la sensibilidad en partes de mi cara. Sin embargo, me obligo a coger la pila de fotografías.

La primera imagen muestra dos niñas con vestidos amarillos idénticos. Las dos tienen el pelo castaño y son un poco delgadas; están cogidas de las manos en el sendero de un jardín. Una de ellas mira a la cámara, la otra mira sus pies.

Giro la foto.

El primer día de Ella en la escuela.

La pila de fotos cae de mis manos temblorosas y se desparraman en el suelo. Todos mis instintos me gritan, suenan campanas de alarma, suplicándome que huya.

Vete, intento gritarme. *Sal de aquí.*

Pero mi curiosidad no me deja marcharme.

Algunas fotografías han aterrizado boca arriba en el escritorio, y no puedo dejar de mirarlas, mi corazón late en mis oídos. Con cuidado, las cojo.

Tres niñas de cabello castaño están de pie junto a unas bicicletas que son demasiado grandes para ellas. Todas se miran entre sí, riendo por algo.

Vuelvo la imagen.

Ella, Emmaline y Nazeera. Sin ruedines.

Doy un grito ahogado, el sonido me ahoga al salir de mi pecho. Siento que mis pulmones se contraen y extiendo los brazos, sujeto el escritorio con una mano para no perder el equilibrio. Siento que floto, inestable.

Atrapada en una pesadilla.

Vuelvo las fotografías, desesperada ahora, mi mente funciona más rápido que mis manos mientras hurgo, intentando comprender lo que veo, y fracasando.

La siguiente fotografía es una niña sujetando la mano de un hombre mayor.

Emmaline y papá, dice en el dorso.

Otra fotografía, dos niñas trepando un árbol.

El día que Ella se torció el tobillo.

Otra, caras borrosas, pastelitos y velas...

Cumpleaños número 5 de Emmaline.

Otra, esta vez una imagen de una pareja apuesta...

Paris y Leila, de visita para Navidad.

Y me quedo paralizada.

Atónita.

Siento que el aire abandona mi cuerpo.

Ahora solo sujeto una única fotografía, y tengo que obligarme, suplicarme mirarla, el cuadrado de la Polaroid se sacude en mi mano temblorosa.

Es la imagen de un niño de pie junto a una niña. Ella está sentada en una escalera. Él la mira mientras ella come una porción de pastel.

La vuelvo.

Aaron y Ella

Es todo lo que dice.

Tropiezo hacia atrás, inestable, y caigo al suelo. Todo mi cuerpo tiembla, se sacude con terror, con confusión, con imposibilidad.

De pronto, en el momento justo, alguien llama a mi puerta. Una mujer... la mujer de antes; una versión mayor de la mujer de las fotografías, asoma la cabeza en el cuarto, sonríe y me dice:

—Ella, cariño, ¿no quieres venir fuera? Tu cena se enfriá.

Y estoy segura de que voy a vomitar.

La habitación se inclina a mi alrededor.

Veo manchas, siento que me balanceo, y luego, de pronto...

El mundo se vuelve negro.



TAHEREH MAFI nacida en 1988 en Connecticut es la menor de cuatro hermanos y actualmente reside en el condado de Orange. Estudió en la Universidad de Soka. Habla ocho idiomas y pasó un semestre en Barcelona, donde estudió literatura española.

Ha viajado mucho y vivido en ambos extremos de Estados Unidos. Tras graduarse, comenzó a escribir por «diversión». Ahora es una de las autoras de género *Young Adult* más importantes. Su saga *Destrózame*, de la que *Libérame* es la segunda entrega, ha cautivado a cientos de miles de jóvenes en todo el mundo. *Destrózame*, es el primer volumen de la saga que se ha vendido a veinticinco países y la 20th Century Fox ha comprado los derechos para llevarla al cine.